EL DEMONIO DE BROOKLYN



«UN REENCUENTRO. UN CASO SIN SOLUCIÓN. UN ASESINO AL ACECHO»

M.J. FERNÁNDEZ

El Demonio de Brooklyn.

(Ryan y Bradbury 01)

M.J. Fernández

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, eventos, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se emplean en forma ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, o con acontecimientos actuales o pasados, es pura coincidencia.

Ayuda a que la barca de tu hermano pase al otro lado, y verás como tú también llegarás a la orilla.

Proverbio hindú.

Capítulo 1.

Marianne aceleró el paso cuando sintió que alguien la observaba. El golpe de la suela de sus zapatos deportivos sobre la gravilla era lo único que rompía el silencio de la noche, y de alguna forma lo hacía más abrumador. El sudor corría por la frente de la joven, entraba en sus ojos y los irritaba, al mismo tiempo que el corazón le golpeaba el pecho con ferocidad. Se sentía como una presa acosada. Después de hacer acopio de valor, miró a su espalda, pero solo vio los caminos desiertos que dejó atrás cuando recorrió su circuito habitual. La escasa luz de algunas farolas era lo único que rompía la oscuridad de *Prospect Park*, que a esa hora estaba casi desierto.

Pese a que no había nadie a la vista, o tal vez por ello, la joven enfermera sintió un miedo cerval. Su única compañía era el silencio. Nadie acudiría en su auxilio si lo necesitaba. Recordó las ocasiones en las que Zack le recriminó que corriera sola por el parque al terminar su turno en el hospital. Ella siempre desestimaba sus consejos porque creía que la sobreprotegía. Ahora le daba la razón, pero tal vez fuera demasiado tarde.

¡Zack! Si lo llamaba, tal vez él podría… nada. Su novio y futuro esposo estaría en casa esperando su llegada. Se encontraría ocupado en la preparación de alguno de sus platos favoritos para sorprenderla. Demasiado lejos para ayudarla, aun cuando pudiera comunicarse con él por el móvil. Y no podía hacerlo. Detenerse no era una opción.

Cuando recordó a Zack la invadió la congoja, como si tuviera la certeza de que no regresaría a casa, ni volvería a ver a su prometido, ni compartiría su cena con él nunca más. Las lágrimas acudieron a sus ojos y le nublaron la vista. Al ser consciente de lo que implicaban sus pensamientos decidió sacudirse esas ideas negativas de la cabeza. No existía una razón objetiva para tener miedo. Estaba corriendo sola por el parque. ¿Y qué? Lo hacía con frecuencia. No existía un motivo concreto para pensar que hoy sería diferente, pero lo era. La sensación de peligro no desapareció porque su mente racional lo ordenara. Al contrario, el miedo la invadió con más fuerza.

Pronto comprendió que su instinto no la engañaba. Al pasar junto a unos arbustos que delimitaban el camino, percibió el movimiento por el rabillo del ojo. Era un hombre, no había duda. Saltó sobre ella para sorprenderla, pero Marianne fue más rápida y lo esquivó. El acosador rozó su brazo y quiso sujetarla, pero la joven tenía buenos reflejos, por lo que se alejó antes de que la mano

de él se cerrara sobre su presa. Aunque ya jadeaba, se esforzó al límite para poner distancia entre ella y el sujeto que la perseguía. Ahora sí se trataba de una amenaza real. Entonces escuchó los pasos sobre la gravilla, a su espalda.

Marianne se obligó a no mirar atrás. Sabía que él la seguía y tuvo el impulso de responder a sus instintos y comprobar de qué tipo de depredador se trataba, que tan cerca estaba, pero si lo hacía perdería unos segundos vitales.

A pesar de la adrenalina que inundaba su sangre, la joven ya acusaba el cansancio. Cuando presintió que alguien la observaba ya estaba al final de su circuito, así que las piernas no le daban más y les faltaba el aire a sus pulmones. Su perseguidor, en cambio, estaba descansado.

El acosador apretó el paso y pronto estuvo a pocas pulgadas de la enfermera. Marianne sintió la cercanía del cuerpo de él, así que el miedo se convirtió en pánico y cedió al impulso de girar la cabeza. Solo fueron un par de segundos, pero bastaron para que la mano del hombre se cerrara sobre su brazo como si fuera una garra. El perseguidor frenó la carrera de la chica. Ella forcejeó en un esfuerzo por librarse, pero él era más fuerte y al conseguir detenerla la sujetó por los antebrazos con ambas manos. Entonces Marianne lo tuvo de frente, pero no le sirvió de nada, pues él cubría su cara con una media de nailon que le ocultaba los rasgos.

—¡Déjeme! ¡Suélteme! ¿Qué quiere? Llévese todo lo que tengo, pero no me haga daño.

—Te quiero a ti —respondió él con una voz ronca.

Esas palabras erizaron la piel de la enfermera, que no estaba dispuesta a rendirse con tanta facilidad. Mientras forcejeaba para liberar sus brazos, Marianne trató de golpear con su rodilla la entrepierna de él, pero su atacante adivinó el movimiento y lo esquivó. De inmediato él le soltó uno de los brazos y le lanzó un puñetazo en la cara con todas sus fuerzas.

Marianne sintió un dolor agudo en la mandíbula y cayó. Lo último que vio antes de perder la conciencia fueron las estrellas sobre el manto negro que cubría *Prospect Park*.

Capítulo 2.

Cody recibió la llamada cuando iba camino de la Estación. Sus esperanzas de que aquel fuera un día tranquilo se fueron al garete. Eleonora y él habían pasado la noche en vela. Durmieron a ratos y por turnos a causa de las gemelas. Sospecharon que algo no iba bien por el silencio de Carla durante la cena. La chiquilla solía volverlos locos con todo tipo de preguntas y quería saber el «por qué» de cada respuesta que le daban, pero la noche anterior no fue así. Carla se sentó junto a su hermana y se mantuvo callada mientras permanecieron en la mesa. Tanto ella como Cindy comieron muy poco. Otra señal de que no estaban bien. Fue Eleonora quien se dio cuenta del brillo en los ojos de las niñas y también de que el color de sus labios era un rojo demasiado intenso. Lo siguiente fue la mano de su madre sobre sus frentes y la temida sentencia:

—Tienen fiebre.

Allí comenzaron las carreras. Llamaron al pediatra y a los padres de Eleonora para que se quedaran con Kevin, corrieron a Urgencias y sufrieron minutos de angustia hasta que el médico les informó que se trataba de una gripe común y les dio las indicaciones sobre lo que debían hacer. De vuelta a la casa, ya Kevin estaba dormido. Los abuelos se marcharon después de que su hija y su yerno se deshicieron en palabras de gratitud. Y a partir de ese momento comenzó el verdadero calvario de aquella noche. Los preocupados padres permanecieron despiertos haciendo turnos y durmieron solo a ratos, mientras suministraron las medicinas a las niñas, les ofrecieron líquidos y les controlaron la temperatura. Ganaron la batalla contra la fiebre casi al amanecer, que fue cuando pudieron dormir por no más de una hora.

Cuando el despertador llamó a las actividades del día, Cody lo hubiera estampado contra la pared de buen gusto, pero sabía que eso no serviría de nada, así que se levantó resignado y preparó una jarra de café. Llamó al director de la escuela donde trabajaba Eleonora y le avisó de que ella no podría acudir ese día porque se quedaría al cuidado de las niñas. Después se duchó y se vistió. Su esposa continuaba dormida y él encontró un pequeño consuelo en saber que al menos uno de los dos podría descansar.

Ya listo para marcharse, ataviado con su traje gris, la camisa bien planchada, una corbata sobria y los zapatos pulidos, se acercó a Eleonora para darle un beso en la frente. Ella se movió un poco, pero continuó durmiendo. Cody pasó por la habitación de las niñas y comprobó con alivio que ya no tenían fiebre. Ambas también dormían.

Más tranquilo por el desenlace de la espantosa noche, el detective Ryan subió a su coche y lo puso rumbo a la Estación de Policía para iniciar la jornada. Entonces llegó la llamada de Evelyn, la secretaria de su jefe, quien le transmitió la orden de dirigirse a Prospect Park, porque habían encontrado el cadáver de una chica. Un mal comienzo del día para completar una mala noche. Y todavía Cody no sabía lo que le esperaba.

Ya había amanecido cuando el detective Ryan arribó a su destino. En cuanto se acercó a las coordenadas que le proporcionó Evelyn, vio las cintas que acordonaban la escena del crimen, vigiladas por patrulleros que les impedían el paso a los curiosos. Después de cubrirse con un mono de protección que le hacía parecer un astronauta desgarbado, Cody zigzagueó entre los usuarios del parque, quienes preguntaban qué había ocurrido, sin que nadie les respondiera. El detective mostró su identificación al llegar a la barrera y el uniformado lo dejó pasar por debajo de la cinta.

El equipo de la escena del crimen ya se encontraba en el área. Estaba dirigido por Harry Ellison, lo cual era una buena noticia. Habían colocado tablones sobre la hierba para evitar que los investigadores presentes en la zona dañaran alguna prueba. Cody tuvo mucho cuidado de caminar por encima de ellos hasta que se acercó a la laguna. Fue entonces cuando vio el cuerpo y se le escapó una maldición.

—Blasfemar no servirá de nada —le dijo Harry.

—Lo siento. Cualquier homicidio es deleznable, pero cuando se trata de una chica joven…

—No es peor que cuando se trata de un niño, o un anciano, o un hombre joven ¿no lo crees? Las características de la víctima no son lo determinante. Alguien segó una vida. Es espantoso sin importar de quién se trate.

—Sí, tienes razón Harry, lo lamento mucho.

—No es necesario que te excuses, Cody —lo tranquilizó Ellison—, tu reacción es muy humana, solo que no es correcta si eres el investigador del caso. Por cierto, tienes mala cara.

—Las gemelas tuvieron fiebre durante toda la noche, y ya sabes… —respondió el detective, encogiéndose de hombros.

—Vaya, lo lamento. Yo también pasé por ahí y recuerdo esos años. Si te sirve de consuelo, las noches en vela por fiebre terminarán, al igual que otras etapas.

—Me alegra saber que los desvelos por los chicos no serán para siempre.

—No dije eso —advirtió Harry—, desaparecerán esos problemas, que son los más sencillos de resolver. En la medida que los niños

crezcan, las dificultades serán mayores y habrá más motivos para el insomnio.

—Pues gracias por el consuelo.

—¿Qué te puedo decir? Soy honesto —afirmó Ellison, al mismo tiempo que le daba un par de palmadas al detective en el hombro.

Harry volvió a su tarea de escudriñar el terreno en busca de evidencias. Ryan sabía que un lugar como ese era una pesadilla para el análisis de la escena del crimen. Se trataba de una locación a cielo abierto, expuesta a los elementos, donde transitaban a diario miles de personas… En fin, la peor situación posible. El detective concentró su atención en el cadáver. Se trataba de una mujer joven, caucásica, de contextura delgada. Una bolsa de plástico transparente cubría su cara y distorsionaba sus facciones, pero se podía vislumbrar una melena negra cortada a lo *garçon*. La bolsa estaba sujeta con cinta adhesiva que rodeaba el cuello y sellaba cualquier posibilidad de entrada de aire. La víctima usaba ropa deportiva, pero la encontraron desnuda de la cintura para abajo. Los pantalones del chándal y las bragas se arrollaban a la altura de los tobillos. La conclusión era evidente. Cody sintió que lo invadía una profunda tristeza. A la chica no solo le habían arrebatado la vida, sino también la dignidad. No pudo evitar pensar en Eleonora, e incluso en sus hijas, pese a que solo eran unas niñas. O tal vez por eso mismo. La idea le causó escalofríos, así que hizo un esfuerzo y se concentró en el presente. El médico forense, que se encontraba agachado junto al cuerpo de la chica levantó la vista por un momento, murmuró un saludo y volvió a su tarea. Cody no lo conocía.

—Buenos días, soy el detective Cody Ryan, asignado a este caso. ¿Podría adelantarme algo, doctor?

El forense volvió a levantar la vista, molesto por la interrupción, se puso de pie y respondió al detective.

—Soy David Tash, detective Ryan —le respondió con cortesía—. Me acaban de trasladar a Brooklyn, así que es probable que nos veamos con frecuencia. Con respecto a la víctima, solo puedo decirle que tiene moratones en los antebrazos y en el lado izquierdo de la cara, por delante de la oreja.

—Parece que fue asfixiada con la bolsa —aventuró Cody.

—Es lo que hacen pensar los indicios externos, pero la experiencia me ha enseñado que no se debe llegar a ninguna conclusión hasta que se practique la autopsia.

—¿Puede decirme si fue violada?

—Lo único que puedo afirmar es lo obvio. La desnudaron de la cintura para abajo —dijo el forense con altanería—. En estos casos no conviene adelantar conclusiones. Le informaré si hubo

forzamiento sexual cuando haya realizado la autopsia.

—Tiene razón —admitió Cody con humildad—. ¿Puede decirme la hora de la muerte?

—Solo puedo darle una aproximación por el estado del *rigor mortis* y la temperatura del cuerpo. También hay que considerar que si la asfixiaron, la rigidez cadavérica habrá evolucionado con mayor lentitud. Debió fallecer hace unas 12 horas. Yo diría que entre las 7 y las 9 p.m.

—En esta época del año ya habría anochecido —dijo Cody, mientras barajaba opciones—. No parece una hora conveniente para que estuviera sola en el parque.

—No esté tan seguro, detective —lo corrigió el forense—. La víctima usaba ropa deportiva, que además tiene manchas de sudor. Yo diría que fue atacada mientras corría. Tal vez consideraba que era peligroso.

—Tal vez. ¿Sabe si murió aquí o movieron el cuerpo?

—Las livideces corresponden a la posición en la que fue encontrada. El cadáver no fue movido.

Cody asintió mientras observaba su entorno y se imaginaba la situación. Visualizó una chica joven que corría por la noche en el parque, mientras un acosador la observaba. ¿Se había convertido en víctima porque estaba en el lugar y momento equivocados, o había sido elegida con anterioridad y el asesino encontró su oportunidad en la soledad del parque? La respuesta a esa pregunta podía conducir la investigación por derroteros muy diferentes.

Ryan inspiró el aire frío de la mañana cargado de polen, pero fresco y revitalizador. La belleza de la naturaleza a su alrededor, pletórica de los colores de la primavera contrastaba con su lado más cruel, el de la muerte, en este caso por la intervención de un peligroso depredador como era el ser humano. El detective dirigió sus pasos hacia uno de los uniformados, quien libreta en mano tomaba nota de los datos de identidad de un hispano joven que usaba uniforme gris y conservaba una expresión de horror en su rostro. Cuando llegó a escasos metros de ambos, Cody pudo ver que el hombre, de unos treinta y cinco años, llevaba su nombre bordado en un lado de su camisa. En cuanto el patrullero vio al detective, le informó que el señor Ibarra fue quien encontró el cadáver cuando iniciaba su jornada laboral.

—¿Cuál es su trabajo aquí, señor Ibarra?

—Hago tareas de mantenimiento en el parque. Ya sabe… rastrillar hojas, retocar la pintura de los bancos cuando es necesario, reportar si alguna de las luces no enciende… ese tipo de cosas.

—¿Siempre trabaja en esta área?

—No, señor. Somos una cuadrilla y tenemos un supervisor. Él es quien nos asigna las zonas. Por lo general sigue un esquema de rotación.

—¿Y a qué hora comienza usted a trabajar?

—Hago el turno de la mañana. Llego aquí a las 7 a. m. y salgo a las 3 p. m.

—¿Hoy llegó puntual?

—Sí, señor. Cuando me asignan este cuadrante comienzo inspeccionando la laguna para asegurarme que nadie ha dejado basura, luego reviso los caminos que llegan hasta aquí y anoto si hay alguna farola que no funciona, o algún retoque de pintura que sea necesario.

—¿Se ocupa usted solo de toda esta zona?

—No, señor. Hay una cuadrilla de jardineros que cuidan la vegetación, pero llegan un poco más tarde.

—Así que estaba solo cuando encontró el cuerpo.

—Sí, señor. Fue espantoso. Cuando llegué aquí y vi a esa chica tendida tan cerca del agua… En un primer momento creí que había perdido la conciencia, ya sabe, que tal vez había bebido de más y quedó allí… Aunque el consumo de alcohol está prohibido dentro de las instalaciones… pero cuando me acerqué comprendí que estaba muerta. Entonces llamé al 911.

—Supongo que no tocó nada.

—No, señor. Sé que no hay que tocar nada. Soy aficionado a las series policíacas.

—Muy bien. Muchas gracias, señor Ibarra. Por favor, proporciónele sus datos a mi compañero. Necesitaré que se presente esta tarde en la Estación para prestar declaración, y que se mantenga localizable por si necesitamos hacerle alguna pregunta.

—Sí, señor. Desde luego.

Cody se alejó del empleado y del policía que le tomaba los datos para acercarse a uno de los técnicos de la escena del crimen, quien se encontraba junto al cadáver y recibía unos objetos de manos del forense. El detective dedujo que se trataba de los documentos de identificación de la joven. Corroboró que estaba en lo cierto cuando el técnico, Brown creía que se llamaba, se dirigió a él.

—Detective Ryan. Llega a tiempo. Supongo que querrá saber la identidad de la víctima —Cody asintió—. Su nombre era Marianne Hackett. De profesión enfermera. Trabajaba en el *Fortier Hospital Center*, a pocas calles de aquí.

—De acuerdo —dijo Cody, mientras tomaba nota en una libreta —. Haré una visita al hospital.

—¿Trabaja solo? —le preguntó el técnico—. No veo a ninguno de sus compañeros por aquí.

—Mi compañera está de permiso maternal, así que de momento me ocuparé yo.

—Pues buena suerte. Espero que el sujeto que hizo esto haya sido torpe y no le dé mucho trabajo.

—Yo espero lo mismo.

—¡Eh, Ryan! —Cody miró a su espalda para ver quién lo llamaba y pudo ver a Ellison que se le acercaba a toda prisa con una bolsa de pruebas en la mano, acompañado por uno de sus chicos.

—Harry, ¿qué ocurre?

—Parece que estamos de suerte —afirmó el perito con una media sonrisa en cuanto estuvo a su lado, al mismo tiempo que alzaba la bolsa a la altura de los ojos del detective.

—¿Qué es eso?

—Una colilla. Bateson la encontró detrás de aquellos arbustos. Con un poco de suerte podría proporcionarnos el ADN del asesino.

Capítulo 3.

Cody aparcó frente al mismo hospital al que había llevado a las niñas la noche anterior. Aunque la razón que lo obligaba a regresar al imponente conjunto de edificios no tenía relación con su visita anterior, lo invadió un mal presentimiento. No le gustaban los hospitales y había albergado la esperanza de no pisar aquel recinto durante mucho tiempo. Antes de bajar del auto llamó a casa y habló con Eleonora. Al menos por ese lado las noticias eran buenas. Las gemelas ya no tenían fiebre. Solo persistían algunos estornudos y un poco de tos, además de que ambas sacaban provecho de la situación para acaparar la atención de su madre. Era de esperarse.

Un poco más tranquilo, Cody se internó en los pulidos pasillos olorosos a desinfectante. Llegó al despacho del director después de seguir las instrucciones del empleado que ocupaba la recepción. El Dr. Paul Ackerman lo recibió con la mano extendida y una expresión de preocupación mal disimulada.

—Me dice mi secretaria que es usted policía. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Me temo que soy portador de malas noticias, doctor —le advirtió el detective, antes de hablarle del macabro hallazgo que había tenido lugar aquella mañana.

El doctor Ackerman palideció cuando escuchó el relato de Cody, pero hizo un esfuerzo por controlarse antes de reanudar la conversación.

—Es terrible. ¿Está seguro de que esa joven trabajaba en este hospital?

—Sí, señor. Lo sabemos por su documentación. ¿No la conocía usted?

—No, lo siento. Mis labores aquí son administrativas y en algunas ocasiones atiendo algunos pacientes en Medicina Interna, pero nunca coincidí con la señorita Hackett. Es posible que prestara sus servicios en otra especialidad. Como comprenderá, no conozco a todo el personal del hospital.

¿Estaba nervioso el doctor, o era un error de apreciación del detective? Tal vez no fuera tan extraño, después de todo acababa de informarle acerca del asesinato de una joven con la cual se habría cruzado en más de una oportunidad por los asépticos pasillos del edificio. Sin embargo, Cody tomó nota.

—Me gustaría hablar con sus compañeros. ¿Puede informarme acerca de alguien que haya podido conocerla?

—Desde luego. Si me lo permite, me comunicaré con el Departamento de Personal. Si trabajaba aquí, ellos deben tener un

expediente con todos sus datos.

El director dio por concluida la reunión y le pidió a Ryan que esperara en la antesala. Cody obedeció, y se preguntó si el buen doctor tendría la sangre fría de continuar con su trabajo como si nada hubiera ocurrido.

Quince minutos después, una joven entró en la antesala con una carpeta y se la entregó a la secretaria de Ackerman, quien la abrió para comprobar que se trataba de la correcta antes de dársela a Cody.

—La señorita Hackett trabaja en Cirugía —le informó la secretaria con tono profesional—. Espero que no tenga ningún problema.

El detective decidió ocultarle la razón de su interés en la enfermera.

—¿Usted la conoce?

—En realidad, no —respondió ella, al mismo tiempo que se ruborizaba—, pero aun así, se trata de una compañera.

La respuesta no convenció a Cody, cuyo instinto de policía le alertó de que allí ocurría algo extraño, pero decidió dejarlo pasar por el momento, pues no tenía ninguna evidencia para afirmar que le mentían. Lamentaba no poder contar con su compañera. Ella era mucho más perceptiva con respecto a la conducta humana.

Después de seguir las indicaciones de la secretaria del director, el detective Ryan llegó al Departamento de Cirugía. Se acercó al recinto de las enfermeras, donde una mujer mayor se ocupaba de tomar notas amparada tras un mostrador, mientras las demás entraban y salían sin pausa. Con su identificación en la mano, Cody la abordó, confirmó que ese había sido el lugar de trabajo de Marianne y que todos la conocían. La mujer se presentó como Juliana Renold, jefa de enfermeras de Cirugía en el turno de día. El detective le transmitió la infausta noticia, que cayó como un balde de agua fría sobre su interlocutora.

—¿Marianne, muerta? ¡No lo puedo creer! —exclamó Juliana, con voz trémula—, pero si apenas ayer… ¿Y dice que fue un asesinato? ¿Cómo es posible? Tan joven…

—Comprendo que es difícil de asimilar, señora Renold, pero me temo que es la verdad. La encontraron esta mañana en *Prospect Park*, junto a la laguna. ¿Dice que trabajaba en el turno de día? ¿Cuál era su horario?

—Entramos a las 8 de la mañana y salimos a las 4 de la tarde. Aunque algunas enfermeras suelen hacer horas extras.

—¿Conocía usted los hábitos de Marianne?

—Marianne era una chica muy dulce y una excelente profesional, pero nuestra relación no era tan cercana como para que

yo supiera qué hacía al salir de aquí. Tal vez Belinda pueda responderle a esa pregunta.

A Cody le pareció notar cierto temblor en la voz de la enfermera jefe pero no estaba seguro, así que tomó nota. ¡Maldito trasnocho! Su instinto estaba abotargado, pero de momento no había nada que hacer al respecto. Antes de que el detective pudiera responder, Juliana se giró y le pidió a una joven que pasaba por allí que buscara a la enfermera Abrams. Ryan esperó con paciencia hasta que la chica que recibió el encargo regresó con su compañera.

Belinda se acercó a ellos con paso resuelto y una sonrisa en los labios. Era evidente que no tenía idea de las noticias que le esperaban. El moño con el que recogía su cabello rubio la hacía ver más alta y estilizada. La joven enfermera causó buena impresión en Cody. Después de las presentaciones de cortesía, Ryan le notificó acerca de la muerte de su amiga con todo el tacto del que fue capaz. No debió ser muy hábil, porque en cuanto Belinda escuchó lo que tenía que decir, rompió a llorar.

Algunos minutos y una infusión de tilo después, la joven enfermera consiguió controlarse lo suficiente para hablar. Se encontraban en la sala de descanso del personal de enfermería y Juliana se había asegurado de que nadie los molestara, no sin antes advertirle a Belinda que la llamara si la necesitaba.

—¿Se encuentra mejor, señorita Abrams?

—Sí, gracias, mucho más tranquila —afirmó Belinda, mientras se secaba los ojos con un pañuelo de papel—. Es que nunca me hubiera imaginado… quiero decir… Marianne estaba tan feliz por su próxima boda…

—¿La señorita Hackett iba a contraer matrimonio pronto?

—Sí. Era cuestión de semanas.

—¿Sabe usted quién era el novio?

—Sí, desde luego. Su nombre es Zack. Zack Baniter. Es un buen chico. Esto va a ser devastador para él.

—De acuerdo —dijo Cody, mientras tomaba nota en su libreta —. ¿Sabe usted a qué se dedica el señor Baniter?

—Es fotógrafo. Marianne estaba muy entusiasmada con la boda. Ambos lo estaban. ¡Esto es terrible!

Belinda volvió a llorar y el policía esperó con paciencia a que se calmara.

—¿Se siente más tranquila?

—Sí, gracias. Perdóneme, esto es tan… es terrible.

—¿Conocía usted los hábitos de la señorita Hackett? —La enfermera asintió—. ¿Podría darme una idea de cómo era ella, qué hacía cuando salía de aquí?

—Marianne era muy tranquila. Algunos la encontraban distante,

pero se debía a que era un poco tímida. Una vez que la conocías, la querías. Se preocupaba mucho por su salud. Ya sabe, era vegana, corría al salir de aquí… ese tipo de cosas.

—¿Acostumbraba correr después del trabajo?

—Sí. Una vez me comentó que tenía un circuito en *Prospect Park*, y me invitó a acompañarla en más de una ocasión, pero no me atrae la actividad física, así que no acepté.

—¿Iba a ejercitarse en cuanto terminaba la jornada?

—Sí. ¿Por qué?

—Tenemos buenos motivos para creer que la señorita Hackett fue atacada anoche, mientras corría en el parque. El forense calcula que el asalto ocurrió entre las 7 y las 9 de la noche. Si ella terminaba de trabajar a las cuatro de la tarde, ¿tiene alguna idea de dónde ocupó su tiempo en esas tres, o cuatro horas?

—Sí, desde luego. Estuvo aquí. Cubrió parte del turno de una compañera. Marianne lo hacía para poder disfrutar de algunos días más para su luna de miel.

—Comprendo. ¿Sabe a qué hora salió de aquí anoche?

—No estoy segura porque yo me fui temprano, pero la enfermera jefe del turno de la noche debe haberlo registrado. Si le pide la información a Juliana es seguro que podrá proporcionársela.

—¿Tenía buenos amigos en el trabajo?

—Se llevaba bien con todos, pero era muy reservada. Creo que puedo decir que yo era su mejor amiga.

—¿Cómo eran sus relaciones con la señora Renold?

—Marianne la respetaba mucho y Juliana la tenía por una excelente enfermera. Yo diría que se llevaban bien…

—¿Pero?

—No quisiera perjudicar a nadie, ni ser chismosa.

—Cualquier información que pueda proporcionar me ayudará a detener al asesino de su amiga. No se trata de chismes, señorita Abrams, sino de colaborar como testigo para la Policía.

—De acuerdo. Sé que en una ocasión Juliana le advirtió que debía tener cuidado, porque le habían llegado rumores que la perjudicaban.

—¿Qué tipo de rumores?

—Parece que alguien la acusó de ser oportunista, lo cual era absurdo tratándose de Marianne.

—¿Sabe en qué se fundaban esos rumores? ¿A qué se refería la señora Renold con sus advertencias?

—Lo lamento, eso tendrá que preguntárselo a la propia Juliana.

—De acuerdo. Lo haré. Ahora dígame, señorita Abrams, ¿Marianne tenía enemigos o rivales en el hospital? ¿Alguien que pudiera desearle algún mal?

—¡Por supuesto que no! Marianne no era muy popular porque no era sociable, pero todos la respetaban y la apreciaban.

—¿Está segura?

—Por completo.

—Según su expediente, Marianne trabajó aquí durante cinco años. ¿Nunca discutió con nadie en ese tiempo? —insistió el detective, escéptico.

Belinda se quedó pensativa por un momento, pues las palabras de Cody habían despertado un recuerdo.

—Hubo un incidente —reconoció Abrams—. Sí, ahora recuerdo, fue hace un año, más o menos…

—¿Discutió con alguien?

—En realidad no se trató de una discusión… Había un chico, un enfermero que trabaja en Traumatología y que al parecer se sentía atraído hacia ella. Le enviaba flores, tarjetas, en alguna ocasión la invitó a cenar.

—Eso parece un simple cortejo —señaló Cody.

—Fue algo más. Creo que en una ocasión él la siguió y se hizo el encontradizo. Sé que Marianne se sentía mal con respecto a ese asunto. Fue antes de conocer a Zack. Recuerdo que ella decidió afrontarlo, habló con él y le dijo que no estaba interesada.

—¿Él insistió?

—No, creo que no. El asunto terminó allí.

—¿Sabe el nombre de este sujeto?

—Elvis. Del apellido no estoy segura. Era algo así como Santo… Santana. ¡Eso es, Elvis Santana! —exclamó triunfal.

Ryan tomó nota del nombre y decidió citar al enfermero como testigo. Estaba interesado en sostener una conversación con el posible acosador. Al terminar la entrevista con Belinda pidió hablar de nuevo con Juliana. La señora Renold miró de reojo a la joven mientras salía, como si quisiera adivinar qué le podía haber dicho al policía para que le pidiera volver a hablar con ella.

En cuanto Juliana se sentó frente a Cody en la sala de descanso, él le preguntó acerca de la advertencia que le había hecho a la víctima. La señora Renold titubeó como si buscara una excusa para no responder. Al cabo de unos segundos suspiró con resignación, después de llegar a la conclusión de que lo peor que podía hacer era mentirle a la Policía en un asunto como ese.

—Fue durante una reunión de la directiva del hospital. La enfermera jefe de cada especialidad debe acudir y presentar informes sobre el desempeño del mes.

—¿Qué fue lo que ocurrió en ese encuentro que involucrara a la señorita Hackett?

—Cuando ya los médicos habían abandonado la sala, el jefe de

personal me pidió que hablara con ella. Marianne era una buena enfermera y no quería que el hospital la perdiera por un asunto como ese.

—¿A qué asunto se refiere, señora Renold?

—Según él, Marianne sostenía relaciones íntimas con un miembro de la directiva.

—¡Vaya! ¿Sabe con quién?

—Lo siento, no lo pregunté. Preferí no conocer los detalles.

—De acuerdo, supongo que tendré que hablar con el jefe de personal. ¿Cómo lo supo él?

—Se enteró a través de un anónimo que incluía fotos de la pareja en actitud cariñosa.

—Ya veo. Hablaré con él. ¿Sabe si conserva el anónimo?

—No lo sé —reconoció Juliana, al mismo tiempo que negaba con la cabeza y se revolvía incómoda en el asiento. Era evidente que quería salir de allí lo antes posible.

Cody presionó un poco más.

—¿Quién sospecha usted que era el amante de Marianne? —preguntó el detective—. Debe tener alguna idea, pues un asunto así levanta rumores.

—Habladurías.

—¿A quién mencionaban esas habladurías?

—No quiero levantar falsos testimonios —se defendió la enfermera.

—¿De quién sospechaba usted, señora Renold? Dígamelo por Marianne. Le prometo que seré prudente con el manejo de esa información.

Juliana miró a Ryan a los ojos, como si pudiera descubrir sus intenciones a través de ellos. Entonces suspiró.

—Siempre he sospechado del director, del doctor Paul Ackerman.

Capítulo 4.

Josh bajó del taxi frente a la Estación de Policía en Brooklyn. Ni siquiera se dio cuenta de la amable despedida del chófer cuando él le dejó una generosa propina. Estaba concentrado en el edificio de ladrillos rojos, frío e imponente, muy diferente de la moderna Estación que había dejado atrás en su querida ciudad de Orlando. Llenó sus pulmones con el aire frío y contaminado de Brooklyn. Aún no habían pasado 24 horas y ya extrañaba la vegetación exótica, los manglares, el aire caliente y húmedo. En pocas palabras, extrañaba su vida como la había conocido hasta ese momento.

Volvió a preguntarse si habría hecho lo correcto. Si valdría la pena. Recordó la discusión con Fuentes, su exjefe. Emilio trató de convencerlo de que desistiera. Después de todo, Josh era uno de sus mejores investigadores, pese a su irreverencia. Pero él estaba decidido. Lo que buscaba no lo encontraría en Florida.

Bradbury soltó un suspiro antes de entrar con paso firme en la Estación. Pese a que no esperaba un cálido recibimiento, tampoco estaba preparado para lo que ocurrió. Como se trataba de su primer día, se acercó a la recepción para hablar con uno de los policías que hacía turno de guardia detrás del mostrador y le preguntó dónde estaba la oficina de Lyndon Powers, que era el superior ante quien debía reportarse. En lugar de darle una respuesta, el uniformado frunció el ceño, lanzó un gruñido y le dijo que no estaba para bromas.

Confundido, Josh debió guiarse por instinto, lógica y los carteles de cada puerta. Cuando quiso consultar a otros policías, algunos reaccionaron de la misma forma que el oficial de la recepción. Otros sonrieron y sacudieron la cabeza, pero ninguno le dio una respuesta. Hubo incluso una chica que lo miró de arriba abajo antes de preguntarle dónde estaba su traje y confesarle que le gustaba más cómo lucía con vaqueros y tenis.

Bradbury tardó algunos minutos en encontrar el Departamento de Investigaciones, que consistía en una gran sala repleta de mesas de trabajo, casi todas vacías a esa hora. Sus ocupantes se encontrarían en las calles, inmersos en su labor. Ni siquiera se veía a la secretaria del jefe por ningún lado.

Los pocos detectives que estaban allí lo saludaron con poco entusiasmo y siguieron a lo suyo. Al fondo de la sala encontró la oficina de Powers y llamó a la puerta. Lo invitaron a entrar de inmediato. Detrás del escritorio había un hombre alto y delgado, con la cabeza calva como una rodilla. Usaba anteojos de montura metálica que se ajustaba con frecuencia en un gesto nervioso. Iba en

mangas de camisa, pero esta era de buena calidad. Josh tenía buen ojo para esas cosas.

—¡Ah, eres tú! Creí que era un floridense al que espero, pero parece que la puntualidad no es su fuerte. ¿Qué puedes decirme de la chica? Y por cierto, ¿qué facha es esa? Es la primera vez que te veo sin traje y corbata.

—Perdone, ¿de qué habla? —preguntó el recién llegado, al mismo tiempo que leía el cartel sobre la mesa para asegurarse de que estaba en el lugar correcto.

—¿De qué voy a hablar? —Se enfadó el jefe—. De la chica que encontraron en el parque esta mañana. ¡El caso que te asigné a través de Evelyn!

—¿Quién es Evelyn? —preguntó Josh, cada vez más confundido.

—¿Acaso estás borracho, Ryan?

—Estaba a punto de hacerle la misma pregunta —respondió Bradbury, con descaro—. ¿Quién es Ryan?

—Buenos días, ¿puedo pasar? —preguntó una voz grave a la espalda de Josh, mientras su dueño se asomaba detrás de la puerta y se paraba en seco al ver que Powers estaba acompañado—. Lo lamento, no quería interrumpir. Vuelvo más tarde.

—¡No muevas ni un músculo, Ryan! —ordenó el jefe, al mismo tiempo que Josh miraba hacia la puerta para ver quién era el responsable de la interrupción. El famoso Ryan.

Los ojos de Josh y Cody se abrieron de par en par al mismo tiempo, lo cual hizo más evidente su extraordinario parecido.

—¿Quién es usted? —preguntaron los dos a la vez. Ninguno respondió.

—A ver. ¡Aquí las preguntas las hago yo! —gritó Lyndon, a quien todo aquello le pareció un mal chiste, pues frente a él tenía a dos hombres iguales, que solo se diferenciaban en el corte de cabello y la ropa.

—¿Quién de ustedes es Ryan?

—Soy yo —respondió Cody desde la puerta.

—¿Y quién es usted, si puedo saberlo? —le preguntó a Josh.

—Soy Josh Bradbury. Acabo de ser trasladado desde Florida.

—Llega tarde.

—Por supuesto. Ninguno de los amables neoyorquinos que están allí afuera quiso darme indicaciones de la ubicación de esta oficina. Llevo más de diez minutos dando vueltas por el edificio.

—¿Tiene una identificación?

Bradbury le entregó su documentación y el jefe rebuscó en su escritorio hasta que encontró la carpeta que quería revisar. Después de comparar la foto de la identificación de Josh con la que le enviaron desde Florida, asintió con conformidad. Mientras tanto,

Cody observaba a Josh con descaro y desconcierto, mientras su mente comenzaba a proporcionarle una explicación lógica para lo que veía. Bradbury, en cambio, se lo tomó con mucha calma. Lo comprendió todo en cuanto se vio reflejado en el hombre que tenía al frente, y aquello le venía bien para cumplir sus objetivos. Powers fue el primero que rompió el silencio.

—Ahora quiero que alguien me explique qué diablos pasa aquí. ¿Sois hermanos? ¿Por qué no se menciona a ningún hermano en tu expediente, Cody?

—Porque no sabía que tenía uno. Todavía no estoy seguro.

—¿No notó usted el parecido en la foto cuando recibió la carpeta con mis datos, jefe? —le preguntó Josh mientras guardaba sus papeles en su billetera con movimientos lentos.

—He estado muy ocupado. Recibí la documentación anoche a última hora y… ¡Demonios! ¡No tengo por qué darte explicaciones, Bradbury! Y todavía estoy esperando que alguien me diga qué ocurre aquí.

—Supongo que debe tener una explicación sencilla si Cody…

—¡Ryan! —Le corrigió el interpelado, mientras apretaba los puños.

—De acuerdo —aceptó Josh, con una media sonrisa—. Si el señor Ryan aquí presente también es adoptado…

Powers levantó la mirada hacia Cody, quien asintió con reticencia. Sus padres le informaron que no era su hijo biológico cuando tuvo capacidad de comprenderlo y él lo había aceptado sin traumas. Solo sabía que era hijo de madre soltera y que nació en Queens. Sin embargo, no le gustaba recordar su condición de adoptado y tampoco le agradaba la idea de encontrar un hermano perdido. Mucho menos si era su gemelo, como todo parecía indicar. Josh planteó lo que ya resultaba evidente.

—Ya que confirmamos que ambos tenemos la misma apariencia y a los dos nos adoptaron, la conclusión lógica es que somos gemelos idénticos y por alguna razón nos separaron cuando éramos muy pequeños.

—Sí, eso es evidente —reconoció Powers—. Sois como dos gotas de agua. ¿Nunca sospechasteis cada uno de la existencia del otro? Quiero decir… Se dice que los gemelos…

—¡No! —respondió Cody—. Además, todavía está por verse que seamos gemelos. Tal vez solo nos parecemos. Es posible que ni siquiera seamos hermanos y que todo esto sea un lamentable error.

—¿Naciste en Queens, en 1985?

—Puede ser una casualidad —se empecinó Ryan. Josh suspiró con resignación. Adivinaba dificultades con este hermano recién descubierto.

—Bien. Si sois hermanos gemelos y os habéis reencontrado os felicito, pero ahora tenemos trabajo que hacer. Ryan, Bradbury será tu nuevo compañero.

—¡Qué! —exclamó Cody, enfadado—. ¡No puede hablar en serio, jefe! No puede asignarme a este fantoche como compañero. ¿Qué hay de Joanna?

—¡Ah, sí! Joanna es la razón por la que le pedí a Evelyn que te ordenara regresar a la Estación. Varley ha decidido dejar el trabajo de investigación. Solicitó un cargo administrativo y se lo concedieron.

—¿Por qué?

—Porque ahora es madre y su esposo la convenció de que el trabajo de las calles es demasiado peligroso para la madre de un bebé.

—¿Por qué nadie me lo advirtió?

—Porque el niño habría acabado la universidad para cuando pudiéramos convencerte del cambio.

—Pero…

—Sin peros, Ryan. Varley se fue y llegó Bradbury a ocupar su lugar. Ahora es tu compañero —los miró a ambos como si no pudiera creer que fueran tan parecidos—. Si aceptas o no que es tu hermano es problema tuyo, pero a partir de hoy es tu compañero y no quiero escuchar una palabra más acerca de este asunto. Así que si queréis, después os contáis las batallitas. ¡Ahora, a trabajar!

Ambos salieron de la oficina de Powers. Cody con el ceño fruncido y Josh con una media sonrisa de suficiencia.

—Supongo que lo que corresponde ahora es un abrazo de reconocimiento —dijo Bradbury mientras ampliaba su sonrisa.

—¡No te me acerques! —le advirtió Ryan—. ¡Y quiero una prueba de ADN!

Capítulo 5.

Cody guió a Josh a través de la sala hasta dos viejos escritorios colocados uno frente al otro. El primero estaba en perfecto orden: en el lado izquierdo se veía una pila de carpetas alineadas al milímetro y separadas por etiquetas de colores. Del lado derecho, el teléfono se encontraba en línea recta con una bandeja de documentos. Josh presumió que eran los que ya habían sido procesados. El centro lo ocupaban una pantalla, un teclado y un ratón. Los lápices y bolígrafos estaban reunidos en un portalápiz. No había una mota de polvo sobre la superficie, ni un papel fuera de lugar. El único indicio de que aquella mesa era utilizada por un ser humano era un dibujo infantil sujeto con cinta adhesiva al borde. En él se veía un garabato de colores que hubiera sido la envidia de un pintor cubista. Lo firmaban Carol y Cindy, y era evidente que los nombres habían sido escritos por una mano infantil guiada por un adulto.

El segundo escritorio no ofreció un mejor panorama al recién llegado. También contaba con las carpetas a la izquierda, el teléfono y la bandeja a la derecha, así como los accesorios informáticos en el centro. Sin estar desordenado, no tenía la obsesiva simetría de la mesa de Cody, pero estaba plagado de objetos con el motivo de *Hello Kitty*, al punto que Josh se sintió empalagado.

—Esa es tu mesa —le confirmó Cody—. Supongo que Joanna enviará a alguien a recoger sus cosas.

—Sí, eso espero —murmuró Josh, mientras se sentaba y cogía un bolígrafo rosado con cabeza de gato para juguetear con él—. ¿Y bien? ¿Qué me dices de ti, hermano? ¿Cómo te ha tratado la vida? ¿Tienes familia? Supongo que Carol y Cindy son tus hijas, ¿Qué edades tienen mis sobrinas?

—¡Deja de llamarme hermano! Y mi familia no es asunto tuyo, así que olvídala. Eres mi compañero porque el jefe lo decidió, pero eso no significa que vaya a recibirte con los brazos abiertos en mi casa.

—¿Por qué tanta hostilidad? ¿No te alegra saber que tienes un hermano, que además es tu gemelo?

—No sé quién eres. No sé nada de ti. Tal vez tengamos un aspecto parecido, pero eso no significa nada. Existen los dobles, ¿sabes? Se supone que todos los tenemos. Son personas iguales a nosotros que viven en cualquier parte del mundo y no tienen ninguna relación familiar.

—No hablas en serio. Esa es tan solo una teoría que nadie ha podido comprobar. ¿Cuál será el siguiente argumento? Tal vez dirás

que somos producto de un experimento de alienígenas. Acéptalo de una vez Ryan. Tienes un hermano gemelo. Supéralo. No es tan grave. De hecho, podría ser divertido.

—No veo donde puede estar la diversión.

—¿Por qué no me sorprende? Intuyo que no eres muy receptivo a la diversión.

—¡Qué sabrás tú, si no me conoces! Puedo ser muy divertido.

—Sí, claro… Solo hay que mirarte. Cabello corto, rasurado perfecto, traje gris, corbata gris, camisa blanca, zapatos negros de trenza bien pulidos. Pareces un pastor a punto de soltar un sermón. Seguro que eres capaz de aburrir a un payaso.

—Al menos, yo no parezco un fantoche. Además, soy católico.

—¿Por qué no me sorprende? Está bien. Te niegas a aceptar que soy tu hermano. Puedo vivir con eso. De cualquier manera, hasta hace una hora ni siquiera sabía de tu existencia, pero como dijo el jefe de la frente interminable, tenemos trabajo que hacer. Mencionó algo acerca del caso de una chica que encontraron muerta en el parque. ¿Puedes ponerme al día, «compañero»?

—Supongo que no tengo alternativa.

—Por fin estamos de acuerdo —dijo Josh con una amplia sonrisa que a Cody le hubiera gustado borrar de un certero puñetazo, pero debía reconocer que sería excederse.

Ryan llenó de aire sus pulmones para tratar de calmarse, mientras analizaba todas las opciones posibles con respecto a Josh Bradbury. ¿Sería verdad que era su gemelo? No. De haber tenido un hermano, sus padres lo habrían sabido y no le hubieran ocultado algo así. Siempre fueron sinceros con él. Si bien era cierto que no solían hablar de su adopción en forma espontánea, tampoco se negaron nunca a responder a sus preguntas. Aunque ellos mismos sabían muy poco, y Cody no demostraba demasiado interés por el tema, gracias a lo cual todo fue más fácil.

Pero entonces, ¿quién era Bradbury y que había venido a buscar? Porque si algo tenía claro Cody era que su presencia en la Estación de Policía donde él trabajaba no había sido producto de la casualidad. Como buen detective, Ryan no creía mucho en el azar. De manera que desconfiaba de su nuevo «compañero» y consideraba que tenía buenas razones para ello.

Lo primero sería solicitar una prueba de ADN, que determinara sin lugar a dudas que no existía ningún parentesco entre ellos. Bradbury esperaba con paciencia y una sonrisa burlona, así que Ryan no tuvo otro remedio que ponerlo al día con el caso.

—¿Quién te informó que la víctima había mantenido una relación amorosa clandestina con el director del hospital? —preguntó Josh.

—Me lo confesó Renold, la enfermera jefe. Ella vio las fotos de la pareja que el jefe de Personal recibió en forma anónima.

—¿Has visto las fotografías? ¿Ya lo has interrogado?

—Todavía no —admitió Cody—. Me dirigía hacia allí cuando recibí la llamada de Evelyn transmitiéndome la orden del jefe de presentarme aquí. Lo he incluido en la lista de citaciones, con la orden expresa de que traiga el anónimo —Ryan consultó su reloj—. Debe estar por llegar.

—¿A quiénes citaste?

—Al director, a su secretaria, al jefe de personal, al enfermero que la pretendió, a la jefa de enfermeras de noche y al prometido.

—En ese caso, tenemos bastante trabajo.

—¿Qué tal se te dan los interrogatorios?

—Nada mal —alardeó Josh, y se quedó pensativo por un momento—. Se me ocurre una idea.

—¿Qué clase de idea? —preguntó Cody, con preocupación.

—¿Tienes alguno más de esos trajes aburridos?

—Guardo ropa de recambio en el casillero, por si debo quedarme aquí durante toda la noche a causa de algún caso pendiente.

—¡Genial! ¿Sabes si hay alguna barbería cerca?

—En *Bringston Place*, a tres manzanas de aquí.

—¡Perfecto! Dame las instrucciones para llegar hasta allí y concédeme media hora. Nos vemos en la recepción.

—¿Qué tramas, Bradbury?

—Sacar provecho de la situación. Supongo que conoces la técnica del policía bueno y el malo.

—Por supuesto. La he empleado muchas veces con mi compañera.

—Tu excompañera, Ryan. ¿Puedes adivinar el efecto que tendrá si la aplican dos policías que el testigo no pueda diferenciar?

Cody abrió los ojos por la sorpresa al comprender.

—Tienes razón. Sería desconcertante —por primera vez, el adusto detective sonrió—. Me gusta la idea.

—Pues me satisface haberte complacido, hermano, y también me alegra saber que después de todo, sabes sonreír —dijo Josh, mientras le tomaba una foto a Cody con su móvil, para pedirle al barbero el mismo corte de pelo.

Ryan volvió a ponerse serio en cuanto escuchó esas palabras, lo que hizo que fuera Bradbury quien desplegara una amplia sonrisa.

Al cabo de media hora, ambos se encontraron en la puerta de la Estación, ante la mirada atónita del recepcionista. El cabello de Josh ahora lucía igual al de Cody, con lo cual ya no solo se veían muy parecidos, sino que eran como dos gotas de agua.

Bradbury se cambió la ropa para vestirse con el traje de emergencia de su compañero: El mismo color gris, igual camisa, la misma corbata. Uno junto al otro, ni siquiera sus madres podrían diferenciarlos.

—De acuerdo —dijo Josh—. Tú eres el malo y yo el bueno. Seguro que se me da mejor. Ahora vamos a entrevistar a esos testigos, a ver qué tienen que decir.

Cody mostró el camino a Bradbury. Subieron un piso y llegaron a un área donde había pequeños cuartos aislados que albergaban una mesa, dos pares de sillas a cada lado y una pequeña cámara no muy visible.

Cada uno de esos habitáculos estaba junto a otro, donde se encontraba un ordenador en el que se guardaban todas las grabaciones hechas en la sala de interrogatorios correspondiente, y donde otros dos detectives monitoreaban lo que ocurría durante el procedimiento. Eso permitía que pudieran acudir en auxilio de sus compañeros si se encontraban frente a un testigo o sospechoso agresivo. Y también podrían intervenir en el caso de que alguno de los encargados de los interrogatorios perdiera los estribos y tuviera la tentación de agredir al interrogado. En ocasiones podía ocurrir.

Josh vio que en la sala de observación ya esperaban dos detectives. Ninguno pudo disimular su sorpresa cuando los vieron aparecer. Desde su punto de vista debía ser como si Ryan se hubiera desdoblado en dos personas. Cody procedió a presentarlos.

—Jezebel, este es Josh Bradbury —informó, al mismo tiempo que Josh le estrechaba la mano a una mujer afroamericana, con una melena negra ondulada y rasgos delicados. Ella le regaló una bonita sonrisa—. Ella es Jezebel Peck.

—Un placer, señorita Peck.

—Señora Peck —lo corrigió ella—. Supongo que es tu hermano gemelo. ¿No es así, Cody?

—Sí —dijo Josh.

—No —respondió Ryan al mismo tiempo. Jezebel enarcó las cejas, confundida.

—Es una larga historia. Después hablamos de eso —se excusó Cody—. Él es Herman Short.

—Debe ser una broma —afirmó Josh, mientras veía su mano perderse dentro de la manaza del compañero de Jezebel, quien debía medir más de un metro noventa y tenía aspecto de luchador. Usaba el cabello cortado a cepillo y parecía un tanque blindado. Josh tomó nota mental de que no debía cabrearlo.

Terminadas las presentaciones y como si fuera un reflejo condicionado, los cuatro dirigieron su vista a la pantalla del ordenador, donde se podía apreciar la imagen de Matt Hillam, el

jefe de Personal, que esperaba en la habitación vecina mientras se movía inquieto, incapaz de disimular su nerviosismo.

—¡Vamos a ello! —exclamó Bradbury y los gemelos se pusieron en movimiento.

Capítulo 6.

Hillam no pudo disimular su sorpresa cuando vio aparecer a los dos policías idénticos en el umbral de la puerta. Se preguntó si aquello sería una broma. Se sentaron frente a él y comenzaron a interrogarlo acerca de la enfermera que fue amante del director. También le pidieron que les entregara el anónimo y las fotos que revelaban la relación furtiva que ella mantenía con Ackerman.

Él lo colocó todo sobre la mesa y el policía de la izquierda, después de ponerse un par de guantes, lo cogió por una esquina y lo introdujo en una bolsa de papel. Entonces comenzaron las preguntas.

El interrogatorio no duró mucho tiempo, pues en realidad el jefe de personal sabía poco sobre el asunto. Había recibido el anónimo seis meses antes. Las fotos eran muy reveladoras acerca de lo que ocurría entre Ackerman y la enfermera. Hillam confesó que su preocupación al verlas había sido que en algún momento la joven demandara por acoso sexual al director y el hospital resultara perjudicado. Aunque parecía una relación de mutuo consentimiento, ella podría argumentar que cedía a los avances de su jefe bajo presión. Los detectives agradecieron su colaboración a Hillam y se quedaron con el sobre para enviarlo al laboratorio. Si tenían suerte, tal vez encontraran alguna huella, o un indicio de quién podría haberlo enviado.

La siguiente que entró fue la enfermera jefe del turno de la noche, quien confirmó que el 22 de abril, Hackett había cubierto parte del turno de una compañera y por esa razón terminó su jornada alrededor de las siete treinta de la tarde.

Ackerman fue el siguiente en prestar declaración. Entró con aire de suficiencia y advirtió que era un hombre muy ocupado que no podía perder el tiempo, por lo que les exigió que fueran breves. Los detectives se miraron entre sí y asintieron. A diferencia de las entrevistas anteriores, esta vez no se sentaron, sino que comenzaron a pasearse por la sala, de modo que al director se le hizo difícil saber quién estaba a su derecha y quién a su izquierda.

—Háblenos de su relación con la señorita Hackett —le ordenó Cody.

—¿Relación? ¿De qué relación me habla? Ya le dije esta mañana, o fue a su compañero, que yo no conocía a la joven que mataron.

—Tenemos pruebas de que miente, doctor Ackerman —insistió Ryan—. Y eso no es una buena idea.

—¿Pruebas? ¿Qué clase de pruebas?

—Alguien envió un sobre anónimo a su jefe de personal. Además de la nota explicativa que incluía fotos muy… reveladoras —le explicó Josh con un tono de voz amistoso—. Hágase un favor, doctor. Lo que investigamos aquí es un homicidio. Junto a eso, sus veleidades románticas carecen de importancia.

—No le conviene convertirse en sospechoso por no ser sincero —intervino Cody—. Y si llegara a mentirnos, aunque fuera inocente del asesinato, lo acusaríamos de «obstrucción». Eso no le haría ningún bien a su carrera.

Paul los miró a ambos con la desesperación pintada en el rostro. Los dos detectives se veían iguales, pero la actitud de uno era agresiva, mientras que el otro parecía querer ayudarlo. Sin embargo, no era capaz de decidir quién era quién. En ese paseo cruzado que mantenían alrededor de la mesa se había perdido. Y por alguna razón, no poder precisar cuál era el amable y cuál el hostil lo hacía sentirse indefenso.

—¡Está bien! —exclamó al fin—, pero deben prometerme que esto no se va a hacer público.

—Es comprensible que no quiera que su esposa se entere —reconoció Cody—, pero lo que hay en juego es mucho más importante. Además, debió pensarlo mejor antes de engañarla.

—No lo comprenden. Mi matrimonio es una farsa desde hace mucho tiempo. Mi esposa hace su vida y yo la mía. A ella no le importa. Solo le interesa su botella y que le proporcione los lujos a los que está acostumbrada.

—¿Por qué no se separan entonces? —preguntó Cody, con sincero desconcierto.

Para Ryan la vida era algo simple. Josh, más acostumbrado al ambiente de apariencias donde se desenvolvía Ackerman, miró a su supuesto gemelo casi con ternura. ¿En verdad sería tan ingenuo? Dejó que el director se explicara.

—Mi suegro es uno de los principales accionistas del hospital. Él fue mi mayor apoyo cuando me postulé para el cargo de director.

—Quiere decir que fue él quien lo puso allí —precisó Josh.

—Aunque yo tenía los méritos —se defendió Ackerman—, la competencia fue reñida y mi parentesco con Bellamy inclinó la balanza a mi favor. Sin embargo, él es un hombre de ideas conservadoras. Si llegara a saber que le fui infiel a su hija, sería el final de mi carrera.

—¿Aunque su propia hija resultara perjudicada por sus represalias? —preguntó Cody.

—Para mi suegro, ese solo sería un daño colateral. Además, su posición le permitiría compensarla para que no sufriera grandes cambios en su vida. Para mí en cambio, sería el final.

—Reconozco que usted se encuentra en una situación muy difícil —dijo Josh, y en la mirada de Ackerman apareció un destello de esperanza hasta que el policía terminó su idea—. Es una buena razón para cometer un homicidio.

—¿De qué me habla? ¡Yo no he matado a nadie!

—¿No te parece a ti un buen motivo, Cody?

—Supongo que sí. Marianne pudo amenazarlo con contarle al suegro sobre la relación. Y ante la posibilidad de perderlo todo, el doctor aquí presente, reaccionó.

—¿Por qué querría ella hacer eso? —se defendió Paul con desesperación.

—¿Por dinero, tal vez? ¿Un ascenso? —sugirió Cody—. ¿Lo amenazó la señorita Hackett con revelar la relación, doctor?

—Por supuesto que no. Escuchen. Marianne no fue la primera, ni tampoco la última chica con la que… bien, no fue la única que me ayudó a consolarme. Ella también estaba sola.

—Tenía entendido que estaba prometida para casarse en pocas semanas —lo contradijo Josh.

—Eso fue después, cuando conoció al fotógrafo. Por eso abandonó la relación.

—Así que lo dejó por otro hombre —apuntó Josh—. Ese es otro buen motivo para el homicidio. Los celos han sido responsables de más muertes violentas que las guerras.

Ackerman fijó la mirada en el policía que habló. Tenía una expresión tan desesperada, que parecía a punto de derrumbarse. Cada palabra que decía lo comprometía más. Toda la altanería que mostró al entrar se había esfumado. Era un hombre hundido, pues el mundo que construyó con tanto esfuerzo, se desmoronaba a su alrededor.

—Por favor, tienen que escucharme. Yo no la maté —les suplicó con la voz quebrada, a punto de llorar.

—Tal vez quiera ser más honesto con nosotros con respecto a este asunto, doctor —le propuso Cody—. Si en verdad no tiene nada que ver con el homicidio, haremos lo posible para que no resulte perjudicado. Siempre que no comprometa la resolución del caso, por supuesto.

Josh miró con extrañeza a su hermano. Tal vez debió dejarle el papel de policía bueno, después de todo. Ackerman suspiró, Bradbury no supo si por alivio, o resignación. Entonces comenzó a hablar.

—Los padres de Marianne fallecieron hace algunos años. Tenía una hermana mayor que vive en California, y un hermano más joven que recorre el mundo como mochilero, así que ella vivía sola en Nueva York. Se llevaba bien con sus compañeros, pero no era el

tipo de persona que disfrutara las salidas en grupo, así que muchas veces se sentía sola. Necesitaba afecto. Yo vivo con mi esposa en un apartamento de lujo en Manhatan, pero no queda una pizca de cariño entre nosotros, así que… mi estado emocional era muy parecido al de Marianne. Un día nos quedamos encerrados por unos minutos en uno de los ascensores del hospital. Fue suficiente para que surgiera una conversación casual. La invité a un café, ella aceptó. Una cosa trajo a la otra. Nos consolábamos. Éramos dos adultos que buscábamos compañía, pero yo no estaba enamorado de ella, ni ella de mí. Cuando conoció al fotógrafo me avisó de que nuestra relación había terminado y eso fue todo.

—¿Cómo reaccionó usted a la noticia?

—Me causó cierta tristeza. Nostalgia, tal vez, pero nada más.

—¿Su secretaria sabía de la relación? —preguntó Cody, al mismo tiempo que recordaba el nerviosismo de la mujer.

—¿Terrie? Nunca llegó a conocer a Marianne en persona. Yo era muy cuidadoso de evitar esos encuentros, pero sí lo sabía. En más de una ocasión le pedí que le enviara flores a su casa en mi nombre. Les agradecería que la dejaran al margen. Es una buena mujer. La persona más leal que he conocido y no tiene nada que ver con todo este asunto.

—¿Pudo considerar la señora Simmons que Marianne representaba un peligro para usted? —preguntó Ryan.

—No, espere, por favor no involucre a Terrie. Marianne nunca fue una amenaza. Nos separamos en buenos términos.

—¿Dónde se encontraba usted ayer entre las siete y las nueve de la tarde?

El doctor dudó por unos segundos antes de responder, como si no pudiera creer que le pidieran una coartada.

—Estuve en mi despacho, trabajando.

—¿Alguien puede corroborarlo?

—Mi secretaria, por supuesto —afirmó el director sin ninguna duda.

—De acuerdo, doctor Ackerman, eso es todo por ahora. Puede marcharse.

—Gracias —respondió Paul con alivio mientras se levantaba. Cuando llegó a la salida se detuvo en el umbral y giró hacia los policías.

—No sé si tenga alguna importancia, pero acabo de recordar algo.

—¿Qué? —inquirió Josh.

—Poco antes de dar por finalizados nuestros encuentros, Marianne me comentó que algunas veces sentía como si alguien la vigilara.

Ambos detectives giraron la cabeza para mirarse uno al otro en un movimiento reflejo que parecía que hubieran ensayado durante toda su vida.

—¡Las fotografías! —exclamaron a la vez.

Capítulo 7 .

La siguiente testigo que entró en la sala fue la secretaria. Mientras la esperaban, Josh se preguntó por qué Ackerman no había solicitado la presencia de un abogado cuando comenzaron a presionarlo. Enseguida comprendió la razón: si pedía un abogado en la primera entrevista como testigo, al ilustre director le hubiera resultado muy difícil evitar que su suegro se enterara de que algo extraño ocurría. Por lo visto, Paul le tenía más miedo al doctor Bellamy que a las autoridades.

La señorita Simmons ocupó su lugar detrás de la mesa y ambos policías se sentaron frente a ella. De acuerdo con los datos que les proporcionó para el informe, tenía 30 años y había nacido en Brooklyn. Al contrario de su actitud segura y desafiante de esa misma mañana, ahora se mostraba llorosa y retorcía un pañuelo con ansiedad para desahogar su nerviosismo. Al recibir la citación comprendió que había cometido un error cuando mintió al policía que visitó al director, así que lo primero que hizo al sentarse fue disculparse. Para ello empleó todo tipo de excusas poco creíbles.

La entrevista con Terrie fue bastante corta, pues ambos detectives comprendieron que no tenía mucho que decir. Confirmó las palabras de su jefe: No conocía a Marianne en persona, pues la enfermera evitaba visitar la dirección. Sí, sabía acerca de la relación extramarital de Ackerman, pero eso no era asunto suyo. Ella se limitaba a enviar flores y pequeños regalos a la joven cuando él se lo ordenaba. ¿Quién iba a imaginar que las cosas terminarían así? Cuando los detectives le preguntaron acerca de la coartada del director, la confirmó sin ninguna duda. El día anterior, entre las siete y las nueve de la tarde, el doctor Ackerman estaba en su oficina. Ella hacía horas extras por si su jefe la necesitaba. Era bastante frecuente que esto ocurriera. Durante toda la entrevista, la señorita Simmons lo defendió con uñas y dientes. ¡Por supuesto que no tenía nada que ver con la muerte de la enfermera! La sola idea era ridícula. Quince minutos después, cuando los policías consideraron que no obtendrían más información de la secretaria porque no sabía nada más, le permitieron marcharse.

El siguiente testigo en ser interrogado fue Osvaldo Ibarra, el empleado del parque que encontró el cadáver. Ibarra se mostró nervioso y preocupado durante toda la entrevista, lo cual puso en alerta a los policías. Según su versión, esa mañana acudió a su puesto de trabajo como cada día y el supervisor le asignó el cuadrante de la laguna. Apenas amanecía y la luz todavía era escasa, así que cuando vio el cuerpo en la distancia creyó que se

trataba de un usuario del parque que había consumido demasiado alcohol. Solo cuando estuvo a su lado comprendió que se encontraba frente a la víctima de un crimen. En medio de su nerviosismo atinó a llamar al 911 para pedir ayuda. Cody decidió solicitar la grabación de la llamada y tomó nota de ello. Por más preguntas que le hicieron al empleado, no consiguieron más información. Su única coartada era su esposa. A la hora del homicidio veía la televisión con ella, en su casa. Los detectives le hicieron preguntas acerca de la programación, que Osvaldo respondió sin dudar.

En cuanto Ibarra abandonó la habitación, Josh se estiró en la silla como si fuera un gato que despertaba de una siesta, al mismo tiempo que Cody se levantaba para pasearse por el pequeño espacio. Su gemelo se echó hacia atrás, equilibró la silla en sus dos patas traseras, apoyó los pies sobre la mesa y lo miró como si le divirtiera su intranquilidad.

—Vas a desgastar el linóleo como sigas paseándote así. Ni que fueras uno de los sospechosos.

—No. Solo soy quien tiene que resolver el caso.

—No seas egocéntrico, hermano. «Tenemos» que resolver el caso. O es que olvidas que somos compañeros.

—Lo tengo muy presente. ¡Maldita sea la hora! Y no me llames «hermano». Ni siquiera te conozco.

—Ya habrá tiempo para eso —sentenció Josh.

—¿Qué opinas?

—¿De tener un hermano gemelo? Que es una pasada.

—¡Hablo del caso!

—¡Ah, del caso! Que hay demasiados frentes abiertos, pero hasta ahora quien tiene más números de esta rifa es el ilustre doctor Ackerman. De cualquier manera, todavía no hemos conocido al prometido. Si nos atenemos a las estadísticas, sería el sospechoso más probable.

—De acuerdo. Por esa razón mientras tú visitabas la barbería, yo me ocupé de investigar al fotógrafo. Será mejor que leas el informe antes de que lo hagamos pasar.

—¿Mientras yo visitaba la barbería? —repitió Josh, y simuló sentirse ofendido—. Lo dices como si lo hubiera hecho en mi beneficio, cuando sacrifiqué mi cabellera para que tuviéramos una ventaja frente a los sospechosos.

—¿A eso que tenías le llamas cabellera?

—Era mi mejor anzuelo. ¡Que lo sepas!

—¿Anzuelo?

—Con las damas —aclaró Josh—. ¿Cuál es el tuyo?

—Soy un hombre felizmente casado, con familia. No necesito

«anzuelos».

—Por supuesto. Lo olvidaba, «Cody, el aburrido». ¿Cómo conseguiste conquistar a tu esposa? ¿Le diste un garrotazo por la cabeza y la arrastraste por los cabellos para llevártela a tu cueva, al estilo neandertal?

—Le robaron el coche, vino a poner la denuncia y… ¿Qué diablos te importa? No es asunto tuyo. Lee de una vez el maldito informe y sigamos adelante. Tenemos un caso que resolver.

—Está bien, solo quería ser sociable, pero en fin —Josh enderezó la silla, se inclinó hacia adelante y abrió la carpeta que reposaba sobre la mesa. Entonces leyó con parsimonia en voz alta, para desesperación de Cody—. A ver, Zack Baniter, 30 años, nacido en Brooklyn, de profesión fotógrafo. Vive en Brooklyn…

—Su dirección coincide con la de la víctima —precisó Cody.

—Bien, eran pareja, iban a casarse. Era previsible que compartieran el apartamento —Josh leyó con toda calma. Le divertía exasperar a su compañero. Comenzaba a gustarle esto de tener un hermano a quien sacar de sus casillas. Terminó la lectura con una pregunta—. ¿Tiene antecedentes criminales?

—Hace tres años participó en una pelea donde salieron a relucir navajas. Hubo dos heridos. Uno de ellos el propio Baniter.

—¿Sabría esto la futura novia?

Cody se encogió de hombros antes de responder.

—No es la clase de información que se le proporciona a la chica que quieres cortejar. Sin embargo, si estaban a punto de casarse es posible que prefiriera ser sincero con ella. Este tipo de secretos puede estallarte en la cara en el peor momento.

—¡Ah, pillín! ¿Qué oscuros secretos le escondiste a mi cuñada?

—¿Quieres dejar de bromear? —Se cabreó Cody—. ¡Esto es un asunto serio! Debemos resolver un homicidio, por si no lo recuerdas.

—Claro que lo recuerdo, y te aseguro que me lo tomo muy en serio, pero eso no significa gruñir y morder a todo el que se me cruce por el camino. La vida es muy corta, hermanito. Hay que disfrutar cada día como si fuera el último.

—¡Que no me llames hermano!

—¿Quién de los dos crees que nació primero? —preguntó Josh, meditativo.

—¡Eres insufrible! No sé qué pretendes, pero no me voy a dejar convencer. No eres mi hermano y quiero una prueba de ADN para demostrarlo.

—Por mí, está bien —afirmó Josh encogiéndose de hombros—, pero ahora lo más urgente es dejar de perder el tiempo y entrevistar a Zack, ¿no crees?

Cody llenó sus pulmones de aire para no estrangular a su compañero, quien además lucía una sonrisa llena de sarcasmo que lo exasperaba. Para él, ese era el peor día que recordaba en mucho tiempo. Por fin hicieron pasar al prometido de Marianne.

Zack Baniter entró acompañado de un hombre de mediana edad enfundado en un traje oscuro, y que llevaba un portafolio en la mano. Lo presentó como Marcus Kendrick, su abogado. Cody y Josh cruzaron una mirada de entendimiento. Presentarse a una primera entrevista como testigo con un abogado, subía a Zack varios lugares en «los diez sospechosos más populares».

Se sentaron alrededor de la mesa y Josh comenzó la entrevista.

—Señor Baniter, gracias por venir. Comprendemos que estos momentos deben ser muy difíciles para usted. Me gustaría saber por qué consideró necesario hacerse acompañar por su abogado.

—Es un derecho del señor Baniter —intervino Kendrick.

—Desde luego, pero aun así me gustaría saberlo.

—No confío en la Policía —confesó Zack—. Son todos unos fascistas. Si no son capaces de resolver el asesinato de Marianne tirarán de las estadísticas y tratarán de endilgárselo a la persona más cercana, que en este caso sería yo, por haber sido su pareja. Solo tomo precauciones.

—¿De dónde saca esos prejuicios contra nosotros, señor Baniter? —preguntó Cody—. ¿Tal vez de su experiencia previa cuando fue detenido por agresiones?

—Mi cliente no está obligado a responder a esa pregunta.

—De acuerdo. Le preguntaré algo que sí debe responder. ¿Cómo conoció a la señorita Hackett?

—Nos vimos por primera vez en la boda de una de sus amigas. Yo era el fotógrafo. Conversamos, congeniamos y al final salimos juntos.

—¿Cuándo?

—Hace seis meses.

—Una relación muy corta —opinó Cody—. ¿Sabía que ella sostenía un romance con el doctor Ackerman, un hombre casado?

—Sí, por supuesto. Ella misma me lo contó. No iban en serio. Eso se terminó cuando comenzó a salir conmigo.

—Supongo que eso satisfizo mucho su ego —intervino Josh—. ¿Usted también fue sincero con ella, señor Baniter?

—¿A qué se refiere?

—¿Usted le contó que tenía antecedentes criminales por agresión?

—Sí, Marianne lo sabía. Aquello fue un error. Un momento de ofuscación que terminó mal y he tenido que pagarlo caro desde entonces.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Cada vez que intento conseguir un trabajo fijo, salen a relucir los malditos antecedentes.

—Así que se encuentra desempleado —puntualizó Cody—. Eso puede resultar frustrante.

—No vaya por ahí, detective —le advirtió el abogado—. Que mi cliente no tenga un empleo, no significa que no trabaje.

—¿Puede explicarnos eso, señor Baniter?

—Hago trabajos independientes. Vendo mis fotografías a quienes están dispuestos a pagar por ellas.

—¿Así es como puede cancelarle las facturas a su abogado? —preguntó Josh.

—Ese no es problema suyo, detective. Limítese al asunto que nos trae aquí —protestó Kendrick.

—Todo lo relacionado con la víctima y su entorno es ahora asunto nuestro, abogado —respondió Josh con firmeza—. Y usted lo sabe.

—Tengo algunos ahorros que iban a ser destinados a la boda y el viaje de novios —explicó Zack—. Como comprenderá, ya no tiene sentido guardarlos.

—¿Eran sus ahorros, o también de la señorita Hackett? —preguntó Cody.

Baniter miró a su abogado como si le pidiera permiso para responder. Al parecer, los policías habían puesto el dedo en la llaga. Kendrick asintió, con lo cual autorizó a su cliente para que respondiera. De cualquier forma, los detectives podían averiguar la respuesta y si Zack se negaba a colaborar, él mismo se pondría en la mira.

—El dinero era de los dos —reconoció Baniter—. Abrimos la cuenta cuando decidimos casarnos. Cada uno depositaba un porcentaje de sus ganancias al final del mes.

—Y ahora todo ese dinero es suyo —sentenció Josh.

—¿Oiga, qué insinúa? —preguntó el novio, al tiempo que se incorporaba en la silla. Su abogado lo contuvo.

—Calma Zack. Solo quieren provocarte.

—¿Cómo eran sus relaciones con la víctima? —intervino Cody— ¿Se llevaban bien?

—Si no fuera así, no hubiéramos decidido casarnos, ¿no cree? —respondió Baniter con sarcasmo.

—Sería de esperarse, pero existen relaciones de pareja que son enfermizas —señaló Josh.

—No era nuestro caso.

—¿Dónde estaba usted anoche entre las siete y las nueve?

—Estuve en casa. Marianne había trabajado horas extras esa

tarde y llegaría cansada, así que preparé la cena para que no tuviera que cocinar.

—Es usted muy considerado —opinó Josh—. ¿Estuvo solo? ¿Tiene algún testigo?

—Estuve solo. No sabía que tenía que preparar una coartada.

—¿Nadie puede corroborar lo que afirma? ¿No le pidió azúcar a una vecina? ¿No respondió una llamada por el teléfono fijo del apartamento?

—Me temo que no. Aunque sí hubo alguien que me vio llegar.

—¿Quién?

—La vecina del piso superior. Subimos juntos en el ascensor.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó Cody, mientras tomaba nota.

—A las seis treinta.

—¿Puede decirme el nombre de su vecina, por favor?

—Lo lamento, pero no lo sé. Solo la conozco de vista, pero su apartamento está encima del nuestro.

—De acuerdo, lo comprobaremos —afirmó Cody—. ¿Le habló su prometida de haberse sentido vigilada?

—Ahora que lo dice… me hizo el comentario en un par de ocasiones y alguna vez la acompañé hasta el hospital, pero nunca vimos a nadie sospechoso, así que llegamos a la conclusión de que eran ideas suyas. ¿Cree usted que…?

—De momento no creemos nada, señor Baniter. Solo recogemos información. ¿Sabe si su prometida había recibido amenazas, si tenía miedo de alguien?

Zack se quedó en silencio por unos segundos, mientras trataba de recordar.

—Salvo por esa sensación de sentirse observada, nunca me manifestó miedo, aunque al principio de la relación si me habló de un enfermero del hospital que había sido muy insistente cuando quiso salir con ella y Marianne lo rechazó.

—¿Sabe usted el nombre de ese enfermero?

—Nunca llegó a decírmelo. Supongo que tendría miedo de que lo enfrentara —reconoció Zack.

—Muy bien, señor Baniter. Eso es todo por ahora. Gracias por su colaboración. Nos mantendremos en contacto.

Baniter y su abogado salieron de la sala, mientras Cody y Josh se preparaban para la siguiente entrevista, pero en lugar del testigo, fue Short quien se asomó a la puerta.

—¡Eh, chicos! Parece que tenemos un pequeño problema. El siguiente testigo citado, Elvis Santana, no se presentó.

Capítulo 8.

El desacato a la citación por parte de Santana encendió todas las alarmas del grupo de detectives encargados del caso. No había razón para que el enfermero se negara a acudir a declarar en calidad de testigo si no tenía nada que ocultar. Esa conducta, sumada a que la víctima había manifestado sentirse acosada por él, eran demasiadas coincidencias como para pasarlas por alto. Elvis Santana tenía mucho que explicar. De momento se libró una orden de detención para todas las autoridades del Estado, así como aeropuertos, estaciones de autobuses, y ferroviarias. Si Santana tenía intenciones de salir de Nueva York, no lo tendría fácil. También enviaron una patrulla con una orden de allanamiento para el apartamento del sospechoso.

Mientras encontraban al evasivo enfermero, Cody y Josh se reunieron con Short y Peck para visualizar la grabación de las entrevistas que acababan de realizar, con la intención de precisar los detalles que hubieran podido pasar por alto. Además de los testimonios, era de vital importancia el análisis del lenguaje corporal. Así llegaron a la conclusión de que el doctor Ackerman llegó confiado y autosuficiente, pero se desmoronó en cuanto comprendió que los detectives sabían acerca de su romance furtivo con la víctima y que no era probable que le guardaran el secreto.

—Su temor no está relacionado con la investigación del homicidio —opinó Josh—. Le preocupa que se descubran sus líos de faldas.

—Yo diría que más bien le preocupa que se entere su suegro —puntualizó Jezebel

—De acuerdo. ¿Qué hay de la secretaria?

—Es leal a su jefe. Se siente incómoda por haber recibido una citación a declarar. Es manifiesta su indiferencia por el destino de la enfermera —dijo Peck—. No la escogería como amiga, pero no creo que esté involucrada.

—¡Oye, eres buena en esto! —exclamó Josh con admiración.

—Jezebel estudió kinesia en la Universidad de Illinois —señaló Herman con un orgullo casi paternal.

—¿Kinesia?

—Es el estudio del lenguaje corporal —explicó la detective con modestia. Luego volvió a centrar su atención en la grabación de las entrevistas.

Cody no perdía palabra de lo que decía su colega y tomaba notas de vez en cuando. Miró de reojo a su hermano con desaprobación por haber interrumpido y animó a Jezebel a continuar. Short

avanzó la grabación hasta que llegaron al interrogatorio del empleado del parque.

—Está demasiado nervioso —afirmó la detective—. Su actitud es…

—¿Sospechosa?

—Sí. Yo diría que sí. Se remueve en la silla, no se queda quieto ni un solo momento. Observad sus dedos entrelazados al frente. Forma un escudo con el cual trata de protegerse. Desvía la mirada hacia un lado y evade la de vosotros. Se siente amenazado. Claro, que hay que considerar que el simple hecho de ser citado para declarar en una Estación de Policía por un caso de homicidio causa aprensión en cualquiera. En especial…

—¿En especial…? —la animó Ryan a terminar la frase.

—En especial si ha tenido malas experiencias previas con la Policía, o si tiene algo que ocultar. También podría ser tan solo a causa de una personalidad débil para afrontar las dificultades.

—En otras palabras, que sea un cobarde —apuntó Josh.

—Nuestro trabajo es analizar los gestos de los testigos para progresar en el caso —afirmó Jezebel con el ceño fruncido—. Los juicios de valor están de más aquí Bradbury, o como te llames. Es muy probable que el señor Ibarra tenga buenas razones para sentirse incómodo en una Estación de Policía.

Josh alzó las manos en un gesto de rendición. Por lo visto, el equipo con el cual trabajaba su hermano era bastante quisquilloso, algo que no le sorprendía después de comprobar la rigidez de la que hacía gala Ryan.

—Haya paz —intervino Herman—. Recordad que todos estamos del mismo lado —Peck se relajó ante las palabras de su compañero.

—¿Qué más puedes decirnos, Jez? —preguntó Cody.

—De acuerdo, adelántalo un poco, Shorty. Vamos a ver la entrevista del prometido.

Mientras Herman obedecía, Josh tuvo que hacer grandes esfuerzos para no soltar una carcajada «¿Shorty?» La mirada de advertencia de Cody lo obligó a respirar profundo para contenerse. Ya había tenido suficientes roces con aquellos neoyorquinos como para dar rienda suelta a su sentido del humor. El corpulento detective obedeció a su compañera y ella observó los gestos de Baniter durante todo el interrogatorio. Cuando la entrevista terminó, Jezebel se dirigió a Ryan.

—Tú eres el serio, así que supongo que eres nuestro Cody de siempre —el interpelado asintió—. De acuerdo, aunque el novio se ve muy tranquilo, demasiado para el golpe emocional que acaba de recibir, todo es apariencia. Yo diría que trata de demostrar fortaleza para defenderse, porque si se permite ceder a la pena se va a

desmoronar y él lo sabe.

—¿Dirías que siente culpa?

—No lo sé. Lo que sí puedo decirte es que se encuentra a la defensiva.

—Eso puede indicar que teme ser descubierto —volvió a intervenir Bradbury.

—Tal vez, pero también es posible que sea una reacción normal a una situación amenazante y desconcertante. Recordad que su mundo se descalabró de un momento a otro. Ayer preparaba la boda con su prometida y hoy tiene que organizar su funeral.

—Muy bien —aceptó Cody—. Lo incluiremos en la lista de sospechosos, pero nos mantendremos abiertos a otras opciones.

—Yo pondría al señor Santana a la cabeza de esa lista —opinó Josh.

—Su conducta lo hace sospechoso —reconoció Jezebel—, pero no perdamos de vista que su reacción podría ser simple estupidez. Los seres humanos podemos tener actitudes absurdas ante ciertas situaciones y eso no nos convierte en asesinos.

—Llamarlo estúpido ¿no es un juicio de valor? —preguntó Josh, que vio su oportunidad para desquitarse.

Jezebel lo miró con hostilidad, pero fue Herman quien respondió.

—Ándate con cuidado, Bradbury. Jezebel tiene mucha paciencia con los imbéciles, pero yo no.

—Lo lamento —se excusó Josh, y volvió a recordarse a sí mismo que no debía enfadar al gemelo de Hulk. También hizo una nota mental: «no molestar a la compañera de Shorty».

—No le hagáis caso —les pidió Cody—. Lo más probable es que le haya faltado oxígeno cuando nació.

—¡Eh! Reconozco que soy el forastero y que echáis de menos a vuestra antigua compañera —protestó Bradbury—, pero Short tiene razón. Se supone que estamos del mismo lado. ¿Cuál es vuestro lema? «¿Uno para todos y todos contra el nuevo?»

—De acuerdo, tienes razón —reconoció Jezebel—. Mereces una oportunidad, pero ayudaría mucho que abandonaras esa actitud de sabelotodo. Además, es desconcertante ver a alguien igual a Cody comportándose en forma tan arrogante. Es difícil asumirlo.

—¡Yo no soy arrogante!

—¿Qué os parece si nos centramos en el caso? —propuso Ryan, un poco molesto con la discusión.

—Estoy de acuerdo —dijo Jezebel.

El tono de un teléfono móvil interrumpió la discusión, justo antes de que Josh pudiera responder. Cody lo sacó de su bolsillo y miró la pantalla. Se alejó un poco con expresión preocupada. Luego

regresó al grupo.

—Lo lamento —se excusó dirigiéndose a Short y a Peck—. Las gemelas pasaron la noche con fiebre. Según el pediatra fue un simple resfriado y amanecieron mejor, pero mi esposa me acaba de avisar de que Kevin debió contagiarse, porque ahora está enfermo.

—Lo siento mucho, Cody —le dijo Peck—. Si necesitas ir con tu familia…

—No. Eleonora se hará cargo. Ella y mi suegro van al hospital con el niño. Solo quiso avisarme.

—¿Quién cuida a las gemelas?

—Mi suegra. Estarán bien.

—¿Qué edad tiene Kevin? —preguntó Josh.

—Ocho años —respondió Jezebel.

—¡No te importa! —exclamó Cody al mismo tiempo.

—Se pondrá bien —lo animó Josh—. Si necesitas ayuda, hermano, puedes contar conmigo.

—¡Que no me llames hermano! Y ni sueñes con acercarte a mi familia. No confío en ti. No sé cuáles son tus intenciones o qué quieres de mí, pero no creo que hayas pedido traslado aquí por casualidad, así que si crees que voy a llevarte a mi casa para invitarte a cenar, ya puedes cambiar de planes.

Josh suspiró con resignación. Era cierto que no había terminado en esa Estación por casualidad, pues el apellido «Ryan» actuó en él como un poderoso imán, pero el encuentro con Cody había sido una sorpresa también para él. Comprendía la desconfianza de su posible hermano, pero debía encontrar la forma de traspasar esa barrera. Era fundamental para alcanzar sus objetivos.

—No me refería a conocer a tu familia —le respondió Bradbury con tono amable—, sino a cubrirte en el trabajo si necesitas acompañar a tu esposa en este trance.

—Es una propuesta muy amable, Cody —intervino Jezebel—. Tal vez deberías darle una oportunidad. Es verdad que se comporta como un imbécil, pero parece buena persona y creo que es sincero.

Ryan se relajó un poco. Tal vez más por las palabras de Peck que por la propuesta de Bradbury. Confiaba mucho en el criterio de su colega en cuanto a sus juicios sobre el comportamiento humano.

—De acuerdo, me disculpo contigo, Josh. No tenía derecho a hablarte así, pero todavía no estoy seguro de que entre nosotros exista ningún parentesco y no te conozco lo suficiente para presentarte a mi familia. Además de que para ellos sería desconcertante y no sabría darles una explicación razonable…

—Lo comprendo.

—Te agradezco mucho tu disposición a ayudarme, en especial después de la forma en que te he tratado, pero quienes somos

padres sabemos que los resfriados, alergias y dolores de estómago son algo cotidiano. No podemos ausentarnos del trabajo cada vez que ocurre algo así. Nos preocupamos, claro, y estamos atentos a la evolución de los chiquillos, pero debemos trabajar, y confiar en el apoyo de nuestros parientes. Mi esposa sabrá resolver la situación y tiene el respaldo de sus padres. Si llega a necesitarme, me llamará.

—Aun así, mi oferta de ayuda sigue en pie.

—Lo tendré en cuenta. Ahora volvamos a centrarnos en resolver el homicidio. Quiero que solicitemos la grabación de la llamada al 911 para analizarla.

—Yo me ocuparé de eso —dijo Jezebel.

—Herman, ¿podrías averiguar cuándo será llevada a cabo la autopsia?

—Cuenta con ello, Cody.

—De acuerdo. Tú, ven conmigo, compañero —le dijo a Josh—. No podemos quedarnos de brazos cruzados mientras encuentran al enfermero fugado.

—¿Adónde vamos?

—A comprobar la coartada del novio. Vamos a conocer a la vecina del piso de arriba.

Capítulo 9.

Cody y Josh llegaron a su destino al cabo de cuarenta y cinco minutos. Aunque se encontraba cerca de la Estación de Policía, un atasco los había demorado. Pese a que no le apetecía mucho hablar del tema, Ryan se propuso averiguar qué se traía entre manos su compañero, así que le hizo algunas preguntas que parecían inocentes.

—Lamento mucho mi comportamiento. Por lo general no soy tan antipático, pero todo esto me ha tomado por sorpresa.

—Descuida, lo comprendo —respondió Bradbury—, para mí también ha sido inesperado.

El silencio se volvió a apoderar de la cabina del automóvil durante unos minutos. Cody volvió a intentarlo.

—¿Has vivido mucho tiempo en Orlando?

—Desde que tengo memoria.

—Te debe resultar extraño el ambiente de Nueva York.

—Es muy diferente, pero ya lo había visitado un par de veces.

—¿Por turismo?

—Por investigación.

—¿A causa de algún caso importante?

—¿Adónde quieres llegar, Ryan?

—¿Qué haces aquí, Bradbury? Y no me digas que viniste porque querías vivir en «La Gran Manzana». Eres el primer policía que conozco que pide traslado de Florida a Nueva York. Debes tener motivos personales y muy poderosos.

—Ahora soy yo quien podría decirte que no es asunto tuyo.

—Andas por ahí con mi cara y afirmas ser mi hermano gemelo. Por supuesto que es asunto mío.

—De acuerdo, he venido a Nueva York a buscar mis orígenes.

—¿En serio? Tienes 32 años. ¿Qué importancia podría tener ya?

—Para mí la tiene. Crecí convencido de que era el hijo biológico de mis padres. Nunca me hablaron de mi adopción. Lo descubrí por coincidencia cuando encontré unos viejos papeles mientras limpiaba el desván de la casa de mi madre. Entonces supe que había nacido en Queens y que era adoptado. Cuando confronté a los Bradbury, se negaron a proporcionarme detalles. Estoy decidido a llegar al fondo de este asunto.

—¿Cuándo lo descubriste?

—Hace algunos años. Poco antes de terminar la licenciatura.

—¿Tienes estudios universitarios?

—En realidad, no. Cuando me enteré de mi origen abandoné la universidad y entré en la Policía. Comprendí que de esa forma

tendría mejores oportunidades de averiguar la verdad.

—¿Me dices que dejaste los estudios universitarios y entraste en la Policía para investigar tus orígenes?

—En ese momento tenía sentido.

—¿Qué estudiabas?

—Leyes.

—¿Cuánto tiempo te faltaba para licenciarte?

—Dos meses.

Cody abrió los ojos con sorpresa y lo miró como si Josh estuviera loco. Su mayor deseo siempre había sido completar estudios universitarios, aspiración que se vio frustrada por la muerte de su padre cuando él apenas contaba diecisiete años. ¡Y el necio que tenía a su lado había abandonado esa oportunidad por un berrinche! Concentró toda su atención en el camino. Debía haber algo más. No era posible que alguien fuera tan estúpido.

—¿Qué hay de ti? —preguntó Josh al cabo de unos minutos.

Ryan dudó por un momento. No estaba seguro de querer compartir la historia de su vida con un desconocido, por muy grande que fuera su parecido con él. Sin embargo, Bradbury le había respondido sin reticencias. Que le hubiera contado la verdad, ya era algo que tendría que averiguar por sí mismo. Decidió que no perdía nada por proporcionarle alguna información, así que respondió.

—Siempre supe que era adoptado. Mis padres me lo contaron en cuanto pude comprender lo que eso significaba, así que el asunto nunca tuvo mayor importancia para mí. Cuando tenía diecisiete años mi padre adoptivo murió, así que tuve que buscar un empleo pocos meses antes de terminar el *High School*. Aprobé el Certificado de estudios algunos días antes de cumplir los dieciocho años y entonces me alisté.

—¿Estuviste en el ejército?

—Serví en Irak por dos años.

—¿En serio?

—Al volver a casa entré en la Policía. Lo demás, lo puedes imaginar.

—¿Te contaron algo los Ryan acerca de los detalles de tu adopción?

—No —reconoció Cody—. En realidad, tampoco he tenido nunca mucho interés en el asunto. Solo sé que nací en Queens, que mi madre biológica era soltera y que me dio en adopción al nacer. Los Ryan eran los primeros en la lista de espera para adoptar. Habían realizado la solicitud dos años atrás.

—¿Nunca te dijeron que tenías un hermano gemelo?

—Dudo que lo tenga —replicó Cody con terquedad—. Ya

llegamos.

Ryan aparcó en una amplia avenida. La dirección de la víctima y su prometido correspondía a un edificio de nueve pisos con fachada de obra vista. Resaltaba entre las construcciones vecinas, que eran de menor altura. Josh solo pudo ver dos comercios cercanos: uno era un Mini Market y el otro un *Spa*. Ambos hacían esquina. El resto de la calle era residencial.

Cuando salieron del auto, Josh sintió que el frío lo penetraba por cada poro, pese a la chaqueta del traje de lana de su hermano. Miró en dirección a Cody y comprobó que parecía sentirse cómodo. Por tercera vez en ese día, Bradbury echó de menos Florida. Mientras entraban en la edificación y subían en el ascensor, Josh se preguntó si habría cometido un error al trastocar su propia vida al pedir traslado para investigar un hecho que ocurrió treinta y dos años atrás. Entonces recordó lo que encontró junto a los papeles de adopción. El documento que no mencionó en su conversación con Ryan. Aquello no debió estar allí, a menos que… No quería pensar en eso y sin embargo tenía que saberlo. Era demasiado terrible como para ignorarlo, sin importar el tiempo que hubiera transcurrido. Las consecuencias de lo que encontró junto a la orden de adopción del Juzgado impactarían su realidad y la de Cody.

¿Y si solo se trataba de una casualidad? ¿Si el papel pertenecía a otra carpeta y había terminado allí por azar? Entonces habría creado una tormenta en un vaso de agua. Se habría tratado de una adopción corriente, pero entonces, ¿por qué lo separaron de su hermano? ¿Era aquello lógico, o habitual? La existencia de Cody solo reforzaba sus peores sospechas. Además, estaba el apellido: Ryan. Estaba seguro de que no se trataba de una coincidencia.

Sumido en sus pensamientos, cuando volvió a prestar atención a la realidad ya se encontraban frente al apartamento de la vecina de Baniter. Les abrió la puerta una dama que rondaba los setenta años y se presentó como la señora Hanson. Después de expresarles su horror por lo que había ocurrido, los invitó a pasar y les ofreció agua y café, como si estuvieran allí en una visita social. La buena ciudadana respondió con amabilidad a todas sus preguntas, pero la entrevista duró poco tiempo, pues la señora Hanson confirmó su encuentro con Baniter en el ascensor el día anterior. Después de eso no volvió a verlo. De manera que la coartada del prometido no era muy sólida, pues nada impedía que hubiera vuelto a salir, con lo cual no podía justificar dónde estuvo cuando mataron a su novia. Los detectives indagaron en el edificio con la ayuda del portero, pero nadie pudo asegurarles que Baniter estuviera en su apartamento después de las siete de la tarde del día anterior. Aunque tampoco nadie lo vio salir.

Ambos policías les agradecieron su colaboración a los vecinos y se marcharon. Decidieron comer algo antes de regresar a la Estación de Policía, así que se detuvieron en un local de hamburguesas y compartieron un almuerzo ligero en silencio.

De regreso en el auto discutieron acerca del caso. Llegaron a la conclusión de que tenían demasiadas alternativas y pocas evidencias que señalaran el camino correcto. Cody depositaba sus esperanzas en la colilla encontrada detrás de los arbustos. Estuvieron de acuerdo en solicitar una orden para hacer una prueba comparativa del ADN a cada uno de los sospechosos. Por otro lado, la forma en que fue encontrada Marianne, desnuda de la cintura hacia abajo, hacía presumir que también había sido víctima de violación, lo cual indicaría que buscaban a un hombre, pero para tomar esa decisión sería necesario esperar a la autopsia.

La atención de Josh estaba dividida entre el caso que tenían que resolver y el asunto de la adopción. Estaba seguro de que no había una forma diplomática de decirle a Ryan lo que debía saber, así que hizo acopio de valor y abordó el tema.

—¿Tu padre se llamaba Frank Ryan?

—¿Cómo sabes eso? —repreguntó Cody, al mismo tiempo que sentía activarse todas sus alarmas.

—Encontré su nombre en algunos de los papeles que te mencioné que estaban en el desván de mi madre.

—Sí. Ese era su nombre —admitió Ryan, con reticencia—. ¿Qué tenía que ver mi padre con tu adopción? No lo entiendo.

—Yo tampoco. Tal vez tu madre podría aclarárnoslo.

—Por supuesto que no. Deja a mi madre fuera de esto. Es una mujer mayor que no necesita que vengas tú a complicarle la vida. Eres adoptado, sí. ¿Y qué? Yo también lo soy. Supéralo, Bradbury. Hay millones como nosotros.

—¿Hay millones de gemelos separados al nacer?

—Eso está por verse. El parecido podría ser una coincidencia.

—Vamos, Cody. Ambos nacimos en Queens. ¿Qué día es tu cumpleaños?

—No te importa.

—El 20 de mayo de 1985 —afirmó Josh—. Igual que el mío — La expresión de Ryan le confirmó a su hermano que no se equivocaba—. Nacidos en el mismo barrio, en la misma fecha y somos idénticos como dos gotas de agua. El nombre de tu padre aparece en un documento relacionado con mi adopción. ¿Y todavía insistes en que no somos hermanos?

—Supongo que existe esa posibilidad… —cedió Cody—, pero no tendremos la certeza hasta que no hayamos realizado la prueba de ADN.

—De acuerdo. ¿Y entonces qué? ¿Cómo conseguirás negar lo evidente? ¿Por qué te resistes tanto a la idea de que tienes un hermano gemelo? ¿Será porque sospechas la verdad?

—¿Qué verdad? —preguntó Cody, al mismo tiempo que sentía un nudo en el estómago.

—Que hubo algo turbio en el proceso de nuestra adopción. Que algo extraño ocurrió para que nos separaran al nacer.

—¡Por supuesto que no!

—¿No quieres saber en qué documento encontré el nombre de tu padre adoptivo?

Cody sintió que lo invadía un sudor frío. Recordó cuando tenía siete años y su padre le contó la verdad: «eres adoptado porque no podíamos tener hijos propios, pero te queremos más que si llevaras nuestra sangre. Tu madre fue una buena mujer que quedó embarazada siendo soltera, así que no podía proporcionarte todo el bienestar que debe tener un bebé. Por eso te cedió a nosotros, que ahora somos tu familia. Si tienes alguna duda, pregunta ahora, porque este es un tema que no volveremos a discutir». Y así fue. Nunca se volvió a hablar acerca de la adopción. Cody lo aceptó con naturalidad, pero después de hacerse policía comenzó a preguntarse por qué las discusiones sobre su origen habían sido decretadas tabú en su familia. Cada vez que le surgía la duda trataba de pensar en otra cosa. No quería saber. Los Ryan fueron padres afectuosos y gracias a ellos disfrutó de una infancia feliz. Él había formado su propia familia y no necesitaba despertar fantasmas del pasado. Sin embargo, Bradbury no se dejaría desanimar con tanta facilidad.

—¿Cody?

—No, no me interesa saber dónde viste el nombre de mi padre.

—Aun así te lo voy a decir: estaba en el comprobante de una transacción bancaria. Dos días después de nuestro nacimiento, mi padre le hizo una transferencia por trescientos mil dólares.

Capítulo 10.

De vuelta en la Estación de Policía, Cody y Josh se dirigieron al Departamento de Investigaciones, que a esa hora mantenía una actividad febril. Algunos se concentraban en sus ordenadores, ocupados en redactar informes, indagar en la base de datos y la herramienta administrativa de la Policía de Nueva York conocida como el ComStat. Otros se movían por la habitación para buscar un vaso de agua, o para mostrarle un documento a un colega.

A Josh le dio la impresión de que se encontraba dentro de una colmena. Cody avanzó con resolución hasta su mesa, ignorante de los sentimientos de su hermano, encendió el ordenador y comenzó a teclear.

Después de un largo y nostálgico suspiro, Josh lo siguió hasta el escritorio *Hello Kitty*. Recuperó el sentido del humor cuando se sentó frente a las fruslerías con los motivos de la pequeña gata japonesa que poblaban su escritorio. Siempre había sido proclive a reírse de sí mismo y hacerlo en aquel momento lo ayudó a relajarse. Mientras cogía el bolígrafo con cabeza de gata, se preguntó cómo conseguía Joanna concentrarse en su trabajo con todo aquello sobre la mesa. Decidió que necesitaba recoger las pertenencias de Varley y hacer suyo ese espacio. Se preguntó cómo se lo tomaría Cody.

Ryan apartó los ojos de la pantalla y frunció el ceño al ver a su compañero que jugueteaba con el bolígrafo.

—¿Piensas quedarte ahí sentado sin hacer nada? —le reclamó con voz airada—. ¿No crees que tengamos suficiente trabajo por hacer?

—¡Sí, señor! ¡A sus órdenes, señor! —exclamó Bradbury mientras se enderezaba en el asiento, simulaba un saludo militar, y sonreía con ironía—. ¿Qué debo hacer?

—Sabes muy bien que no soy tu jefe —le increpó Cody, iracundo. Lo último que necesitaba era un compañero payaso, que además luciera igual que él.

—Sin embargo, eres quien da las órdenes en el equipo, ¿no es así? —preguntó Josh, mientras lanzaba al aire y recogía una pelota antiestrés blanca y rosada.

—¿Quieres dejar de jugar con eso? —dijo Ryan, al mismo tiempo que atrapaba la pelota en el aire y la volvía a dejar sobre la mesa—. Tenemos un homicidio que resolver. Mis hijos tienen más madurez que tú.

—Con un padre así, no lo dudo.

—¿Alguna novedad, chicos? —preguntó una voz grave a espaldas de Josh. Este miró hacia atrás y pudo ver a Jezebel y a

Herman que se acercaban.

—La visita a la vecina no aportó mucho —reconoció Cody—. La señora Hanson confirmó la hora de llegada de Baniter a su casa, pero no sabemos si volvió a salir.

—Es una lástima, ayudaría mucho poder excluirlo o confirmarlo como sospechoso —reconoció Short.

Los recién llegados concentraban su atención en Ryan y este en ellos, sin mirar a Bradbury. Aliviado por haberse librado de la bronca, Josh encendió su terminal y comenzó a teclear.

—¿Qué decís vosotros? —preguntó Cody— ¿Algún avance?

—La buena noticia es que encontraron a Santana —les anunció Jezebel—. Lo detuvieron cuando intentaba subirse a un autobús con destino a Oklahoma City.

—¿Oklahoma City?

—Es su ciudad natal. Por lo visto, el señor Santana no tiene mucha imaginación.

—De acuerdo, después de su conducta será interesante saber qué tiene que decir. ¿Cuándo se llevará a cabo la autopsia? —preguntó Ryan dirigiéndose a Short.

—Mañana a primera hora. Por desgracia, los forenses están a tope de trabajo. Es lo máximo que pude conseguir, Cody.

—Está bien. No te preocupes, es más de lo que esperaba. ¿Y la grabación de la llamada al 911?

—La escuché varias veces y estuve analizándola hasta hace pocos minutos —les informó Peck—. Como era de esperarse, la voz de Ibarra estaba entrecortada por la emoción y tartamudeó mientras proporcionaba los datos que le preguntó la operadora. Dudó unos segundos cuando le pidieron su nombre. Creo que estuvo a punto de colgar y dejar que quedara como una llamada anónima, pero debió comprender que no sería difícil que dedujéramos quién había solicitado ayuda, así que cambió de opinión y se identificó.

—¿Tus conclusiones?

—Todo esto le causa terror, pero no creo que esté involucrado. Si es así, se trata de un actor de premio Óscar —opinó Jezebel.

—Me pregunto qué atemoriza tanto al señor Ibarra —intervino Short sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Tendrá algo que ocultar?

—Su pasado —sentenció Josh, sin ningún atisbo de duda en su voz.

—¿Qué?

—Pues que mientras vosotros perdíais el tiempo en vuestra conversación, yo entré en la base de datos y busqué al señor Osvaldo Ibarra. Es interesante lo que encontré.

—¡Serás caradura! —exclamó Cody, lo cual causó una sonrisa de

satisfacción en el rostro de Josh—. ¿Qué encontraste?

—Nuestro amigo tiene antecedentes criminales. Tanto él, como su hermano Richard pertenecieron a una pandilla hasta hace algunos años. A su hermano lo asesinaron en un tiroteo con otra facción por peleas territoriales, entonces él abandonó el grupo.

—¿A qué pandilla pertenecía?

—Los *Hoodstarz* —Short soltó un largo silbido.

—¿Os resultan familiares?

—Se trataba de una pandilla que azotaba el este de Brooklyn. Se comunicaban a través de las redes sociales mediante mensajes cifrados. Recibieron un importante revés hace algunos meses, después de un laborioso trabajo de inteligencia que permitió descifrar el código. Arrestamos a cuarenta y tres de sus miembros —explicó Herman con orgullo—. Si Osvaldo estuvo con ellos, es comprensible que tenga miedo de verse involucrado en cualquier investigación policial.

—Lo convierte en alguien capaz de cometer el crimen —señaló Cody.

—¿Alguna vez fue arrestado?

—En una ocasión, durante una redada —confirmó Josh, mientras leía el expediente—. Le encontraron un par de papeletas de droga encima. Sin embargo, lo soltaron a las pocas semanas. Al parecer, ocupaba un lugar muy bajo en la jerarquía de la pandilla.

—¿Fue reclutado como informante? —preguntó Ryan. Bradbury lo miró sin saber qué decir, así que se dirigió a Short—. Herman, por favor habla con Powers. Él debe tener acceso a esos datos.

—De acuerdo, Cody.

—¿Hay registro de que Ibarra se hubiera involucrado en un crimen violento? —preguntó Peck.

—No. Solo la posesión de droga.

—¿Cuándo se retiró? —preguntó Ryan.

—En el 2013.

—Eso fue tres años antes de la redada.

—Tal vez vemos el panorama desde el ángulo errado —sugirió Peck.

—¿A qué te refieres?

—Es posible que el miedo del señor Ibarra no esté relacionado con nosotros. Al menos, no en forma directa.

Josh agitó el bolígrafo de *Hello Kitty* que sostenía en la mano y sonrió con complicidad.

—Creo que sé lo que piensas… Si Ibarra colaboró con los policías que investigaban a la pandilla y los ayudó a descifrar los códigos, es probable que tenga miedo de que la investigación sobre sus antecedentes saque a la luz una información que podría ser

peligrosa si alguno de los *Hoodstarz* llega a saberlo.

—¡Ese es mi punto! —afirmó Peck, triunfal. Luego miró a Ryan —. Tu hermano es muy listo.

—¡Que no es mi hermano! —protestó Cody—. De acuerdo, si consideramos esta opción, debemos ir con cuidado con respecto a la investigación de Ibarra. Veamos qué tiene que decir el jefe, pero ni una palabra a nadie más. Con esto avanzamos en la investigación del empleado del parque, y ya sabemos que la coartada de Baniter no es sólida, pero no olvidemos al doctor.

—Debemos investigar sus finanzas —sugirió Josh—. Podríamos saber mucho de él si averiguamos cómo gasta su dinero…

—Y con quien —completó la idea Cody—. ¿Podrías hacerte cargo, Jezebel?

—Por supuesto, cuenta con ello.

Ryan se recostó en la silla mientras pensaba en cuál sería el siguiente paso. Los demás también se relajaron. Entonces notaron que el resto de los detectives apagaban los ordenadores, estiraban los músculos, se ponían las chaquetas y recogían las carteras. Josh miró el reloj de la pared y comprobó la hora. Se concentraron tanto en el caso que ni siquiera notaron que había concluido la jornada.

—Parece que es todo por hoy —afirmó Jezebel.

—Debemos continuar —opinó Ryan—. Ni siquiera hemos reducido la lista de sospechosos.

—Vamos, Cody, mírate. Casi no te tienes en pie por el cansancio después de la noche que os dieron las gemelas. Eleonora debe estar igual, o peor que tú. Además, tu hijo también se contagió…

—Las niñas están mejor.

—No sabes cómo pasarán la noche. Cuando los niños tienen fiebre, la evolución es impredecible —argumentó Jezebel—. Tu esposa necesitará que la ayudes. Te debes a tu familia, además de que todos merecemos un descanso. Yo quiero ver a mi hijo. De cualquier manera tenemos que esperar a la autopsia y los resultados del laboratorio para poder avanzar.

—Podríamos interrogar a Santana —insistió Ryan.

—Seremos más eficientes por la mañana, cuando hayamos descansado.

—¿Qué pasa si su abogado le consigue una fianza y vuelve a desaparecer?

—¿Crees que algún juez le va a otorgar fianza después de haber huido? —preguntó Short, en apoyo a su compañera.

—Está bien. Supongo que tenéis razón —se rindió Ryan—. Continuaremos mañana. ¿A qué hora es la autopsia?

—A primera hora.

—Tú y yo la presenciaremos —le dijo Cody a su hermano—.

Supongo que no te mareas en las autopsias.

—Desde luego que no.

—De acuerdo, Herman te dará la dirección de la morgue —sentenció Ryan, mientras apagaba el ordenador, se levantaba de la silla y se ponía la chaqueta. ¿Dónde te alojas?

—En un hotel —respondió Bradbury—. Hasta que encuentre apartamento.

—Muy bien. Entonces nos vemos mañana. Me voy a casa.

Josh observó a su compañero mientras se alejaba en dirección a la puerta y se sintió abrumado cuando tomó conciencia de que la espalda que veía pertenecía a su hermano. A su gemelo, cuya existencia no sospechaba hasta hacía pocas horas. Por su parte, Cody decidió que antes de volver a su casa, le haría una visita a su madre. Necesitaba respuestas.

Capítulo 11.

La oscuridad cubría la ciudad cuando Cody bajó del auto frente al bloque de apartamentos donde vivía su madre. Era un barrio peligroso, pero era su barrio. Conocía bien a sus gentes y a su vez él era reconocido y aceptado entre ellos, aunque fuera policía. No sentía ningún temor cuando recorría sus calles. Cruzó el portal, donde una solitaria bombilla de pocos vatios se esforzaba en dominar las sombras con poco éxito. Subió las escaleras, las mismas que había recorrido a toda carrera durante su infancia miles de veces. En la medida que avanzaba lo invadieron los olores de los alimentos que se preparaban para la hora de la cena, cocinas adentro. La acritud de las coles hervidas se mezclaba con la animosidad de las frituras, en un batiburrillo que le resultaba demasiado familiar, porque eran los aromas de su infancia, de un tiempo feliz en el que su única preocupación era aprobar el curso y recibir un elogio de sus padres, o que el equipo de baloncesto de su escuela, en el cual jugaba, ganara el próximo campeonato.

En la medida en que subía, las piernas le pesaban más. Y no era por falta de entrenamiento, sino por lo que sabía que le esperaba cuando llegara a su destino. En cuanto se vio reflejado en el rostro de Bradbury, un perfecto desconocido del que nunca había escuchado hablar, pero que era su vivo retrato, supo que a partir de ese momento su vida no volvería a ser la misma. Y eso era lo que rechazaba con todas sus fuerzas. Se negaba a reconocer lo evidente; que Josh era su hermano gemelo y que por alguna razón, alguien los había separado al nacer. No quería admitirlo porque eso representaría un quiebre en su vida. Y a Cody le gustaba su vida tal cual era.

Cuando llegó al segundo piso y estuvo frente a la puerta de su madre, dudó un momento antes de presionar el timbre. Alice no gozaba de buena salud, por lo que tendría que ser muy cuidadoso en sus planteamientos. La puerta se abrió y en el umbral apareció una mujer de edad avanzada con un poco de sobrepeso, los ojos azules risueños, pero apagados y el cabello cano, recién arreglado. La sonrisa que su madre desplegó al verlo consiguió que Ryan se sintiera culpable por lo que iba a hacer.

—¡Cody, que alegría verte por aquí! No te esperaba a esta hora —Entonces Alice cambió la expresión de alegría por una de preocupación—. ¿Los chicos están bien?

—Ellos están muy bien, mamá. Un poco resfriados, pero nada serio.

—¿Me estás diciendo la verdad? —preguntó ella, mientras se

hacía a un lado para dejarlo pasar—. Pareces preocupado.

—Solo estoy cansado. Anoche les dio fiebre a las gemelas, así que Eleonora y yo dormimos muy poco.

—¿Te apetece un café? ¿Quieres quedarte a cenar conmigo?

—Gracias mamá, pero me esperan en casa y si tomo café a esta hora no podré dormir —se excusó Cody, mientras tomaba asiento en el sofá de la sala.

—Me alegra mucho verte, hijo, y sabes que puedes venir a visitarme cuando tú quieras, pero no es habitual que lo hagas a mitad de la semana y a esta hora. ¿Qué ocurre?

—Hubieras sido una gran detective, mamá —la alabó Cody al mismo tiempo que soltaba un suspiro de resignación. Aunque no le gustaba la idea, tenía que plantear el asunto por el que estaba allí esa noche—. He venido porque necesito que me aclares algunas dudas.

—¿Sobre qué?

—Sobre mi adopción.

Alice palideció.

—¿A qué viene ese interés ahora, Cody, después de tantos años?

—¿Sabes si tengo un hermano?

—¿Un hermano? Por supuesto que no. Tu madre era soltera y primeriza. Murió después del parto, así que te puedo asegurar que no tienes hermanos.

—Me refiero a un hermano gemelo.

—¿De dónde sacas esa idea?

Ryan no respondió. Como buen detective, tenía claro que si le decía la verdad a su madre, ella podría acomodar las respuestas dependiendo de lo que él supiera. Detestaba emplear su entrenamiento como policía, pero no veía otra alternativa.

—¿Qué sabes de las circunstancias de mi adopción?

Alice suspiró. Siempre temió que llegara este día, pero conforme pasaban los años se sentía más confiada. Cody nunca había mostrado curiosidad por su condición de adoptado, ni había tenido la inquietud de indagar acerca de su familia biológica, como sí le ocurría a otros chicos. La desconcertaba que hubiera formulado preguntas concretas sobre el tema después de tanto tiempo. Algo tuvo que ocurrir para que surgiera esa inquietud en su hijo.

—Te confieso que no sé mucho. Tu padre fue quien se hizo cargo.

Cody frunció el ceño, pues la situación le pareció extraña.

—¿No es la adopción un asunto que debe decidirse en pareja?

—No me interpretes mal. Por supuesto que adoptar fue una decisión que tomamos los dos. Hicimos la solicitud y cumplimos con todos los requisitos en cuanto comprendimos que el hijo que

tanto deseábamos no llegaría por vía natural. En aquellos años, la inseminación artificial no era una opción al alcance de cualquiera, como ahora. Así que si no podías tener hijos los adoptabas, o te resignabas. Nosotros escogimos la primera opción.

—Comprendo. ¿Quién llevó a cabo los trámites?

—Lo hicimos a través de una agencia. Un abogado asignado por ellos nos orientó durante todo el proceso.

—Te voy a hacer una pregunta que para mí es muy difícil de formular, pero te pido que seas sincera con tu respuesta.

—Siempre lo soy, Cody. ¿De qué se trata?

—¿Hubo algo ilegal en el procedimiento?

Alice dio un respingo. Una pregunta como esa formulada por Cody le causaba temor, inseguridad y desconcierto. Sin embargo, la respondió.

—No, hijo. Todo se realizó de acuerdo con la ley y con corrección —afirmó su madre con voz firme—. Hicimos la solicitud en la agencia, cumplimos con todos los requisitos y esperamos con paciencia dos años. Entonces nos dijeron que una joven de Queens estaba embarazada y quería dar a su hijo en adopción, pero su condición era conocer a los futuros padres adoptivos, porque necesitaba asegurarse de que su bebé tendría un mejor futuro que si permanecía con ella. Tu padre y yo éramos los siguientes de la lista. Nos reunimos en esta misma sala y tu madre quedó satisfecha. Lo demás lo puedes deducir.

—Hace unos minutos me confesaste que no conocías los detalles de la adopción porque papá se encargó de todo. ¿Puedes explicármelo?

—Me refería a los momentos que rodearon el parto. En esos días estuve enferma y necesité cirugía, así que tu padre fue quien te recibió de manos del abogado que llevaba la adopción. Frank se ocupó de ti hasta que yo me recuperé. Él te amaba mucho. Lo sabes, ¿verdad, hijo?

—Por supuesto que lo sé.

Ryan se quedó en silencio por unos momentos, mientras ponía en orden sus ideas. Alice rezó para que sus palabras calmaran la inquietud de su hijo. Una inquietud que a ella la había acompañado por años.

—Mamá, ¿te dice algo el nombre Bradbury?

—Creo que es un famoso escritor, ¿no es así?

—No me refiero al escritor, sino al apellido. ¿Conociste a alguien con ese nombre?

—No, estoy segura de que no.

—¿Y papá?

—No, que yo sepa. ¿Por qué?

—¿Quién fue el abogado que os ayudó con los trámites?

—Espera que haga memoria… Han pasado muchos años… Sí, ya lo recuerdo —afirmó con una sonrisa triunfal—. Era el licenciado Tofts. Reynolds Tofts.

Cody sacó del bolsillo su pequeña libreta y un bolígrafo para tomar nota del nombre.

—¿Recuerdas el nombre de mi madre biológica?

—¿Para qué quieres saberlo? ¿Qué importancia tiene ya, después de tantos años?

—¿Lo recuerdas? —insistió Ryan.

—Solo me dijo su nombre. Fue un encuentro informal, así que no llegó a mencionar su apellido. Se llamaba Haylie y era de un pequeño pueblo de Arizona.

—¿Lo que dices es que no estabas interesada en saber el nombre de la madre biológica de tu futuro hijo? ¿Su dirección, si tenía familia? ¿Qué hubieras hecho en caso de necesitar ponerte en contacto con ella?

—Para eso estaba la Agencia. Si Haylie no hubiera insistido en conocernos, es posible que nunca nos hubiéramos encontrado —afirmó Alice con nerviosismo al sentirse juzgada por su hijo.

—¿Qué puedes decirme de la Agencia? ¿Recuerdas el nombre?

—«Spardise». ¿A qué vienen todas estas preguntas de repente, Cody?

—Nada, simple curiosidad.

—Hijo, después de casi treinta años sin mencionar la adopción, me visitas a mitad de la semana, después de un día de trabajo, haces preguntas para conocer todos los detalles posibles —planteó Alice, con el mismo tono que empleaba cuando él era un niño y hacía alguna travesura—, me interrogas sobre este asunto sin darme ninguna explicación y pretendes que te crea que no existe una buena razón para ello.

—Tal vez si haya una buena razón, mamá, pero no quiero que te preocupes, porque es posible que no tenga la menor importancia.

—¿Por qué no me lo cuentas, Cody?

—Porque todavía no tengo claro que haya algo que contar —confesó él, mientras se ponía de pie—. No te preocupes, si descubro algo que debas saber, te lo diré. Nunca han existido secretos entre nosotros. ¿Verdad, mamá? —dijo con un leve tono sarcástico.

—Por supuesto que no. Estás muy extraño, Cody.

—Estoy bien. Solo un poco cansado por la noche que nos dieron las gemelas y hoy el día ha sido complicado en el trabajo. Una chica apareció muerta en Prospect Park y me han asignado el caso.

—Lo leí esta mañana en el periódico. ¡Es espantoso! ¿Tú lo investigas?

—Así es. Junto con Herman, Jezebel y… mi nuevo compañero.

—¿Tienes un nuevo compañero? ¿Joanna todavía está de permiso?

—Sí. Además, ha solicitado que la trasladen a un cargo administrativo. Así que tengo un nuevo compañero.

—¿Es un chico agradable? ¿Tenéis cosas en común?

Cody hizo una pausa mientras decidía cuánto debía contarle a su madre.

—Su nombre es Josh. Supongo que es más agradable que yo. Y no te imaginas cuánto tenemos en común.

Él se despidió de Alice, quien le arrancó la promesa de hacerle una visita con sus nietos en cuanto dispusiera de tiempo libre. Cody salió de la casa de su madre con una sensación de desasosiego, pues su instinto de policía le decía que ella le ocultaba algo.

El ánimo de la señora Ryan no era mejor. En cuanto su hijo salió, ella se asomó a la ventana y esperó a verlo subir a su auto y dejar el barrio con rumbo a su casa. Solo entonces, Alice corrió a su dormitorio y rebuscó entre las cajas que acumulaban polvo en la parte alta del armario. Estaba segura de que estaba allí, aunque hacía años que la había guardado con la esperanza de no necesitarla nunca. Por fin la encontró.

La caja de zapatos que buscaba estaba intacta, olvidada desde que Frank le confesó su existencia. La abrió y rebuscó entre los pocos papeles que contenía, hasta que localizó la tarjeta tan anhelada y a la vez temida. Con ella en la mano y lágrimas en los ojos, la señora Ryan cogió el teléfono. Después del tercer timbrazo le respondió una voz masculina. Ella no se molestó en saludar, sino que fue directa al asunto que le preocupaba.

—Soy Alice Ryan. Antes de morir, mi esposo me dio instrucciones de comunicarme con usted si había problemas. Creo que tenemos uno.

Capítulo 12.

Al día siguiente, cuando Cody llegó al hospital que albergaba la morgue, ya su gemelo lo esperaba en la puerta. Josh usaba vaqueros, botas de campaña y una chaqueta de senderismo con la cremallera subida hasta el cuello. Se paseaba de un lado a otro, mientras sostenía un vaso humeante de polipropileno, del que de vez en cuando bebía un sorbo. Era evidente que tenía frío. ¡En primavera! Ryan no quería imaginarse cómo le sentaría el invierno neoyorquino al floridano. El detective cogió el periódico que reposaba en el asiento del acompañante. En primera plana resaltaba el titular en grandes letras: «Muere asesinada una joven en Prospect Park a manos de un violador y asesino. ¿Amenaza el Demonio de Brooklyn la seguridad de Nueva York?»

Bradbury vio a su hermano cuando ya casi había llegado a la puerta y desplegó una sonrisa de bienvenida. Cody tenía que reconocer que su nuevo compañero lo superaba en amabilidad y simpatía.

—Buenos días, Cody. ¿Ya se te ha pasado el berrinche por enterarte de que tienes un hermano? Te ves mejor que ayer. ¿Cómo siguen mis sobrinos del resfriado?

—Mis hijos se recuperan muy bien, gracias, pero quiero dejarte claro que no son tus sobrinos. ¡Y que yo no hago berrinches!

—A ver, creo que me he perdido de algo. Estaba seguro de que los hijos de mi hermano serían mis sobrinos.

—¡Que no soy tu hermano! Al menos hasta que lo demuestre una prueba de ADN —concedió Ryan—. Ayer hablé con mi madre y ella me confirmó que yo no tengo hermanos. Mi madre biológica era primeriza y murió en el parto.

Josh aplastó en la mano el vaso vacío, mientras su rostro perdía su afabilidad.

—¿Tu madre adoptiva conoció a nuestra madre biológica? ¿Y dices que murió en el parto?

—Sí, la conoció. Al menos a la mía. Su nombre era Haylie.

—¿Haylie, qué? —preguntó Bradbury, como un sediento al que le conceden una gota de agua.

—No llegó a saber el apellido, pero sí me proporcionó el nombre de la agencia de adopción, y del abogado que medió en el procedimiento legal.

—¡Debemos investigarlos! —exclamó Josh, con evidente nerviosismo—. Hay que localizar tanto a la agencia como al abogado y pedirles toda la información que tengan sobre Haylie.

—¡No vayas tan deprisa! Toda esa información se refiere a mi

adopción. Te repito que mi madre me confirmó que no tengo hermanos. Ni siquiera gemelos.

—¿Es que no lo ves, Cody? —le preguntó Bradbury, con desesperación—. El día que nacimos ocurrió algo turbio. Es evidente, ¿no lo crees? En lugar de un niño, Haylie tuvo gemelos. A ti te dieron en adopción y a mí me entregaron a los Bradbury. El comprobante bancario demuestra que mi padre le pagó al tuyo una fuerte suma días después. Eso solo puede significar que tu padre me vendió al mío.

Josh no vio venir el puñetazo. Solo supo que en un momento estaba de pie enfrascado en una discusión con su hermano y al siguiente se encontraba sentado en el suelo, con el pómulo adolorido.

—No sé qué clase de delincuente tendrás por padre —dijo Cody, con los dientes apretados—, pero el mío era un hombre honesto. Un padre dedicado y amoroso que hubiera sido incapaz de cometer un acto tan deleznable.

—Piensas como hijo, no como detective —protestó Bradbury desde el suelo.

—Por supuesto que pienso como hijo, porque es lo que soy. Así que no voy a permitir que enlodes la memoria de mi padre con tus absurdas teorías.

Después de pronunciar estas palabras, Cody entró al edificio con la intención de llegar a tiempo a la autopsia de Marianne. Josh suspiró. Solo después de que Ryan se hubo alejado unos pasos, se levantó del suelo. Sabía que no iba a ser fácil que su posible gemelo aceptara su teoría, pero era la única explicación que le había parecido lógica, después de pensar en ello durante toda la noche.

A Bradbury tampoco le gustaba la idea de haber sido tratado como mercancía al momento de su nacimiento, y pese a que quería y respetaba a sus padres adoptivos, en el fondo sí los creía capaces de resolver el espinoso asunto de conseguir un bebé, mediante el uso de su dinero. Como no los podía imaginar era esperando con paciencia que la maquinaria burocrática se los otorgara, mientras transcurrían al menos dos años.

Eso explicaría la reticencia a hablar del tema que mostraban las dos familias, así como la escasa información que ambas estaban dispuestas a proporcionarles. Se preguntó si sería conveniente visitar a la madre adoptiva de Cody, pero entonces comprendió que un paso como ese rompería cualquier esperanza de mantener una relación cordial con su hermano.

Josh se sentía abrumado por sus descubrimientos, pero necesitaba saber la verdad, por dolorosa que fuera. Su inquietud le permitió encontrar a su gemelo. Mientras acariciaba el lado de la

cara que ya comenzaba a hincharse, comprendió que ganarse la confianza de Ryan sería su mayor reto. Decidió que lo primero que debía hacer era realizar esa dichosa prueba de ADN que Cody usaba como excusa en todo momento. Si le demostraba que era su hermano gemelo sin lugar a dudas, no tendría otra opción que aceptar ayudarlo a desentrañar el misterio del pasado de ambos.

Bradbury entró en el hospital. En cuanto cruzó la puerta lo invadió el olor a antiséptico tan típico de los centros de salud. Después de preguntar el camino hacia la morgue recorrió amplios corredores, pulidos como espejos. Bajó un par de pisos y se internó en un laberinto de cruces de pasillos. No vio a Cody por ninguna parte, así que preguntó a un par de empleados y por fin se encontró frente a una puerta batiente junto a la cual había un letrero que señalaba que se encontraba en el lugar correcto.

En cuanto entró se dio cuenta del bajón de la temperatura e hizo un esfuerzo por evitar que se notara cuánto le afectaba. Había llegado a un estrecho pasillo que terminaba en otra doble batiente. A ambos lados encontró varias puertas de madera con los nombres de los forenses que ocupaban cada oficina. La penúltima a la derecha estaba entreabierta y se dirigió hacia allí.

Después de golpear la madera un par de veces para anunciar su presencia, entró sin esperar a ser invitado. Allí estaba Cody, sentado en la única silla de visitantes. Frente a él, detrás del escritorio había un cincuentón con el cabello entrecano cortado a cepillo, el ceño fruncido y la mirada oculta detrás de unos anteojos de pasta. Soltó un gruñido como respuesta al saludo de Josh. Ryan ni siquiera se molestó en mirarlo. El forense fracasó en el intento de disimular su sorpresa ante el parecido de ambos policías.

—¿Este es tu compañero? —le preguntó a Cody—. ¿Qué es esto? ¿Una broma?

—El jefe me lo asignó ayer —dijo Ryan, mientras se encogía de hombros—. No es mi decisión.

—¡Hey, chicos! Estoy aquí —anunció Josh mientras agitaba la mano, y sin perder su sentido del humor—. Puedo escucharos y vosotros a mí. No es necesario que habléis como si no estuviera presente.

El forense y Cody le lanzaron una mirada de reproche, que Bradbury ignoró. Extendió la mano en dirección al médico y se presentó a sí mismo.

—Soy Josh Bradbury. Y antes de que lo pregunte, sí, somos hermanos gemelos, pero ninguno sabía de la existencia del otro hasta ayer. Jugarretas del destino.

En esta ocasión, Ryan no se apresuró a negar su parentesco con Josh. Bien, al parecer había un progreso. El forense se levantó de la

silla para estrechar la mano de Bradbury con toda la formalidad de la que fue capaz.

—David Tash —se presentó a su vez—. Soy el forense que practicará la autopsia de la víctima de su caso. Mi ayudante les proporcionará los trajes de protección y comenzaremos en unos minutos.

Tash volvió a sentarse y usó la centralita para llamar a su asistente. A los pocos minutos apareció un hombre alto y tan delgado que encajaba a la perfección en el ambiente mortuorio del lugar. Josh tuvo que contenerse para no hacer un chiste al respecto, pues el sentido del humor no abundaba entre sus contertulios.

Siguieron al ayudante, quien les proporcionó batas de papel que se pusieron por encima de la ropa. Lo complementaron con gorros y protectores para los zapatos. El atuendo resultaba ridículo, pero necesario. Mientras esperaban que el forense estuviera listo para llevar a cabo la autopsia, el auxiliar, a quien ya Bradbury identificaba para sus adentros como «Largo», se ocupó de sacar el cadáver de Marianne de la cámara refrigerada y prepararlo para el procedimiento.

Pocos minutos después apareció Tash. Iba ataviado como si se encontraran en un quirófano y no en la sala de una morgue. Miró a los policías con cierto desprecio y les exigió que no lo interrumpieran durante la autopsia. Si tenían alguna pregunta, la podrían hacer cuando terminara. Cody asintió a regañadientes y Josh apretó los puños, pero guardó silencio. Después de encender el micrófono que le permitiría grabar todas sus observaciones, el forense comenzó el procedimiento como si nadie lo acompañara. Consultó el expediente que llevaba en la mano y recitó:

—Autopsia número 1438: 23 de abril del año 2017. Nombre de la víctima, Marianne Hackett. Se trata de una mujer de 24 años de edad. Caucásica. Fue encontrada en Prospect Park la mañana del 23 de abril. La occisa estaba desnuda de la cintura hacia abajo, con una bolsa plástica que cubría por completo su cabeza. Al examen externo es visible un hematoma en la mandíbula izquierda, lo cual pudo causar la pérdida del conocimiento de la víctima. También son visibles moratones en los brazos, que son acordes con la presión que podría haber ejercido alguien al sujetarle con fuerza los brazos —Tash abrió los párpados y observó los ojos del cadáver después de iluminarlos con una linterna. Entonces continuó—. La presencia de puntos hemorrágicos en los ojos indica que sufrió falta de oxígeno antes de la muerte.

Bradbury abrió la boca para preguntar algo, pero la mirada fulminante del forense lo convenció de contener su curiosidad. Era evidente lo que quería saber. A un gesto de Tash, el ayudante

detuvo la grabación y el forense habló en tono seco.

—Hasta ahora, todo hace pensar que la causa de la muerte fue por asfixia, pero todavía tenemos mucho que hacer. Espero que no vuelvan a interrumpir mi trabajo.

Josh enarcó las cejas ante el mal humor del doctor. En especial porque no había llegado a pronunciar palabra. Cody miró de reojo a su hermano con expresión de tácito reproche. El ayudante volvió a encender el micrófono y el procedimiento forense continuó su curso.

David llevó a cabo la autopsia con precisión y minuciosidad. Era evidente que se trataba de un profesional muy capacitado, aunque manifestara un humor de perros. Extrajo los órganos uno a uno, los pesó, tomó muestras de los tejidos, de las secreciones y pasó un hisopo por debajo de las uñas antes de cortarlas con una pequeña tijera. Todo lo que recolectó sería enviado al laboratorio para los análisis. Se practicarían exámenes toxicológicos, además de pruebas de ADN. Mientras tanto, él recitaba sus hallazgos para la grabación.

Después de tres horas, Tash dio por concluida la necropsia. Entonces ordenó que se apagara el micrófono y por primera vez desde que comenzó a trabajar, se dio por enterado de la presencia de los detectives.

—Muy bien. Iré a cambiarme. Esperen en mi despacho y les adelantaré mis conclusiones. El informe completo lo recibirán durante del día.

Sin dar tiempo a que le manifestaran su conformidad, o desacuerdo, David salió de la sala. Cinco minutos después, ya desprovistos de las protecciones de papel sobre la ropa, ambos esperaban la llegada del médico forense. Josh aprovechó el intervalo de tiempo para intentar un acercamiento con su hermano.

—Lamento mucho lo que dije allá afuera, Cody. No era mi intención insultar a tu padre. Es solo que todo esto… No es fácil enterarte de que toda tu vida ha sido una mentira… Yo… Desde que supe que soy adoptado, me siento sobrepasado… Hay demasiadas preguntas que nadie quiere responder y… en fin, que me comporté como un imbécil y espero que me perdones.

Ryan lo miró con el ceño fruncido. Entonces vio su propia imagen, como si se tratara de un espejo, pero la expresión del rostro que tenía frente a él era de desconcierto y… ¿desamparo? Muy a su pesar, se conmovió. Entonces se percató del hematoma que rodeaba el ojo de Josh y sintió vergüenza.

—No es necesario que te disculpes. Fui yo quien reaccionó mal. No debí golpearte. ¿Estás bien?

—Nada que un poco de hielo no pueda resolver —respondió Bradbury, con una sonrisa—. Además, me proporciona material

para algunas historias anzuelo.

—¿Historias anzuelo?

—Sí, ya sabes, de esas que impresionan a la audiencia y conmueven a las mujeres.

Cody entornó los ojos, y lo miró con desconfianza.

—¿Usas ese tipo de ardid?

—Solo cuando es necesario. Casi nunca lo es —afirmó Bradbury, mientras desplegaba una sonrisa capaz de convencer al más reticente.

—¿Hay algo en esta vida que te tomes en serio, Josh?

—Por supuesto. Me tomo muy en serio la hermandad.

—¿Cómo puedes saber qué sientes acerca de algo que nunca habías experimentado?

—Porque siempre quise tener un hermano. Además, no puedo explicarlo, pero sentía que debía tener uno.

Antes de que Cody pudiera replicar, el forense entró al despacho y se sentó detrás del escritorio. La conversación sobre temas personales se interrumpió. Cuando Tash estuvo seguro de tener toda la atención de ambos detectives, comenzó su exposición:

—De acuerdo, les diré mis conclusiones: Las evidencias indican que el asesino alcanzó a la víctima, o la interceptó, la golpeó aquí —les explicó, al mismo tiempo que señalaba su propia cara por delante de la oreja—. Se trata de un puñetazo directo que causa la pérdida de conocimiento de quien lo recibe. Y no creo que sea una coincidencia. Con esto quiero decir que deben buscar a alguien que tenga conocimientos médicos o de boxeo. Por otro lado, hay hematomas y rasgaduras en la zona genital, lo cual demuestra que fue violada mientras todavía estaba viva.

—¿Estaba consciente? —preguntó Josh.

—No lo sabemos con certeza —reconoció Tash, al tiempo que acompañaba su respuesta con una mirada severa, pues no le gustaba ser interrumpido—. Sin embargo, yo sospecho que no, porque la víctima no tiene heridas defensivas. Con lo cual la conclusión más lógica es que no luchó.

—Entonces podríamos deducir que estaba inconsciente… —opinó Cody.

—O aterrorizada —completó la idea su hermano.

—Por mucho miedo que tuviera, la sensación de muerte inminente que causa la asfixia prevalece sobre cualquier decisión racional —explicó David—. La única explicación que encuentro para comprender que no hubiera luchado por su vida es que estuviera inconsciente por el golpe. De cualquier manera, todavía debemos esperar si las muestras debajo de las uñas resultan positivas.

—¿Confirma la hora de la muerte, doctor? —preguntó Ryan con la libreta para notas en la mano.

—Sí, el deceso ocurrió entre las siete y las nueve de la tarde y ahora puedo confirmar sin lugar a dudas que la causa de la muerte fue la asfixia. Es evidente que como consecuencia de la bolsa de plástico en su cabeza.

—Veamos esto en contexto —sugirió Bradbury—. El asesino violó a su víctima mientras la asfixiaba con una bolsa de plástico. ¿Qué les sugiere su comportamiento?

—Tal vez está loco —sugirió Cody—. O nos enfrentamos a un psicópata.

—Eso sin duda, pero en lo que pienso es en asfixia erótica. Es posible que nuestro asesino haya experimentado con ella, o que fuera aficionado a esta práctica… Y se excedió.

—También es posible que no pudiera, o no quisiera detenerse a tiempo —sugirió Cody.

—Ese detalle tendrán que averiguarlo ustedes. Por mi parte, solo puedo decirles que Hackett fue asfixiada durante el acto sexual, o inmediatamente después. Si se trató de una agresión sexual que se le fue de las manos al violador, o si tenía intenciones de asesinarla desde el principio, el resultado fue el mismo: la víctima acabó muerta. Sin embargo, hay algo que no les he informado todavía y que es una excelente noticia.

—¿De qué se trata?

—Debemos esperar los resultados del laboratorio, pero por mi experiencia como forense puedo adelantarles que las muestras tomadas de la vagina incluían semen.

—¿Nos está diciendo…?

—Que el asesino no usó protección y que tenemos su ADN.

Capítulo 13.

Los detectives salieron de la morgue en el automóvil de Cody con rumbo a la Estación de Policía de la Avenida Class. Como si hubieran llegado a un acuerdo tácito, se mantuvieron en silencio durante todo el trayecto. Ryan se sentía avergonzado por su conducta violenta. Era la primera vez que le ocurría algo así, pues solía ser más meditativo que impulsivo, pero las palabras de Josh desencadenaron una reacción emocional que a él mismo lo dejó sorprendido. No se reconocía en el hombre que había lanzado un puñetazo contra su compañero. Por su parte, Bradbury se alegraba de haber podido limar asperezas con Cody, pero sabía que el nexo que los unía era demasiado frágil todavía, así que se preguntaba cómo podría ganarse su confianza. Tenía la certeza de que los Ryan poseían la clave para develar lo ocurrido hacía 32 años en Quenns.

Llegaron a su destino después de sortear los atascos de la mañana. A escasas calles del recinto, Josh se comunicó con Peck y le pidió que trasladaran al enfermero desde las celdas a la sala de interrogatorios. Jezebel les confirmó que ya el defensor de Santana se encontraba allí, noticia que complació a Ryan porque les evitaba retrasos.

Aparcaron frente al edificio y entraron. Aunque usaban ropas muy diferentes, todas las miradas se desviaron hacia ellos mientras cruzaban salas y pasillos. Llegaron hasta el Departamento de Investigaciones, donde se encontraron con Short y Peck, cada uno detrás de un escritorio. Después de los saludos convencionales, Cody y Josh les explicaron los resultados de la autopsia a sus colegas.

—¿Vosotros habéis averiguado algo sobre lo que hablamos ayer? —preguntó Ryan.

—Teníamos razón con respecto a Ibarra. Su colaboración fue clave para descifrar los códigos de los *Hoodstarz*. Según el archivo que revisó Powers, su hermano murió durante un tiroteo con otra pandilla, y él estaba convencido de que había sido arreglado por los jefes, pues Richard, que era como se llamaba, comenzaba a ganar liderazgo dentro del grupo.

—Lo quitaron del medio.

—Es posible, o al menos fue lo que Osvaldo concluyó, así que se retiró de la pandilla, y unos meses después comenzó a colaborar con la Policía.

—¿Sus antiguos colegas no sospecharon de él? —preguntó Josh.

—Por lo visto, él ocupaba una escala demasiado baja en la pirámide. Lo subestimaron.

—De acuerdo. En ese caso, debemos investigar al señor Ibarra con todas las precauciones posibles —afirmó Cody—. Tal vez no tenga ninguna relación con el homicidio. De cualquier manera, es importante que su relación con el desmantelamiento de los *Hoodstarz* siga siendo confidencial.

Todos asintieron con conformidad. Entonces fue el turno de Jezebel de exponer sus avances.

—Mientras Shorty revisaba los archivos sobre Ibarra con el jefe, yo le presenté un informe a Keen. Estuvo de acuerdo en que había suficientes evidencias para investigar más a fondo al doctor Ackerman. Ya se entrevistó con el juez y le solicitó la orden.

—¿Se la concedieron?

—Acaba de llamarme para avisar de que ya la tiene y viene de regreso.

—¡Perfecto! —exclamó Ryan—. En ese caso, se pueden ocupar Herman y tú de ese asunto, mientras nosotros interrogamos al detenido.

—¿Quién es Keen? —preguntó Josh, al comprender que se había perdido de algo.

—¡Vamos! —dijo Cody, mientras se encaminaba hacia la sala de interrogatorios y forzaba a su compañero a seguirlo, sin dar oportunidad a que alguien le pudiera responder.

Antes de entrar a la habitación donde esperaban Santana y su abogado, Josh se detuvo ante la máquina expendedora de café. Todavía sentía el frío de la morgue metido en los huesos. Introdujo una moneda y esperó. El vaso cayó en donde se suponía que debía hacerlo, pero los segundos transcurrían sin que hubiera señales del café. Ya iba a abandonar, con una maldición en los labios, cuando Cody se acercó y dio dos fuertes palmadas a la testaruda máquina. Entonces el oscuro y caliente líquido comenzó a fluir. Bradbury miró a su hermano.

—Algunas veces se atasca —dijo Ryan con una sonrisa burlona, que le hizo perder la rigidez que lo caracterizaba.

—Gracias.

—Vamos, quiero saber qué tiene que decir el señor Santana.

En el interior había dos hombres y era evidente quién era el abogado.

Elvis Santana estaba inclinado hacia adelante con los brazos apoyados sobre la mesa en una actitud derrotista. Usaba el pelo corto y una barba estilo hollywoodense. Cody comprendió el rechazo que Belinda había manifestado hacia él cuando el detenido levantó la cabeza. Sus ojos, negros como el carbón, reflejaron una mirada siniestra que hizo que el detective retrocediera un paso, sin ser consciente de ello.

Santana no se sorprendió por la similitud entre los dos policías que iban a interrogarlo. Su abogado en cambio enarcó las cejas, pero no hizo ningún comentario. Cody abrió la carpeta con el expediente, mientras se sentaba frente a Elvis y esperaba que Josh ocupara la silla a su lado. Entonces inició el procedimiento:

—Buenos días, señor Santana. Espero que haya pasado bien la noche en nuestro exclusivo alojamiento.

Elvis no respondió, pero lo miró con odio, como un perro de ataque listo para caer sobre su presa. Cody parecía relajado, pero sus músculos se mantenían tensos como cuerdas y estaba alerta, listo para reaccionar ante el menor indicio de agresión. No se sentía así desde que sirvió en Irak. De alguna manera percibió que Josh, sentado a su lado, también estaba preparado para reaccionar si era necesario. Eso le proporcionó seguridad. ¡Maldito Bradbury!

—¿Podría explicarnos por qué huyó cuando le solicitamos que acudiera a declarar por el homicidio de la señorita Marianne Hackett?

—Porque sabía que me usarían de chivo expiatorio.

—¿Qué le hizo pensar eso?

—Soy el eslabón más débil de la cadena y usted lo sabe. Mis compañeras me rehúyen y los demás enfermeros se burlan de mí —confesó con resentimiento—. Estoy seguro de que alguno de ellos me señaló cuando ustedes preguntaron de quién sospechaba y por eso estoy aquí.

—Está aquí porque huyó cuando tratamos de entrevistarlo, al igual que a otras personas cercanas a la señorita Hackett. No le voy a negar que ahora encabece la lista de sospechosos, pero si es así, se debe a su propia estupidez.

Santana masculló algo ininteligible para sus adentros. Tal vez una maldición. El abogado tomó la palabra.

—El señor Santana tiene derecho a guardar silencio, que es mi consejo como abogado.

—Sí lo tiene —intervino Josh—, pero si consideramos su huida al recibir una citación para declarar, es poco probable que algún juez le conceda libertad bajo fianza. Eso significa que deberá permanecer detenido hasta que se lleve a cabo la audiencia. Me pregunto, ¿qué pensará el juez cuando sepa que además de fugarse, el señor Santana se niega a colaborar en la investigación? ¿Cree que eso beneficiará su causa, abogado?

El defensor frunció el ceño y murmuró entre dientes:

—Me gustaría hablar unos minutos a solas con mi cliente.

—Por supuesto, abogado —dijo Josh, mientras bebía un sorbo de café—. Es su derecho. Vamos, Ryan.

Los detectives salieron, y dejaron al sospechoso con su abogado.

Bradbury aprovechó para tomarse el resto del café, con lo cual pudo entrar en calor por primera vez en todo el día. ¡Cómo extrañaba Florida!

Al cabo de cinco minutos, el defensor abrió la puerta y les anunció que habían llegado a un acuerdo.

—El señor Santana hablará con ustedes. Cometió un error cuando huyó, pero fue porque se sintió acorralado. Colaborará en todo lo que pueda.

Cuando regresaron a sus lugares, Cody y Josh encontraron a un testigo mucho menos tenso y con una actitud más sumisa. Después de su conversación con el representante legal ya no se veía tan seguro de sí mismo. Sin la máscara de chico malo, Elvis Santana era un hombre joven, de rostro común, que nadie miraría dos veces. Se movía en la silla en forma constante, como si no encontrara acomodo en el asiento. Era evidente que el defensor le había metido el miedo en el cuerpo al encararlo con su futuro inmediato.

—De acuerdo, señor Santana. Si le parece bien, comencemos de nuevo —Elvis guardó silencio—. ¿Conocía usted a la víctima, la enfermera Marianne Hackett?

Santana asintió.

—¿Puede decirlo en voz alta, por favor?

—Sí, la conocía. Trabajábamos en especialidades diferentes, pero algunas veces coincidimos en una guardia, o nos cruzamos por los pasillos.

—¿Es cierto que ella se enfrentó a usted porque se sintió acosada?

El enfermero soltó una carcajada sarcástica.

—No hice nada reprochable. Es la historia de mi vida —sentenció con amargura—. Un tipo como Ackerman, viejo, casado, pero con dinero y prestigio, seduce a una enfermera joven para llevarla a la cama, y todos dicen que se trata de un caballero que solo quiere enamorarla. Si el pretendiente es alguien como yo, no tan guapo, ni elegante, sin dinero, ni prestigio, si le mandas un ramo de flores, ya te etiquetan como acosador.

—¿Es lo que pasó, Elvis? —Santana asintió, mientras lágrimas de ira asomaban a sus ojos—. ¿Quién te acusó?

—Ella lo hizo.

—¿Nunca la seguiste?

—¿Eso le dijeron? —repreguntó el detenido, a la defensiva.

—¿La seguiste, o no? —intervino Josh, con voz severa.

—Está bien, sí lo hice. Le había enviado un ramo de flores y ni siquiera me dio las gracias. Una noche, cuando ambos terminamos nuestra guardia, coincidimos en la puerta. La invité a cenar. Había ahorrado para llevarla a un buen restaurante, ya sabe, uno de esos

caros. Se negó. Me dio una excusa estúpida. Dijo algo sobre acompañar a su madre, cuando yo sabía que su madre había fallecido.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó Josh.

Elvis fijó la mirada en el gemelo de la chaqueta deportiva y se encogió de hombros sin responder.

—¿Te lo dijo alguien? —insistió Cody.

—No quiero responder a eso —reconoció el enfermero después de una pausa, mientras miraba hacia su abogado y le susurraba algo en el oído.

—Mi defendido se acogerá a su derecho a permanecer callado con respecto a esta pregunta.

Cody y Josh se miraron entre sí. Comprendieron que habían descubierto un detalle interesante que no podían dejar pasar.

—Respetamos su derecho —afirmó Josh—, pero comprenderá que en nuestro informe para el juez, señalaremos que el señor Santana se negó a colaborar.

—¡Pero si les he respondido todo lo que quieren saber! —protestó Elvis.

—Usted se niega a proporcionarnos información de importancia relevante para el caso, señor Santana —argumentó Cody.

—Esto no tiene nada que ver con la muerte de Marianne.

—Nosotros lo juzgaremos —dijo Josh.

Elvis soltó un suspiro de resignación y después de mirar a su abogado, quien asintió para autorizarlo, comenzó a hablar.

—Una noche que estuve de guardia entré en la oficina de personal para ver el expediente de Marianne.

—¿Allanó usted un despacho del hospital para obtener información confidencial? —preguntó Cody. Elvis se removió con nerviosismo.

—¡Solo quería saber cosas sobre ella! —exclamó con desesperación—. Estaba enamorado. ¿No lo comprenden? ¿Nunca se han enamorado de una chica hasta el punto de hacer una estupidez?

—Mi cliente cometió un par de tonterías como cualquier joven enamorado. Tal vez sea reprochable, pero eso no lo convierte en homicida.

—Lo convierte en allanador y en acosador —afirmó Josh—. ¿Qué pasó después de que Marianne rechazó su invitación, señor Santana?

Elvis miró a los detectives con expresión desesperada, como un animal que se siente acorralado.

—La seguí —confesó—. A cierta distancia. Quería saber si iba a encontrarse con alguien. Si había otro hombre.

—¿Y lo había?

El enfermero se encogió de hombros.

—Sí lo había, pero esa noche ella se fue a su casa y se acostó sola. A los pocos días supe que era la amante de Ackerman. Entonces me decepcioné.

—¿Es agresivo cuando se decepciona, señor Santana? —preguntó Josh.

—¿Qué quiere decir?

—¿Asesinó usted a Marianne Hackett porque lo rechazó, mientras se entregaba a otro hombre? —lo presionó Josh—. Un hombre más viejo, más rico y prestigioso, según sus propias palabras.

—¡Por supuesto que no! Decidí que no valía la pena. Me esforcé en olvidarla. A las pocas semanas también dejó al director por otro tipo. Uno con el que iba a casarse.

—Iba a casarse con él y no con usted, señor Santana —señaló Cody—. Dejó al viejo doctor por él, mientras que a usted no le aceptó ni una cena. ¿Eso no lo enfureció?

—No. Ya había pasado página. Tienen que creerme.

—¿Fue usted quien envió el anónimo y las fotografías de Hackett con Ackerman al jefe de personal?

—No, no sé nada de eso.

—¿Dónde estuvo la noche del 22 de abril entre las 7 y las 9 de la tarde, señor Santana?

—Estuve en casa.

—¿Solo? —Elvis asintió—. Entonces nadie puede corroborar su coartada.

—No tengo coartada, pero le juro que yo no la maté.

Capítulo 14.

Al terminar el interrogatorio de Santana, Cody y Josh regresaron a la sala del Departamento de Investigaciones, donde el resto del equipo los esperaba. Jezebel se encontraba atareada en el ordenador. Detrás de ella, Herman se inclinaba hacia adelante, mientras observaba la misma pantalla.

—¿Algo interesante, chicos? —preguntó Cody.

Short se enderezó y Peck apartó los ojos de su ordenador después del último clic. A los pocos segundos, sin decir una palabra, la detective se levantó, caminó hasta la impresora y recogió los papeles que llenaban la bandeja. Entonces regresó para reunirse con los demás, que la esperaban con impaciencia.

—Ya lo creo que hay algo interesante —respondió ella, por fin—. El doctor nos debe algunas explicaciones.

—¿A qué te refieres?

—Bien, hay algunos pagos a tiendas de regalo y floristerías que se repiten con frecuencia.

—Ha reconocido que es infiel a su esposa —les recordó Cody—. Puede ser reprochable, pero no es un delito.

—No es lo único que necesita explicación —afirmó Jezebel, mientras se apartaba un mechón del largo cabello negro—. El doctor ha realizado retiros regulares y cuantiosos de dinero en efectivo.

—¿Qué tan cuantiosos?

—Oscila entre los dos y los cinco mil dólares, más o menos una vez al mes. Algunas veces, ni siquiera pasan tres semanas entre uno y otro.

Josh silbó en cuanto escuchó las cifras que mencionaba su compañera. Entonces se aventuró a decir lo primero que pasó por su cabeza.

—¿Chantaje?

Cody dirigió la mirada hacia su gemelo como si este le hubiera leído el pensamiento.

—Podría ser —afirmó Ryan antes de completar la idea—. ¿Marianne estaría chantajeando al doctor?

—Eso explicaría muchas cosas —reconoció Short—, pero ¿cómo se relaciona con el forzamiento sexual?

—La violación pudo ser una forma de desviar la atención de sí mismo, si su intención era que pensáramos que se trató de un ataque fortuito —sugirió Josh—, o tal vez no pudo contenerse. Quizá quiso castigarla por haber terminado la relación.

—¿Una doble venganza?

—Es posible —afirmó Jezebel—. Recordad cómo fue encontrado el cuerpo. El homicida no se limitó a violarla y asesinarla, sino que hizo todo lo posible por humillarla.

—Creo que sería interesante tener una conversación con el doctor Ackerman —decidió Cody—. Ya no como testigo, sino como sospechoso —Miró en dirección a Peck—. ¿Jez?

—Le daré un informe a Keen para que se ocupe.

—¿Quién es Keen? —Volvió a preguntar Josh.

—Yo soy Keen —respondió una voz cantarina a sus espaldas.

Todos dirigieron su atención en dirección a la voz y respondieron con un saludo de bienvenida, excepto Bradbury, que se quedó inmóvil sin saber qué hacer. Detrás de Jezebel había una mujer joven de ojos y cabello negros, que lo dejó boquiabierto.

—Respondiendo a su pregunta —continuó la recién llegada mientras extendía la mano hacia Josh—. Mi nombre es Natalie Keen y estoy asignada a este recinto. Usted debe ser el hermano gemelo de Cody, del que todo el mundo habla.

—Josh Bradbury —respondió el aludido, mientras le estrechaba la mano.

—¡Él no es mi gemelo! Solo nos parecemos.

—Como una seta a un champiñón —afirmó Natalie.

—Todavía tenemos que realizar la prueba de ADN —insistió Ryan.

—Me sorprendería mucho que no confirmara lo evidente, pero en fin, vosotros sabréis. ¿Cuál es ese informe que vas a presentarme? —le preguntó a Peck, con la intención de cambiar el tema de la conversación.

Jezebel le explicó lo que habían descubierto sobre las finanzas del director del hospital. Acordaron revisar también las cuentas de la víctima, por si encontraban una correlación entre los retiros del doctor y los ingresos de Marianne.

—Estoy de acuerdo —confirmó Keen—. Lo citaremos como sospechoso. ¿Qué podéis decirme del enfermero? ¿Ya lo habéis interrogado?

Cody y Josh le hicieron un resumen de los resultados de la entrevista. Además había quedado grabado, así que cualquiera de ellos podía verla cuando lo deseara.

—El enfermero también es un candidato viable a ser el homicida —opinó la fiscal— Confesó acoso, allanamiento…

—Además de que sufrió rechazo por parte de la víctima y es evidente que alberga resentimientos contra sus compañeros de trabajo —sentenció Peck.

—Parece que tenemos demasiados sospechosos probables —comentó Short—. Espero que el forense tenga razón y el asesino nos

haya dejado su ADN.

Ante la expresión de perplejidad de Natalie, los detectives le explicaron los resultados de la autopsia y la afirmación de Tash de que había muestras de semen en el cadáver.

—Esperemos que tenga razón —dijo Keen—. Si es así, podremos resolver con relativa facilidad un caso que promete convertirse en una pesadilla. Por el momento tendremos que seguir adelante con la información disponible —entonces se dirigió a Peck—. En cuanto hayas concluido el informe, solicitaré la orden al juez para citar al doctor en calidad de sospechoso.

—Solo dame unos minutos —respondió Jezebel, al mismo tiempo que volvía a sentarse frente al ordenador.

—Si el forense está en lo cierto, necesitaremos muestras de ADN de todos los hombres del entorno de Hackett —afirmó Cody.

—Ningún juez nos concederá una orden así, si no tenemos la certeza de que existe esa muestra de semen del asesino.

El entusiasmo de los detectives decayó un poco ante la afirmación de Keen. Entonces Josh intervino.

—Tal vez sí hay una forma de convencer al juez de que es necesario.

—¿Cómo? —preguntó la fiscal, en un tono desafiante.

—Leí en el informe preliminar que encontraron una colilla detrás de unos arbustos, muy cerca del lugar donde apareció el cadáver.

—Así es —confirmó Ryan, que se animó al comprender la sugerencia de Josh—. Hay buenas probabilidades de que la dejara el asesino, pues es un lugar ideal para emboscar a cualquiera que usara ese camino. Suponemos que se escondió allí. En la penumbra del anochecer nadie lo hubiera visto aunque se le acercara. También creemos que alcanzó a Marianne poco después de que ella pasara a su lado.

—Tiene sentido —razonó Bradbury—. Por lo que afirman los testigos, Hackett corría con regularidad, lo que significa que estaba entrenada. El homicida tendría que estar también en muy buena forma para haberla alcanzado, o disfrutar de algún tipo de ventaja. Si la esperó escondido al final del recorrido, cuando ella ya estaba cansada, pudo alcanzarla con facilidad, sin importar su estado físico.

—En ese caso, es muy probable que esa colilla pertenezca al hombre que buscamos —concluyó Keen—. Es una razón suficiente para que el juez autorice la toma de muestras biológicas a todos los sospechosos. Me gusta la forma de pensar del chico nuevo —Esas palabras consiguieron que Josh se sintiera hinchado como un pavo —. Short, ¿podrías encargarte de elaborar el informe?

—Por supuesto, Natalie.
—¿Cuál será vuestro siguiente paso?
—Iremos al hospital. Me gustaría comprobar algunas coartadas. Hay demasiadas personas que tenían buenos motivos para deshacerse de la enfermera y eso complica el caso.

Concluida la reunión, cada uno se ocupó de la tarea que tenía asignada. Cody hizo un gesto a su supuesto hermano y salieron de la sala, para decepción de Josh, que hubiera preferido conocer un poco mejor a Natalie. Pero el deber era el deber, así que acompañó a Ryan sin rechistar. Keen mantuvo la expresión impasible mientras él pasaba a su lado, pero se quedó mirando su espalda hasta que lo perdió de vista.

—Es guapo, ¿verdad? —comentó Jezebel en voz baja.

—¿Qué?

—Te gusta. Es evidente —insistió la detective con una mirada pícara.

—¿Qué te hace pensar eso? Me sorprende el parecido que tiene con Ryan. Eso es todo.

—Por supuesto —cedió Peck, mientras volvía a su trabajo, pero su tono y su actitud dejaban claro que no la había convencido.

Natalie suspiró. Jezebel tenía razón. Bradbury la había impresionado. Era igual a Cody, pero al mismo tiempo diferente. Más alegre, menos rígido, con un cierto aire de cachorro abandonado. Debía tener cuidado. Después del estruendoso fracaso con su última pareja, se había prometido a sí misma mantenerse alejada de los hombres por una larga temporada. Además, sabía que las apariencias eran engañosas. Josh podía ser un lobo con piel de oveja. Era lo más probable. Decidió concentrarse en lo que tenían entre manos. Había que encontrar al asesino de esa chica lo antes posible. No podían permitir que alguien tan despiadado resultara impune, así que se dio media vuelta y se encaminó a su oficina para hacer algunas llamadas telefónicas.

En el trayecto hacia el hospital, Josh se mantuvo pensativo durante los primeros quince minutos, hasta el punto de que Cody sospechó que algo ocurría. Cuando iba a preguntárselo, su compañero se le adelantó.

—¿Conoces bien a Keen?

—¿A la fiscal?

—Sí, a ella. ¿Sabes si tiene algún compromiso?

Ryan lo miró de reojo con cierta desconfianza. ¿Tendría Josh intenciones de tener algún tipo de relación sentimental con Keen? ¿Sería tan necio? Después de pensarlo un momento, Cody decidió que sí lo era. Había que tomar en consideración que acababa de llegar y no conocía a nadie. ¿Debería advertirle? Después de todo,

era posible que fuera su hermano. Aunque todavía se negaba a creerlo. Además, se trataba de su compañero, pero las relaciones sentimentales de Bradbury no le concernían. Decidió estar atento para salvarle el pellejo si era necesario, pero no inmiscuirse en lo que no le era asunto suyo.

—No conozco a Keen lo suficiente —se excusó Ryan—. Nuestra relación se limita al trabajo, aunque puedo decirte que es soltera y creo que no está comprometida.

—Si lo estuviera, ¿lo sabrías?

—Es muy amiga de Jez. Y creo que ella lo hubiera comentado. Verás, Jezebel no es el tipo de persona que suele mantener algo así en secreto. ¿Estás interesado en Keen?

—Es muy atractiva —admitió Josh, encogiéndose de hombros como si el asunto no le interesara demasiado. Mala señal.

—Si aceptas un consejo de tu compañero, te recomiendo que no te apresures.

—¿Por qué? ¿Hay algún problema?

—No quiero meterme en lo que no es asunto mío, pero acabas de llegar a la Estación, Josh. Creo que es mejor que conozcas el terreno que pisas antes de adentrarte en él. Así no te encontrarás en medio de un campo minado.

—¿Qué tratas de decirme?

—Nada. Solo te doy mi opinión. Hemos llegado.

Antes de que Josh pudiera replicar, Cody terminó de aparcar, apagó el motor y salió del automóvil.

Capítulo 15.

Mientras Bradbury seguía a su hermano al interior del hospital, sus palabras le revoloteaban en la cabeza. ¿Qué habría querido decirle? En ese momento, Josh prefería no escuchar nada que perturbara sus intenciones hacia la joven fiscal, pero tenía claro que el tono de Ryan había sido de advertencia. Sumido en sus reflexiones, tropezó con una persona que salía en ese momento del edificio y que caminaba tan abstraído en sus pensamientos al igual que él. El detective vio a un hombre con el cabello rubio y las cejas negras. Sorprendido por el contraste, se detuvo por unos instantes para observarlo mejor, mientras Cody se alejaba por un pasillo, sin darse cuenta de que su compañero se quedaba atrás. Josh le pidió excusas al visitante que había embestido y recibió un gruñido por respuesta.

El hombre continuó su camino en dirección a la calle, y el detective se quedó de pie a su espalda, contemplando cómo se alejaba. Al momento siguiente miró a su alrededor en busca de Cody, pero no lo vio por ningún lado. Era evidente que su compañero no se había molestado en esperarlo, así que lo llamó por el móvil para preguntarle dónde estaba.

—Me encuentro en «Traumatología» —respondió Ryan—, voy a conversar ahora con el jefe de la especialidad. Quiero saber qué tiene que decir acerca de Santana.

—Me reuniré contigo enseguida.

Después de colgar, Josh miró a su alrededor para orientarse, porque no tenía idea de hacia dónde debía dirigirse. Entonces descubrió el puesto de información a pocos metros de la entrada. Se encaminó hacia allí. Detrás del mostrador vio a un empleado de mediana edad y piel oscura, quien sonrió en cuanto vio al detective frente a él.

—Buenos días, señor, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Debo llegar a «Traumatología», pero no tengo idea de dónde se encuentra.

—No se preocupe, yo lo ayudaré —dijo el empleado, antes de coger un folleto en el cual Josh vio un croquis del hospital. Lo desplegó y se dispuso a explicarle cómo llegar a su destino.

Bradbury ni siquiera lo escuchó, pues otras ideas rondaban su cabeza.

—¿Siempre hay alguien aquí?

—Perdón, ¿cómo dice?

—Le preguntaba si siempre hay una persona detrás de este

mostrador.

—Sí, por supuesto. Es importante que los visitantes del hospital encuentren siempre alguien que pueda orientarlos.

—Y supongo que trabajan por turnos.

—Sí, señor. Hacemos turnos de ocho horas.

—¿Podría explicarme cuáles son sus horarios?

—Perdone, pero no comprendo qué interés puede tener usted en eso —replicó el empleado, a quien le parecieron extrañas las preguntas de Bradbury.

—¡Por supuesto, qué estúpido soy! —se reprochó a sí mismo el detective, mientras sacaba su identificación del bolsillo de su chaqueta y se la mostraba al empleado—. Investigo el asesinato de una enfermera de este hospital.

—¡Marianne! Sí, por supuesto. Ha sido una tragedia espantosa. ¡Quién puede ser tan desalmado para haberle hecho daño a una chica como ella!

—¿La conocía?

—De vista y saludo. Era muy amable. Es muy triste lo que le ocurrió.

—¿Le importa si grabo nuestra conversación?

—Por supuesto que no. Adelante.

Josh sacó su móvil y lo programó para que funcionara como grabadora.

—¿Puede responderme lo que le pregunté sobre los horarios?

—Por supuesto, señor. Mi nombre es Kainan Green. Mi turno es de siete de la mañana a tres de la tarde, cuando me releva mi compañero, Manny Toller. Él se queda desde las tres hasta las once de la noche y luego llega George Vespa a quién le corresponde estar aquí desde las once de la noche hasta las siete de la mañana.

—Necesito hablar con la persona que estuvo aquí el día 22, alrededor de las 7 de la tarde. Si lo he comprendido bien, sería el señor Toller, ¿no es así?

—Lo sería en condiciones habituales, pero ese día en particular, Manny tuvo una emergencia familiar y me pidió que cubriera su turno.

—Entonces era usted quien estaba aquí cuando la señorita Hackett terminó su jornada el día que murió.

—Sí. Nunca hubiera imaginado que sería la última vez que la iba a ver con vida. Se lo comenté a mi esposa. Solo Dios sabe lo que nos espera el siguiente minuto.

—Señor Green, ¿recuerda usted ese día? —Kainan asintió—. ¿A qué hora salió Marianne de aquí?

—Eran las 6:30. Estoy seguro porque ella misma me preguntó la hora.

—¿Se fue sola, o la acompañaba alguien?

—Iba sola, como cada noche. Tenía intenciones de correr.

—¿Cómo lo sabe? ¿Se lo dijo ella?

—No, pero en alguna ocasión nos encontramos en la cafetería y me comentó que acostumbraba correr tres veces por semana en *Prospect Park*. Y esa noche se había cambiado el uniforme por un chándal. Era evidente que iba al parque.

—¿Puede decirme si alguien la siguió, o salió del hospital pocos minutos después que ella?

Kainan se quedó pensativo. Era evidente la intención que tenía el policía al hacerle esa pregunta, así que debía estar muy seguro de su respuesta. No quería meter en problemas a un compañero con su declaración.

—No señor, no vi a nadie.

—¿Se movió de aquí?

—No, señor.

—¿Estaba en su puesto cuando salió el director?

—¿El doctor Ackerman? —Josh asintió—. Él no vino en todo el día, señor.

—¿Está seguro?

—Por supuesto. Recuerde que estuve aquí desde las siete de la mañana. El doctor suele llegar a las 10.

—Tal vez ese día entró a trabajar antes de las siete —sugirió Bradbury.

—No lo creo probable, señor. George me lo hubiera comentado.

El detective tomó nota. Debía hablar con Vespa para corroborar la declaración de Green.

—¿Y la señorita Simmons?

—A ella sí la vi. Se fue temprano. Eran las cuatro y media de la tarde cuando se marchó.

—¿Está seguro?

—Sí, señor. La señorita Simmons nunca se queda después de la hora. Algunos días, incluso, se va más temprano. Suelen ser los días en los cuales el doctor no viene al hospital.

Josh se quedó pensativo, mientras recordaba la declaración de la secretaria, donde afirmaba que muchas veces hacía horas extras con su jefe y que el 22 de abril había sido uno de esos días.

—¿Podría usted pasar por la Estación ahora mismo para que firme la declaración que acaba de hacer?

—Sí, señor. Si llamo a Manny, estoy seguro de que me hará la suplencia por un par de horas.

—De acuerdo —dijo el policía, mientras sacaba una tarjeta de su bolsillo, tachaba los datos de Florida y anotaba los de la Estación de Brooklyn—. Cuando vaya, por favor pregunte por mí, o por la

detective Peck. Y si recuerda algo más, cualquier cosa, no importa lo poco relevante que parezca, por favor llámeme a cualquier hora del día, o de la noche.

—Sí, señor. Cuente con ello —prometió Kainan mientras sostenía en la mano la tarjeta del detective.

Bradbury cogió el folleto y se dio media vuelta para encontrarse de frente con un Cody malhumorado.

—Así que aquí estabas. Debí suponer que perdías el tiempo —le dijo Ryan, sin darle oportunidad a abrir la boca—. Vamos, regresemos a la Estación.

—¿Pudiste averiguar algo con el jefe de Santana?

—Solo que el enfermero se lleva mal con todos sus compañeros. Al parecer es un resentido y no pierde oportunidad de demostrarlo.

—Por lo visto, eres tú quien ha perdido el tiempo.

—¿Quieres decir que has averiguado algo?

Mientras salían al aparcamiento, Josh le contó su conversación con el portero.

—Así que Ackerman y Simmons mintieron —dijo Cody.

—Como bellacos.

—Esto es interesante. Hablaré con Keen para que emita una orden de detención por obstrucción a la Justicia.

Antes de que pudieran subir al vehículo, el teléfono de Ryan comenzó a sonar. Él miró la pantalla y suspiró con resignación. Después de una corta conversación, colgó.

—¿Problemas en casa?

—No, ya los chicos están mejor y no han tenido fiebre desde ayer. Mi esposa solo quería recordarme que debo pasar por la farmacia a recoger las medicinas de los niños antes de ir a casa. A veces me pregunto cómo era la vida cuando no existían los teléfonos móviles y no estábamos siempre localizables.

—¡Eso es! —exclamó Josh con tono triunfal—. ¡Ya tengo la solución!

—¿La solución de qué?

—De cómo comprobar las coartadas de nuestros sospechosos. Vamos, Keen tiene que conseguirnos algunas órdenes judiciales.

Capítulo 16.

Mientras regresaban a la Estación, Josh le explicó su idea a Ryan. Era tan sencillo como pedir la triangulación de los móviles de los sospechosos a las compañías telefónicas para cotejar esa información con sus declaraciones. Cody se encogió de hombros, menos entusiasmado que su presunto gemelo.

—Esa información podría ayudar si la triangulación ubica a alguno de ellos en el parque —opinó Ryan—, pero en el caso de que confirme sus declaraciones, no demuestra nada. Es evidente que el asesino pudo dejar el teléfono en su casa.

—Tienes razón, pero no perdemos nada por comprobarlo.

—De acuerdo, hablemos con Keen para que solicite las órdenes judiciales también para eso. Tus ideas le dan mucho trabajo a nuestra fiscal. No parece una buena estrategia para congraciarte con ella —afirmó Cody con una sonrisa pícara.

Josh fijó la mirada en su compañero por unos segundos y también sonrió.

—Vaya, me alegra ver que tienes sentido del humor.

—¡Claro que lo tengo! Es solo que no lo desperdicio con cualquiera.

—¡*Auch*, eso dolió! —exclamó Josh, al mismo tiempo que manipulaba su móvil. Segundos después iniciaba una llamada.

—¿Con quién piensas hablar?

—Ya lo verás… ¿Laboratorio genético? Buenos días… Sí, habla Josh Bradbury… Quiero pedir una cita para una prueba de ADN… No, no se trata de filiación, sino de fraternidad… Sí, de acuerdo… ¿No podría ser antes?... ¡Eso es perfecto! Allí estaremos, muchas gracias.

—¿Qué se supone que haces?

—Una cita. Tú y yo debemos estar en una hora en «New York City/DNA».

—¿Te has vuelto loco? Tenemos un caso que resolver, ¿recuerdas?

—No, en realidad son dos casos. El del parque y nuestro posible parentesco, con todas sus implicaciones.

—No podemos ocuparnos de un asunto personal en el horario de trabajo —protestó Ryan—. No es ético.

—Tienes razón —reconoció Josh—, por eso no lo vamos a hacer —Ryan suspiró con alivio—. En treinta minutos será la hora del almuerzo. Iremos entonces, mientras Keen se ocupa de las órdenes judiciales. El laboratorio no está lejos, así que tendremos tiempo suficiente.

Al quedarse sin argumentos, Cody miró a su compañero con resignación. Bradbury le devolvió una sonrisa de satisfacción. Era evidente que Ryan hacía todo lo posible por evadir la verdad, pero Josh no había vuelto su vida del revés para quedarse con la incógnita, solo porque su gemelo no quería cambios en su mundo perfecto. Necesitaba saber cuáles eran sus orígenes y por qué había sido separado de su hermano. A los pocos minutos llegaron al recinto, aparcaron y se bajaron del automóvil.

Ya no atraían todas las miradas cuando aparecían juntos, pues se había corrido la voz de que el detective Cody Ryan tenía un gemelo y que ambos eran compañeros. Cotilleos de policías.

El Departamento de Investigaciones estaba casi vacío. Muchos de los detectives hacían trabajo de campo y otros habían salido a almorzar. Sin embargo, tanto Peck como Short estaban en sus respectivos escritorios. Ambos levantaron sus cabezas a la vez cuando ellos aparecieron.

Después de los saludos de rigor y de que Josh reprodujera la grabación de su conversación con el portero del hospital, Peck les mostró un informe detallado de todos los retiros de efectivo que Ackerman había realizado en el último año. Sumaban más de cincuenta mil dólares.

—Será interesante saber lo que tiene que decir el director al respecto.

—Keen se encuentra en su oficina y espera el informe para llevárselo al juez.

—Puedo escribir la declaración del portero en pocos minutos —anunció Josh—. Él debe llegar en cualquier momento para firmarla. Preguntará por ti, Peck. Tal vez Keen podría presentar ambos informes al juez al mismo tiempo.

—Muy bien. ¿Tenéis algo importante que hacer? —preguntó ella.

Josh asintió sin entrar en detalles. Peck aguardó unos segundos, antes de comprender que sus compañeros no estaban dispuestos a contarle nada.

Bradbury se sentó frente a su ordenador, que estaba lleno de pegatinas de *Hello Kitty* y comenzó a teclear. Como prometió, antes de diez minutos había terminado de transcribir la declaración de Kainan.

Después de pedirle a Jezebel que se ocupara de que el señor Green firmara su testimonio, Bradbury casi tuvo que arrastrar a Cody fuera de la Estación, pues Ryan comenzó a encontrar tareas impostergables que según él tenía que llevar a cabo en ese momento. Por fin llegaron al coche, donde Josh le dio la dirección del laboratorio que había localizado por internet y que por fortuna

estaba bastante cerca.

Llegaron al cabo de diez minutos y después de esperar otros diez, los hicieron pasar para tomarles las muestras de sangre. Josh se negó a aceptar la propuesta de Ryan de compartir los gastos. La recepcionista les prometió que tendrían los resultados en pocos días.

En el camino de vuelta a la Estación de Policía, Bradbury se sintió satisfecho. Estaba seguro de que los resultados serían positivos. Semejante parecido entre ellos no podía ser producto de la casualidad. Miró a Cody, que lucía bastante preocupado. Josh sospechaba que Ryan tenía la misma certeza que él acerca de su hermandad, solo que no quería admitirlo. Él lo comprendía. Había sentido lo mismo cuando encontró la carpeta sobre su adopción en el altillo de su madre. Era una mezcla de negación, sorpresa y desconcierto. De un momento al otro se dejaba de ser uno mismo para convertirse en un desconocido, por extraño que pudiera parecer. Toda su vida había sido una mentira y no sabía quién era en realidad. Sí, él comprendía muy bien lo que su compañero sentía en ese momento.

Josh sabía que despejar la duda acerca de su parentesco era dar un paso definitivo en dirección hacia la verdad. Una vez que pudiera demostrarle a Cody que era su hermano gemelo, ambos podrían investigar qué había ocurrido para que uno terminara en una familia trabajadora de Brooklyn y el otro en manos de una pareja de profesionales de Florida. Aunque Josh tenía una idea más o menos clara de lo ocurrido. Estaba seguro de que Frank Ryan lo había vendido a Russel Bradbury, pero ¿cómo se conocieron? ¿Había más personas involucradas? ¿Existirían otros bebés que habían corrido la misma suerte? ¿Lo sabría Haylie, su madre biológica? ¿Qué había causado su muerte?

Eran demasiadas las preguntas que debían resolver. Cody se mantuvo en silencio todo el trayecto. Ninguno de los dos manifestó deseo alguno de almorzar. Era evidente que ambos tenían el estómago cerrado.

Antes de que llegaran de nuevo a la Estación, el móvil de Josh comenzó a sonar. Lo sorprendió la imagen que apareció en la pantalla, pues no recordaba haberle dado su número de contacto a Keen. Respondió con su voz más amable.

—Bradbury, ¿ Ryan está contigo?

—Eh, sí. Está a mi lado. Vamos en dirección a la Estación. Él conduce.

—Eso supuse, por eso te llamo a ti. Jezebel me dio tu número. Espero que no te moleste.

—No, desde luego que no —dijo Josh, mientras se preguntaba

de dónde habría sacado Peck esa información. Entonces comprendió que para ese momento, la entrometida detective ya habría revisado su expediente, y sabría hasta el número de zapatos que calzaba—. ¿En qué podemos serte útiles?

—El juez emitió una orden de captura contra el doctor Ackerman y la señorita Terrie Simmons por obstrucción a la Justicia. Quiero que procedáis al arresto de ambos. Os enviaré una patrulla de apoyo al hospital ahora mismo.

—Por supuesto, iremos para allá enseguida —afirmó Josh un poco decepcionado, pues por un momento tuvo la esperanza de que la llamada de Natalie fuera personal.

Keen colgó sin esperar más respuesta y Bradbury le informó a Ryan acerca de las palabras de la fiscal. Cody se desvió hacia el hospital. ¿Podrían por fin reducir el espectro de sospechosos? Si Hackett chantajeaba al director, como sugerían los retiros regulares de dinero en efectivo, habría un fuerte motivo para que Ackerman quisiera deshacerse de su examante. No imaginaba otra justificación para que les hubiera mentido acerca de dónde se encontraba en el momento del asesinato. Paul Ackerman era un hombre fuerte que medía más de un metro ochenta. No le hubiera resultado difícil dejar inconsciente de un golpe a la enfermera antes de asfixiarla, y tratar de hacerlo pasar como el ataque de un violador fortuito.

Tenían que considerar también la declaración de la secretaria. Había mentido a la Policía para proteger a su jefe. Su lealtad iba mucho más lejos de lo que le exigía su deber. ¿Estaría enamorada de él, sería cómplice del homicidio, o tendría algún otro motivo para correr semejante riesgo? Ya lo averiguarían, pero Cody sí tenía claro que Terrie Simmons era el eslabón débil de la cadena. Enfrentar cargos por obstrucción podía soltar la lengua de la secretaria. O al menos, eso esperaba Ryan.

Al llegar al hospital aparcaron frente a la puerta, donde ya los esperaba la patrulla prometida por Keen. Bajaron del automóvil y entraron. Cody y Josh encabezaban la comitiva, con los uniformados detrás de ellos. Avanzaban con rapidez a paso seguro. Era evidente que iban a cumplir una misión oficial, por lo que tanto el personal como los visitantes los miraban cuando pasaban, con la curiosidad reflejada en los ojos. Al fin llegaron a la dirección del hospital. Simmons estaba concentrada en su ordenador en ese momento. Levantó las manos del teclado y palideció. Josh se quedó con ella, mientras Cody irrumpía como una tromba en la oficina de Ackerman.

—¡Oiga! ¿Qué hacen? No pueden entrar allí.

—¿Terrie Simmons? —preguntó Bradbury. Ella asintió, sin comprender por qué le preguntaba su nombre si ya lo sabía—.

Queda usted arrestada por obstrucción a la Justicia. «Tiene el derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que diga puede y será usada en su contra en un tribunal de Justicia. Tiene el derecho de hablar con un abogado y que un abogado esté presente durante cualquier interrogatorio. Si no puede pagar un abogado, se le asignará uno pagado por el gobierno. ¿Le han quedado claros los derechos previamente mencionados?»

Simmons miró al detective a los ojos, mientras uno de los uniformados la esposaba y la empujaba con suavidad para que lo acompañara. Antes de llegar a la puerta, vio salir a su jefe en las mismas condiciones, guiado por el otro policía, a quien acompañaba un segundo patrullero. Ackerman iba cabizbajo, con el rostro pálido y la mirada perdida.

—¡Haga algo! —le gritó Terrie—. Tiene que hacer algo. Usted me prometió que esto no pasaría.

—Lo lamento mucho —balbuceó el director.

—No. No voy a ir a la cárcel por usted, ¿me oye? ¡Sus pagas extras no son suficientes para esto! —gritó Simmons mientras se agitaba, como si con eso pudiera deshacerse de las esposas que le atenazaban las muñecas.

—Terrie… —dijo él con tono suplicante.

Antes de que Simmons le pudiera responder, ya el patrullero que acompañaba a Bradbury, la había sacado de la dirección.

Capítulo 17.

Al llegar a la Estación de Policía, Ackerman y Simmons fueron llevados a sus celdas, donde esperarían a sus respectivos defensores. Los dos detectives encontraron a Peck sentada en el mismo lugar que ocupaba cuando salieron. Cody estaba seguro de que no se había movido de allí. Su conclusión quedó reforzada cuando vio algunas migas de pan sobre la mesa y el envoltorio de un bocadillo en la papelera. Cuando estaba inmersa en un caso, Jezebel era incansable.

—¿Ya terminasteis esa tarea tan urgente y misteriosa a la que dedicasteis la hora del almuerzo?

—Sí. Y no es algo que vamos a discutir ahora, Jez —le advirtió Ryan—. Se trata de un asunto personal.

—Déjame adivinar: os practicasteis una prueba de ADN.

—¿Se lo contaste tú? —preguntó Cody, al mismo tiempo que encaraba a su hermano con una mirada de reproche. Josh enarcó las cejas y negó con la cabeza.

—No culpes a Josh. Recuerda que soy detective, y muy buena. Hago deducciones en función de las evidencias. Si partimos de la premisa de que vosotros dos os encontrasteis después de toda una vida, sin saber cada uno de la existencia del otro. Luego desaparecisteis durante casi una hora en medio de una complicada investigación. La deducción lógica es que os practicasteis una prueba de ADN para comprobar si sois hermanos.

—De acuerdo. Eres una detective brillante —reconoció Cody—. ¿Podrías guardarnos el secreto y utilizar tus dotes deductivas en el caso?

—Palabra de *Girl Scout* —prometió Jezebel con una sonrisa pícara.

Antes de volver a prestar atención a la pantalla de su ordenador miró a Josh, quien le guiñó un ojo con complicidad.

—¿Has descubierto algo interesante? —preguntó Ryan.

—Acabo de analizar los movimientos bancarios en las cuentas de la víctima. Sus ingresos principales provenían de la nómina del hospital y tenía algún que otro depósito extraordinario, pero las fechas no corresponden con los retiros de Ackerman.

—¿Cuál es el monto de esos depósitos?

—Pues es variable. Oscilan entre 640 y 1600 dólares.

—Son cifras bajas si las comparamos con los retiros del director —señaló Josh.

—Ya os lo dije. Además de que no coinciden en las fechas.

—Tened en cuenta que el doctor hacía retiros en efectivo —

insistió Cody—. Hackett pudo gastar una parte de ese dinero, o tal vez lo depositó en otra cuenta.

—Esta es la única a su nombre.

—¿Y qué hay del prometido? Iban a casarse, ¿no es así? Tal vez él también estaba involucrado en el chantaje.

—Buen punto —reconoció Peck—. Hablaré con Keen para que solicite la orden.

—¿Dónde está Short? —preguntó Cody, al darse cuenta de que no veía al compañero de Jezebel por ninguna parte.

—Se fue a almorzar. Ya sabéis que él no se conforma con un bocadillo devorado en la mesa de trabajo. Debe regresar pronto.

—De acuerdo.

—Se me acaba de ocurrir —intervino Josh, que se había mantenido en silencio—… En una ocasión mi abuela se cayó y se rompió la cadera. Tuvo que ser operada de emergencia…

—Lo lamentamos mucho por ella, Bradbury —lo interrumpió Cody en tono de reproche—, pero ¿qué tiene que ver eso con el caso y por qué crees que nos concierne?

Josh suspiró y puso los ojos en blanco, como si pidiera paciencia al cielo para soportar un compañero tan recalcitrante, que además podía ser su hermano.

—Si me dejas explicarme, te lo respondo: cuando le dieron el alta del hospital, mi madre contrató un servicio de enfermería para que la atendieran, hasta que pudo recuperarse lo suficiente para valerse por sí misma. Hizo el contrato a través de una agencia.

—¡Claro, tienes razón! —exclamó Peck—. ¿Cómo no se me había ocurrido? Es posible que además de su empleo en el hospital, Marianne recibiera contratos a través de una agencia y los pagos podrían corresponder a esas horas extras de trabajo.

—Es un buen razonamiento —reconoció Cody—. Mis disculpas, Bradbury. Y lamento mucho lo de tu abuela.

—No tienes que disculparte. Con respecto a mi abuela, ya está bien. Es la primera en saltar a la pista de baile en cuanto tiene oportunidad —agregó con una sonrisa.

Ryan también sonrió. Luego retomó la palabra:

—Podemos aclarar este punto con facilidad. La amiga de Hackett, Belinda, debe saber si la víctima trabajaba para una de estas agencias.

—La llamo enseguida —dijo Jezebel, mientras buscaba los números de contacto de los testigos, cogía el teléfono y comenzaba a marcar.

Un agente entró en la sala y miró a su alrededor. Entonces se acercó a donde ellos estaban.

—¿El detective Cody Ryan?

—Soy yo.

—Me envía el sargento, señor. Le manda a decir que ya llegaron los defensores de los detenidos.

—¿Tan pronto?

—Ya se encontraban en el recinto por otro caso.

—Bien, si es así no perdamos el tiempo —afirmó Ryan—. Vamos a verlos —entonces se dirigió al agente—. ¿Podrían subirlos a la sala de interrogatorios? Primero a la señorita Simmons.

—Ah, olvidé advertiros —intervino Peck, antes de que pudieran alejarse—. El jefe quiere ver el interrogatorio desde el cuarto auxiliar.

—¿Powers? —preguntó Cody sin poderlo creer—. ¿Qué interés puede tener en un caso rutinario como este?

—Tienes al director de uno de los principales hospitales de Brooklyn en una celda, Ryan. Al parecer hubo una llamada. Pese a que Powers juró que la investigación está a cargo de uno de sus mejores detectives que es fiel cumplidor de la ley, el suegro de Ackerman le hizo prometer que estaría presente para asegurarse de que se respetaban los derechos civiles de su querido yerno.

—Pues sí que se mueve rápido.

—Yo lo que sé es que debes esperar a que suba el jefe, antes de comenzar a interrogar a los detenidos.

—¿También a la secretaria?

—Por lo visto, la alcanza el ala protectora de su jefe.

—Muy bien. Eso no cambia nada —afirmó Ryan, molesto por la forma en que el director trataba de protegerse. De cualquier manera, él siempre era muy cuidadoso con los procedimientos. Miró a Josh. No lo conocía lo suficiente, pero su comportamiento había sido correcto en los interrogatorios anteriores. Esperaba que no se descarriara.

Cuando los detectives llegaron a la sala auxiliar, encontraron allí a Powers. El jefe saludó a sus subalternos y detalló las facciones de ambos con descaro, como si no pudiera creer que fueran tan parecidos.

—¡Diablos! Si no usarais ropas diferentes, no podría decir quién es quién. Bien, eso no importa ahora —reconoció, mientras se enfocaba en Cody, a quien identificó por el traje gris—. Supongo que tú eres Ryan.

—Sí, señor.

—Muy bien. Explícame qué hace el director del *Fortier Hospital Center* en una de mis celdas —refunfuñó, mientras se acomodaba los anteojos, lo que Cody reconoció como una mala señal—. También quiero saber por qué me he visto obligado a dar todo tipo de explicaciones al comisionado sobre un arresto del cual no tenía

idea. He tenido que dar la cara por ti, así que espero que tengas una buena explicación.

Cody le hizo un resumen a Powers de los avances de la investigación y las razones por las cuales sospechaban de Ackerman. El jefe escuchó con atención y volvió a empujar los anteojos antes de hablar.

—Estoy de acuerdo con vosotros —reconoció por fin—. El buen doctor tiene que dar muchas explicaciones. Haced el interrogatorio con guante de terciopelo y dejad grabada la sesión. No os preocupéis por los de arriba que yo me encargo. Eso sí, que no haya ni una sola queja de vuestra conducta —les advirtió, al mismo tiempo que levantaba el índice.

—Descuide, jefe. Ya sabe que no tendrá problemas conmigo.

—¿Y tú? ¿Te ha quedado claro?

—Sí, señor. Muy claro —afirmó Josh con expresión seria.

—¿A quién vais a interrogar primero?

—A la secretaria —respondió Cody—. Por la forma en que reaccionó durante el arresto, creo que estará dispuesta a colaborar a cambio de mejorar su situación. Y su declaración nos ayudará a presionar a Ackerman.

—Bien pensado. Adelante, chicos.

Antes de comenzar, Ryan llevó a cabo los preparativos para grabar todo lo que ocurría en la sala contigua. En la pantalla del ordenador apareció la imagen de Terrie Simmons sentada junto a su abogada. La secretaria se mordía las uñas con nerviosismo y lanzaba miradas furtivas de un lado a otro. Era evidente que estaba muy nerviosa. Y tenía buenas razones para ello. El falso testimonio era un delito federal.

La abogada se mantenía en actitud rígida y con la mirada al frente. Josh concluyó que no se sentía cómoda con su cliente.

—¿Abogada de oficio? —preguntó Bradbury.

—Ya quisierais vosotros. La dama es Ava Geary. Pertenece a Pearson & Kersey, uno de los bufetes más prestigiosos de Manhatan. El defensor de Ackerman es el propio Thomas Kersey, socio principal de la firma. No lo vais a tener fácil.

—Tener buenos abogados no cambiará el hecho de que testificaron en falso —advirtió Ryan.

—Es cierto, pero será mejor que vayáis con pies de plomo. Esta gente juega rudo.

—Nosotros también. Vamos, Bradbury.

Josh asintió y siguió a su compañero. Geary se sorprendió cuando vio entrar a dos detectives iguales. Cody se sentó frente a ellas y abrió la carpeta con el expediente. Josh, a su lado, permaneció de pie.

—Señorita Simmons, volvemos a vernos —dijo Ryan con ironía.

—¡Este arresto es improcedente! —exclamó la abogada antes de que la detenida pudiera abrir la boca—. Mi cliente no debería estar aquí.

—Su cliente mintió, abogada —refutó Cody—. Firmó una declaración en la que afirmaba que a la hora del asesinato de Marianne Hackett, ella se encontraba en su escritorio, en la antesala de la dirección y corroboró en falso la coartada del doctor Ackerman. Gracias a un testigo, pudimos determinar que el doctor no acudió a trabajar ese día y que ella se fue mucho más temprano de la hora que admite en su declaración.

—Se confundió de día. Eso no es un delito.

—¿Quiere decir que no sabía dónde había estado el día anterior a la entrevista?

—¿Por qué se sorprende tanto? Mi cliente estaba en estado de choque cuando la interrogaron. Acababa de enterarse de que una querida compañera de trabajo había sido violada y asesinada. ¿No se sentiría usted confundido en unas circunstancias como esas?

—La señorita Simmons admitió que no conocía a la víctima. Según ella, nunca la había visto. Solo se ocupaba de enviarle flores y regalos cuando se lo ordenaba su jefe, quien era amante de Marianne Hackett. Así que no creo que se sintiera demasiado afectada por su muerte.

Geary miró con severidad a su cliente, quien al parecer había olvidado mencionarle a su abogada la conversación que había sostenido con Cody en el hospital.

—¡Qué importa que no la conociera! Era una compañera y es lógico que se solidarizara con ella.

—¿Esa solidaridad tendrá algo que ver con los pagos que recibió del doctor Ackerman y que mencionó cuando la arrestamos? —intervino Josh.

—¿De qué habla? —preguntó la abogada, desconcertada. Otro detalle que Terrie olvidó mencionarle.

Bradbury repitió casi palabra por palabra la amenaza proferida por Simmons a Ackerman cuando los arrestaron.

—No tiene forma de demostrar que mi defendida dijera algo así —afirmó Geary.

—En eso se equivoca, abogada —le refutó Josh, mientras sacaba su móvil del bolsillo y comenzaba a manipularlo—. Es un teléfono nuevo, ¿sabe? Es muy bueno, pero demasiado sensible. Algunas veces se activa solo. Ya sabe, una llamada que no pretendía hacer, abre una aplicación mientras está guardado en el bolsillo… ese tipo de cosas. No sería un problema si no malgastara la carga de la batería.

Cody miró a su compañero como si hubiera perdido la razón. ¿A qué venía hablar de su móvil en un momento como ese? Josh encontró por fin lo que buscaba y por el altavoz del teléfono se escuchó la aguda voz de Terrie cuando amenazaba a su jefe.

—Está usted en un gran problema —afirmó la abogada—. Grabar a mi cliente sin su consentimiento y sin una orden…

—Como le dije. No la grabé. Una función del móvil que se activó sola.

—¿Quién le va a creer eso?

—Tal vez un juez que se sienta inclinado a evitar que el violador y asesino de una joven salga libre porque su secretaria acepta pagos extras y le proporciona una coartada. Además de que profirió estas amenazas frente a testigos: los dos oficiales que nos acompañaron durante el arresto y nosotros mismos.

—Usted sabe que ningún juez aceptará una prueba que haya sido obtenida de forma ilegal.

Cody observaba a Bradbury con exasperación. ¡La abogada tenía razón! Esa grabación podía dar al traste con todo lo que habían logrado. Estaba a punto de pedirle a su compañero que saliera con él para tener una conversación a solas, cuando Simmons rompió su silencio.

—¡Basta! Yo no soy cómplice de ningún asesinato.

—Señorita Simmons, recuerde lo que conversamos hace unos minutos. Es mejor que guarde silencio. Es su derecho.

—¿Derecho a qué? ¿A que me acusen de cómplice de un crimen?

—Eso no va a pasar. Se lo prometo. Esa grabación no tiene valor probatorio. Ningún juez la aceptaría, porque fue obtenida de forma ilegal.

—Pero el fiscal trataría de que la aceptaran, ¿verdad?

—Sí, claro, pero no prosperaría. Estoy segura de ello.

—¿Y el juez no sabría de su existencia? ¿No la escucharía? ¿Nadie le diría de qué se trata? ¿El jurado no sabría que existe una grabación que corrobora la declaración de los policías, aunque sea excluida del juicio?

—Sí, claro, pero en caso de que el fiscal intentara usarla, el juez tendría que tomar esa decisión. Si se apega a la ley, la desecharía.

—Pero sabría que existe. Y pensaría lo mismo que ellos, lo que también cree usted. La misma conclusión a la que todos llegarían. Que soy cómplice de Ackerman, cuando la verdad es que no lo soy.

—¿Cuál es esa verdad, Terrie? —preguntó Josh con amabilidad. La abogada quiso intervenir, pero él se le adelantó—. Sospecho que a pesar del consejo de la señorita Geary, tú quieres contarnos lo que sabes.

La secretaria asintió llorosa antes de responder.

—Les mentí porque me asusté. Cuando cubría las ausencias del doctor Ackerman, no creí hacer nada malo. Creía… solo creía que él estaba con alguna de sus amantes y que no quería que llegara a oídos de su esposa, o de su suegro.

—¿El doctor te pagaba para que mintieras por él?

Simmons volvió a asentir.

—Esos días yo debía quedarme hasta la hora de salida por si alguien lo llamaba. Entonces lo excusaba. Decía que se encontraba en una reunión importante. Cualquier cosa que se me ocurriera para distraer a quien preguntara por él. Al día siguiente me daba un sobre con una paga extra.

—Pero el día que asesinaron a Marianne no cumpliste tu horario. Te fuiste más temprano.

—Es que la esposa del doctor está de viaje por Europa, así que por el cambio de horario tenía la certeza de que no telefonearía. Por eso decidí tomarme la tarde libre. ¿Quién se iba a enterar?

—Entonces no sabes dónde estuvo el doctor Ackerman entre las siete y las nueve del veintidós de abril.

—No tengo la menor idea.

Capítulo 18.

Mientras Terrie era llevada de vuelta a su celda y esperaban que subieran al director, Josh decidió que sería buena idea tomarse un café, pues no conseguía entrar en calor desde que arribó a Nueva York. También era una forma de librarse de la bronca que adivinaba en la mirada furiosa de Ryan. Sabía que se había excedido un poco al grabar a la secretaria sin respaldo legal, pero su premisa era que si querías algo, tenías que correr riesgos. Y siempre le funcionaba, aunque debía reconocer que había sido un motivo constante de fricción con Fuentes, su antiguo jefe en Florida.

Recordó demasiado tarde que Powers había sido testigo de todo lo ocurrido desde el cuarto auxiliar. En cuanto salió de la sala de interrogatorios, se encontró de frente con su actual jefe y supo que tenía problemas cuando vio que había enrojecido hasta la coronilla y que se acomodaba los anteojos cada dos segundos.

—¿Quieres explicarme qué ha sido eso, Bradbury?

—¿Eso? Un interrogatorio exitoso, señor. Conseguimos que Simmons confesara que había mentido y que lo hizo porque Ackerman le pagó para ello.

—¡No seas cínico! Sabes muy bien que si la secretaria no hubiera perdido los nervios, nosotros podríamos haber perdido la cabeza. Todavía no estoy muy seguro de que podamos conservarla sobre los hombros.

—Pero confesó, ¿no es así? —argumentó Josh, que no estaba dispuesto a dejarse intimidar, pues tenía la certeza de que esa discusión marcaría el tono de la relación con su nuevo jefe.

—Es muy probable que esa confesión sea desestimada porque fue conseguida como consecuencia de una prueba ilícita. También podrían sancionaros a vosotros por violar los derechos de Simmons, y de paso a mí por permitirlo. Quiero llegar a la jubilación con mi expediente limpio, así que no voy a permitir que ningún detective arrogante venga a arruinar una carrera impecable. ¿Es que acaso no os enseñan procedimientos legales en Florida?

—Sé muy bien lo que hice, jefe —se defendió Bradbury—. Antes de convertirme en policía estudié Leyes.

—¡Peor me lo pones! Reconoces que lo hiciste con pleno conocimiento de que cometías una falta.

—Por supuesto. También soy consciente de que sin un poco de presión, Simmons se hubiera encerrado en sí misma amparada en su abogada de élite. ¿O por qué cree que Ackerman se preocupó de proporcionarle una defensa de primera línea?

—Tiene razón, jefe —intervino Ryan, que había salido detrás de

Josh. Powers lo miró como si no lo reconociera, así que Cody se apresuró a explicarse—. No comparto los métodos de Bradbury, pero reconozco que si no hubiera existido esa grabación, no habríamos averiguado los verdaderos motivos de la secretaria para mentir. La abogada estaba dispuesta a cualquier cosa para que no dijera la verdad.

—Es posible que su cometido fuera ese —sugirió Josh—, más que la propia defensa de su cliente.

—Es una acusación muy grave esa que haces, Bradbury —le advirtió Lyndon, al mismo tiempo que volvía a empujar los anteojos—, así que espero no volver a escucharla, a menos que tengas alguna prueba irrefutable de lo que afirmas.

Cody decidió intervenir en defensa de su compañero:

—Creo que lo importante ahora sería usar la declaración de la señorita Simmons para presionar a Ackerman y que confiese, antes de que Geary pueda comunicarse con Kersey y elaboren una estrategia.

—De acuerdo —cedió Powers—, pero espero que sea la última vez que hagas algo así, Bradbury. No toleraré este tipo de exabruptos bajo mi mando.

Josh se disponía a protestar, cuando Cody lo cogió por el brazo y casi lo arrastró de vuelta a la sala de interrogatorios, mientras le prometía a su jefe que la conducta de su compañero no se volvería a repetir.

Ryan se contuvo, aunque hubiera querido gritarle su frustración a su irreverente compañero, pero sabía que el jefe los vigilaba desde el cuarto auxiliar, atento a cualquier palabra que se pronunciara en esa sala. Por el bien de ambos, era importante que presentaran un frente unido ante todos los demás, incluso dentro del propio cuerpo policial.

—Gracias por tu apoyo allá afuera —dijo Josh en cuanto cerraron la puerta.

—Eres mi compañero, pero no tientes tu suerte.

Bradbury comprendió que había llevado a Ryan al límite de su tolerancia. Esa era la razón por la que prefería trabajar solo. No era muy proclive a ser estricto con las normas y quien trabajara con él podría sufrir las consecuencias de su laxitud con las reglas. Ahora tendría que aprender a moderarse, por el bien de su hermano.

Al cabo de pocos minutos escucharon los goznes de la puerta y apareció un cabizbajo Ackerman, escoltado por un agente. Los acompañaba un hombre de mediana estatura, un poco pasado de peso, quien usaba un traje hecho a la medida que lucía con arrogancia. Con toda seguridad se trataba de Kersey.

Los recién llegados se sentaron frente a los detectives. El

abogado apenas los miró. Tampoco esperó a que ellos dieran inicio al interrogatorio.

—La detención de mi defendido ha sido arbitraria —declaró sin ambages—. No existe ninguna prueba fehaciente de que haya tenido nada que ver con la lamentable muerte de la joven encontrada en el parque. De manera que exijo que se retiren los cargos y sea puesto en libertad de inmediato. Por supuesto que demandaremos al Estado y a este recinto, así como a cada uno de los responsables por el falso arresto. Mi cliente es un prominente miembro de la comunidad y ha sido expuesto al escarnio público por una acusación sin fundamento.

—¿Ya terminó, abogado? —preguntó Josh, sin mostrar ningún temor. Cody admiró su sangre fría. Una amenaza proferida de manera tan resuelta por un abogado como Kersey intimidaría a cualquiera. Aunque Ryan tampoco se atemorizaba con facilidad, la firmeza de su compañero le proporcionó seguridad.

Kersey asintió con cierta sorpresa. Por lo general esa amenaza funcionaba sin importar cuan infundada fuera. Era su estrategia favorita, pues solía poner a los policías a la defensiva, y le proporcionaba el control de la situación. Se sintió desconcertado cuando su estratagema no surtió efecto. Bradbury volvió a tomar la palabra.

—La detención fue procedente. Si se ha tomado la molestia de leer la orden de arresto, podrá ver que su defendido no fue acusado del asesinato de Hackett. Ese es un caso que está en plena investigación. Todavía no hemos identificado al responsable, aunque lo haremos —afirmó Josh, mientras miraba al director a los ojos. Paul se concentró en la punta de sus zapatos—. El doctor Ackerman está aquí porque testificó en falso durante sus declaraciones. En otras palabras, mintió con respecto a su coartada.

Ackerman abrió la boca con la intención de defenderse, pero el abogado le hizo un gesto que le indicaba que guardara silencio.

—¿Qué pruebas tienen para afirmar algo así? ¿La declaración de un portero que es probable que estuviera distraído cuando llegó el doctor, o que confundiera las fechas debido a sus hábitos… poco recomendables? —Cody y Josh se miraron entre sí. Las palabras del abogado los desconcertaron, como un boxeador que recibe un golpe que no esperaba—. Ya veo que no investigaron a su «testigo». El señor Green casi ha sido despedido en dos ocasiones porque lo sorprendieron cuando ingería alcohol en su puesto de trabajo. Solo la generosidad de la directiva del hospital permitió que conservara su empleo.

—Eso no cambia nada —afirmó Bradbury, sin mucha convicción.

—Por supuesto que lo cambia todo —refutó el abogado—. ¿A quién creerá el jurado, al prestigioso director de uno de los hospitales más importantes de la ciudad, o a un empleado que ha recibido varias amonestaciones por ser encontrado borracho durante su trabajo?

—Yo diría que al empleado —afirmó Josh, para sorpresa de Kersey—. En especial cuando ese testimonio esté apoyado por la declaración de la señorita Terrie Simmons, secretaria del doctor.

—¿A qué declaración se refiere? —preguntó el abogado, ya no tan seguro de sí mismo.

En esta oportunidad fue Cody quien tomó la palabra, al mismo tiempo que abría la carpeta que tenía frente a él, donde reposaba la declaración firmada por la secretaria minutos antes. Al ver la palidez y el temblor de las manos de Kersey cuando leyó el documento, Ackerman se derrumbó.

—¡Les juro que yo no la maté! —exclamó, al mismo tiempo que rompía a llorar—. Reconozco que mentí acerca de mi coartada. Mi prestigio estaba en juego, pero no tengo nada que ver con el homicidio de Marianne.

—Doctor Ackerman, le recomiendo que no diga ni una palabra más —intervino el abogado.

—¿No lo comprende? Si no les cuento la verdad, me acusarán de homicidio.

—¡Vaya torpeza! —refunfuñó el abogado, sin poder disimular su contrariedad—. Sabía que no era buena idea contratar a Geary.

—Supongo que su colega tenía el encargo de conseguir que Terrie Simmons mantuviera la boca cerrada —aventuró Josh. El abogado comprendió que había hablado de más y no respondió.

—Doctor Ackerman —intervino Cody usando un tono amable—, al mentirnos acerca de su coartada, no solo cometió el delito de dar un falso testimonio, lo cual puede significar una sentencia de dos a cinco años, sino que se ha convertido en el principal sospechoso del asesinato de Marianne Hackett. Si tiene alguna explicación que lo exonere, este es el momento de hablar. Nada puede ser tan grave como las acusaciones que podría enfrentar si no nos dice la verdad.

El director miró a su abogado con expresión de desamparo. Kersey asintió, con lo cual confirmó las palabras del policía. Después de un largo suspiro de resignación, Paul comenzó a declarar:

—Soy adicto a las anfetaminas.

—¿Qué? —preguntó Cody, que esperaba cualquier cosa menos esa.

—No sé cómo sucedió, fue algo progresivo. Ya lo pueden imaginar, tomaba una pastilla de vez en cuando para resistir una

guardia con demasiado trabajo después de un día complicado, luego comencé a usarlas una vez a la semana, cuando tenía que trabajar más horas de las que mi cuerpo resistía, porque quería ser tomado en cuenta para el cargo de director. Para cuando llegó el momento de competir, ya las ingería todos los días. Desde entonces no puedo vivir sin ellas.

—Usted es médico. ¿Cómo pudo llegar a ese punto?

—Porque mi ambición pudo más que mi sentido común y cuando comencé a notar las señales de alarma me mentí a mí mismo, como todos. Lo habrá escuchado con anterioridad. Me decía que no era tan importante, que las podía dejar cuando quisiera, pero no era cierto.

—Los retiros periódicos de sus cuentas…

—Eran para pagar al distribuidor —confesó con vergüenza.

—¿Dónde estuvo la tarde del 22 de abril?

—Mi esposa está de viaje por Europa, así que estoy solo en casa. Hice una compra… especial. Después fui a buscar a una amiga para… pasar un buen rato.

—¿Ambos consumieron?

Ackerman asintió. Ya no tenía nada que perder.

—Necesitamos el nombre de esa amiga —le ordenó Cody.

Capítulo 19.

Los detectives regresaron a la Sala de Investigaciones después de concluir el interrogatorio de Ackerman. Por suerte para Josh, el jefe Powers ya había abandonado el cuarto auxiliar. Supuso que se encontraría en su oficina haciendo esfuerzos por calmar las aguas que se habrían agitado por la grabación ilegal. Encontraron a Peck y a Short concentrados en sus ordenadores. Ambos levantaron la vista cuando Josh y Cody se acercaron. En pocas palabras les explicaron a sus colegas las declaraciones del director y su secretaria.

—¡No quisiera estar en los zapatos de Ackerman! —reconoció Short—. Sin importar lo que ocurra de ahora en adelante, su carrera está acabada.

—Tienes razón —dijo Josh—, además de que su condición de adicto lo convierte en una potencial víctima de chantaje, lo cual aumenta las probabilidades de que se trate del asesino.

—A menos que la mujer que dice que lo acompañó durante la bacanal confirme su coartada —señaló Cody.

—¿De quién se trata?

—Charlotte Samuels —respondió Ryan, después de consultar su libreta de notas.

Short soltó un silbido para manifestar su sorpresa, al mismo tiempo que intercambiaba una mirada de mutua comprensión con su compañera. Era evidente que el nombre significaba algo para ellos.

—¿La conocéis?

—Conocemos a su marido —respondió Jezebel—. Me parece que el doctor está en peores problemas de los que creíamos.

—¿A qué te refieres?

Herman fue quien respondió la pregunta de Ryan:

—Hace algunos meses colaboramos con los chicos de la DEA. Estaban detrás de un pez gordo. Movía grandes cargamentos de estupefacientes que terminaban en la costa noreste. Después de un trabajo de más de cinco años, por fin lo detuvieron in fraganti. Entre los nombres que mencionó cuando se vio vestido de color naranja estaba el de Jack Samuels. Lo señaló como uno de sus jefes, así que la DEA lo investiga.

—¿Cómo terminó el imbécil de Ackerman en la cama con la esposa de un sujeto así?

—Tal vez no lo sepa —sugirió Herman—. Creo que tendréis que ser muy discretos con este asunto, chicos. Si Samuels se entera, el doctor es hombre muerto.

—Como si no tuviéramos suficientes problemas —se quejó Cody.

El sonido agudo de la extensión telefónica de Peck los interrumpió. La detective respondió al segundo timbrazo y sonrió en cuanto escuchó de quién se trataba. Colgó después de una corta conversación que debió transmitirle buenas noticias a juzgar por su expresión.

—Era Natalie. El juez dio luz verde para la toma de muestras de ADN de todos los sospechosos varones.

—¡Perfecto! —exclamó Cody—. Debemos comunicarnos con el laboratorio de criminalística para que procedan y hagan las comparaciones con el ADN de la colilla y el encontrado en el cadáver.

—Yo me ocupo —se ofreció Short.

—Herman, asegúrate de que se compare también con la información de los archivos —le instruyó Ryan—. Tal vez el hombre que buscamos tenga antecedentes como violador.

—Dalo por hecho.

—Bien, pasemos a otro asunto. Jez, ¿has averiguado algo sobre los ingresos bancarios de Hackett?

—Josh estaba en lo cierto. Marianne se inscribió en una Agencia de Servicios de Enfermería cuando le puso fecha a la boda. Trabajaba los días que tenía libres en el hospital. De vez en cuando transfería parte de ese dinero a la cuenta mancomunada con Baniter.

—Baniter. ¿Qué puedes decirnos de él?

—No recibe un ingreso fijo, porque no tiene un empleo, pero al parecer es muy cotizado en su campo y cuando consigue colocar una fotografía, se la pagan bien. Los ingresos tampoco coinciden con los retiros de Ackerman ni en fechas, ni en montos.

—Así que no tenemos ningún indicio de que la pareja chantajeara al doctor —señaló Cody.

—Ninguno. Al parecer os dijo la verdad con respecto a su adicción.

—Se negó a delatar a su distribuidor —dijo Josh—. Por lo visto, prefirió involucrar a la señora Samuels para que corroborara su coartada.

—Si supiera quién es su marido no hubiera hecho esa elección —opinó Short—. Por el bien del doctor Ackerman y de la dama, procurad ser discretos. Ahora pasemos a otro asunto, yo también he estado algo ocupado mientras vosotros conversabais con los detenidos. Me comuniqué con las compañías telefónicas de todos los sospechosos.

—¿Qué averiguaste? —preguntó Josh con interés.

—Bien, por aquí lo tengo anotado —anunció Herman mientras

cogía una hoja de papel que reposaba sobre su mesa—. Los móviles de Ibarra, Santana y Baniter estaban en sus respectivas residencias, donde ellos dijeron que se encontraban.

—Pudieron ir a *Prospect Park* sin llevar sus teléfonos —señaló Ryan.

—La triangulación por sí sola no exonera a nadie —reconoció Bradbury—, pero es un indicio.

—¿Dónde estaba el móvil del doctor Ackerman?

—En Manhatan. Cerca de *Central Park*.

—Coincide con su declaración. Él afirma que compró la droga en el Bronx a las seis de la tarde, recogió a su amante y se fueron a un hotel en Manhatan: El *Park Hotel*.

—¿A qué hora se registró en el hotel?

—Alrededor de las 7:30 de la tarde.

—Hackett murió entre las siete y las nueve —razonó Jezebel—. Si Ackerman y su amante se registraron a las siete treinta en Manhatan, no tuvo tiempo de cometer el crimen y llegar hasta allí en media hora. Aun sin atascos sería imposible.

—Buen punto —dijo Josh—. Si comprobamos que el registro fue a esa hora y que no hay forma de cubrir la distancia entre *Prospect* y *Central Park* en media hora, no será necesario involucrar a la señora Samuels para determinar si el doctor nos dice la verdad.

—Eso representaría un gran alivio —señaló Herman—. Si dos detectives se acercan a Charlotte, Jack podría ponerse nervioso. Además del riesgo para los amantes si el adulterio llega a saberse, Samuels se pondría en guardia y estoy seguro de que los muchachos de la DEA se enfadarían un poco si les arruinamos su caso.

Cody asintió. No quería interferir en el trabajo de la DEA. Después de despedirse de Short y Peck, hizo un gesto a Josh para que lo siguiera y salieron en dirección al aparcamiento. Ryan encendió el vehículo y su compañero consultó el reloj.

—Son las seis y cuarenta —afirmó Bradbury.

Sin decir nada, Cody encendió el motor y se dirigieron a *Prospect Park*. Llegaron al cabo de diez minutos.

—¿Qué hora es? —preguntó Ryan.

—Son las seis y cincuenta minutos.

Cody asintió. Aguardaron diez minutos más. Los más largos que recordaban, pues el único tema que tenían en común era demasiado delicado para tratarlo en una conversación casual. A Josh le hubiera gustado saber más sobre su hermano, pero comprendía que sería un error hacerle preguntas personales antes de tener los resultados del ADN. Eso solo serviría para que Cody se cerrara todavía más. Ryan hacía todo lo posible para mantener las distancias con su compañero.

Cuando al fin sonó la alarma del teléfono de Josh, que les indicó que eran las siete en punto, Cody encendió el automóvil para iniciar el recorrido. Como buen policía neoyorquino, conocía muy bien calles y callejuelas por las cuales transitar para evitar la mayor cantidad de atascos posibles y condujo todo el trayecto al límite de velocidad, en la medida en que le fue posible. Cuando llegaron a Central Park eran las 8:30. Se detuvieron frente al hotel. Se trataba de un edificio que había sido construido en los años cincuenta, pero tan bien conservado que parecía recién inaugurado.

En cuanto entraron los rodeó el lujo del mármol pulido y las maderas nobles. Un par de cabezas se alzaron para observarlos con curiosidad. Ambos ignoraron a los clientes y se encaminaron a la recepción.

—¿Puedo ayudarles, caballeros? —preguntó una joven con uniforme azul oscuro y el cabello recogido en un moño.

Después de explicar quiénes eran y cuál era el motivo de su visita, la recepcionista se mostró muy colaboradora. Comprobó su terminal y les informó que en efecto, el doctor Paul Ackerman se había registrado el 22 de abril. Según la información de la que disponía, llegó acompañado por su esposa. En cuanto a la hora de registro, el libro confirmaba que fue a las 7:30 de la tarde. Eran muy exactos con respecto a las horas, pues el gerente así lo exigía. El último servicio de habitaciones fue solicitado a las 9:30 y Ackerman abandonó el hotel a las ocho de la mañana del día siguiente.

—¿Hay alguna forma de saber si el doctor salió durante la noche para luego regresar?

—No llevamos control de las entradas y salidas de los huéspedes —reconoció la chica.

—Tal vez el empleado que ocupaba la recepción esa noche podría saberlo —sugirió Josh.

—Supongo que es posible, pero algunas veces quien cubre el turno de noche no permanece detrás del mostrador, como sí ocurre durante el día. Hay una pequeña habitación con una cama, donde podemos descansar cuando nos corresponde guardia. Si llega un cliente, puede avisarnos mediante ese timbre —les informó, mientras les señalaba un pequeño botón rojo en la pared junto al mostrador.

—¿Hay alguna manera de que podamos averiguar los movimientos del doctor Ackerman durante la noche? —preguntó Cody.

—Tal vez el portero pueda ayudarlos. Él sí permanece alerta durante su turno, porque parte de su trabajo se relaciona con la seguridad.

—¿Podría decirnos el nombre del portero que trabajó la noche del 22 de abril después de las siete treinta?

La recepcionista asintió mientras lo consultaba en el ordenador. Después de algunos tecleos abrió un archivo Excel.

—Aquí esta. Su nombre es Anthony Brams. Entró a trabajar a las seis y terminó su turno a la medianoche. Si lo desean, pueden hablar con él. Se encuentra ahora mismo a las puertas del hotel.

Cody y Josh agradecieron a la joven por su ayuda y se encaminaron a la salida. En efecto, junto a la puerta había un hombre vestido con uniforme, que en ese momento ayudaba a una anciana a bajar de una limosina negra. Antes de abordarlo, los detectives aguardaron hasta que el portero ayudó al chófer y al botones a descargar las maletas.

—¿La noche del 22, dicen?

—Sí. Necesitamos saber si uno de los huéspedes abandonó el hotel entre las siete treinta y las nueve.

—A esa hora suele entrar y salir mucha gente.

Josh sacó algo del bolsillo de su chaqueta y se lo entregó a Brams, quien observó la fotografía con detenimiento, después de ponerse unos anteojos.

—Sí, sí, ahora lo recuerdo. Venía acompañado por una señora. Bajaron de un taxi y entraron al hotel a la hora que comencé mi turno. No volví a verlos, así que no salieron hasta la mañana siguiente.

—Usted mismo dijo que aquí entra y sale mucha gente —observó Josh—. ¿Cómo es que lo recuerda?

—Es que tanto él como la señora tenían un comportamiento un poco extraño. Parecían agitados, nerviosos, ya sabe, se veían acelerados.

—¿Quiere decir que pudieron estar drogados?

—Sí. A eso mismo me refiero.

Cody se sintió desalentado y suspiró. Acababan de perder a su mejor sospechoso.

Capítulo 20.

Amie encendió las luces del ático al mismo tiempo que dejaba en el suelo las bolsas del supermercado. Suspiró con alivio. Como de costumbre se había excedido en sus compras, pero tenía que aprovechar los días en los cuales su compañera de piso estaba de acampada con su novio. Así se libraba de los sermones acerca de su sobrepeso y lo inapropiadas que resultaban para ella esas bolsas de patatas fritas de tamaño familiar, o lo dañino que era para su salud el galón de helado, pero ¡qué diablos! El lema de Amie era que la vida era una sola y había que disfrutarla.

Una vez que libró sus manos del peso de las bolsas, se quitó los zapatos. Debía reconocer que ya no los soportaba. Los compró por capricho, pues se enamoró de ellos desde el momento en que los vio en la vidriera. ¡Le habían costado casi 2000 dólares! Hasta a ella le pareció demasiado, pero sabía que con algunas palabras cariñosas, su papá aceptaría el cargo de la tarjeta y así fue. Ralph Lowry era incapaz de negarle nada a su hija desde que ella perdió a su madre cuando tenía cuatro años. Amie lo sabía y le sacaba buen provecho.

Dejó los zapatos a un lado de la puerta y volvió a coger las bolsas para llevarlas a la cocina. Le encantaba ese ático, con sus paredes, suelo y muebles blancos, con sus detalles rojos y negros. Los espacios eran amplios y la luminosidad genial. Theresa lo decoró y Amie debía reconocer que su amiga tenía un gusto exquisito.

Cedió a la tentación, destapó el helado y probó una cucharada del tarro sin molestarse en servirlo en una copa. Entonces observó sus manos para comprobar que las pesadas bolsas no habían arruinado su manicura de cristales *Swarovski*. Por suerte sus uñas estaban intactas.

Debía darse prisa y guardarlo todo en su lugar si no quería que el helado se derritiera. Amie detestaba cuando eso ocurría, así que dejó su botín sobre la mesa y comenzó a colocar lo que necesitaba refrigeración dentro del frigorífico.

Todavía no había guardado el helado, cuando escuchó un ruido que provenía de las habitaciones. A diferencia de la mayoría de los áticos de Nueva York, este contaba con una sola planta. Los dormitorios estaban separados del área principal por un pasillo tan amplio que hubiera podido albergar otra sala auxiliar.

Amie prestó atención, temerosa de que la hubieran encontrado, pero después de unos segundos en los que volvió a reinar el silencio concluyó que se trataba de su imaginación. «O tal vez el gato de la vecina que se había vuelto a colar por la terraza». Tendría que

hablar con la señora Hastings, pues Theresa era alérgica a los gatos y ella los detestaba.

Se volvió a concentrar en guardar sus compras cuando escuchó el reconocible ruido que hacía el vidrio al romperse. «Maldito gato», pensó. Como hubiera roto alguna de las piezas de su colección *Swarovski*, iba a lanzar al estúpido animal por la ventana. Amie dejó lo que hacía y cruzó furiosa el amplio espacio para llegar a su habitación. Al final del pasillo, dos puertas corredizas de madera negra proporcionaban privacidad a ambas inquilinas del piso.

La puerta del dormitorio de Amie estaba abierta de par en par y ella entró como una carga de caballería, al mismo tiempo que buscaba con la mirada en superficies y rincones, segura de que encontraría al irritante gato con aspecto de tigre y modales de mono alcoholizado. No había señales de *Frisbee*. «¿Podía haber un nombre más estúpido para un gato?»

Su enfado alcanzó proporciones de furia cuando vio en el suelo tres de sus figuras coleccionables convertidas en añicos. Sus búhos enamorados, su caracol y su pequeño ratón. Eran sus favoritas. ¿Cómo se atrevía ese endemoniado gato? ¡Se iba a enterar!

Se escuchó un nuevo sonido. Esta vez dentro del baño. Así que allí estaba el maldito bicho. En medio de su furia, con los trozos de las figuras de cristal todavía en la mano, Amie entró en el servicio con la mirada fija en el suelo, que era donde creía que podía encontrar al intruso, pero dio con él donde nunca hubiera esperado. Detrás de la puerta se había escondido un hombre, quien la sujetó por detrás y le dio un susto de muerte. Cuando ella quiso librarse del repulsivo abrazo del desconocido sintió la fría punta de un cuchillo en el cuello.

—Grita y estás muerta. Trata de escapar y estás muerta. ¡Desobedéceme y cortaré tu bonito cuello!

Amie sintió que el mundo se abría bajo sus pies. «Esto no puede estar pasando. Es solo una pesadilla».

—¿Cómo me encontraron? —murmuró con la voz entrecortada, al mismo tiempo que comenzaba a hiperventilar.

—Estoy detrás de ti. Acuéstate en la cama.

—Por favor, no me haga daño. Les juro que les pagaré. Mi padre es muy rico, ¿sabe? Él le dará lo que le pida, pero no me lastime.

—Lo único que quiero es a ti. Te ordené que te acostaras. No lo repetiré.

Entre sollozos, Amie obedeció, con el asaltante siguiéndola a un paso.

—No me haga nada, por favor —suplicó con voz ahogada, mientras se acostaba en la cama y se giraba para quedar boca arriba. Entonces lo vio, pero no pudo reconocer el rostro porque lo

llevaba cubierto por una media. Amie volvió a suplicar—. Márchese sin lastimarme y le prometo que mi padre lo recompensará con mucho dinero.

—No me interesa el dinero de tu padre —afirmó él con seguridad—. No me serviría de nada.

¿Conocía ella esa voz? Le resultaba familiar, pero en medio de su angustia no era capaz de identificarla. Tal vez fuera mejor así.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó la joven en el colmo de la desesperación. Comprendió las intenciones de él cuando comenzó a desabrocharse el pantalón.

—Una joven tan independiente y lista como tú, ya debería saberlo.

—Por favor…

El asaltante no la escuchó. Sin soltar el cuchillo cubrió la cabeza de la chica con una bolsa plástica que le sujetó al cuello con cinta de embalar. Amie quiso evitarlo, pero el recuerdo de la amenaza del acero sobre su yugular la disuadió. Él le sujetó los brazos y comenzó a violarla. Después de unos segundos de respirar dentro de la bolsa, el plástico se adhirió a su piel, a su nariz, a su boca, y bloqueó la entrada de aire. Ella luchó, se removió, pero era inútil. El anhelado oxígeno no llegaba. El dolor en su pecho comenzó a hacerse insoportable. Su desesperación era tal que se olvidó de la violación. Lo único que importaba era renovar el aire de sus pulmones. Todo su cuerpo se rebeló contra aquello que le negaba el oxígeno. Ya no importaba la amenaza del cuchillo, sino que se liberara la presión de las manos que la sujetaban, que le impedían apartar aquello que le bloqueaba el acceso al aire, a la vida. Entonces el milagro ocurrió. Él confió en la debilidad de su víctima y le soltó los brazos. La reacción de Amie fue más un reflejo de supervivencia, que una demostración de coraje. En su mano todavía conservaba los restos de las figuras de cristal rotas, y en un movimiento inesperado de desesperación, las usó como arma contra la cabeza del violador.

—¡Maldita perra! —gritó él cuando sintió el dolor del corte encima de la oreja, y le respondió con una bofetada.

El golpe la dejó aturdida y le restó fuerzas para resistirse. Poco a poco, la debilidad y la laxitud se apoderaron de los músculos de Amie, sus manos y sus pies se enfriaron en un esfuerzo de su cuerpo por reservar el poco oxígeno que restaba para el cerebro. Era un esfuerzo inútil, porque al cabo de ocho minutos, la conciencia de Amie se apagaba para siempre, mientras sobre la mesa de la cocina el helado comenzaba a derretirse.

Capítulo 21.

Cody recibió la llamada antes de llegar a la Estación. La piel de la nuca se le erizó cuando Evelyn le informó que había aparecido un cadáver en *Brooklyn Bridge Park*. No le dio muchos detalles, pero él enseguida pensó en Marianne. Era demasiada coincidencia que hubieran aparecido dos cuerpos en el intervalo de tres días y ambos en parques de Brooklyn. Se desvió de la ruta y llegó al cabo de pocos minutos.

Después de aparcar, Cody telefoneó a su compañero. Se sorprendió cuando se enteró de que Josh ya se encontraba en el lugar de los hechos. En cuanto salió del coche, Ryan sintió el viento frío que se esforzaba en atravesar la chaqueta de su traje de lana. Hubiera querido echar mano del sobretodo que llevaba en el asiento trasero, pero debía cubrir su ropa con el mono de papel que usaba para acercarse a las escenas del crimen, así que tuvo que ignorar la temperatura y quitarse la chaqueta para enfundarse en el traje de protección. Con un escalofrío, que no tenía claro si se debía a la temperatura del ambiente, o a lo que sabía que se iba a encontrar, el detective caminó hacia el parque mientras observaba el cielo gris que amenazaba un día de lluvia, más propio del invierno que dejaban atrás, que de la primavera en la que se adentraban.

Según las instrucciones de la secretaria del jefe, el cadáver fue encontrado a la orilla del río, muy cerca del puente. Supo que estaba en el lugar correcto cuando vio las luces de las patrullas con su hipnótico destello azul y rojo penetrando la niebla de la mañana. El perímetro estaba acordonado por cinta de protección y vigilado por parejas de oficiales uniformados.

Cody mostró su identificación para que le permitieran pasar. El patrullero, que ya lo conocía de vista, lo miró con sorpresa. Era evidente que se preguntaba cómo había llegado allí el investigador que él ya creía dentro del perímetro. Por lo visto, al oficial todavía no le había llegado el rumor acerca de los detectives que eran gemelos y ahora también compañeros.

Superado el primer momento de desconcierto, el uniformado le permitió el paso a Ryan y él pudo acercarse a sus colegas. Tal como temía, el cadáver tendido sobre las rocas salpicadas por el agua del Río Este pertenecía a una chica joven, que estaba desnuda de la cintura hacia abajo y en este caso, también descalza. A diferencia de Marianne, nada cubría la cabeza de la víctima, así que Cody pudo ver que su cabello tenía un tinte de color lila. David Tash se inclinaba sobre el cuerpo, tan concentrado que no se percató de la llegada del detective. Josh observaba los movimientos del forense

con los brazos cruzados, en un esfuerzo inútil por conservar el calor. Levantó la mirada al percibir la cercanía de Cody y lo saludó con un asentimiento de cabeza.

—¿Cómo es que llegaste aquí tan pronto? —le preguntó Ryan.

—Estaba en la Estación cuando se recibió la llamada y acompañé a los patrulleros que acordonaron el perímetro —con un gesto de la mano señaló el cuerpo—. Me temo que nos enfrentamos a la pesadilla de cualquier policía. Esto parece obra de un psicópata.

—¿Qué sabemos de la víctima?

Esta vez fue el forense quien respondió sin siquiera levantar la mirada, o intentar saludar.

—Es una mujer caucásica de unos veinticinco años. La encontraron desnuda de la cintura hacia abajo. A diferencia del crimen anterior, no había nada en su cabeza, ni rastros de una bolsa plástica en los alrededores, pero las marcas en el cuello sugieren que algo le irritó la piel antes de morir. Son consistentes con las que hubiera dejado el pegamento de la cinta de embalar. Por alguna razón, el asesino decidió deshacerse de la bolsa.

—¿Murió asfixiada? —preguntó Cody.

—No lo escuchará de mí hasta que complete la autopsia, pero es lo que sugieren las evidencias externas.

—¿Cree usted que se trata del mismo asesino, o hablamos de un imitador?

—Espere que saque la bola de cristal para responderle. Le estoy recargando la batería en el coche —respondió Tash con sarcasmo—. Qué manía la que tienen los detectives, que creen que los forenses tenemos todas las respuestas con solo echarle un vistazo al cadáver.

Ryan suspiró para recuperar la calma. Josh frunció el ceño. No tenía tanta paciencia con los imbéciles. Y por muy listo que fuera el forense, él ya lo había calificado como uno de ellos.

—Sé que no puede llegar a conclusiones antes de la autopsia, doctor Tash. Solo le pido una opinión basada en su experiencia.

David se quedó en silencio un momento como si meditara sobre la conveniencia de responder. Al final, la balanza se inclinó a favor del detective.

—De acuerdo, le diré lo que creo, pero que quede constancia de que es una opinión extraoficial. Es posible que las conclusiones de la autopsia sean diferentes.

—Comprendido.

—Yo diría que se trata del mismo malnacido. Este homicidio es una copia al calco del anterior, en cuanto a evidencias se refiere.

—También debemos tomar en cuenta que la prensa no reseñó algunos detalles del primer caso, así que un imitador no hubiera podido conocerlos. Me refiero a la desnudez parcial del cuerpo y a

la violación.

—Tiene razón en cuanto a la forma en que la chica fue asesinada —reconoció el forense—, pero todavía no tenemos la certeza de que esta víctima haya sido violada.

—Sí, ya lo sabemos: debemos esperar a la autopsia —recitó Josh, como quien repite un estribillo.

—Si se trata del mismo sujeto y violó a la víctima, es probable que también en este caso haya dejado muestras de semen —sugirió Cody.

—Debo admitir que ese detalle me tiene intrigado —dijo Tash—. Con toda la información forense que hay en manos de cualquiera, era de esperarse que hasta el delincuente más torpe hubiera escuchado sobre el ADN y procurara evitar dejar muestras por ahí, pero al parecer a nuestro asesino le trae sin cuidado.

—Ventaja para nosotros —reconoció Ryan—. No voy a quejarme por eso. ¿Tiene idea de la hora de la muerte?

—Lo que puedo decirles ahora es una aproximación de acuerdo con el *rigor mortis*, pero deben tener en cuenta que existen muchos factores externos que pueden alterar los tiempos de la rigidez cadavérica.

—Lo comprendemos.

—Bien, yo diría que la muerte se produjo entre las seis de la tarde y las ocho de la noche del día de ayer.

—La chica no parece corredora —observó Josh—. Ni usaba ropa para esa actividad. ¿Qué podría estar haciendo a esa hora en un lugar como este?

—Todavía no se lo he mencionado, pero la víctima no murió aquí. Trasladaron el cadáver.

Ambos detectives se sorprendieron con las palabras del forense.

—Eso es muy importante —dijo Josh—. Significa que el asesino no escoge a sus víctimas entre las mujeres jóvenes que encuentra en los parques cuando cae la noche. Utiliza otro criterio de selección, del cual no tenemos la menor idea.

—También significa que no estamos en el lugar donde se cometió el crimen —sentenció Cody—. ¿Sabemos el nombre de la chica?

El forense negó con la cabeza para refrendar sus palabras.

—Me temo que no sabemos todavía de quién se trata. No llevaba encima ninguna identificación. El jefe de criminalística ya le tomó las huellas. Tal vez haya suerte y las encuentren en el sistema. Si tenía antecedentes criminales.

—Si no los tenía va a ser difícil saber quién era —opinó Josh—. Es posible que haya que recurrir a la colaboración ciudadana y difundir su imagen para que alguien la identifique.

—Esperemos no tener que llegar a eso. No quiero pensar lo que podría significar para su familia enterarse de su muerte de esa forma.

Josh asintió porque comprendía el reparo de su compañero y volvió a fijarse en el cuerpo. Entonces se agachó junto a él y le levantó con delicadeza la mano derecha.

—¿Ya vio esto, doctor?

—¿Los rasguños de la mano? Por supuesto que los vi. Parece haber sostenido un objeto cortante.

—¿Un cuchillo?

—Los cortes lucen demasiado irregulares para haber sido causados por un cuchillo. Tal vez un vaso, o una copa que se rompió. Lo sabré con más detalle cuando examine las heridas en la mesa de autopsias.

Bradbury asintió y giró la mano para observar con detenimiento las uñas, antes de comentar:

—Una manicura perfecta y muy costosa. Son cristales Swarovski, y en este caso parecen auténticos.

—¿Qué importancia puede tener la manicura? —preguntó Ryan, con exasperación—. No sabía que te interesara ese tipo de cosas.

Josh se encogió de hombros.

—Tuve una novia en Florida que solía hacerse este tipo de trabajo en las uñas. Aunque con cristales de fantasía, por supuesto. Recuerdo que en una ocasión me comentó que una decoración como esta con Swarovski auténticos podía llegar a costar casi setecientos dólares.

Ryan enarcó las cejas. Cuando Eleonora se excedía en el salón de belleza, nunca sobrepasaba los $70. Y a él le parecía un derroche. Josh se concentró en una uña en particular, entonces levantó la vista y buscó con la mirada hasta que localizó al fotógrafo. Lo llamó con gestos para que se acercara.

—¿Qué ocurre? —Quiso saber su compañero.

—El problema principal de este tipo de manicura es la facilidad con la que se caen los cristales cuando se utilizan las manos para realizar alguna tarea.

—Está claro que no se trataba de una mujer que llevara a cabo trabajos manuales —confirmó Tash.

El fotógrafo ya estaba junto a ellos y Bradbury le pidió que hiciera tomas cercanas de las uñas de esa mano.

—Esa observación puede ayudarnos a identificar a la víctima, pero no me refería a ese detalle.

—¿A qué te referías entonces? —lo presionó su compañero.

—Mirad cómo cambia el patrón con respecto a los demás dedos. Es evidente que perdió uno de los cristales.

—Es cierto —admitió Cody, mientras miraba con más cuidado la uña señalada por Bradbury—. ¡Tenemos que encontrar ese cristal!

—¿En este parque? Sería como hallar una aguja en un pajar.

—No obstante, debemos intentarlo. Si no está aquí, es posible que se encuentre en el lugar dónde la mataron y se convierta en una prueba que nos ayude a identificarlo.

Cody se separó de sus contertulios y se acercó al jefe de criminalística para plantearle la necesidad de buscar el cristal desprendido. Al técnico la idea le pareció descabellada, aunque le prometió al detective que estarían atentos y que lo intentarían. Sin prometer resultados, por supuesto. Cuando Ryan regresó junto al cuerpo encontró a Josh meditativo.

—¿En qué piensas? —le preguntó, pues ya comenzaba a apreciar los arranques de inspiración de su nuevo compañero.

—Me pregunto cómo se las arregló el asesino para trasladar el cadáver hasta aquí.

—No debió ser fácil —reconoció Cody—, En especial si tomamos en cuenta el sobrepeso de la víctima. ¿Alguna idea, doctor Tash?

—Primero os diré lo que observo: la sangre se acumuló en la espalda, los glúteos y la parte posterior de las piernas...

—Así que murió acostada boca arriba —lo interrumpió Josh.

—Si me hacen una pregunta, espero que me permitan concluir mi respuesta —se quejó David con irritación. Cody lanzó una mirada furibunda a su compañero y el forense continuó su exposición—. Sí, murió acostada boca arriba, pero la lividez es más intensa por debajo de la cintura, lo que quiere decir que movieron el cadáver y lo sentaron casi de inmediato. Permaneció en esa posición el tiempo suficiente para que la sangre comenzara a coagular, por lo cual, al volver a colocarlo acostado en este lugar dejó evidencias de que el cuerpo había sido movido.

—Así que lo trasladó sentado —concretó Ryan.

—Es lo que creo.

—¿Cómo mueves un cuerpo muerto de más de setenta y cinco kilos a través de Brooklyn en mitad de la noche, sin que nadie lo note? —preguntó Bradbury.

—¿Lo llevó hasta el coche con una carretilla? —sugirió Tash.

Cody negó con la cabeza.

—No, eso llamaría demasiado la atención. Yo diría que usó una silla de ruedas.

Capítulo 22.

Después del levantamiento del cadáver, Josh y Cody abandonaron el parque y dejaron atrás al equipo de la escena del crimen. El primer paso sería la identificación de la víctima, lo cual era una información vital para poder avanzar en la investigación. Aunque ninguno lo decía, ambos compartían una preocupación: se trataba de dos chicas asesinadas con el mismo modus operandi en el intervalo de tres días, cuyos cuerpos aparecieron en lugares públicos. Tenía toda la apariencia de ser un depredador, un psicópata oportunista que escogía a sus víctimas al azar, o seguía criterios que solo tenían sentido en su mente enfermiza. Si se encontraban frente a esa situación sería más difícil atrapar al malnacido. Pese a que era posible que el criminal no tuviera ninguna relación directa con las víctimas, ellos debían partir de elementos concretos e investigar el entorno de cada una de ellas, así como determinar si tenían algo en común.

Además del caso, había algo más que preocupaba a Cody. ¿Qué hacía su compañero en la Estación antes de que se iniciara la jornada? Trató de tranquilizarse a sí mismo diciéndose que tal vez solo era madrugador, o quizá quería causar buena impresión en su nuevo empleo, pero su instinto de policía le advertía que esa no era la respuesta. A Bradbury no parecía preocuparle lo que los demás pensaran de él, así que Ryan tuvo que reconocer que el motivo más lógico era que buscaba algo. Y la mejor forma de comprobarlo era preguntárselo.

Un atasco a pocas calles del recinto le proporcionó la oportunidad.

—¿Siempre madrugas tanto?

—¿A qué te refieres?

—El aviso por el hallazgo del cadáver llegó mucho antes de que comenzara la jornada, pero tú ya estabas en la Estación. ¿Puedo saber qué hacías allí?

—Trabajo allí. ¿No lo recuerdas? —respondió Bradbury, evasivo.

—No te hagas el tonto conmigo. Sabes a qué me refiero.

—No sé por qué te asombra. Me gusta comenzar mi día temprano. Además, no era el único. Peck también estaba allí.

—¿En serio? —preguntó Cody, todavía más sorprendido—. Es extraño. Jezebel suele llegar después de dejar a su hijo en la escuela.

Josh guardó silencio, pero la mirada de su compañero le hizo comprender que esperaba una respuesta y que no iba a parar hasta conseguirla.

—Está bien. Yo le pedí que nos encontráramos en la Estación antes del horario de trabajo. Ella aceptó y por eso fue su esposo quien llevó al chico a la escuela. Por cierto, es un chiquillo muy listo.

—¿Conoces a Richie?

—Lo conocí anoche. Jez me invitó a cenar a su casa. Me presentó a su familia y congeniamos.

—¿Jez? —repitió Cody, un poco incómodo por la familiaridad del tono de Bradbury.

—Ya te dije que congeniamos. Después de todo, también es mi compañera. ¿O crees que eres el único que puede llamarla con un diminutivo?

—Jezebel y yo trabajamos juntos desde hace cinco años, pasaron dos años hasta que alcanzamos la confianza suficiente para que me atreviera a llamarla Jez —se quejó Cody—, he cenado en su casa dos veces durante ese tiempo y tuvieron que pasar dos años y medio antes de que me presentara a su familia. ¿Y tú llegas y al cabo de tres días ya eres amigo íntimo de los Peck?

—¿Estás celoso, hermano? —preguntó Josh con una sonrisa irónica—. No es mi culpa que tus habilidades sociales dejen mucho que desear. Ella me invitó a conocer a su familia, yo acepté, cenamos, charlamos y lo pasamos bien. No es tan extraño.

—Por supuesto que lo es. Jez no ha invitado a su casa sino a Short y a mí, después de conocernos por mucho tiempo. La única explicación que se me ocurre es que quisiera conseguir algo de ti, como información, por ejemplo —mientras hablaba, Cody enarcó las cejas al juntar los puntos y comprender— ¿Cuánto le has contado?

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotros. Sobre nuestra madre, quiero decir, sobre mi madre biológica. ¿Cuánto le has dicho?

El desliz de su compañero hizo que Josh desplegara una amplia sonrisa.

—Veo que ya comienzas a aceptar que somos hermanos gemelos y que Haylie también era mi madre.

—¡No reconozco nada! Solo lo aceptaré si el ADN lo confirma, pero eso aún está por verse. Ahora responde mi pregunta, ¿cuánto le has contado a Jez acerca de nuestros asuntos personales?

—No he podido contarle mucho, porque es muy poco lo que sé.

—¡Le has contado todo! —exclamó Cody, indignado.

—En realidad, no. No le he dicho nada del comprobante bancario, ni de mi sospecha acerca de que yo fui vendido a los Bradbury. Por lo demás, le hablé de Haylie y mi interés por investigar todo lo relacionado con nuestro nacimiento. Se ofreció a

ayudarnos.

—¿Ayudarnos? Yo no tengo nada que ver con esa investigación, así que no necesito su ayuda con respecto a esto. La única colaboración que preciso de Jez está relacionada con los homicidios que tenemos que resolver. ¿Qué hacíais en la Estación a esa hora?

—Le pedí que me ayudara a realizar una búsqueda en los registros sobre las defunciones ocurridas en 1985 en clínicas y hospitales de Queens, que hubieran estado relacionadas con un parto. De esta forma, podríamos averiguar cuál era el apellido de Haylie. Con ese dato y sabiendo que vino de Arizona, de acuerdo con lo que te contó tu madre, tal vez consigamos localizar a algún familiar que disponga de información. Por cierto, si compartieras conmigo el nombre de la agencia y el abogado que intervinieron en el proceso de adopción, tal vez podríamos avanzar también por ese lado.

El atasco obligó a Cody a detener el auto, así que aprovechó para mirar de frente a Josh. Contrario a lo habitual, Bradbury tenía el semblante serio. Ryan no lo conocía mucho, pero sí lo suficiente para comprender que había pocas cosas que afectaran de esa forma al hombre que se encontraba a su lado, que era su compañero y tal vez, solo tal vez, su hermano.

—En este momento no recuerdo esos datos, pero tomé nota de ellos —confesó Cody, con un suspiro de resignación—. Te proporcionaré toda la información cuando lleguemos a la Estación, aunque tengo la certeza de que solo es relativa a mi adopción y que no es asunto tuyo. Lo haré con una condición.

—¿Cuál?

—Tu investigación no debe interferir con la de nuestro caso. El asesinato de esas chicas tiene prioridad absoluta y hasta que atrapemos al malnacido que les hizo esto, todo lo demás carece de importancia. Lo que ocurriera durante mi adopción, o durante la tuya, si es que ocurrió algo, lleva treinta y dos años en el olvido, así que puede esperar un poco más. Antes de que te pase ningún dato, debes prometerme que no perderás el tiempo en ese asunto hasta que encontremos al asesino.

—Tienes mi palabra de que no investigaré nada personal durante mi horario de trabajo, y que haré todo lo posible para ayudarte a encontrar al asesino, pero no me pidas que aguarde a que se cierre el caso para comenzar a buscar lo que se ha convertido en una obsesión para mí.

Los coches de adelante comenzaron a avanzar despacio, pero la vehemencia de las palabras de Josh hizo que Ryan se demorara en seguirlos, por lo cual comenzaron a sonar los cláxones de los que estaban detrás de ellos. Cody pareció despertar y avanzó también, al

mismo tiempo que formulaba una pregunta que le daba vueltas en la cabeza desde el día anterior

—¿Desde cuándo investigas acerca de las circunstancias de tu nacimiento?

—Desde que encontré los documentos en el desván de mi madre, hace ya cinco años. Te confieso que este asunto ha trastocado mi vida: después de saberlo, emplacé a mis padres adoptivos, por supuesto, pero ninguno de los dos quiso contarme nada. Solo admitieron la adopción porque no podían negarla. Su actitud me causó desconfianza, nuestra relación se agrió y yo decidí que no debía continuar dependiendo de mi padre. También comprendí que mi licenciatura en Leyes era su sueño y no el mío. Por eso abandoné los estudios, a pesar del poco tiempo que me restaba para terminar.

—Supongo que tu conducta no mejoró vuestras relaciones.

—Por supuesto. No sabría cómo explicarlo. A partir de ese momento fue como si se tratara de dos extraños. No me malentiendas, los quiero porque en general fueron buenos como padres, pero siento que me fallaron en lo esencial: me mintieron con respecto a mi propia identidad.

—¿Te mantienes en contacto con ellos?

—Viven separados. Todavía llamo a mi madre de vez en cuando, mientras que mi padre me retiró la palabra desde que abandoné los estudios. Al salir de la universidad no sabía qué hacer, solo que necesitaba encontrar mis orígenes. Como no tenía idea de por dónde comenzar a investigar, decidí entrar en la Policía. Allí podría recibir el entrenamiento que requería.

—¿Te hiciste detective solo para conocer las circunstancias de tu nacimiento?

—¿Te parece muy extraño? Después de todo, gracias a eso pude encontrar a mi hermano gemelo, al cual nunca hubiera conocido de no haber sido tan obstinado.

—¡Que no…! Todavía no sabemos si somos hermanos hasta que tengamos el resultado de las pruebas de ADN.

—Ambos sabemos qué resultado arrojará ese análisis, Cody. Lo mejor será que te hagas a la idea.

Ryan no respondió. Pese a que todavía se negaba a reconocer lo evidente, la presencia de Josh, con su simpatía y afabilidad, socavaba el muro de contención que había levantado contra la existencia de un hermano gemelo, con todo lo que ello implicaba. Tal vez no fuera tan malo, después de todo. Y Bradbury parecía un buen sujeto.

Se mantuvieron en silencio el resto del trayecto. Cody aparcó frente a la Estación, se apearon sin decir palabra y entraron. Aparte de algunas miradas de curiosidad, algún codazo disimulado y uno

que otro saludo murmurado al paso, su llegada no causó mucho revuelo. Subieron al Departamento de Investigaciones. Short y Peck no se encontraban allí. Debían estar ocupados en algún otro asunto, así que siguieron de largo hasta la oficina del jefe Powers. En esta ocasión sí encontraron a Evelyn, su secretaria.

Ella se apartó un mechón de cabello lacio y canoso de los ojos, levantó la vista de los documentos que leía y echó un vistazo rápido a los dos detectives.

—Ya estáis aquí. Supongo que querréis ver al jefe Powers. Está hablando por teléfono con el comisionado, así que de momento no os puede recibir. ¿Es urgente?

—Se trata del mismo asesino —afirmó Cody—, o al menos así lo parece.

Evelyn olvidó los papeles que tenía frente a ella y concentró su atención en los policías.

—De acuerdo, es urgente, pero no puedo interrumpirlo ahora. ¿Qué necesitáis?

—Disponer de tiempo y recursos.

—Haré lo posible para que no os asignen ninguna otra investigación —prometió la señora Thorne—. Podréis contar con Herman y con Jezebel. Le informaré de todo esto a Powers y procuraré que os den prioridad en los demás departamentos. ¿Algo más?

—Sería recomendable saber dónde estaban los sospechosos del caso Hackett a la hora del homicidio de ayer. Solo hemos podido descartar al doctor Ackerman.

—Hablaré con Keen para que solicite las citaciones a declarar y le pediré a Short y a Peck que se ocupen de interrogarlos. ¿Será suficiente?

—Por el momento creo que sí —admitió Ryan—. ¿Podrías…?

—Yo le transmitiré vuestras sospechas al jefe. Procurad preparar un informe completo lo más pronto posible. Es seguro que querrá disponer de él.

—De acuerdo.

La eficiente secretaria desvió la mirada de Cody y la centró en Josh. Enarcó las cejas cuando vio que tenía un ojo amoratado.

—¿Y a ti qué te pasó?

—Un tropezón. Es que soy muy torpe —respondió él con una sonrisa de complicidad.

Evelyn miró de reojo a Cody, quien bajó la vista avergonzado. La secretaria comprendió enseguida que algo había ocurrido entre esos dos, pero como era una mujer discreta, decidió no hacer más preguntas al respecto.

—¿Y cómo te has sentido, Josh? ¿Te adaptas bien a los cambios?

—Lo peor es el frío —respondió él con un encogimiento de hombros—, pero supongo que acostumbraré. Todos habéis sido muy amables. Me hacéis sentir en casa.

—Me alegra mucho tenerte por aquí —agregó la señora Thorne con una sonrisa—. Y espero que te sientas bienvenido.

Capítulo 23.

Cuando regresaron a sus mesas de trabajo, los detectives encontraron a una joven pelirroja que guardaba todos los artículos personales de la excompañera de Cody en una caja. A Josh le resultó extraño ver su escritorio tan impersonal y vacío.

—Hola, Diana. ¿Cómo estás? —la saludó Ryan—. Había olvidado que Joanna me avisó de que vendrías a recoger sus cosas.

—Espero que no te moleste que no te esperara, Cody. Tengo clase en una hora y no podía demorarme.

—Nada de eso —la tranquilizó el detective—. ¿Tu hermana y la niña están bien?

La pregunta hizo que la muchacha desplegara una amplia sonrisa.

—Joanna está bien. Cansada, por supuesto. Ya sabes cómo es eso, pero se siente feliz. Y Hope, tendrías que verla, es preciosa.

—En cuanto me sea posible iré a visitarlas con Eleonora. Ahora estoy inmerso en un caso difícil y…

—No te preocupes, sé que Joanna lo comprende. Ella mejor que nadie sabe cómo es vuestro trabajo —dijo Diana, mientras cogía la caja. Solo entonces levantó la mirada y se percató de la presencia de Josh—. No sabía que tenías un hermano gemelo —comentó con descaro.

—Yo tampoco lo sabía —admitió Ryan. La joven lo miró con curiosidad. Él se apresuró a presentarle a su compañero.

Diana estrechó la mano de Josh, se despidió y se fue con la caja bajo el brazo. Bradbury miró su escritorio vacío y desangelado. Le recordó a su vida.

Sin sospechar los sentimientos nostálgicos de su compañero, Cody se sentó y encendió el ordenador. Josh lo imitó. Ambos coincidían en que la prioridad era identificar a la chica encontrada esa mañana. Decidieron comenzar por revisar los archivos de mujeres veinteañeras denunciadas como desaparecidas, en los últimos tres meses. Cody se ocupó de la ciudad de Nueva York y Josh del estado. Si no conseguían resultados positivos tendrían que ampliar la búsqueda hasta abarcar el país completo. Se trataba de un trabajo ingrato, pero necesario.

Después de más de dos horas de teclear y hacer clic, de ver docenas de rostros de chicas, todavía no encontraban a la víctima. Josh, menos paciente que su compañero, se echó hacia atrás en la silla y se estiró como un gato.

—¡Esto es una pérdida de tiempo! Me tomo un descanso para disfrutar un café —anunció mientras se ponía de pie—. Nunca creí

que fuera tan difícil identificar a alguien con cabello morado.

—Deberías ser más respetuoso con la víctima, Josh —le recriminó Cody.

—De acuerdo, lo siento, no quería herir tu sensibilidad católica. ¿Quieres que te traiga un café?

—No se trata de religión, sino de humanidad.

—Ya te dije que lo lamento —dijo Bradbury, al mismo tiempo que levantaba las manos en gesto de rendición—. No era mi intención insultar a la víctima. ¿De acuerdo?

—Con leche y sin azúcar —respondió Ryan para dar por terminada la discusión.

Josh asintió y salió del departamento en busca de una máquina expendedora. En el trayecto recibió saludos de personas que no conocía de nada y comprendió que lo confundían con Cody. Era divertido eso de tener un hermano gemelo. Además, que le hacía sentir menos solo. Claro, que todavía había que convencer a la otra parte de que existía un parentesco, pero confiaba en que el ADN le ayudaría con ese detalle.

Junto a la máquina expendedora encontró a Natalie, quien le sonrió con coquetería. O al menos eso le pareció. Después de los saludos de cortesía, y de que él también se hiciera con un vaso de café, la fiscal abordó el tema de la segunda víctima. En pocas palabras, el detective compartió con ella la información de la que disponían.

—¿Estáis seguros de que se trata del mismo asesino? —Quiso precisar ella—. ¿No será un imitador?

—Hay algunos detalles que están presentes en el segundo homicidio que nunca fueron publicados por la prensa.

—Comprendo. Sabes lo que esto significa. ¿No es así?

—Que vamos a estar sometidos a mucha presión.

—No solo eso. No es difícil que la prensa llegue a conclusiones obvias. Ambos cuerpos aparecieron en parques en circunstancias similares. No será necesario que informemos que se trata del mismo asesino para que lo deduzcan ellos mismos. Causará pánico en la población. Querrán señalar a algún responsable. Es urgente que se identifique y se detenga a este sujeto, o los demonios se desatarán en las altas esferas y comenzarán a rodar cabezas. No sé si me explico.

—Los de arriba harán lo posible para que rueden las nuestras en lugar de las suyas. ¿Es lo que tratas de decirme?

—Eres un chico listo.

—Ni siquiera hemos podido identificar a la segunda víctima todavía.

—¿Hay algún avance con la primera?

Josh negó con la cabeza antes de responder.

—Solo hemos podido confirmar la coartada del doctor Ackerman con el personal del hotel donde pasó la noche. Los demás sospechosos no tienen la misma suerte. Todos estuvieron en sus casas, pero ninguno puede probarlo.

—¿Herman y Jezebel ya han determinado cuáles son las coartadas de esos sospechosos para el segundo crimen?

—Deben estar en ello, pues aún no regresan.

—Bien. No dejéis de informarme los resultados.

—De acuerdo.

Natalie se giró con la intención de regresar a su despacho, cuando Josh le pidió que esperara. Ella lo miró intrigada, al pensar que le proporcionaría algún otro dato acerca del caso, pero el detective se tomó una pausa para hacer acopio de valor antes de decirle lo que quería.

—¿Te gustaría cenar conmigo? —le preguntó, sintiéndose torpe como una marmota.

—¿Cómo dices?

—Es solo que... me gustaría conocerte mejor, quiero decir, que fuéramos amigos. No conozco a nadie en Nueva York y pensé que tal vez…

—¿No conoces a nadie? ¿Qué me dices de tu hermano?

—Ninguno sabía de la existencia del otro hasta que nos reunimos aquí, y el jefe decidió que debíamos ser compañeros. En realidad somos desconocidos… Es una larga historia.

—Me gustaría escucharla —admitió Natalie con una sonrisa seductora—, pero primero lo más importante. Resolvamos el caso y luego hablaremos de esa cena.

—¿Lo prometes?

—No me presiones, Bradbury —le dijo ella con picardía, mientras se alejaba.

Josh casi se puso a dar saltos por la emoción. No consiguió la cita, pero al menos Natalie no lo rechazó. Quedaba una pequeña rendija de esperanza y eso era todo lo que él necesitaba.

Emocionado, regresó a la sala del Departamento de Investigaciones con el mejor ánimo de continuar la búsqueda. Se sentó frente a Cody, quien no había apartado la vista del ordenador y retomó el trabajo en el suyo.

—¿Dónde está mi café? —preguntó Ryan, sin desviar la atención de su trabajo.

—¿Qué?

—Fuiste a tomarte un café y ofreciste traerme uno. Con leche y sin azúcar. ¿Lo recuerdas?

—Lo lamento, Cody. No sé cómo pude olvidarlo, espera que te lo

traiga enseguida.

—Ni siquiera intentes levantarte, Bradbury —le advirtió la voz profunda de Short, que se había acercado a ambos, junto a su inseparable compañera.

—Herman, ¿qué ocurre? —le preguntó Ryan.

—Venimos de la sala de interrogatorios. Hablamos con los sospechosos del asunto Hackett sobre sus coartadas para el día de ayer.

—¿Y bien?

—Santana tuvo guardia. Estuvo en el hospital desde las cuatro de la tarde hasta el día siguiente.

—¿Tiene testigos?

—Al menos media docena de médicos y enfermeras que estuvieron presentes en la emergencia. Y otros tantos pacientes.

—De acuerdo, uno menos —reconoció Cody—. ¿Y los otros?

—Ibarra estuvo tomando unas cervezas con algunos amigos hasta las once. Tengo aquí sus números telefónicos para llamarlos y corroborarlo, pero creo que nos dice la verdad.

—Van dos —afirmó Josh.

—Queda uno. ¿Baniter también puede justificar dónde estuvo?

Short negó con la cabeza.

—Pasó la tarde en su casa. Solo. No vio a nadie, ni habló con nadie.

—Bien. Eso no lo convierte en culpable, pero en ese caso no podemos descartarlo todavía. ¿Ya se tomaron las muestras de ADN de los sospechosos?

—Sí. Nos ocupamos de ese asunto antes de subir a la sala de interrogatorios.

En ese momento, el ordenador de Cody interrumpió a Herman con el aviso de un correo, así que Ryan se apresuró a comprobarlo.

—Lo envía el laboratorio de criminalística —anunció a sus colegas, que concentraron su atención en él—. Es el resultado de las pruebas que le hicieron al anónimo que recibió el jefe de personal. No encontraron huellas digitales. Las fotografías se hicieron con una cámara profesional con teleobjetivo, bastante cara, pero que se puede adquirir en cualquier tienda especializada. En conclusión, el anónimo no aporta ninguna información importante.

—¿Cómo es posible que alguien lleve a cabo dos asesinatos tan brutales sin dejar ningún rastro tras él? —se quejó Josh.

—Calma. Nos dejó nada menos que su ADN —le recordó Herman—. Solo debemos esperar que criminalística tenga tiempo de procesarlo y compararlo.

—Eso en el caso de que pertenezca a alguno de los sospechosos —puntualizó Bradbury—. Podría tratarse de un asesino fortuito.

—Esperemos que no —intervino Jezebel—. Ese sería nuestro peor escenario.

El ordenador volvió a avisar.

—Envían otro correo —les dijo Cody.

—¿Del laboratorio? —preguntó Herman. Él asintió mientras lo leía antes de comunicárselos—. Compararon las huellas de la segunda víctima con los archivos para tratar de identificarla.

—¿Algún resultado?

—Negativo —dijo Ryan, mientras soltaba un suspiro de resignación—. La chica no tenía antecedentes criminales. Seguimos sin saber de quién se trata.

—Disculpe, ¿es usted el detective Cody Ryan? —los interrumpió un hombre maduro, en cuyo aspecto contrastaba la elegancia del traje caro, con el desaliño de una camisa arrugada, la corbata desarreglada y una expresión de profundo cansancio. Los cuatro detectives levantaron la vista hacia él. Se preguntaron de dónde habría salido. Cody solo atinó a asentir.

—Mi nombre es Ralph Lowry. Mi hija estaba desaparecida desde ayer. Acabo de encontrarla en la morgue. Me informaron que usted es el detective a cargo del caso.

Capítulo 24.

Josh se apresuró a buscar una silla para el atribulado padre de la víctima, mientras Short y Peck se disculpaban con la excusa de que tenían trabajo pendiente. Sabían que el señor Lowry se sentiría más cómodo con menos gente desconocida a su alrededor. Aunque Cody y Josh les informaran después todo lo que escucharan, sabían que para el padre de la joven asesinada, la muerte de su hija tenía un carácter íntimo que debían respetar. Pese a ello, Ralph autorizó a Ryan para que grabara su declaración.

—Su hija no portaba ninguna identificación, señor Lowry. Nos ayudaría mucho que nos proporcionara toda la información posible sobre ella.

—Leí en la prensa que hubo un caso similar hace unos días. Una chica que apareció muerta en Prospect Park. ¿Se trata del mismo asesino?

—Todavía lo investigamos —respondió Cody, evasivo.

—¿Cuál era el nombre de su hija? —intervino Josh, con tono amable.

—Amie. Amie Lowry. Solo tenía 26 años. Mi pobre niña…

Ralph se interrumpió agobiado por el llanto y Josh se apresuró a buscarle un vaso con agua, mientras Cody esperaba con paciencia. Hacía esfuerzos por mantener la objetividad y no ceder a la empatía con el hombre que tenía frente a él. Después de todo, también era padre, pero si quería resolver el caso tenía que mantener la cabeza fría.

Pasados unos segundos y después de algunos sorbos, Ralph se recompuso.

—¿Se encuentra mejor? —le preguntó Josh.

—Sí, gracias, lo lamento. Amie era lo más importante para mí. No sé cómo podré vivir sin ella, continuar sin ella. Es como si me hubieran arrancado un órgano vital. A partir de ahora, mi única motivación para levantarme cada día será encontrar al malnacido que le hizo esto. Por eso estoy aquí.

—Lo comprendemos y haremos todo lo que podamos para detener al asesino de Amie lo antes posible, pero necesitaremos su ayuda, señor Lowry.

—Lo que sea.

—Por favor, díganos lo que pueda acerca de Amie. ¿Dónde vivía, con quién? ¿Quiénes eran sus amigos, a qué se dedicaba? Cualquier información que pueda proporcionarnos podría ser crucial para resolver el caso.

—Amie vivía en un ático que compartía con una amiga en

Bushwick,

—¿Era artista?

Ralph negó con la cabeza.

—Era mi hija y yo la amaba, pero reconozco que no la supe educar bien. Su madre murió cuando ella tenía cuatro años y Amie se convirtió en el centro de mi vida. Nada era suficiente para ella. Creció con la convicción de que lo merecía todo sin esfuerzo. Para cuando quise darme cuenta, ya era tarde. Comprendí que yo era el único responsable por haberle consentido todos sus caprichos, pero ¡qué demonios! Tengo un alto cargo en una empresa de inversiones, no tengo restricciones económicas y Amie era mi única hija y heredera, así que…

—Usted la mantenía —concluyó Josh, que ya había visto esa situación con anterioridad. Ralph asintió.

—Perdone la pregunta que voy a hacer ahora, señor Lowry —lo preparó Cody—, pero es necesaria; con la desaparición de Amie, ¿quién sería su heredero? ¿Existe algún pariente lejano, un sobrino, un primo?

Ralph se quedó pensativo por un momento.

—Nunca me lo había preguntado. En mi testamento solo aparecía Amie. Supongo que tendré que cambiarlo —admitió Ralph con las lágrimas en los ojos—. No tengo a nadie más, así que lo dejaré todo a alguna beneficencia. Tengo que pensarlo.

—¿Y si no lo cambiara, quién heredaría?

—Si no hay un nuevo testamento y la heredera universal ha fallecido, pasaría a cualquiera que conserve un nexo familiar, por lejano que resulte —aclaró Josh.

—Ya le dije que no tengo a nadie.

—¿Y su difunta esposa? —insistió Bradbury—. ¿Tampoco tenía familia?

—Tenía una prima —reconoció Lowry—. Se criaron juntas, pero luego se distanciaron por alguna discusión familiar. Ella también falleció. Murió poco antes que mi Karen.

—¿Y esa prima tuvo descendencia?

—Sí, creo que sí. Ahora que lo menciona, recuerdo que unos años antes de que Karen enfermara, su prima la invitó a conocer a su hijo recién nacido, pero mi esposa estaba demasiado enfadada todavía y se negó.

—¿Cuándo fue eso, señor Lowry? —preguntó Cody, interesado.

—Hace treinta años. Amie todavía no había nacido.

—¿Sabe el nombre de su prima, o de su hijo?

—No lo recuerdo. Supongo que tendría que buscar entre los documentos de Karen. Creo que conservó la carta que le envió su prima. No creerán que ellos tuvieron algo que ver. Quiero decir,

¿cómo tendría eso relación con el asesinato de la joven de *Prospect Park*?

—Es posible que no tenga ninguna relación —reconoció Ryan—, y no descartamos que el asesino sea un psicópata que escoge a sus víctimas casi al azar, pero el dinero es una de las motivaciones más fuertes para el homicidio. Y el primer asesinato pudo ser una táctica de distracción.

—Eso que dice es terrible.

—Se ven cosas terribles por aquí —dijo Josh.

—No podemos descartar ninguna vía de investigación, señor Lowry. Debemos tomar en cuenta todas las variables si no queremos equivocarnos.

—En ese caso, creo que hay algo que deben saber —Cody y Josh se miraron entre sí, porque previeron que la declaración de Ralph sería importante—: Amie era ludópata. Se aficionó al juego poco después de la adolescencia. Yo le asignaba una mensualidad para sus gastos que hubiera sido suficiente para alimentar a una pequeña familia, pero el dinero nunca le alcanzaba. No le duraba ni una semana. El asunto comenzó a preocuparme, porque mi hija en el fondo era muy ingenua, así que creía que todas las personas eran buenas, por lo que temí que pudiera haber alguien a su lado: un novio, una amiga, que se estuvieran aprovechando de ella.

—Pero no había nadie —intervino Josh, con lo que se ganó una mirada de reproche por parte de su hermano por la interrupción. Lowry negó con la cabeza.

—Hice que la siguieran. Sé que no tenía derecho, pero se trataba de mi hija y quería protegerla. Por esos días tuvo una buena racha en sus apuestas en línea y ya supondrán cómo es esa dependencia; Amie necesitaba más. Se fue a Atlantic City para jugar en los casinos. Por suerte, el detective que contraté me avisó y yo le ordené que fuera detrás de ella para protegerla.

—Perdió todo el dinero, ¿no es así? —asumió Bradbury.

—Todo lo que tenía y mucho más. Se endeudó con sujetos poco recomendables.

—¿Mafia? —Ralph asintió. Josh soltó un silbido y su hermano lo hubiera estrangulado para que mantuviera la boca cerrada de una vez.

—Amie no era consciente del problema en el cual se había metido. Debo reconocer que además de ingenua era un poco irresponsable, así que trató de huir.

—¿Quiso huir de la mafia después de dejarles una deuda? —preguntó Josh, escandalizado.

—Se había registrado con un nombre falso, para lo cual se valió de la licencia de una amiga. Cuando se vio en apuros se fue del

hotel sin pedir la cuenta, ni recoger las maletas. Cogió un taxi de regreso a Nueva York porque creyó que así podría burlarlos.

—Pero no fue así —intervino Cody por primera vez.

—No. En cuanto supe lo que había hecho le pedí al detective que contactara con los acreedores. Les pagué lo que Amie les debía y una suma adicional para que olvidaran la fuga.

—No creo que haya suma suficiente para que la mafia perdone que traten de burlarla —señaló Josh—. Si algo así se supiera, sería malo para su negocio.

—Nadie se había enterado todavía. Ellos divulgaron que la dejaron marchar porque se pagó la deuda, lo cual tenía algo de verdad. Me impusieron la condición de que Amie no volvería a Atlantic City. Así que me aseguré de que eso no ocurriera.

—¿Cómo?

—Nunca le confesé que había cancelado la deuda. Eso la volvió más prudente.

—¿Así que ella creía que todavía la perseguían?

—Así es. Decidí que era la mejor forma de protegerla y de evitar que tuviera la tentación de regresar a los casinos.

—¿Recuerda el nombre del prestamista?

—¿Cree que fue él quien…?

—Todavía no podemos estar seguros de nada, pero es importante que lo investiguemos.

—De acuerdo. Su nombre es Anthony Pavone.

Cody tomó nota y agradeció al señor Lowry por su colaboración. Antes de terminar la entrevista, él les informó la dirección del ático que su hija compartía con una amiga, Theresa Slater, quien se encontraba de acampada con su novio en ese momento. Ryan también se aseguró de apuntar los datos para pedirle a Keen que solicitara una orden de registro de la vivienda, pues era muy probable que se tratara de la escena del crimen.

Con la segunda víctima identificada podían concentrar sus esfuerzos en otros aspectos de la investigación. Al parecer, Amie no tenía muchos amigos, así que por el momento, los sospechosos se reducían al prestamista que hubiera querido darle una lección, o el primo lejano que vio la oportunidad de heredar una fortuna. Ralph les prometió a los detectives que buscaría la información acerca de la pariente de su esposa para averiguar quién era su hijo y dónde se encontraba en ese momento. Eso no descartaba al depredador sin nexos reconocibles, que era la posibilidad que más preocupaba a los policías. Cody esperaba con ansias los resultados de la autopsia. Era vital saber si Amie también había sido violada y si quedaron rastros de semen en el cadáver. De ser así, comprobarían que ambos crímenes habían sido cometidos por el mismo hombre.

Cody se ocupó de elaborar el informe para la fiscal, mientras Josh indagaba en los antecedentes criminales de Pavone, los cuales daban material para una saga, o para una serie de televisión. Aquel sujeto sería capaz de cualquier cosa, y el floridano no creía que se hubiera conformado con el soborno de Lowry para perdonar a su hija. Consideraba que era la mejor pista que tenían hasta el momento.

Actuaron con la celeridad que requería el caso, y al cabo de pocas horas consiguieron la orden de registro, notificaron a la otra inquilina acerca de lo que ocurría y se desplazaron hasta el ático donde había vivido la víctima.

En cuanto salieron de la Estación, un auto comenzó a seguirlos. Mantenía una distancia prudente con el coche de los detectives y detrás del volante iba un hombre joven de rostro agraciado, pero marcado por una cicatriz que se extendía por toda la mejilla desde el ojo derecho hasta la barbilla. Desde tan lejos no podía distinguir a los hombres que vigilaba, pero estaba seguro de que eran los correctos por el modelo del vehículo. Comprobaría la matrícula con disimulo cuando aparcaran.

En ese momento, Javier corría calle arriba para combatir el frío, a pocos metros del ático. La fina chaqueta de mezclilla no era suficiente para protegerlo de las traicioneras corrientes que lo asaeteaban en las esquinas, pero ese era el único abrigo que su madre podía comprarle, así que Javi no se quejaba. En invierno se protegía de las bajas temperaturas como le enseñó su padre: usaba papel periódico debajo de la camisa. Lo mismo hacía con los pies. Cuando llegaba a casa y se quitaba la ropa podían leerse parte de los titulares sobre su piel. En primavera, sin embargo, abandonaba la práctica y confiaba solo en la ropa. Después de todo, ¿quién esperaba que hiciera tanto frío en abril? Al llegar a la esquina vio la cafetería, rebuscó en sus bolsillos y encontró algunas monedas. Después de contarlas comprobó que le alcanzarían para una taza de leche caliente. Y si la tomaba despacio podría disfrutar de la calefacción del local antes de que le exigieran que dejara la silla libre para otro cliente. Uno de verdad, que consumiera. Con un suspiro, Javi entró en la tienda de café.

Cuando los policías llegaron al apartamento de la víctima, ya los expertos de la escena del crimen se encontraban allí. Cody se sorprendió en cuanto entró en el amplio y lujoso espacio que en alguna oportunidad debió ser un almacén casi abandonado, pero que ahora rebosaba lujo y comodidad. Josh, que había crecido en ambientes similares a ese, estaba menos impresionado.

Los hombres de Ellison deambulaban de un lugar a otro para escudriñar cada centímetro del ático. El lugar se veía limpio y

ordenado. «Demasiado», pensó Bradbury, quien tuvo la impresión de que alguien se había tomado muchas molestias para dejarlo impecable. La única nota discordante era un pequeño grupo de hormigas reunidas en un rincón de la mesa. Josh llamó la atención de uno de los peritos sobre los insectos. El técnico, que sabía que cualquier detalle por nimio que fuera podía resultar importante, se apresuró a fotografiar el rincón, recoger algunos insectos y pasar un hisopo por la superficie para averiguar qué era lo que los atraía.

Después de un par de horas, Harry por fin se acercó a los dos detectives, que presenciaban el procedimiento con mucha atención, pero con las manos enguantadas en los bolsillos para estorbar lo menos posible. Cody esperó, ansioso por escuchar lo que tuviera que decir.

—Nada —afirmó Ellison con desaliento—. Aquí no hay nada.

—¿Estás seguro?

—Hemos tomado algunas muestras, fotografías y pasamos la aspiradora. Ya sabéis, lo normal. Tal vez encontremos algún indicio cuando analicemos las pruebas microscópicas, pero a simple vista no se ve nada. Si el crimen ocurrió aquí, el asesino debió limpiar este lugar a fondo.

—Tuvo suficiente tiempo —confirmó Josh—, pero ¿qué me dice de las puertas?

—¿Te refieres a si fueron forzadas? —Bradbury asintió—. No lo fueron. Todo está intacto. Si entró, lo hizo con una llave, o fue la chica quien le abrió.

—Lo que significaría que conocía a la víctima —concluyó Cody—, o que él tenía acceso al apartamento. Aparte de Amie, ¿quién más tendría llave del ático?

—¡Solo yo! —afirmó una voz femenina desde el umbral. Todos miraron a sus espaldas sorprendidos y se encontraron a una veinteañera con aspecto gótico. La acompañaba un joven muy alto y ataviado con el mismo estilo. Junto a ellos estaba el policía que vigilaba la puerta para impedir la entrada de curiosos—. Soy Theresa Slater y quisiera saber qué hace la Policía en mi casa.

Capítulo 25.

La llegada de la compañera de piso de Amie los tomó por sorpresa. Cody lanzó una mirada de reproche al uniformado, cuya juventud lo delataba como novato. El policía se sintió en la obligación de explicarse.

—Es la otra inquilina del apartamento, detective Ryan. Supuse que querrían hablar con ella, por eso la acompañé hasta aquí. Me aseguré de que no tocaran nada.

—Gracias, agente. La próxima vez pídales a los testigos que esperen afuera y nos avisa por radio —refunfuñó el detective—. No se trata solo de que no toquen nada, sino de que no están protegidos y pueden dejar rastros que confundan la investigación.

—Sí, señor.

—Vamos, Cody, ¿es que tú nunca fuiste novato? —intervino Josh en defensa del agente—. Apuesto a que cometiste más de una pifia.

—Recuerdo aquella vez…—comenzó a decir Harry. Cody abrió los ojos alarmado.

—De acuerdo. Un error lo tiene cualquiera. Además, esta zona del apartamento ya ha sido revisada, así que supongo que no es tan grave.

El agente aprovechó las palabras del detective que lo exoneraban de culpa para excusarse y regresar a su puesto, después de enrojecer hasta la raíz del cabello.

—Todavía nadie me explica qué ha ocurrido aquí —se quejó Theresa, que seguía enfadada—. Me llaman por el móvil para decirme que mi amiga y compañera de piso ha muerto, que debo regresar lo antes posible y que un juez ha autorizado a la Policía para que allane mi casa esté o no presente. ¿Qué clase de broma es esta?

—Me temo que no se trata de ninguna broma, señorita Slater —afirmó Cody—. Todo lo que le notificaron es correcto. Su amiga, la señorita Lowry fue encontrada muerta esta mañana en *Brooklyn Bridge Park*, pero sospechamos que fue asesinada en otro lugar y existe una alta probabilidad de que fuera aquí. Por eso debemos hacer el registro del ático.

Theresa se frotó los brazos como si hubiera sentido un escalofrío. El joven a su lado la rodeó con uno de los suyos. El maquillaje ocultaba la palidez del rostro de la joven, pero no pudo disimular las lágrimas que asomaron a sus ojos.

—¿Entonces es cierto que Amie está muerta?

—Lamento tener que confirmarlo, pero es cierto.

—¿Y dice que la asesinaron aquí?

—Es muy probable.

—Estamos a punto de terminar —intervino Harry—. Sin embargo, todavía debemos analizar las muestras microscópicas y sería muy útil contar con la posibilidad de regresar si es necesario. Sería conveniente que se alojara un par de días en otro lugar.

—¿Un par de días? Puede tomarse todo el tiempo que quiera. No pienso volver aquí, sino para recoger mis cosas cuando me permitan hacerlo. ¿Ya atraparon al asesino? ¿Saben por qué le hizo esto a Amie? ¿Tiene que ver con su…?

El llanto quebró la voz de Theresa y le impidió continuar. Josh sacó un pañuelo de su bolsillo para ofrecérselo. Ella lo recibió mientras se lo agradecía con un murmullo. Solo entonces se dio cuenta del parecido de los dos detectives que se encargaban de la investigación. Asumió que eran gemelos, pero no hizo ningún comentario al respecto. Sus preguntas habían quedado en el aire y fue Josh quien decidió responderlas. Habló en tono amable:

—Me temo que todavía no hemos identificado al asesino, señorita Slater, pero le prometo que lo haremos. En cuanto al motivo, tampoco lo sabemos. ¿Podría hablarnos del problema de la señorita Lowry con el juego?

—¿Cómo saben eso? Era un secreto. Solo lo conocíamos ella y yo.

—Y su padre. Él fue quien nos lo contó.

—Le prometí a Amie que no se lo diría a nadie.

—Supongo que romper esa promesa ya no perjudicará a su amiga, pero en cambio puede ayudar a que arrestemos a su asesino.

Theresa asintió, suspiró con resignación y comenzó a hablar.

—Amie luchaba contra eso, pero algunas veces sucumbía a la tentación. No debe ser fácil para un ludópata que lo bombardeen con ofertas de todo tipo de juegos de azar a su alcance con un solo clic. Ella sabía que tenía un problema y lo controlaba por temporadas, en especial después de que visitó Atlantic City. Lo que le ocurrió en ese viaje la cambió.

—¿En qué sentido?

—Solo entonces reconoció que tenía un problema. De hecho, acudió a un grupo de «Jugadores Anónimos» que organiza el pastor de una iglesia cercana. La ayudaron mucho. Estaba contenta porque había cumplido un mes sin jugar cuando nos despedimos, antes de irme de acampada —dijo Theresa, con la voz entrecortada, mientras se enjugaba las lágrimas con el pañuelo de Josh—. Y después de todo ese esfuerzo le ocurre esto. No es justo.

—¿Puede darnos el nombre del pastor? —preguntó Ryan con la libreta en la mano.

—Lo lamento, no lo sé. Sin embargo, puedo decirles que dirige los grupos de apoyo a la comunidad de la iglesia Saint Nicholas, que se encuentra en el barrio.

—De acuerdo, preguntaremos por él.

Mientras Cody guardaba su libreta después de apuntar el nombre de la iglesia, Josh intervino.

—¿La señorita Lowry tuvo algún otro cambio de comportamiento al volver de Atlantic City?

—¿A qué se refiere?

—¿Se veía asustada, preocupada, tenía miedo de quedarse sola?

—Ahora que lo dice, sí, parecía retraída y preocupada, pero solo durante algunos días. En la medida en que pasó el tiempo, Amie recuperó su jovialidad y volvió a salir de compras como siempre.

—De acuerdo. Muchas gracias, señorita Slater —le dijo Cody, al mismo tiempo que sacaba una tarjeta de su bolsillo y se la entregaba a Theresa—. Si recuerda algo que desee comunicarnos, por favor póngase en contacto con nosotros a cualquier hora del día, o de la noche.

—Le confieso que no me gusta la Policía, pero si recuerdo algo que pueda ayudar a atrapar al malnacido que mató a mi amiga, los llamaré.

Cody no supo cómo reaccionar ante esas palabras. Josh, en cambio, sonrió por el descaro de la chica. Él también había pasado por una etapa de su temprana juventud en la que todos los policías eran unos «malditos fascistas». Se trataba de una chica rica que desafiaba a la autoridad encarnada en los representantes de la Ley, aunque los verdaderos destinatarios de su rebeldía eran sus propios padres.

Theresa y su compañero se marcharon y los detectives hicieron lo mismo. Dejaron atrás al jefe Ellison, con sus muchachos todavía atareados en el registro del apartamento.

Al salir del ático los esperaba un viento frío. Josh sintió como si miles de agujas atravesaran su piel. ¿Cómo lo soportaban los neoyorquinos? Miró a su alrededor, localizó una cafetería y se sintió como el náufrago que ve una tabla salvadora en la distancia.

—Te invito un café —le dijo a Cody—. Uno de verdad, no esa agua sucia que dispensa la máquina de la Estación.

—Tomas demasiado café. No, gracias. Ya he cubierto mi cupo del día, pero adelante, vete tú. Olvidé preguntarle a Ellison cuándo estarán listos los primeros resultados del ADN. Sé que el jefe Powers le ha dado prioridad a nuestro caso. Te alcanzaré en unos minutos.

Ryan volvió a adentrarse en el portal, mientras Bradbury salía y cruzaba la calle. El hombre que los había seguido se encontraba aparcado a solo dos coches. Desde esa distancia sí podía distinguir

el rostro de su objetivo. Volvió a mirar la fotografía que su cliente le envió y supo que el trabajo sería muy fácil. Se cubrió la cara con una media. La cicatriz que le había dejado aquella maldita zorra lo convertía en alguien a quien era fácil recordar. Aguardó hasta que su presa estuvo del otro lado, entonces arrancó el coche y levantó la semiautomática que estaba sobre el asiento del acompañante.

Antes de llegar a la puerta de la tienda, Josh vio como un hombre que usaba un mandil blanco y gorro de cocinero echaba de su negocio a un chico moreno de unos ocho años. Lo llevaba a rastras cogido por la chaqueta. El muchacho no se resistía, como si ese trato fuera algo habitual para él. La expresión de indiferencia del niño cambió a una de sorpresa y miedo cuando vio la calle más allá del policía.

—¡Cuidado, tiene una pistola! —gritó, al mismo tiempo que se zafaba de la garra del cocinero y se tiraba al suelo.

Bradbury giró la cabeza justo cuando cañón de la pistola asomó por la ventanilla. Vio el arma, el rostro oculto de su atacante y sus reflejos se activaron. Se lanzó al suelo detrás de un coche que se encontraba aparcado frente a la tienda y sacó su propia arma. Se escucharon dos disparos, el vehículo del asesino derrapó y se alejó sin haber alcanzado su objetivo. El cocinero, blanco como un mimo asustado, se había quedado de pie en plena calle sin saber qué hacer. En cuanto comprendió que todo había pasado se aseguró de que ninguna de las balas le hubiera acertado. Mientras tanto, el chico se levantó con agilidad y corrió sin esperar a ver qué ocurría. Conocía bien las calles y sabía que en muchas ocasiones la curiosidad era mala consejera.

Josh sentía que el corazón le latía en la garganta y sus piernas parecían de gelatina cuando se incorporó. A los pocos segundos Ryan salió corriendo del portal con su arma en la mano. Bradbury todavía sostenía la suya.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien?

—Bien. Supongo —confirmó con dificultad su compañero, pues se le secó la boca cuando vio los agujeros que perforaron la carrocería del coche aparcado. Los que estaban destinados a su humanidad. Atraído por el sonido de los disparos, Harry también salió del portal poco después de Cody. Detrás de él venían dos de sus chicos y varios uniformados.

A los pocos segundos se había formado un corro de curiosos que los agentes tuvieron que mantener a raya. Ryan acompañó a su compañero a la cafetería, donde un solícito empleado le llevó un vaso de agua. Poco a poco, Josh se recuperó del susto y en pocas palabras le contó a Cody lo que había ocurrido.

—¿Tienes idea de quién podría querer verte muerto?

—Ni la más remota.

—No conoces a casi nadie aquí. No has tenido tiempo de ofender a nadie en Nueva York —razonó Ryan—. ¿Dejaste algún asunto pendiente en Florida del que debamos tener noticia?

—No que yo recuerde, pero te juro que si se me ocurre algo, serás el primero en saberlo.

Después de asegurarse de que su compañero estaba bien, Cody decidió que debían regresar a la Estación de Policía. Ellison ya se ocupaba de tratar el frente de la cafetería y el coche aparcado como la escena de un crimen, mientras el dueño del automóvil tiroteado observaba con desaliento los daños que había sufrido su vehículo y se preguntaba si el seguro cubriría los agujeros de bala.

Cuando Cody y Josh llegaron al recinto, ya Short, Peck y Keen se habían apresurado a mover los hilos para que el prestamista de Amie acudiera en respuesta a la citación del Juez. Lo hacía como testigo, pero todos sabían que esa condición podía cambiar con mucha rapidez a la de sospechoso, o incluso acusado.

Subieron a la sala de interrogatorios, donde encontraron a los tres en la habitación auxiliar ocupados en observar a Pavone y su abogado, quienes esperaban la llegada de los detectives. Cody les explicó lo que había ocurrido al salir del ático de Amie, lo que causó sorpresa y preocupación. Luego volvieron a centrar su atención en el testigo que esperaba para ser entrevistado.

El prestamista era un hombre de mediana edad, corpulento y que usaba el cabello rubio cortado a cepillo.

—¿Algo interesante en la vivienda de la víctima? —preguntó Herman.

—Es un lugar enorme. Harry y sus chicos todavía no habían encontrado nada cuando salimos de allí, aun cuando les faltaba poco para terminar —les informó Cody.

—¿Qué hay de Pavone? —preguntó Josh.

—Acudió puntual a la citación —dijo Keen—. Vino con su abogado, lo cual no es de extrañar con sus antecedentes. Debe considerar las estaciones de Policía como un segundo hogar.

—¿Qué opinas de su actitud?

—Demasiado tranquilo para mi gusto —reconoció Natalie.

Cody asintió y levantó la mirada hacia Jezebel. Era evidente que también quería su opinión.

—Estoy de acuerdo con Nat. Está sentado hacia atrás con las manos cruzadas y la mirada al frente, desafiante. No siente ningún temor.

—¿Los brazos cruzados no significan que trata de protegerse? —preguntó Josh.

—Sí, por supuesto, pero en este caso no diría que está asociado

con miedo, o inseguridad, sino con su disposición a defenderse. Sabe que nos gustaría que fuera culpable del homicidio para poder sacarlo de circulación por este y los demás crímenes que no le hemos podido probar.

—Así que no será fácil —afirmó Bradbury, mientras palmeaba el hombro de su compañero—. Vamos, hermano, tenemos trabajo que hacer.

La protesta de Ryan ante la palabra «hermano» se le quedó congelada en la garganta. Ya comenzaba a resultar cansina hasta para él mismo. Sin pronunciar palabra siguió a Josh al interior de la sala de interrogatorios.

—¡Vaya! —exclamó Pavone en cuanto los vio—. ¿Qué te parece Adams? Ahora resulta que «los polis» vienen repetidos —dijo en tono burlón— ¿Os están clonando?

—Menos guasa, Anthony. ¿Podemos llamarte Tony?

—Para vosotros, soy el señor Pavone.

—Pues para ti somos los detectives Bradbury y Ryan.

—¿Tienen diferente apellido? Me gustaría escuchar la historia. Debe ser divertida.

—No estamos aquí para divertirle, señor Pavone —respondió Cody con énfasis en las dos últimas palabras—, sino para que nos explique su relación con la señorita Lowry.

Anthony se encogió de hombros.

—En la citación decía que la encontraron asesinada. Supongo que debería decir que lo lamento, pero la verdad es que no es mi problema y tampoco me sorprende.

—¿Ah, no?

—Supongo que ya lo saben, o no estaría aquí. «Papi» se los contó, ¿verdad?

—Si se refiere al señor Lowry, tiene razón —intervino Josh—. Lo mencionó en su declaración como es lógico y le recomiendo que tenga mucho cuidado. Si le ocurriera cualquier percance al padre de Amie a partir de ahora, iríamos a por usted sin demora.

—Descuiden. No me importa que se los haya contado. En cierto modo se lo agradezco, pues así podemos aclarar este asunto aquí y ahora para que no vuelvan a molestarme.

—¿A qué se refiere?

Fue el abogado quien respondió la pregunta de Cody:

—El señor Pavone tiene una coartada irrefutable. Estuvo en California desde la semana pasada y regresó hoy al mediodía. Tenemos los pases de abordaje para demostrarlo, así como el registro en el hotel de Los Ángeles y por supuesto, contamos con el personal del hotel y la aerolínea como testigos.

Cody y Josh hicieron un esfuerzo para disimular su decepción.

Ambos tenían la esperanza de que Pavone fuera el asesino, pero su coartada lo exoneraba de los dos homicidios. El primero en recuperarse de la sorpresa fue Josh.

—Tal vez no lo hizo usted en persona, pero cuenta con esbirros que le hacen el trabajo sucio, ¿no es así, señor Pavone?

—Cuidado con sus palabras, detective —dijo Adams—. Una afirmación como esa requiere de pruebas y creo que ustedes no tienen ninguna. Mi representado está aquí como testigo, así que si no desean preguntar nada más…

El abogado se puso de pie y Pavone se dispuso a imitarlo, cuando Cody intervino.

—Yo tengo una pregunta más. Acaba de afirmar que no le sorprende que la señorita Lowry haya sido asesinada. ¿Por qué lo dice?

—¿Qué clase de policía es usted que necesita preguntar lo evidente? La señorita Lowry necesitaba el juego más que el aire que respiraba; era imprudente, irresponsable y arrogante. Solo era cuestión de tiempo que ofendiera a alguien lo suficiente para terminar como lo hizo.

Capítulo 26.

Cody y Josh no pudieron evitar que el abogado de Pavone diera por finalizado el interrogatorio de su cliente. Decepcionados por tan escasos resultados, ambos se reunieron con el resto del equipo para decidir cuál sería el siguiente paso. Ryan les informó que el jefe Ellison le había prometido las primeras conclusiones de las pruebas de ADN para ese mismo día. Las altas esferas presionaban y el caso del Demonio de Brooklyn, como lo apodó la prensa, tenía prioridad sobre cualquier otra investigación. Además, los detectives sentían la responsabilidad de atraparlo antes de que volviera a matar.

—No lo hizo Pavone —afirmó Natalie—, ahora qué hacemos.

—Todavía es pronto para descartarlo —opinó Josh—. Recordad que pertenece a la mafia. Debe tener un pequeño ejército de lugartenientes dispuestos a hacerle el trabajo sucio.

—No tenemos pruebas contra él —insistió la fiscal.

Bradbury no estaba dispuesto a ceder con tanta facilidad en sus argumentos.

—¿Qué mejor evidencia que sus antecedentes? Es un mafioso, tuvo los motivos, pues la chica lo dejó como un imbécil cuando se le escapó, dispone de los medios… Yo digo que es nuestro mejor sospechoso. No deberíamos exculparlo con tanta facilidad. Hacerlo sería quedarnos en la superficie.

—No se trata de exculparlo —argumentó Natalie mientras se enfrentaba a Josh. ¿Quién se creía que era ese arrogante de rostro poco original?—. Hablo de apartar los prejuicios y ceñirnos a las evidencias. Se trata de hacer un buen trabajo policial en lugar de seguir el camino más fácil.

Bradbury sintió que una ola de calor le subía hasta la cabeza. ¿Cómo se atrevía Keen a poner en tela de juicio su profesionalidad?

—¡Yo no tengo prejuicios! Y hasta ahora nadie me había cuestionado como policía.

—O nadie se atrevió a decírtelo a la cara —le gritó Natalie.

—¡Eh, eh! —intervino Ryan, antes de que la discusión se les fuera de las manos—. Haya paz. Recordad que estamos en el mismo bando.

Natalie y Josh intercambiaron una mirada tan fulminante que hubiera sido capaz de derretir el témpano que hundió al Titanic.

—Estoy de acuerdo con Cody —lo apoyó Jezebel—. Si queremos resolver esto, debemos mantenernos unidos y colaborar unos con otros.

—Josh tiene razón cuando afirma que la coartada no es suficiente para que nos olvidemos de Pavone —sentenció Ryan, con

lo cual se ganó una mirada de reproche y un bufido.

—¿Estás de parte de tu hermano? ¿Por qué no me sorprende?

—No estoy de parte de nadie, Nat —afirmó él, con su voz más amable—. También es cierto tu planteamiento: no hay evidencias suficientes para considerar a este sujeto como nuestro principal sospechoso.

—¿Y a quién sugieres para ese lugar de honor? —preguntó Josh, todavía furioso. ¿Qué le habría visto a Keen cuando creyó que le gustaba? Era arrogante, terca, egocéntrica y… claro, que si lo pensaba bien, su última novia lo había acusado a él de esos mismos defectos cuando lo dejó, pero era diferente por… alguna razón.

—No sugiero a nadie —reconoció Ryan—. Tengo que admitir que este caso me parece un rompecabezas. Hay muchas piezas, pero ninguna parece encajar con la otra.

—Todavía tenemos la esperanza de que el ADN nos arroje alguna luz —sugirió Herman, que quería aplacar los ánimos.

—Es cierto. Y si Harry cumple con lo prometido, los tendremos hoy mismo, pero hasta entonces debemos avanzar en las indagaciones.

—De acuerdo —aceptó Natalie, que ahora apreciaba la seriedad y responsabilidad de Cody, aunque siempre le había parecido aburrido. ¿Cómo le pudo gustar un arrogante, terco, egocéntrico, como Bradbury?

—Muy bien —continuó Ryan—. En ese caso, creo que lo más apropiado es que nos dividamos el trabajo. Jez, ¿puedes indagar acerca del primo perdido de Amie? Podría resultar interesante conversar con él.

—De acuerdo.

—Herman, me gustaría que tú te ocuparas del atentado que sufrió Josh.

—No es necesario que Short pierda el tiempo con eso cuando tenemos un caso tan complicado por resolver —protestó Bradbury.

Cody soltó un suspiro y puso los ojos en blanco, como si pidiera paciencia al cielo.

—Josh, por favor escúchame —le pidió a su compañero—. Un sujeto desconocido con el rostro oculto te esperó hasta que quedaste al descubierto, y te disparó dos veces desde un vehículo en marcha. Sin el coche aparcado frente a la cafetería, en este momento estaríamos haciendo una colecta para enviar flores a tu funeral. Y mi posible experiencia de tener un hermano gemelo habría terminado antes de comenzar. Investigar el atentado no es una pérdida de tiempo.

—No sabemos lo que pensáis al respecto en Florida —intervino Herman—, pero aquí en Nueva York no nos gustan los asesinos de

policías. No importa cuán arrogante sea el «poli» al que quieran agujerear.

—¡Yo no soy arrogante! —Nadie respondió, pero todos miraron en diferentes direcciones, como si hubieran encontrado algo más interesante a lo cual prestar su atención—. Bueno, tal vez un poco. ¿Qué haremos nosotros?

—Iremos a ver qué tiene que decir el pastor del grupo de apoyo de Amie.

El equipo se separó para ocuparse cada uno de su tarea. Antes de hacerlo, Natalie y Josh intercambiaron fruncimientos de ceño. Por lo visto la pasión se había enfriado entre ellos.

Al salir del edificio, Cody se aseguró de que nadie sospechoso estuviera cerca, aunque solo a un loco se le ocurriría cometer un atentado frente a la Estación de Policía. Subieron al automóvil y durante todo el trayecto Ryan vigiló que nadie los siguiera. Era la única explicación que tenía para que el agresor de Josh lo hubiera encontrado frente al ático de Amie. Miró de reojo a su compañero. En el poco tiempo que lo conocía ya había agotado su paciencia en más de una oportunidad, hasta el punto de haberle lanzado un puñetazo, pero tenía que reconocer que era simpático y no era difícil cogerle cariño. Si no tenía cuidado, al final lo convencería de que era su hermano.

Después de un prolongado trayecto demorado por los atascos, por fin llegaron a «Saint Nicholas». Se encontraron frente a un edificio de una sola planta y obra vista. Era fácil identificarla como un recinto religioso gracias a la pequeña torre en el centro y la cruz sobre el portal. Aparcaron al frente y entraron. La sencillez de la iglesia no sorprendió a Josh, quien había acompañado a su madre a los oficios en más de una oportunidad cuando era niño. A Cody, en cambio, le pareció que faltaba algo, como le ocurría siempre en los templos que no eran católicos. Acostumbrado a la proliferación de imágenes de santos y vitrales, la amplia nave que solo ocupaban dos hileras de bancos y que terminaba en un arco que enmarcaba un altar, le dio la sensación de una iglesia a medio terminar. Sin embargo, apreciaba la simplicidad, la calidez y el ambiente pacífico que reinaban en ese lugar.

En cuanto entraron les llegó el olor a cera, y la luz de los estrechos ventanales se reflejó en el suelo de madera recién pulida. Al fondo de la nave había un hombre sentado en los primeros bancos. Estaba concentrado en un pequeño libro. Tal vez una biblia. Los dos policías se acercaron.

—Buenas tardes —saludó Cody.

El hombre apartó los ojos del libro y miró a los recién llegados. La sorpresa se reflejó en su expresión al ver a dos personas iguales,

pero se recompuso enseguida cuando comprendió que eran gemelos. Empujó sus anteojos hacia atrás y sonrió. Gracias al alzacuello, los detectives comprendieron que se encontraban frente al pastor, aunque ambos esperaban a alguien de mayor edad.

—Bienvenidos, hermanos —respondió el religioso, al mismo tiempo que cerraba el libro que tenía en las manos y se ponía de pie —. ¿En qué puedo ayudarlos?

Josh sacó su identificación y se la mostró, al mismo tiempo que se explicaba.

—Buscamos al pastor que organiza los grupos de apoyo para la comunidad. ¿Está aquí?

—Soy yo mismo, pero no comprendo qué interés puede tener la Policía en hablar conmigo.

Cody le informó acerca de los motivos por los que se encontraban allí. En la medida en que hablaba, el pastor perdía el color del rostro. Al final, se sentó con lentitud.

—¡Amie, asesinada! —exclamó como si necesitara repetirlo en voz alta para poder creerlo—. El señor nos proteja. Pobre chica, se había esforzado tanto… La incluiré en mis oraciones.

—Estoy seguro de que sus oraciones complacerán el alma de la señorita Lowry —afirmó Josh en tono irreverente—. Sin embargo, nosotros apreciaríamos más la información que pueda proporcionarnos. ¿Puede decirnos cuál es su nombre?

—Mi nombre es Kelan Hannigen y soy el único pastor de esta diócesis.

—¿Conoció usted bien a la víctima? —preguntó Ryan.

—Sí, desde luego. Amie era una buena chica…

—No es lo que hemos escuchado en otros ámbitos que frecuentaba —lo contradijo Bradbury—. Necesitamos la verdad, no lo que señalan las convenciones sociales como correcto. Suponemos que no quiere hablar mal de los muertos, pero…

—No se trata de eso, señor…

—Bradbury. Mi compañero aquí presente es Ryan.

—Muy bien, detective Bradbury, no hablo bien de Amie porque esté muerta. Era una buena chica que sufrió mucho y trataba con desesperación de encontrar su lugar en el mundo.

—Lo que hemos escuchado sobre ella hasta ahora no corresponde a sus palabras, pastor.

—Sí, claro, supongo que habréis escuchado la historia de la joven rica que recibía todos los caprichos de parte de su padre y no tenía problemas, pero la realidad es mucho más compleja.

—¿Podría hablarnos de eso?

—Desde luego, pero tal vez este no sea el mejor lugar para ello. Detrás de esa puerta hay una pequeña sala de descanso —dijo

Hannigen, mientras señalaba a un lado del altar—. Es allí donde me reúno con los grupos de ayuda. Hoy es día de Alcohólicos Anónimos, pero no comenzaremos hasta dentro de una hora, así que si me acompañan, los invitaré a un café mientras hablamos.

—No, gracias —dijo Ryan.

—Sí, gracias —respondió Josh al mismo tiempo, pues dentro de la iglesia hacía mucho frío.

Kelan enarcó las cejas y sonrió.

—Acompáñenme. Prepararé el café y se lo serviré a quien le apetezca.

Sin esperar respuesta, Hannigen abrió la marcha. Los guió hasta un pequeño salón donde había una mesa de fórmica y cuatro sillas. Un armario empotrado daba albergue a una cafetera eléctrica y un horno de microondas. Kelan invitó a los detectives a sentarse, mientras él preparaba el café y lo servía en tres tazas de porcelana blanca.

—¿Leche y azúcar? —les preguntó.

—Con leche y sin azúcar —dijo Cody.

—Con azúcar y sin leche —respondió Josh.

Kelan sonrió mientras preparaba las infusiones. Después de servir a los policías, se sentó junto a ellos con su propia taza. Al cabo de un par de sorbos, con los que pareció cobrar valor, respondió a la pregunta de sus interlocutores.

—Supongo que ya sabrán que la madre de Amie murió cuando ella tenía cuatro años. El señor Lowry quedó destrozado y centró su vida en su hija, lo cual es encomiable y no tiene nada de malo —precisó al mismo tiempo que levantaba la mano para evitar que Josh lo interrumpiera—. Sin embargo, el padre de Amie no tenía ninguna experiencia en la crianza de niños pequeños y creyó que demostrarle su amor significaba darle todos sus caprichos, así que eso fue lo que hizo.

—No veo cómo puede haber perjudicado eso a Amie —intervino Josh.

—La perjudicó y mucho. Por supuesto, que el criterio de una niña pequeña está guiado por el placer y no por lo que más le conviene. Amie estaba al cuidado de su padre y de las empleadas que él contrataba para que la cuidaran en su ausencia, cuya única orden era complacerla en todo. Incluso en la elección de alimentos y actividades.

—Por eso tenía problemas de sobrepeso —dijo Cody, pues él era padre y comprendió la situación al instante.

—Desde los cinco años —confirmó Hannigen—. Y por supuesto, eso se tradujo en acoso escolar, en abandono de sus estudios antes de concluirlos y en buscar formas de compensar la angustia que le

causaba el rechazo social.

—De ahí su ludopatía.

—Es correcto. Amie era una chica que lo tenía todo, pero aunque sea difícil comprenderlo, sufrió toda su vida por ello. Sin embargo, comenzaba a hacer avances con respecto a su problema y había conseguido pasar varias semanas sin caer en la tentación del juego.

—¿Podríamos conocer a sus compañeros del grupo? —preguntó Josh—. Tal vez alguno de ellos pueda proporcionarnos información útil.

—¿Se refiere a que sospecha de que alguno de ellos sea el asesino?

—¡No dije eso!

—Pero es lo que piensa. Sé bien cómo trabajan ustedes los policías. Lo lamento, detective… Ryan, o Bradbury, cualquiera de los dos que sea, pero como ya habrá comprobado por el nombre del grupo, el anonimato es muy importante para estas personas y si proporcionara sus nombres a la Policía perderían su confianza en mí y no podría ayudarlos como hasta ahora. Solo les revelaré sus identidades si traen la orden de un juez. De cualquier manera, puedo decirles que ninguno de los integrantes del grupo de Amie tiene nada que ver con esto.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó Cody, sorprendido por la certeza en el tono de voz que el pastor empleó al pronunciar esas palabras.

—Porque según ustedes mismos, Amie fue atacada entre las seis y las ocho de la tarde. A esa hora hubo una reunión de Jugadores Anónimos aquí mismo. La señorita Lowry fue la única ausente.

—¿Usted también asistió?

—Me temo que no —confesó Kelan—. Ayer pasé el día resfriado, con fiebre, y guardé cama. Me sustituyó el pastor de una iglesia cercana, de quien no tengo ningún problema en decirles su nombre.

—¿Alguien puede corroborar la coartada de usted, pastor Hannigen?

—Estuve en la consulta del médico a las tres de la tarde y luego me fui a casa. A la hora en que todo ocurrió, yo dormía en mi cama. Solo. Me temo que no tengo coartada.

Después de un incómodo silencio que duró unos segundos, Cody retomó la palabra.

—Amie le contó mucho acerca de su vida y sus sentimientos personales.

—A mí y a todo el grupo. De eso se tratan estas reuniones, de abrirse, hacer confesiones incluso a uno mismo, soltar todo lo que se lleva adentro para poder librarse de ello.

—No respondió mi pregunta.
—No escuché ninguna pregunta, sino una afirmación.
—¿Tenía Amie mucha confianza con usted?
—Bastante. Éramos amigos.
—¿Hasta qué punto?
—Hablábamos sobre nuestras preocupaciones. Nos ayudábamos.
—¿Puede darnos un ejemplo? —intervino Josh.
—Un ejemplo —repitió Hannigen pensativo—… Las cuentas de la iglesia son un buen ejemplo. Soy una nulidad con los números, así que Amie habló con un conocido suyo que ahora me ayuda a manejar los libros.
—¿Es contador?
—Profesor de matemáticas, así que la contabilidad puede llevarla hasta dormido.
—¿De qué conocía Amie a un profesor de matemáticas? —preguntó Bradbury con sorpresa—. No parece encajar con ella.
—Creo que era el padre de su compañera de piso, o algo así.
—De acuerdo, la señorita Lowry hablaba con usted de sus problemas, se ayudaban en las dificultades como buenos amigos —planteó Josh—. ¿Tenía usted llave de su ático?
—Por supuesto que no.
—¿Sabe de alguien más que la tuviera?
—No. Amie era muy cuidadosa con eso, excepto…
—¿Qué?
—En una ocasión me dijo que había perdido su llavero. Yo le aconsejé que cambiara las cerraduras.
—¿Siguió su consejo?
—Creo que no. No lo consideró necesario porque al cabo de un par de días las encontró bajo la cama.
—¿Dónde estuvo usted el día veintidós entre las siete y las nueve de la noche? —le preguntó Ryan.
—Déjeme recordar… sí, eso fue el martes. Ese día no se reúne ninguno de los grupos, así que estuve en casa viendo la televisión.
—¿Recuerda la programación?
—Lo siento, fue un día muy complicado y llegué muy cansado. Me quedé dormido, así que no puedo decirles qué transmitían.
—¿Le dice algo el nombre de Marianne Hackett?
—¿No fue esa la chica que encontraron muerta en *Prospect Park?* No creerán…
—Solo hacemos preguntas de rutina, pastor. ¿Puede responder?
—Puedo asegurarle que no la conocía.
—¿Visita usted ese parque?
—He ido allí un par de veces, pero dispongo de poco tiempo para el esparcimiento.

Mientras Cody interrogaba a Hannigen, Josh observó que tenía una pequeña cicatriz en su muñeca.

—¿Qué le pasó, pastor? ¿Sufrió un accidente?

El religioso fijó la mirada en la marca de su piel y negó con la cabeza.

—No fue nada. Un pequeño quiste de grasa. Me lo retiraron porque presionaba un nervio y me molestaba algunas veces.

—¿En qué hospital lo atendieron?

—En el *Fortier Hospital Center*.

Capítulo 27.

Cuando los policías salieron de la iglesia, ya la tarde estaba avanzada. Pronto la oscuridad comenzaría a caer sobre la ciudad. Ambos tuvieron el mismo pensamiento, pero ninguno se atrevió a ponerlo en palabras: otra noche con el asesino suelto podía significar otra chica muerta en un parque. Aunque ya la jornada había llegado a su fin, ninguno se planteó siquiera la idea de irse a casa.

Mientras Cody abría el coche y destrababa las puertas, Josh vio la silueta de un chico que doblaba la esquina y avanzaba en dirección a ellos. Lo reconoció al instante como el que le salvó la vida. Pequeño y esmirriado, el muchacho caminaba con confianza, como un lobezno en el territorio de su manada. Tenía el cabello negro como la brea al igual que sus ojos. La tez morena delataba su origen latino. Vio al policía y lo identificó de inmediato, miró a los lados como un animal acorralado y echó a correr por donde había venido.

—¡Espera. Solo quiero darte las gracias! ¡Detente!

Ryan frunció el ceño con sorpresa y Josh comprendió que le debía una explicación, así que le contó que había sido el chico que le advirtió sobre la amenaza del sicario.

No podían demorarse, así que subieron al coche sin intentar alcanzar al pilluelo. Bradbury se preguntó si lo volvería a ver. Era muy probable que viviera en ese barrio, así que tenía la esperanza de encontrárselo de nuevo. Cody encendió el motor y emprendieron el regreso. Era la hora de los atascos, así que regresar a la Estación no les resultó fácil. En el trayecto, Josh estaba más silencioso que de costumbre. A Cody, que ya se había habituado al comportamiento extravertido de su compañero, aquel silencio se le hizo incómodo, así que decidió romperlo.

—¿Qué tal te sientes en Nueva York? Supongo que la vida en Florida debe ser muy diferente. ¿Te adaptas bien a nuestra ciudad?

Josh, que en ese momento pensaba en Natalie, se sorprendió ante el interés de Cody. Era la primera vez que mostraba alguna señal de acercamiento. Se preguntó si el atentado habría tenido algo que ver con ello. Tal vez sí, o tal vez no. Encogió un hombro y respondió.

—Supongo que está bien. Lo que llevo peor es el frío, pero quizá me acostumbre con el tiempo.

—¿Dónde te alojas?

—Estoy en un motel mientras encuentro apartamento, lo cual tiene visos de prolongarse, porque no he tenido oportunidad de

buscarlo.

—Si te sirve de consuelo, ni siquiera en Nueva York son frecuentes los asesinatos seriales.

—Entonces parece que llegué en el momento más oportuno, o inoportuno. Según se vea.

—Sé que no conoces a nadie aquí, así que si puedo ayudarte en algo...

—Gracias, pero creo que estás en la misma situación que yo, así que no veo cómo.

—Mi suegro ha vivido en nuestro barrio desde que era un chico y conoce a mucha gente de la zona. Tal vez sepa de algún apartamento disponible para la renta.

—¿Me quieres de vecino? —preguntó Josh, con una media sonrisa que Cody no supo interpretar.

—Eres mi compañero para bien, o para mal. Es mi deber ayudarte si puedo hacerlo.

—Gracias. Me parece una buena idea. Si tu suegro sabe de un piso que pueda alquilar, se lo agradeceré.

Ryan asintió y pensó que hacía lo correcto. El silencio volvió a llenar el habitáculo del coche, mientras cada uno iba sumido en sus pensamientos. Bradbury rumiaba la discusión que tuvo con Keen, mientras Cody se preguntaba qué iba a hacer cuando recibieran la prueba de ADN, porque aunque no quería confesarlo, él también sabía que lo más probable era que resultara positiva. ¿Qué haría con un hermano gemelo recién salido de la nada? ¿Cómo se lo explicaría a su familia? ¿Qué había ocurrido en el momento de su nacimiento para que los separaran y qué explicación tendría su madre al respecto? Eran interrogantes que lo angustiaban, pero sabía que tarde o temprano tendría que afrontarlas.

Cody miró de reojo a Josh. ¡Maldición, comenzaba a apreciarlo y suponía que el sentimiento era mutuo! Era normal. A tu compañero lo querías, o lo odiabas. Y si no lo soportabas, lo mejor era que pidieras un cambio. Ponías tu vida en sus manos y la suya estaba en las tuyas, así que si no conseguían llevarse bien, uno de los dos podía terminar muerto. Tenía que reconocer que pese a sus aires de gallo fino, Josh les resultaba simpático a todos. Mucho más que él mismo.

Sus reflexiones cesaron cuando aparcaron frente al recinto. Ryan se mantuvo alerta todo el camino, así que estaba seguro de que no los habían seguido. Subieron hasta el Departamento de Investigaciones, donde encontraron a todo el equipo asignado al caso. Esa iba a ser una noche muy larga.

Debido a la hora, el salón estaba vacío salvo por Short y Peck, que tecleaban en sus respectivos ordenadores. Cody vio que Evelyn

también se encontraba en su mesa de trabajo y debajo de la puerta del despacho de Powers se podía ver la luz encendida. La vida no recobraría la normalidad hasta que el Demonio de Brooklyn fuera encarcelado.

Cuando Cody y Josh se acercaron a sus compañeros, Evelyn se levantó de su escritorio para integrarse a la reunión. Ryan comprobó que en un rincón habían colocado una pizarra sobre la cual se organizaban las fotografías de las dos primeras víctimas y de las escenas de cada crimen, como parte de un organigrama que incluía los nombres de los sospechosos, con sus posibles motivos para cometer el crimen; los medios y las coartadas, en el caso de que las tuvieran. También estaban señaladas las pocas evidencias con las que contaban. Una buena estrategia para armar el rompecabezas.

—Idea de Jez —afirmó Short con orgullo cuando se percató del interés de su colega.

Cody asintió sin decir nada.

—Me alegra que ya estéis aquí —les dijo Evelyn, quien llevaba unos papeles en la mano que le entregó a Ryan—. Ya llegaron los resultados de la autopsia del segundo homicidio.

—¿Tan pronto?

—La presión viene del comisionado, quien a su vez la recibe del alcalde, así que todos se mueven con rapidez y por supuesto que vosotros tendréis que hacer lo mismo.

El detective, que ya tenía el informe en la mano, no perdió el tiempo en descripciones técnicas y buscó las conclusiones.

—El forense confirma sus primeras apreciaciones: el segundo homicidio fue cometido en forma idéntica al primero, solo que en este caso retiraron la bolsa plástica de la cabeza después de la muerte.

—¿Por qué haría eso? —preguntó Jezebel. Cody respondió con un encogimiento de hombros, pues tampoco sabía cuáles habían sido los motivos del criminal.

—Si lo pensáis, tiene lógica —intervino Josh.

—¿Puedes explicarlo?

—Tú mismo sugeriste la clave, Cody —le dijo a su compañero—. ¿Lo recuerdas? Cuando planteaste la hipótesis de que al cadáver lo trasladaron con una silla de ruedas hasta el parque. Marianne fue asesinada en el lugar donde la encontraron, de manera que para el perpetrador era más conveniente alejarse de ahí lo antes posible y por eso no hubo manipulación del cadáver. Amie, sin embargo, murió en otro lugar. Es muy probable que fuera en el ático. Si usó una silla de ruedas para llevarla a *Bridge Brooklyn Park*, aun cuando fuera en la madrugada corría el riesgo de cruzarse con alguien.

—Por supuesto, y trasladar a Amie con una bolsa cubriendo su cabeza hubiera sido una estupidez —confirmó Jezebel. Josh asintió.

—Eso lo explicaría —sentenció Ryan para mostrar su conformidad con el razonamiento de Bradbury y Peck.

—¿Dejó muestras de ADN en la segunda víctima? —preguntó Herman.

—Sí. Hay evidencias de violación y el agresor no usó protección, así que dejó muestras de semen.

—¡Grandioso! Entonces no es tan listo como parece. Solo es cuestión de tiempo para que logremos la identificación. Lo único que tenemos que hacer es comparar el ADN encontrado en los cadáveres con el de los sospechosos y *voilà*, habremos identificado al asesino.

—Ojalá sea tan sencillo —dijo Cody, que no quería ser pesimista, pero tenía sus dudas—. Hay algo más. Amie tiene un corte en la mano derecha. Según el forense no muestra señales de cicatrización, así que se lo hizo pocos minutos antes de morir.

—¿Una herida defensiva? —preguntó Josh.

—Tiene toda la apariencia, aunque todavía no se ha encontrado ningún arma, o cuchillo cerca de los lugares donde sabemos que estuvo la víctima.

—Es probable que el asesino se deshiciera de cualquier objeto cortante relacionado con él, o con Amie —opinó Bradbury.

Los detectives se quedaron un momento pensativos mientras meditaban acerca de las implicaciones de la herida.

—Con respecto al ADN, también tienes los primeros resultados al final del informe de la autopsia —intervino la secretaria de Powers.

Ryan se apresuró a buscar la información que le señalaba Evelyn. Después de una rápida lectura informó al resto del grupo:

—El ADN de la colilla no coincide con el del semen encontrado en Marianne.

—¡Demonios! —exclamó Short—. Eso significa…

—Significa que esa colilla pudo pertenecer a cualquier usuario del parque. Tal vez el asesino emboscó a Marianne entre esos arbustos, o tal vez no. Tendremos que ser más amplios en cuanto al análisis de cómo ocurrió el primer homicidio.

—Y asegurarnos de que las muestras que empleen para comparar con los sospechosos sean las correspondientes al semen —precisó Josh.

—De eso ya se ocupó Tash, el forense —les informó Evelyn.

—También debemos tomar muestras biológicas a los sospechosos del homicidio de Amie.

—Y eso incluye a Pavone —les recordó Bradbury.

—No olvidaremos a Pavone —confirmó Ryan—, pero no conviertas esto en algo personal.

Josh soltó un bufido, pero no respondió.

—No es la única mala noticia del informe —les advirtió Cody—. La comparación del ADN del semen con la base de datos no arrojó ningún resultado.

—Así que no se trata de un violador con antecedentes —se quejó Josh—. Claro, imagino que eso hubiera sido demasiado fácil.

—¿Hay algún otro sospechoso del homicidio de Amie además de Pavone?—preguntó Jezebel.

—Por supuesto que lo hay —dijo Bradbury al mismo tiempo que cogía un marcador y se acercaba a la pizarra. Los demás lo siguieron—. Hannigen es un buen candidato —sentenció mientras escribía el nombre y lo unía con una línea a la fotografía de Amie.

—¿El pastor? —preguntó Jez, sorprendida.

—¿Qué crees, que por ser pastor es santo? —replicó Josh—. Es un hombre, ¿no es así? Conocía bien a Amie. Ella confiaba en él, así que no es descabellado que le abriera la puerta y le invitara a entrar al ático. Además, no tiene coartada para ninguno de los homicidios.

—Consideraremos al pastor —confirmó Ryan, aunque la idea le molestaba un poco.

—Yo también le pediría una muestra de ADN al señor Lowry —afirmó Bradbury.

—¿Al padre de Amie? No hablarás en serio —protestó Jezebel.

—Muy en serio. No creo que tenga nada que ver, pero se han visto casos.

—Estoy de acuerdo —opinó Cody—. No podemos excluir a nadie por muy poco probable que nos parezca como sospechoso.

—No me gustaría estar en vuestra piel —comentó la secretaria—. Supongo que será por todo lo que habéis visto, pero este trabajo os desarrolla cierto cinismo que…

—Que procuramos dejar aquí cuando vamos a casa —dijo Ryan—, pero que es necesario si queremos hacer bien nuestro trabajo. Jez, ¿pudiste averiguar algo sobre el primo de Amie?

—Sí. El nombre de la prima de Amie era Marleen Strickland. Como nos dijo el señor Lowry murió hace más de treinta años. Su hijo, John, creció con su padre y una madrastra.

—¿Se encuentra en Nueva York?

Peck negó con la cabeza.

—Vive en San Francisco, donde se mudó con su familia cuando tenía 10 años. Por lo que he podido comprobar, no ha vuelto a pisar esta ciudad desde entonces.

—Pudo usar un nombre falso para regresar —insistió Bradbury.

—¿Acaso crees que no sé hacer mi trabajo? —le preguntó

Jezebel, ofendida—. Telefoneé a San Francisco. John Strickland es ingeniero civil y trabaja en una empresa que maneja contratos gubernamentales. Hablé con su jefe y me aseguró que ayer pasó toda la tarde con él en una reunión. Me prometió que iba a acudir a la Estación de Policía más cercana para firmar su declaración, y que nos la envíen.

—De acuerdo. No fue el primo. Lo lamento, Jez. No era mi intención insinuar que no habías hecho bien tu trabajo.

—Estás perdonado, pero que no se repita.

Josh asintió y miró el ceño fruncido de Short. Se volvió a recordar a sí mismo que no debía ofender a la compañera del grandullón. Mientras los demás se ponían de acuerdo, Cody estaba concentrado en la pizarra.

—Muy bien, vamos a hacer un recuento. El único sospechoso del primer homicidio que no tiene coartada para el segundo es el prometido de Marianne; Baniter—. Con respecto al asesinato de Amie, Pavone también tiene coartada para el día de la muerte de Marianne, pues estaba en California. Ya sé que pudo enviar a uno de sus esbirros —se apresuró a señalar Cody, al ver que Bradbury se disponía a interrumpirlo—, pero no hay ningún indicio claro al respecto.

—Sabes que no podemos ignorar esa posibilidad —insistió Josh.

—¿Siempre eres tan pesado? De acuerdo. Tienes razón. Le pediré a Powers que envíe a alguien a preguntar a los informantes. Si hubo un encargo de ese tipo, alguien debe saberlo en las calles.

—Para mí es suficiente.

—El otro sospechoso probable del homicidio de la segunda víctima es el pastor. Tampoco tiene coartada para el primer asesinato, pues según él estuvo en su casa y se quedó dormido frente al televisor. Niega haber conocido a la señorita Hackett.

—Debió conocerla —dijo Bradbury con seguridad—. Recuerda la cicatriz de su muñeca. Lo operaron en el mismo hospital donde trabajaba Marianne, no por casualidad en el Departamento de Cirugía.

—Tal vez no la recuerda —opinó Peck—. Quiero decir, yo no podría decir quiénes fueron las enfermeras que me cuidaron durante el parto de Richie. No es difícil que algo así se olvide.

—Jez tiene razón —convino Cody—. Tal vez no mienta, sino que no recuerde a esa enfermera en particular. Sin embargo, estoy de acuerdo en pedirle la muestra de ADN. ¿Alguien más que se os ocurra que pueda ser sospechoso?

—¿El novio de la amiga? —sugirió Bradbury, sin mucha convicción.

—Solo en caso de que se haya ausentado del campamento y no

tenga coartada —aceptó Ryan—. De lo contrario sería una pérdida de tiempo. ¿Algo más?

Todos guardaron silencio. Terminada la discusión, la secretaria intervino para hacer su anuncio.

—El jefe Powers ha puesto a disposición de vosotros todos los recursos del Departamento. La orden es que continúe la investigación durante toda la noche. Un equipo de cuatro detectives os relevará cuando sea necesario.

—De acuerdo —dijo Cody—. Yo solo necesito unos minutos para llamar a casa y avisar a mi esposa que me quedaré. Cuando sea imprescindible dormiré unas horas en la habitación de descanso.

—A mí no me espera nadie —señaló Josh—, así que también podéis contar conmigo hasta que esto termine.

Short asintió para señalar su conformidad. Él también podía quedarse sin límite de hora. Cuando llegó el turno de Peck, ella se mostró dubitativa.

—Yo debo ir a casa para ver a mi hijo, pero puedo regresar en unas horas.

—De acuerdo, entonces pediré que uno de los refuerzos venga a cubrir a Jez. Los otros tres se turnarán para que los chicos puedan descansar —sentenció Evelyn y levantó un dedo admonitorio cuando vio que comenzaban a surgir las primeras protestas—. Y esto es una orden que les doy en nombre del jefe. Quiero que todos tengáis un descanso de al menos cuatro horas. Necesitamos esos cerebros en plena forma.

Capítulo 28.

Evelyn se encaminó hacia su mesa para completar las tareas del día. Ella regresaría a la mañana siguiente, pero el jefe Powers pensaba pasar la noche en la Estación, por si surgía algún imprevisto para el cual se necesitara su presencia. Jezebel recogió sus cosas y prometió estar de vuelta cerca de la medianoche. Antes de retomar el caso, Herman invitó a sus compañeros a un café. Comprendieron que quería hablar con ellos en privado y lo acompañaron.

Frente a la máquina expendedora y después de poner un vaso desechable en manos de cada uno de los detectives, Short comenzó a hablar del atentado.

—Solicité las grabaciones de las cámaras de seguridad de la cafetería y las he visto hasta memorizarlas.

—¿Has llegado a alguna conclusión?

—Que nuestro arrogante amigo debe tener un ángel guardián que trabaja horas extras. Le faltó poco para no contarlo.

—Yo no soy arrogante —protestó Josh.

—Como un pavo real —reafirmó Short—. Bien, eso no importa ahora. Lo que cuenta es que el vehículo desde donde te dispararon era un Aveo del año de color plateado, que fue abandonado a pocas calles del lugar del atentado.

—Robado, por supuesto —intervino Cody. Herman asintió.

—En el Bronx. El reporte del robo es de esta mañana. A esta hora, el departamento de criminalística debe haber terminado el peritaje del coche. Tal vez haya suerte y encontremos algo que nos conduzca al sujeto que disparó.

—¿La grabación muestra al pistolero?

—Sí, pero no sirve de nada. Usaba una media que ocultaba sus rasgos, así que puede ser cualquiera. También hablé con Ellison. Las balas quedaron incrustadas en el coche aparcado. Son del calibre 45. Te querían bien muerto, Bradbury. Perforaron la carrocería como si fuera gelatina.

—De acuerdo, si tu intención era meterme el miedo en el cuerpo, ya lo has conseguido.

—Este sujeto nos siguió sin que ninguno de nosotros lo notara —razonó Cody—. Debió hacerlo desde aquí, esperó a que estuvieras solo y que te encontraras en una situación de desventaja. Su intención era dispararte por la espalda. Fue una suerte que vieras el reflejo, o que escucharas el motor, o lo que fuera que te advirtió del peligro. De otro modo estarías muerto…

—¿Adónde quieres llegar, Cody?

—A que se trata de alguien metódico y que sabe lo que hace.

—¿Un sicario? —preguntó Short. Cody asintió.

—¿Conoces a alguien que esté tan cabreado contigo que haya podido contratar un sicario para quitarte del medio?

—Reconozco que he podido enfadar a mucha gente, pero no hasta el punto de borrarme del mapa. La mayoría son exnovias.

—¿La mayoría? ¿De cuántas hablamos, Bradbury? —le preguntó Ryan en tono airado.

Josh se encogió de hombros, pues nunca llevaba la cuenta.

—Sin embargo, no creo que ninguna de ellas llegara hasta el extremo de contratar un asesino a sueldo para eliminarme. En casi todos los casos se conformarían con darme una bofetada.

—¿Podría ser alguno de los delincuentes que hayas detenido?

—Eso ya lo veo más probable, pero ahora mismo no se me ocurre nadie.

—Esto es importante, Josh —lo apremió Ryan—. ¿Cómo podríamos averiguarlo?

—Hablaré con Emilio Fuentes, mi anterior jefe. Uno de sus detectives puede revisar los expedientes de mis casos, por si alguno de los sujetos que he detenido está en actividad.

—De acuerdo, hazlo. Mientras tanto, esperaremos los resultados de criminalística. Tal vez arrojen algo interesante.

—Muy bien, os ayudaré esta noche con el Demonio de Brooklyn y mañana seguiré indagando sobre el atentado —decidió Short, antes de volver a entrar a la sala.

Ryan se dio media vuelta y se disponía a regresar a su escritorio cuando Josh lo detuvo.

—No olvides que me prometiste darme el nombre de la agencia de adopción y el del abogado.

—¿De qué te servirían ahora si no tenemos tiempo para perderlo en eso? Nos ocuparemos de nuestros asuntos personales cuando hayamos detenido a este asesino.

—Ya te advertí que no iba a esperar a cerrar este caso para tratar de averiguar qué le pasó a nuestra madre. Investigaré en las horas de descanso que me correspondan.

—No puedes hacer eso, Josh. Sé razonable. Nuestra madre, si es que somos hermanos, lleva treinta y dos años muerta. Unos días más no harán ninguna diferencia.

—Estaría viva si nosotros no hubiéramos nacido —Ryan lo miró con sorpresa, pues consideraba a Josh demasiado superfluo para albergar ese tipo de sentimientos. No supo qué responder—. No lo habías pensado, ¿verdad?

—Nosotros no pedimos nacer.

—Pero ella decidió darnos la vida y por eso perdió la suya. ¿Qué

edad tenía, Cody?

—No lo sé.

—Madre soltera, primeriza, proveniente de Arizona. Seguro que vino a Nueva York para perseguir un sueño y alguien la engañó. Es probable que fuera casi una niña.

—Tejes castillos en el aire. No sabemos nada en concreto de ella. Tal vez no era tan inocente como sugieres…

—No completes la idea, Cody —le advirtió su compañero—. No me obligues a devolverte el puñetazo.

Los músculos de Josh estaban tensos y contenía el aire. Ryan comprendió que se había excedido, así que decidió calmar los ánimos.

—Está bien. Si tan importante es para ti, te daré esos nombres, pero asegúrate de que no interfiera en la investigación que tenemos entre manos.

Bradbury asintió y soltó el aire.

—Tienes mi palabra.

Volvieron a sus mesas de trabajo y sus expresiones despertaron la curiosidad de Short, pero el prudente detective no preguntó nada. Cody le pasó un papel a Josh en el cual estaban escritos los datos que le pidió. Él los guardó en un bolsillo dispuesto a iniciar la investigación en cuanto tuviera oportunidad. Encendieron los ordenadores casi a la vez y ya iban a comenzar a trabajar cuando Herman los llamó.

—Eh, chicos, ya llegaron los primeros resultados del registro del ático.

—¿Algo interesante? —preguntó Cody.

—Pues no lo sé. Parece que encontraron una agrupación de hormigas en un rincón de la mesa, que por lo demás estaba impecable.

—Así es —afirmó Bradbury—. Recuerdo que lo vi y le avisé a uno de los peritos de criminalística para que tomara una muestra. ¿Descubrieron de qué se trataba?

—Helado.

—Había una gota de helado que no limpiaron bien y atrajo hormigas. Pasa todo el tiempo. ¿Qué importancia puede tener? —preguntó Ryan.

Short sonrió. Le encantaba cuando podía sorprender al metódico y organizado Cody, a quien nada se le escapaba.

—Lo interesante es que en el apartamento no encontraron ni rastro de ningún helado.

—Tal vez la mancha tenía tiempo allí y ya se lo habían comido.

—El otro detalle es que encontraron un galón de helado abierto pero lleno en el contenedor de basura del edificio.

—¿Qué significa abierto pero lleno?

—Habían roto el precinto, pero estaba hasta el tope de helado derretido.

—Si estaba derretido es imposible determinar a simple vista si lo habían comenzado —intervino Josh.

—¿Qué quieres decir?

— Vamos a suponer por un momento que alguien abrió el helado, lo probó y dejó que se derritiera. Luego tiraron a la basura el resto. Al recogerlo estaría roto el precinto, pero a simple vista parecería lleno.

—Tienes razón, pero ¿por qué alguien haría algo así? —preguntó Cody.

—Quizá estaba en mal estado y por eso lo desecharon —sugirió Josh.

Ryan negó con la cabeza.

—Eso sería muy extraño. En casa se compran esos galones de helado para los chicos desde hace tiempo. Nunca he visto que ninguno estuviera en mal estado. Y de ser así, la leche se cortaría y sería evidente por el aspecto.

—¿Qué ocurrió entonces? —preguntó Herman, sin dirigirse a nadie en particular.

—Supongamos por un momento que haya sido Amie quien llevó el helado —dijo Bradbury—. Según el pastor, tenía problemas con sus hábitos de alimentación. Digamos que abrió el envase, comenzó a comerlo y algo desvió su atención…

—… Un ruido, o alguien que la sorprendió. Tal vez llamaron a la puerta —continuó Cody, al comprender por dónde iban las ideas de su compañero.

—De manera que dejó el helado para abrir la puerta, o para investigar y se encontró con el agresor. Lo conocía, se sentía en confianza, así que lo dejó entrar.

—O él la esperaba dentro del ático y la sorprendió —sugirió Cody.

—Él la violó y la asfixió. El helado que estaba sobre la mesa se derritió. Era un problema para el asesino porque ubicaba a Amie en el apartamento. Así que antes de ocuparse del cadáver limpió bien la cocina, aunque se dejó una pequeña gota sobre la mesa. Luego tiró el helado en el contenedor del edificio, porque no imaginó que lo podíamos relacionar con su víctima.

—¡Demonios, Bradbury! —exclamó Cody—. Me gusta tu forma de razonar. Tienes toda la razón. Es lo que debió ocurrir.

—Todo eso está muy bien —reconoció Short—, pero solo es una teoría. ¿Cómo lo comprobamos?

Los tres se quedaron pensativos por un momento mientras

hacían esfuerzos por encontrar una solución. Ryan fue el primero en romper el silencio:

—Por el peso —Los demás centraron sus miradas en él sin comprender a qué se refería—. Las etiquetas de esos productos industriales incluyen información sobre el peso neto de su contenido. Si la víctima comió del envase antes de que este fuera desechado, habrá una diferencia en el peso. Deben ser pocos gramos. No los suficientes para apreciarlos a simple vista, pero sí con una balanza de precisión.

—¡Perfecto! —exclamó Herman—. Lo primero que haré por la mañana será hablar con el jefe Ellison para que lo determine.

Los tres policías se dispusieron a trabajar en sus ordenadores con la intención de investigar los antecedentes de los sospechosos que no tenían coartada para ninguno de los dos crímenes. Después de unos minutos apareció una pareja de detectives. Eran parte de los refuerzos que Evelyn les había prometido. Ryan les presentó a su compañero sin demasiados formalismos. Sus nombres eran tan poco comunes que Josh los olvidó casi al momento de escucharlos.

—Ellos son Joktan Tasker y Anushka Nehru. Son del «Departamento de Crimen Organizado» —le dijo Cody—. Mi nuevo compañero, Josh Bradbury.

Si a los recién llegados les sorprendió el parecido entre ambos detectives, lo disimularon bien. Lo más probable era que ya hubieran escuchado los rumores por los pasillos de la Estación. Bradbury saludó primero a la joven hindú y le impresionaron sus profundos ojos negros. Luego su mano se perdió entre la manaza del enorme afroamericano de porte elegante y cabello cortado casi al cero.

—El jefe Powers nos ordenó investigar al prestamista de Atlantic City —explicó Tasker antes de que se lo preguntaran—. Anushka y yo revisaremos los antecedentes y por la mañana nos trasladaremos a su territorio. Si hubo un contrato de por medio para alguno de los homicidios, lo averiguaremos.

—¡Grandioso! —exclamó Josh—. No me sentiría bien si dejáramos por fuera a ese… ciudadano.

—No seas pesado, Bradbury —le recriminó Cody—. Ya habíamos decidido no olvidarlo.

Antes de la medianoche, Jezebel regresó como había prometido. Ryan decidió entonces organizar turnos de descanso de cuatro horas. Le asignó el primero a Short y el segundo a Josh, quien llegado el momento de retirarse a dormir decidió continuar frente al ordenador, solo que cambió su objetivo y comenzó a investigar la agencia de adopción.

—Te necesitamos descansado, Bradbury. De nada nos sirves si

cuando te reincorpores al equipo no estás al cien por ciento.

—Me bastan dos horas para reponerme, Cody, así que dispongo de las otras dos para centrarme en lo que yo quiera.

—Si es así, deberías emplearlas en apoyar al equipo. Cualquier otra actitud sería egoísta.

—No eres muy equitativo. Si todos van a disponer de cuatro horas libres, ¿por qué iba yo a tener solo dos?

—¡Acabas de decirme que para ti dos horas son suficientes!

—Ya está bien, chicos —intervino Jezebel—. Esta discusión es inútil. Cody, Josh tiene razón. Si él quiere emplear dos de sus cuatro horas en resolver un problema personal, está en su derecho. ¿O no me permitieron a mí regresar a casa para estar con mi hijo y refrescarme?

—Es diferente… Tú… Él… —De repente, Ryan comprendió que no tenía ningún argumento, así que desistió.

—Genial —dijo Herman—. Nunca hubiera creído que encontraría a alguien más terco que Cody.

El aludido le lanzó una mirada fulminante a Short y este se encogió de hombros y volvió a concentrarse en su trabajo. Ryan lo imitó sin dejar de refunfuñar, al mismo tiempo que Bradbury introducía un nombre en el buscador de la Policía: «Spardise».

Capítulo 29.

Las dos horas que empleó Bradbury en la investigación de sus orígenes le rindieron mucho menos de lo que esperaba. Lo primero que buscó fue el registro de defunción de Haylie. No fue difícil, pues conocía el nombre de pila y la fecha del deceso. De ese modo supo que el apellido de su madre biológica era Nichols. Haylie había muerto por «fallo cardiorrespiratorio, como consecuencia de una hemorragia después del parto». Otro dato interesante era que había ingresado al hospital central de Queens sin signos vitales, lo cual significaba que no fue atendida allí durante el alumbramiento. Pero entonces, ¿dónde? Josh decidió que tenía que averiguar más acerca de Haylie, su familia y las circunstancias que rodearon el embarazo y el parto. Sabía por Cody que provenía de Arizona, pero tenía claro que sería imposible que él pudiera abandonar Nueva York hasta que el caso que tenían entre manos quedara resuelto. Decidió que llamaría a Fuentes para pedirle ayuda. Tal vez conociera a alguien en Arizona que pudiera hacer averiguaciones sobre la familia Nichols en su nombre. Con respecto a Haylie, no se le ocurría qué más podía encontrar desde el ordenador de la Estación, así que sacó de su bolsillo el papel con los datos que le proporcionó Ryan. Decidió comenzar a indagar por la agencia de adopción.

«Spardise» cerró sus puertas en 1988, apenas tres años después de su propio nacimiento. Encontró muy poca información disponible en los archivos oficiales. Apenas una dirección. Al momento comprendió lo que ocurría: en la década de los ochenta la mayoría de la información se guardaba en papel y para cuando se digitalizó, ya «Spardise» estaba cerrada y no les habría valido la pena el esfuerzo. Eran demasiados años. En alguna Oficina Pública debía existir una carpeta con los documentos que él quería revisar, pero no sería desde allí, ni en ese momento que tendría acceso a ellos.

Cody miró de reojo a su compañero cuando vio su expresión de desaliento y estuvo a punto de preguntarle qué ocurría, pero se detuvo a tiempo. Interesarse por la investigación sería darle alas a la obsesión de Bradbury y él no estaba dispuesto a reconocer que en su fuero interno también comenzaba a nacer cierta inquietud. Las palabras de Josh con respecto a la muerte de Haylie le habían tocado una fibra sensible.

Después de unos segundos de incertidumbre, en los cuales Josh se preguntó qué podría hacer, por fin tuvo una idea y volvió al ordenador con ímpetu renovado. Tal vez la agencia ya no existiera,

pero la mayoría de las personas que trabajaron en ella todavía estarían vivas, de modo que podría identificarlas por el *IRS* y por el *Social Security*.

Navegó entre páginas de organismos oficiales y utilizó el nombre de «Spardise» para indagar en el pasado tributario de los ciudadanos de Nueva York que hubieran trabajado en la agencia durante el año 1985. Era un criterio de búsqueda bastante restringido, así que el sistema solo arrojó cuatro nombres. Josh tomó nota de ellos con cierto nerviosismo, pues estaba seguro de que el acceso a esa información requería la orden de un juez. Miró a los lados y comprobó que todos estaban concentrados en sus respectivas tareas.

—¡Mirad esto, chicos! —exclamó Jezebel de repente, y Bradbury dio un respingo por el susto.

—¿Qué ocurre? ¿Has encontrado algo interesante, Jez? —preguntó Cody, mientras apartaba la vista de su propio ordenador. Josh cerró la ventana del *IRS* antes de centrar su atención en lo que su compañera había descubierto.

—Acabo de revisar el historial de Hannigen. Es un pastor muy activo y comprometido con los problemas de sus feligreses.

—Eso no es una novedad —dijo Josh, un poco molesto por haber sido interrumpido en sus pesquisas personales—. Ya sabíamos que dirige varios grupos de apoyo en su iglesia.

—Por eso me quise asegurar de que era lo que aparentaba, así que busqué si tenía antecedentes criminales y encontré esto.

Peck acompañó sus palabras con un movimiento del ratón que desbloqueó la pantalla para dejar ver una ficha de antecedentes criminales, en la cual se podía apreciar la fotografía de un Kelan Hannigen muy joven. Los ojos de todos se centraron en la acusación que motivó los antecedentes.

—¡Violación! —exclamó Herman, en el mismo tono que hubiera usado para anunciar que se había ganado la lotería.

—Lo detuvieron en el año 2005 por violación a una chica de 16 años —confirmó Jezebel—. La fiscalía trató de que prosperara también la acusación de pederastia, pero por alguna nimiedad legal fue descartada en el juicio. Sin embargo, lo declararon culpable de estupro, pese a que la defensa insistía en que hubo consentimiento por parte de la joven. Eso no lo absolvió del hecho de que se trataba de una menor de 16 años de edad. Lo condenaron a cinco años, pero salió bajo libertad provisional por buena conducta en tres años.

—¿Hubo violencia en algún momento? —preguntó Short.

—No.

—De acuerdo, nuestro pastor acaba de subir varios peldaños en

la lista de «los diez sospechosos más destacados» —afirmó Josh.

—Ese antecedente no es suficiente por sí solo para considerarlo culpable —opinó Cody, a quien la idea de que un religioso fuera el responsable de los homicidios, le parecía obscena.

—Piénsalo bien, Ryan —insistió Bradbury y comenzó a enumerar con los dedos—. Primero: conocía bien a Amie y ella confiaba en él, por lo cual no es difícil que le abriera la puerta. Segundo: es muy probable que supiera que Theresa Slater estaba de acampada y por lo tanto no corría el riesgo de que apareciera por allí. Tercero, negó conocer a Marianne, pero fue operado en el hospital y el departamento donde ella trabajaba, lo que significa que nos mintió.

—O que no lo recuerda. ¿Ya no crees culpable a Pavone?

—No dije eso, solo que no quiero dejar de considerar una opción por ideas preconcebidas.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Ryan, que comenzaba a enfadarse por el tono de autosuficiencia de su compañero.

—Tú mismo has confesado que eres católico. ¿Eres practicante, acudes a la iglesia?

—Por supuesto, crecí en una familia irlandesa. Soy católico, practicante y cuando el trabajo no me lo impide voy a la misa de los domingos y llevo a mis hijos. Eso no significa que tenga ideas preconcebidas, ni mucho menos que mis creencias influyan en mi trabajo.

—¿Acaso no estás incómodo con la idea de que el monstruo que comete estos homicidios podría ser un hombre de la iglesia?

—¡No digas tonterías! Y ten mucho cuidado con lo que insinúas —le gritó Cody enfurecido—. Cualquiera aquí puede decirte que no me dejo influenciar por mis creencias cuando se trata de mi trabajo. Además, Hannigen ni siquiera pertenece a la religión que yo practico.

—De acuerdo, es un pastor y no un cura —dijo Bradbury—, ¿y qué? Al fin y al cabo representan lo mismo.

—Ya basta, chicos —intervino Herman—. Si os escucháis, esta discusión no tiene sentido. El pastor tiene antecedentes criminales y eso lo pone en la mira de nuestra investigación. ¿Estamos todos de acuerdo? —Tanto Cody como Josh asintieron—. Muy bien, entonces las creencias religiosas de cada uno, son asunto de cada uno. ¿No piensas lo mismo, Bradbury?

Josh asintió y comprendió que la verdadera razón por la que había embestido contra Cody no tenía nada que ver con el caso, ni con el pastor. Estaba enfadado con su posible hermano por su aparente indiferencia ante la suerte de Haylie y aprovechó la ocasión para desahogarse. Tenía que hacer a un lado sus

sentimientos y concentrarse en el asunto que tenían entre manos por el bien de todos. Cuando comenzó a indagar sobre sus orígenes no esperaba encontrarse con un hermano gemelo, así que no necesitaba que Ryan lo ayudara en sus pesquisas. De lo que sí estaba seguro era que llegaría al fondo del asunto.

—Lo lamento, Cody. Short tiene razón, no tenía derecho a cuestionar tus creencias. Supongo que cuando estoy cansado me comporto como un necio. Bueno, más que de costumbre.

—Muy bien, no perdamos el tiempo en discusiones estériles. Estoy de acuerdo en interrogar al pastor. Tiene mucho que explicar.

—Le pasaré un informe a Natalie a primera hora de la mañana —anunció Jezebel—. Debemos volver a interrogarlo, esta vez como sospechoso y solicitarle una muestra de ADN.

Todos estuvieron de acuerdo. Bradbury se retiró a dormir por las dos horas restantes que le correspondían de descanso, pero el sueño le resultó evasivo. Lo poco que había descubierto sobre Haylie y «Spardise» daba vueltas en su cabeza.

Su madre falleció por una hemorragia después del parto, pero cuando llegó al hospital ya estaba muerta. Eso significaba que él y Cody no habían nacido en ese centro de salud. ¿Tal vez en una clínica más pequeña? Si la trasladaron al hospital central de Queens sería porque allí había más recursos para que pudieran salvarla, solo que no llegaron a tiempo. ¿Dónde ocurrió entonces el parto para que los médicos no estuvieran en capacidad de resolver una emergencia como esa? No había ninguna información al respecto en el registro de defunción.

Luego estaba el asunto de «Spardise». Él esperaba encontrar varias decenas de nombres de empleados que incluyeran trabajadores sociales, abogados, archivistas, secretarias y otros profesionales que serían imprescindibles para manejar un procedimiento tan delicado como era la adopción de un niño. Sin embargo, la lista que encontró se reducía a cuatro personas: Reynolds Tofts, el abogado, era el director general. El subdirector era el doctor Charles Pearson, médico y ya fallecido. Además de estos dos hombres que conformaban la directiva había dos personas más, señaladas como «secretaria» y «chófer». Ni señales de ningún trabajador social o algo que se le pareciera. Josh se preguntó cómo habrían conseguido la licencia para trabajar con semejantes limitaciones. Decidió que al día siguiente haría lo posible por visitar la dirección donde funcionó la agencia.

Se preguntó si la madre adoptiva de Cody dispondría de más información, pero comprendió que ese sería un recurso extremo. Ya sus relaciones con su compañero eran tensas, para que él lo pusiera a prueba en una visita a la señora Ryan por su cuenta. Desde el

primer momento, Josh comprendió que su posible hermano era muy celoso de su entorno íntimo. Cody mantendría a su familia al margen de cualquier influencia externa, mientras le fuera posible.

Por otro lado, se preguntó cómo sería pertenecer a una familia como la de Ryan y por un momento sintió un poco de envidia. Él había sido entregado a la pareja que disponía de importantes recursos económicos, quienes si sus sospechas eran ciertas, no tuvieron escrúpulos en comprarlo como si se tratara de un cachorro. ¿Se puede sentir afecto por un niño que en primer lugar has tratado como mercancía? Lo dudaba. Cuando Josh encontró los papeles de adopción junto con el comprobante de pago sintió como si los lazos que lo unían a sus padres hubieran sido borrados de un plumazo. En su mente se reescribió toda su historia personal, lo cual le explicó muchas conductas peculiares de los Bradbury. Lo trataban como a una posesión valiosa. «Este es mi hijo. Es mío porque pagué mis buenos trescientos mil dólares por él». Ni siquiera la cifra lo compensaba. Lo vendieron barato. Debía reconocer que los Bradbury habían sido «buenos padres» porque le proporcionaron todo tipo de comodidades. Él acudió a las mejores escuelas y lo mismo podía decir de la Universidad, pero afecto… bien, su madre era afectuosa, pero siempre mantenía las distancias.

Ahora que habían pasado algunos años desde su descubrimiento, Josh comprendía que lo que en verdad lo abrumaba era la soledad. Ya no era un Bradbury y nunca lo había sido pues no lo adoptaron, sino que lo compraron. No tenía padres, hermanos, tíos, primos. Era un paria hasta que vio frente a él a Cody y se reconoció en ese extraño de rostro serio. Hubiera querido abrazarlo, pero por suerte se contuvo. De haber cedido a su impulso, Ryan se hubiera distanciado más de lo que ya estaba. Antes de ceder al sueño, Josh se prometió que se ganaría a su hermano porque comprendió que necesitaba su afecto.

Capítulo 30.

Josh dormía como un oso en hibernación cuando sintió que lo sacudían por un hombro. Abrió un ojo para ver lo que ocurría. Entonces vio a Cody con el cabello todavía húmedo por la ducha. Su compañero usaba un traje y una camisa, limpios y bien planchados. Bradbury murmuró una maldición. ¿Cómo podía Ryan verse tan fresco si se había acostado más tarde que él, que se sentía como si hubiera dormido en una mezcladora de cemento? Debió expresar ese pensamiento en voz alta, porque Cody le dio una respuesta.

—Después de ocho años siendo padre, las noches en vela se superan con mayor facilidad. Levántate, que tenemos mucho que hacer.

Bradbury obedeció de mala gana y su compañero le arrojó una bolsa de deporte a medio llenar, que él atajó por puro reflejo.

—¿Qué es esto?

—Ropa limpia. Anoche le pedí a mi esposa que me trajera suficiente para dos días. No creerás que voy a salir contigo por ahí con esas fachas. Date una ducha y cámbiate. Te espero junto a la máquina expendedora de café. Supongo que necesitarás uno.

—Sí, claro. Gracias… por la ropa, quiero decir…

—Habla menos y muévete —le ordenó Cody con tono severo, pero cuando Josh entró al servicio con la intención de ducharse, Ryan sonrió para sí mismo con benevolencia. Le estaba cogiendo cariño al muy…

Quince minutos después, ambos bebían un café de dudosa calidad. Josh comprobó que Jezebel y Herman no estaban por ahí. Habrían ido a casa a refrescarse. Natalie llegó en ese momento y se acercó a ellos antes de entrar a su propio despacho.

—¿Por qué hacéis esto?

—¿Hacer qué?

—¿Por qué os vestís igual? Así no hay quien os diferencie. ¿Cuál es nuestro Cody de siempre y cuál el gemelo cretino?

—¡Oye, sin insultar! —se quejó Josh, indignado.

—Muy bien, el del traje gris es nuestro Cody y el de azul marino es el necio.

—¿Te importaría tratarme con respeto?

—¡El respeto hay que ganárselo!

—Bueno, ya está bien —intervino Ryan—. Este tipo de discusiones se las soporto a mis hijos porque todavía tienen derecho a ser inmaduros, pero, ¿a vosotros? ¿No os da vergüenza?

—Tienes razón, Cody. Lo lamento —dijo Natalie.

Josh también murmuró una disculpa. Ryan retomó la palabra.

—De acuerdo, ahora que hemos recuperado el buen juicio, vamos a ver si avanzamos en la investigación, que es para lo que estamos aquí. Jez preparó un informe para ti, Nat. Debemos considerar sospechoso al pastor. Bradbury y yo queremos citarlo para un interrogatorio. También necesitamos que el juez ordene la recolección de una muestra de ADN.

En pocas palabras, Ryan puso al día a la fiscal con respecto a los antecedentes de Hannigen. Ella escuchó con atención y prometió que se pondría a trabajar en ello.

—¿Crees que tenemos suficiente evidencia para que el juez emita una citación? —le preguntó Cody a Natalie.

—Sí, pero…

—¿Tampoco te gusta la idea de considerar sospechoso al pastor? —preguntó Bradbury, con la intención de provocarla.

—No tengo ningún problema con eso. Ryan te lo puede confirmar. Sin embargo, conseguir la citación podría demorar algunas horas. Es seguro que Hannigen se haría acompañar por un abogado, quien le aconsejaría guardar silencio. De manera que el procedimiento se retrasaría sin ninguna garantía de éxito. Y tenemos prisa en resolver esto, si no me equivoco.

—¿Qué sugieres, entonces? —le preguntó Cody.

—Regresad a la iglesia para presionarlo. Recomiendo que grabéis la entrevista después de pedirle autorización y que le notifiquéis que puede contar con el asesoramiento de un abogado. Si el interrogatorio se lleva a cabo en la iglesia, que es su terreno, se sentirá más confiado. Es muy probable que no pida asesoría legal para no parecer sospechoso, y que tengáis mejores resultados que haciéndole venir aquí.

—Muy bien, seguiremos tu consejo.

Antes de que Cody pudiera planificar el siguiente paso, Powers se les acercó. Por las ojeras que tenía, Bradbury comprendió que tampoco había dormido lo suficiente.

—Tengo malas noticias, chicos.

—¿Encontraron otra joven muerta? —preguntó Ryan, con un nudo en la garganta.

—No. Se trata del padre de la segunda víctima. Durante la madrugada sufrió un infarto.

—¡Demonios!

—Blasfemar no resolverá nada, Ryan. Parece que por suerte, anoche el maldito no salió de cacería…

—¿No dijo que blasfemar no servía de nada? —lo interrumpió Josh.

—Eso es para vosotros. Yo soy el jefe y blasfemo cuando quiero

hacerlo. ¿Estamos de acuerdo?

El detective guardó silencio. No tenía sentido discutir.

—Bien, como les decía: hasta ahora no hemos recibido reporte de otro crimen y crucemos los dedos para que continuemos así, porque el alcalde está a esto de pedir la cabeza del comisionado —dijo el jefe, que acompañó sus palabras con un gesto que juntaba las puntas de sus dedos—. Como podréis suponer, si la cabeza del comisionado rueda, detrás la mía correrá la misma suerte. Y ya sabéis cuáles serán las que vendrán después, ¿no es así? Ahora decidme que estáis a punto de detener a este malnacido.

—Nos gustaría jefe, pero…

—¡No quiero escuchar peros, Ryan, sino respuestas! Os he dado prioridad absoluta. Tenéis todos los recursos que necesitéis de esta Estación y los laboratorios procesarán vuestras evidencias antes de cualquier otra.

Cody sabía que no conseguiría nada por dar explicaciones. Powers estaba bajo mucha presión y por eso actuaba con tanta severidad. También sabía que sería el primero en dar la cara por ellos si era necesario. Resumió en pocas palabras lo que habían avanzado hasta ese momento.

—No estamos cerca —sentenció Lyndon— Puede ser el novio de la primera víctima, o el pastor, o quizá ninguno de los dos. Tal vez sea un turista que vino a conocer «La Gran Manzana». ¡Maldición, podría ser cualquiera! Utilizad todos los recursos que necesitéis, pero detened a ese malnacido antes de que vuelva a matar.

Después de pronunciar esas palabras, Powers se dio media vuelta y regresó a su despacho sin esperar respuesta.

—El jefe tiene razón —dijo Keen—. Hay que moverse. Me ocuparé de solicitar la orden del juez para el pastor.

La fiscal también continuó su camino hacia su oficina y se alejó de los detectives. Cody arrojó su vaso con el resto del café a la papelera más cercana y avanzó con paso decidido hacia la salida, mientras Josh se quemaba la lengua con la infusión que le quedaba, al mismo tiempo que lo seguía a dos pasos.

—¿Dónde es el incendio? —preguntó Bradbury.

Su compañero le lanzó una mirada de reproche. No estaba para chistes malos, así que se encaminó al coche sin detenerse y se sentó detrás del volante. Mientras recorrían la distancia que los separaba de «Saint Nicholas», Josh hizo una llamada desde su móvil que lo comunicó con Emilio Fuentes, su antiguo jefe en Florida. En pocas palabras le contó acerca del atentado, y trató de aparentar despreocupación, aunque la realidad era que estaba bastante asustado. Del otro lado, Fuentes le aseguró que pondría a uno de sus mejores hombres a indagar el asunto y aprovechó para insistir

en que debía regresar a Florida. ¿Qué demonios hacía en Nueva York, donde solo había heladas y neoyorquinos?

Bradbury aprovechó el buen humor de su exjefe para preguntarle si conocía a alguien en la Policía de Arizona. Emilio le respondió que había tenido contacto con un detective de Phoenix unos meses atrás, cuando detuvieron a un traficante que era nativo de esa ciudad.

—¿Podría hacerme un favor, jefe?

—¿De qué se trata esta vez, Bradbury? No estoy aquí para perder el tiempo haciéndote favores —refunfuñó Fuentes.

—Es importante para mí. Se trata de un asunto personal.

Josh escuchó un suspiro de resignación al otro lado de la línea y supo que su exjefe no se negaría a ayudarlo. Cody lo miró de reojo con desconcierto. ¿Qué se traía Bradbury entre manos?

—Quiero encontrar información acerca de una familia de Arizona.

—¿De qué parte de Arizona? Es un Estado grande, ¿sabes?

—Lo lamento, jefe, pero no lo sé. Le daré la escasa información que poseo, a ver que surge por ahí.

—Muy bien, te escucho.

—Necesito cualquier dato que pueda conseguir acerca de la familia Nichols. Sé que hay muchos con ese apellido —agregó, antes de que Fuentes lo interrumpiera—. Lo único que puedo decirle es que una persona de esa familia, de nombre Haylie, murió en Nueva York en el año 1985.

Hubo una pausa, como si Emilio esperara algo más, pero Josh se mantuvo en silencio y entonces el jefe explotó.

—¿Eso es todo? ¿Es lo único que sabes de ellos? ¿Y pretendes que con esta miseria de información te averigüe algo? ¿Te has vuelto loco, Bradbury?

—Digamos qué más bien es desesperación y usted es mi última esperanza, jefe.

—¿Desesperación? ¿Quién era esta mujer, Bradbury? ¿Y qué relación tenía contigo?

—Era mi madre, jefe. Mi madre biológica.

—¿Tu madre? Creí que tu madre era médica y que vivía aquí en Florida.

—Y así es, pero esa es Jeanne, mi madre adoptiva. Nichols era mi madre biológica.

—¿Eres adoptado? ¿Cómo es que no te devolvieron? Yo lo hubiera hecho.

Bradbury sonrió, pues comprendió que las palabras de su antiguo jefe significaban que lo había convencido y le daría la información que quería. Después de arrancarle a Fuentes la promesa

de que haría todo lo posible para encontrar a los Nichols, Josh cortó la comunicación.

—No piensas darte por vencido, ¿verdad? —le preguntó Cody.

Bradbury lo observó durante unos segundos. ¿Cómo podía Ryan permanecer tan indiferente a la suerte que había sufrido la mujer que les dio la vida? ¿Acaso era tan frío?

—¿Tú que crees? —le respondió Josh de mala manera.

—Creo que eres un cabezota, pero tienes razón. Todavía no estoy muy seguro de que seas mi hermano, pero Haylie era mi madre y yo también quiero saber por qué decidió darme en adopción y qué ocasionó su muerte.

Capítulo 31.

Era muy temprano cuando llegaron a «Saint Nicholas». A Josh todavía no lo convencía la estrategia de Keen. Él hubiera interrogado al pastor en la Estación, donde el sospechoso sintiera toda la presión que podían ejercer en un ambiente que ellos controlaban, pero él era el recién llegado, así que prefirió no discutir.

Hannigen vivía en un anexo del templo religioso y Evelyn lo había llamado para concertar una cita, por eso tenían la certeza de que los esperaría. Y no se equivocaron: Kelan se encontraba sentado en el mismo banco que en su anterior visita, con un libro de oraciones en las manos.

Aunque el pastor los recibió con una sonrisa, Josh percibió la tensión de sus músculos y la fina capa de sudor sobre sus labios. Como un sabueso que olfatea a su presa, su instinto de policía lo puso en guardia. Sintió que a Cody, de pie a su lado, le ocurría lo mismo. Después de los saludos de rigor, Ryan le preguntó a Kelan si le permitía grabar la entrevista. Por supuesto que el pastor no se opuso para no parecer sospechoso.

—De acuerdo, señor Hannigen. Al parecer, en su entrevista anterior olvidó mencionar que cumplió condena por violación.

Kelan soltó un suspiro de resignación.

—Cuando me llamaron de la Estación de Policía para avisarme de que vendrían, ya temía que esta fuera la razón. Supongo que ahora soy sospechoso.

—¿Usted qué cree? —intervino Bradbury. Cody le lanzó una mirada de advertencia a su compañero.

—¿Por qué no lo dijo cuando nos habló de Amie?

—Porque sabía que me convertiría en el objetivo de las autoridades aunque yo no tuve nada que ver. Fui demasiado ingenuo al no comprender enseguida que lo descubrirían de todas formas.

—Si no tiene nada que ver con la violación y el asesinato de Amie, no debió ocultarlo —dijo Josh—. Los policías no actuamos por prejuicios.

—¿Ah, no? ¿Es lo que cree, detective? Por prejuicios fui condenado a cinco años de prisión y pagué tres, además de quedar marcado de por vida como violador y posible pederasta. ¿Sabe cómo tratan en la cárcel a los que son declarados culpables de esos delitos?

—Y ahora va a contarnos que era inocente —lo presionó Bradbury.

—Estoy seguro de que ustedes no me creerían, como no lo hizo el jurado, ni el juez. Fue una suerte que se demostrara que yo no sabía la edad que tenía la chica, o todavía estaría en prisión.

—Tal vez quiera contarnos lo que pasó —le sugirió Cody en tono conciliador.

—¿Para qué? Ustedes, como todos los demás, ya me consideran un violador y posible asesino. El trabajo que he realizado por la comunidad durante todos estos años no tiene importancia.

—¿Por qué no nos pone a prueba? Si no tuvo nada que ver con lo que les ocurrió a Amie y a la enfermera, debemos centrar nuestros esfuerzos en detener al verdadero asesino, pero para eso necesitamos pruebas sólidas de que usted no es el hombre que buscamos.

—De acuerdo. Se los explicaré —cedió el pastor—. Yo acababa de entrar al *College*. Tenía dieciocho años. Todo ocurrió durante una fiesta de la fraternidad. Había bebido demasiado. Como era nuevo no conocía a muchos de los asistentes a la fiesta. Una joven pelirroja se me acercó y conversamos. Me dijo que ella también había ingresado ese año y tampoco conocía a nadie. Le creí. Una cosa llevó a otra… Terminamos en una de las habitaciones. Cuando desperté, ya se había marchado.

»En aquel momento no le di importancia a lo ocurrido. Reconozco que fui un irresponsable, pero éramos jóvenes, habíamos bebido demasiado y nos dejamos llevar. Al día siguiente, a mitad de una clase me ordenaron que fuera a la oficina del rector. Allí me esperaban dos policías con una orden de arresto por violación.

—La chica le había mentido —dijo Josh, que comprendió el atolladero en el cual se vio atrapado Hannigen. Él también había acudido a esas fiestas, aunque siempre procuró mantener la conciencia de sus actos.

—Laura, que era como se llamaba, todavía asistía al *High School* y tenía dieciséis años. Llegó a la fiesta de mano de su hermano, quien después de emborracharse olvidó la responsabilidad que tenía con su hermanita. Ella no llegó a su casa hasta el día siguiente y su padre era un hombre muy severo, así que para protegerse y cubrir a su hermano me acusó de haberla emborrachado para violarla.

—¿Cómo supo usted todo esto?

—Ella me lo confesó. Vino aquí, a esta misma iglesia para pedirme perdón cuando su padre ya había muerto. Ella le tenía terror. Después de que declaró en el juicio, su familia la envió a Europa. Allí se casó, tuvo hijos, pero durante todo ese tiempo la atormentó el remordimiento por el daño que me había causado.

—¿La perdonó?

—Soy un hombre de Dios. Por supuesto.

—¿Cómo podríamos hablar con Laura para corroborar su historia?

—Me dejó una tarjeta por si quería ponerme en contacto con ella. Vive en Italia. Por supuesto que nunca la he llamado.

—¿Podría proporcionarnos su número?

El pastor asintió, sorprendido de que los policías siquiera contemplaran la posibilidad de que dijera la verdad. Josh lo acompañó al interior de la vivienda sin quitarle la vista de encima. Kelan registró las gavetas de un escritorio hasta que dio con lo que buscaba. Entonces le entregó al detective una tarjeta de presentación de manufactura costosa, donde se leía el nombre de Laura Pozzi y un número de teléfono en el extranjero.

Josh usó su móvil para llamar al número de la señora Pozzi y le respondieron al segundo timbrazo. En una corta conversación, la mujer que acusó a Hannigen corroboró su historia. Bradbury le pidió algunos datos para poder comprobar que era quien decía y que ese era su número.

Regresaron a la iglesia, donde Cody los esperaba. Josh asintió en dirección a su compañero para hacerle saber que había confirmado la historia del pastor. Kelan no puso objeciones cuando le informaron que le solicitarían una muestra de ADN. Después de agradecerle a Hannigen por haber colaborado, ambos detectives abandonaron «Saint Nicholas».

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Josh, que de repente tuvo la sensación de que todo aquel caso era un galimatías que no tenía salida.

—Volvemos a la Estación. Es posible que esté listo alguno de los resultados pendientes.

Mientras alcanzaban el coche, Josh pudo ver que un chico doblaba la esquina. Reconoció al golfillo que le salvó la vida frente a la cafetería. ¿Qué estaría haciendo allí a esa hora, cuando debería estar en la escuela? A su vez, Javi también lo vio y lo reconoció como el sujeto al que le habían disparado el día anterior.

—¡Eh, chico! —gritó Bradbury, mientras alzaba la mano para llamar su atención. Quería darle las gracias. De no haber sido por él, no lo estaría contando.

Con la desconfianza propia de quien conoce bien las calles y por eso no espera nada bueno de nadie, Javi se detuvo en seco ante el gesto, dio media vuelta y echó a correr.

—¡Espera! ¡Solo quiero hablar contigo!

Josh hizo el intento de seguirlo, pero el chico ya había recorrido una buena distancia. No quería asustarlo, así que decidió desistir. De cualquier forma, era la segunda vez que lo veía por esa zona en menos de cuarenta y ocho horas, lo cual significaba que vivía cerca,

o pasaba mucho tiempo en ese barrio.

Cody esperaba a su compañero junto al coche con expresión interrogante. Bradbury le explicó las razones de su interés por el muchacho.

—Si no está en la escuela a esta hora es porque hizo novillos —razonó Ryan—, lo cual significa que sus padres no pueden controlar sus idas y venidas. Es probable que sus horarios de trabajo no lo permitan. Si es que les importa. Sospecho que tendrás oportunidad de volver a encontrarlo muy pronto.

Bradbury asintió. Había llegado a las mismas conclusiones. Cuando regresaron a la Estación encontraron allí a Short y Peck, que ya se habían reintegrado a sus labores.

Cody y Josh los pusieron al día con respecto a la historia del pastor.

—¿Vosotros le creéis? —preguntó Jez.

—La supuesta víctima lo corroboró —dijo Bradbury—. Claro, que debemos asegurarnos de que hablé con quién creo que lo hice.

—Desde luego —confirmó Ryan—. Después de todo, fue el mismo Hannigen quien proporcionó el número de la mujer.

—Yo me hago cargo de eso —se ofreció Short—. Me pondré en contacto con las autoridades italianas para que confirmen la identidad de la señora Pozzi. Les pediré también que envíen una copia de su pasaporte para compararla con la del expediente de la violación.

—Perfecto —dijo Cody—. ¿Hay alguna novedad?

—Llegaron los resultados del peritaje del coche que emplearon en el atentado. El ladrón no era principiante. Encendió el automóvil con una moneda de un centavo. En el interior encontraron tres casquillos de una semiautomática, pero ni señales del arma. Las únicas huellas digitales eran las del dueño, que en ese momento se encontraba en una Estación del Bronx poniendo la denuncia.

—¿No hubo testigos que vieran al asesino cuando robó el coche, o cuando lo abandonó?

—Ninguno. Al menos hasta el momento.

—Entonces todavía dependemos de lo que Fuentes pueda averiguar —opinó Josh, a quien el asunto lo preocupaba más de lo que quería reconocer.

—Por cierto, antes de irme esta mañana le envié un correo al laboratorio de criminalística para que pesaran el galón de helado —anunció Herman—. Hace cinco minutos enviaron una respuesta. Estábamos en lo cierto, faltan 30 gramos. Según los peritos, equivale a una cucharada.

En el rostro de Cody apareció una amplia sonrisa.

—Así que Amie llevó el helado al ático, lo abrió, comió una

cucharada y algo la interrumpió.

—El asesino —refrendó Josh.

—Eso confirma que el ático es la escena del crimen —sentenció Ryan.

—Hay más —les informó Short—. Ellison también envió los resultados del registro del ático. Entre las muestras que recogió la aspiradora encontraron algo.

—¿De qué se trata?

—De un pequeño trozo de vidrio manchado de sangre. Podría pertenecer a Amie. Recordad la herida defensiva en su mano derecha.

—Si consiguió herir al malnacido…

—Debemos identificar a quién pertenece esa sangre —dijo Ryan.

—Y si no es de la víctima, tendremos al asesino —sentenció Josh.

Capítulo 32.

El descubrimiento del trozo de cristal manchado de sangre era una pequeña esperanza de resolver una investigación que terminaba una y otra vez en un callejón sin salida. Herman se apartó del grupo para llamar a la Policía italiana y confirmar la historia de Hannigen. Antes de que tuvieran tiempo de elaborar una estrategia, Evelyn se les acercó. Sus pasos resonaban sobre el murmullo de voces y los timbres de los teléfonos que no dejaban de sonar.

—Joktan y Anushka llamaron desde Atlantic City —les anunció —. Han trabajado en conjunto con la Estación de Policía local. Según los informantes, Pavone no contrató a nadie para actuar contra Amie.

—¿Estamos seguros? —preguntó Josh.

—Confío en nuestros detectives —dijo Evelyn—. Si ellos dicen que no fue Pavone, yo les creo.

—De acuerdo, otro sospechoso descartado. Es una lista que se reduce con mucha rapidez.

—Se estrecha el círculo —los animó Jez.

—El problema es que no tenemos garantía de que nos quede algún sospechoso. Todavía no hay ninguna evidencia concreta que señale a alguien en particular.

—Si se trata de un depredador oportunista, lo vamos a tener muy difícil para atraparlo —se quejó Josh.

—Bien, menos charla y a trabajar.

Los interrumpió el sonido de una campana que anunciaba la entrada de un correo en el ordenador de Bradbury. Él lo abrió y levantó la vista hacia el grupo, que esperaba con expectación. Luego miró a los ojos de Cody.

—Es personal —anunció.

Cada uno regresó a sus tareas, pero Ryan se quedó inmóvil.

—¿Es lo que creo? —Josh asintió—. Ábrelo y resolvamos el asunto de una vez.

Bradbury obedeció. New York City/DNA les agradecía haber contratado sus servicios y les enviaba un archivo adjunto sobre el cual Josh hizo clic dos veces. Al cabo de unos segundos el documento se abrió y mostró su contenido con las conclusiones subrayadas en negrita: el ADN coincidía en un 100 %. Ya tenían una confirmación oficial: eran hermanos gemelos.

Josh se preguntó qué se suponía que debía hacer ahora. ¿Levantarse de la silla y abrazar a Cody? ¿Seguir con su trabajo como si nada hubiera ocurrido? Miró a su hermano, que había palidecido y permanecía inmóvil.

—Supongo que esto cambia nuestra situación —dijo Ryan, por fin.

—Eso depende de ti, Cody. Tú eres el más reacio a aceptarlo. Yo te he considerado mi hermano desde el momento en que te vi, en el despacho del jefe.

—Dame tiempo. Necesito un poco de tiempo para asumirlo.

—Me parece bien.

Ryan regresó a su escritorio con un sinfín de interrogantes en la cabeza. Confirmar que Josh era su gemelo tenía muchas implicaciones: Haylie no solo era su madre, sino también de Josh. Alguien los había separado al nacer y era muy posible que Frank, el hombre que conoció como su padre y que era su norte, su modelo a seguir, hubiera sido tan miserable como para vender un bebé. Significaba que Bradbury tenía razón y que algo extraño ocurrió cuando ellos nacieron. ¿Le habría mentido su madre? ¿Qué debía hacer con Josh? ¿Lo trataba como a un extraño, o lo llevaba a su casa y se lo presentaba a su familia? La idea le puso la piel de gallina. Tal vez era su hermano, y no parecía un mal tipo, pero abrirle la puerta de su casa sería demasiado arriesgado. En realidad no sabía nada de él.

Por suerte, Powers apareció para romper el aluvión de preguntas que colmaba sus pensamientos.

—Hay noticias del señor Lowry —les anunció, sin saludar—. Por suerte se recupera, pero la prensa ha sacado provecho de la enfermedad del padre de Amie. Han caído sobre la historia como tiburones que huelen la sangre. Y por supuesto que el mejor calificativo que recibimos es el de incapaces.

—Hacemos todo lo posible —dijo Josh.

El jefe enrojeció hasta la coronilla y se ajustó los anteojos. «Mala señal», pensó Ryan.

—No es suficiente. Necesito resultados, no excusas. Además, alguien se fue de la lengua. Ya la prensa sabe que el asesino dejó su semen en las víctimas. Los periodistas lo han publicado y somos el hazmerreír de las redes sociales. Los ciudadanos nos acusan de incompetentes. Según ellos, si no podemos resolver un homicidio donde el criminal deja muestras de ADN en las víctimas, es porque para encontrarlo necesitamos una tarjeta de presentación con su nombre, su dirección, su teléfono y el correo electrónico. ¿Y sabéis quiénes leen también los comentarios de las redes sociales? El comisionado y el alcalde. ¡Resolved de una vez este maldito caso!

—Usted sabe que no es tan sencillo, jefe —argumentó Cody—. La prueba de ADN requiere tiempo para realizarse. Lo único que sabemos hasta ahora es que no coincide con el encontrado en la colilla de los arbustos. Además, aunque ya esté procesado

necesitamos con qué compararlo, lo cual significa que si no coincide con nadie en nuestra lista de sospechosos, no nos servirá de nada.

—Espero que a estas alturas el asesino se encuentre en esa lista, o comenzaré a pensar como los ciudadanos.

Con estas palabras, Powers se dio media vuelta y regresó a su despacho.

Ryan suspiró, se puso de pie y se acercó a la pizarra que exponía las evidencias del caso. Si no se centraba en los asesinatos, su mente volvería a divagar sobre su situación personal. No podía permitir que eso ocurriera.

Josh lo imitó. También quería centrarse en los homicidios.

—El asesino violó y asfixió a la enfermera en *Prospect Park* mientras ella se ejercitaba —murmuró Ryan como si hablara para sí mismo—. Luego atacó de la misma forma a una joven sin oficio conocido en su propia casa, y la abandonó en *Bridge Brooklyn Park*. ¿Qué relación había entre las víctimas?

—El sexo y la edad aproximada son las semejanzas más evidentes —señaló Bradbury a su espalda—. En todo lo demás eran muy diferentes.

—¿Por qué las escogió? Una era morena y la otra rubia. Una estaba en forma y la otra tenía sobrepeso. Desde el punto de vista de la apariencia física eran muy diferentes. Una trabajaba y estaba prometida para casarse pronto. La otra era soltera, sin pareja conocida y luchaba contra la ludopatía.

—Sin importar cómo las seleccionó, en algún lugar debió conocerlas, o al menos cruzarse con ellas.

Cody apartó la vista de la pizarra para fijarla en su gemelo.

—Tienes razón. Para poder escogerlas como víctimas, primero debió saber de su existencia. ¿Qué más tenían en común?

—Creo que la clave puede estar en Amie —opinó Josh—. Marianne tenía contacto con docenas de personas todos los días como resultado de su trabajo, y debió cruzarse con otras tantas en el parque más de una vez. Eso la hacía más vulnerable.

—Estoy de acuerdo. Además, fue atacada en un lugar público, mientras que a Amie la asesinó en su propia casa y no tuvo que forzar la puerta, así que ella lo dejó entrar o él tenía las llaves.

—Lo cual nos lleva de nuevo al pastor.

—O a cualquier otro hombre que tuviera acceso al ático —dijo Cody.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué no ampliamos nuestro criterio? Nos hemos limitado a buscar en el entorno de Amie, pero ella no vivía sola. Necesitamos investigar también a los que rodean a su compañera de piso.

—¿En quién piensas?

—En amigos, colegas, técnicos que hubieran realizado alguna reparación. En cualquier hombre que tuviera fácil acceso al ático, bien fuera por Amie, o por su compañera.

—Es una buena idea. Le pediré a Evelyn que se comunique con la señorita…

—Slater.

Josh asintió y cruzó la sala a paso apresurado para hablar con la secretaria. Cody se quedó junto a la pizarra y lo observó por la espalda. Un hermano. Tenía un hermano gemelo. No sabía cómo se sentía con respecto a eso, pero de momento no tenía tiempo de averiguarlo. Al cabo de un par de minutos, su compañero regresó. Traía la preocupación reflejada en el rostro.

—Theresa Slater nos espera. En este momento se encuentra en el apartamento de una amiga que la acogió hasta que alquile otro lugar.

—Algo te preocupa. ¿Qué es?

Josh suspiró y asintió.

—Hay noticias y no son buenas. Enviaron los resultados de la comparación del ADN al correo del jefe. Evelyn se ocupó y todavía no se lo ha notificado. Quiso advertirnos primero.

—¿Advertirnos de qué?

—La sangre encontrada en el cristal es una mezcla que incluye la de Amie y la de una segunda persona, cuyo código genético es igual al del semen encontrado en las víctimas.

—Eso es grandioso, Josh. Ya no hay lugar a dudas de que el perpetrador cometió el segundo homicidio en el ático y que Amie consiguió herirlo.

—Esa no es la mala noticia. Hicieron las comparaciones con el ADN de nuestra lista. Ninguna coincide.

—¿Cómo que ninguna?

—Lo que escuchas. Ni el ADN de la sangre, ni el del semen se corresponden con el de nuestros sospechosos, ni del primer homicidio, ni del segundo.

Cody sintió que su ánimo se desmoronaba como un globo que se desinfla.

—Pero entonces…

—Se trata de otra persona. Alguien a quien todavía no nos hemos acercado. Y eso refuerza la teoría de un depredador fortuito.

Capítulo 33.

Los detectives tuvieron que desplazarse hasta Manhatan para llegar a la dirección donde se encontraba Theresa. Una fina lluvia los acompañó mientras cruzaban el puente de Brooklyn. Josh se estremeció por el frío y subió la calefacción del auto, al mismo tiempo que Cody lo miraba de reojo sin decir nada. Cuando por fin llegaron a su destino, se encontraron en una calle arbolada de casas elegantes con fachadas de ladrillo.

En el corto trayecto hasta la puerta, Bradbury sintió el azote del viento acompañado de finas gotas de agua que lo empaparon en pocos segundos. Su hermano era indiferente al frío y la lluvia. Les abrió la puerta una joven con el cabello peinado en punta y teñido en tres colores, ninguno de los cuales era posible encontrarlo en la naturaleza. La blancura artificial de su rostro no permitía precisar bien sus rasgos.

—Ustedes deben ser los polis. ¡Gemelos! Vaya, qué original. ¡Theresa, te buscan! —Sin esperar una respuesta, la chica se hizo a un lado para permitirles pasar y desapareció escaleras arriba.

Josh agradeció el calor que proporcionaba el cobijo del interior del edificio. A los pocos segundos apareció la compañera de piso de Amie. No parecía muy contenta de verlos. Murmuró un saludo casi inaudible y los condujo a un acogedor salón, con piso de madera y sólidos muebles antiguos. Después de invitarlos a tomar asiento, les confirmó que estaba dispuesta a que la entrevistaran.

—Lamentamos mucho todo lo que ha ocurrido, señorita Slater —dijo Cody en tono amable—. ¿Conocía desde hacía mucho tiempo a Amie?

—Éramos amigas desde el instituto. Salimos el mismo año.

—¿Asistían al mismo curso?

—No, yo iba un año por delante, pero Amie lo pasó muy mal a causa del acoso escolar, así que abandonó antes de terminar. Yo era un año mayor que ella, así que solía protegerla. Por eso ella decidió que no quería continuar sola cuando yo me gradué. El instituto era un infierno para Amie.

—¿Fue cuando decidieron compartir el ático?

—No. Yo me marché de Nueva York por motivos personales y acudí a la Escuela de Arte en Filadelfia, ella pasó de un empleo a otro, pero no se adaptó a ninguno, así que también los abandonó. Un par de años después nos reencontramos y decidimos compartir piso.

—Tenemos entendido que las necesidades financieras de la señorita Lowry las cubría su padre.

—Sí. El señor Lowry le proporcionaba a Amie todos los caprichos que le pedía. No era capaz de negarle nada.

—De acuerdo —afirmó Cody, tomando nota—. El alquiler del ático debía ser muy alto. ¿Podría decirnos cuál es su fuente de ingresos, señorita Slater?

—Le puedo asegurar que mi caso no es como el de Amie —respondió Theresa con orgullo—. Mi abuelo me dejó en herencia un fideicomiso, gracias al cual dispongo de recursos suficientes.

—¿Su abuelo paterno, o materno? —preguntó Josh.

—Materno. Mi padre es profesor de matemáticas en el *Brooklyn Technical College*. Es un buen trabajo, pero no lo suficiente para mantener mi estilo de vida.

Ryan asintió y volvió a tomar nota. Josh se impacientó con el estilo pausado de su compañero, así que intervino.

—Señorita Slater, estamos aquí porque hemos comprobado que a Amie la asesinaron en el atico —Ante esa revelación, Theresa se estremeció—. También debo decirle que el intruso no forzó ninguna cerradura, lo cual significa que Amie conocía a su agresor, o que este disponía de una copia de las llaves.

—¡Eso es espantoso!

Ryan lanzó una mirada de reproche a su hermano. Él no hubiera querido ser tan directo con la testigo. Temía que eso la pusiera a la defensiva y les revelara menos de lo que necesitaban saber. Josh ignoró a su gemelo y ejerció más presión.

—Necesitamos que nos proporcione una lista de aquellos a quienes Amie pudo abrirles la puerta, o que tuvieron acceso a las llaves.

—Lo que me pide es que acuse a mis amigos. ¡Es una atrocidad!

—Es cierto que las personas que mencione serán sospechosas hasta que las descartemos, pero es un paso necesario —le explicó Ryan para apaciguarla.

—Debemos recordarle que la Ley nos permite exigirle esa información por orden judicial —intervino Josh—. Si persiste en su negativa sería acusada de obstrucción y desacato. Lo mejor para todos es que nos entregue esa lista.

—Lamento decepcionarlo, detective, pero no existe tal lista. Y puede pedírsela al juez, o a quien usted quiera, que el resultado será el mismo. Aparte de su padre, Amie estaba sola. El único en quien confiaba era en el pastor. Con respecto a mí, nunca invito a nadie a mi casa. Me reúno con mis amigos en cafeterías, museos y lugares públicos. Es una norma que me he impuesto. Y nadie más que nosotras ha estado en posesión de las llaves.

—¿Tal vez hayan permitido la entrada a un técnico o tenían pendiente una reparación, y fue la razón por la que Amie dejó pasar

a un extraño?

—Nada de eso. De las reparaciones se encarga mi padre, que es aficionado a los trabajos manuales. Ninguna de nosotras hubiera permitido que un desconocido cruzara la puerta.

—¿Qué nos dice del joven que la acompañaba el otro día? —insistió Josh.

—Es mi novio y estuvo conmigo de acampada bastante lejos de Nueva York. El día que lo conocieron fue la primera vez que pisó el ático.

—De manera que los únicos hombres que estuvieron alguna vez en el apartamento fueron los padres de ambas —concluyó Bradbury.

—¡Cuidado con lo que insinúa, detective! —le advirtió Theresa—. Tanto el padre de Amie como el mío son hombres honorables. Insinuar que cualquiera de ellos tuviera algo que ver con este crimen tan horrendo es una monstruosidad. Si molestan a cualquiera de los dos, yo misma me ocuparé de presentar una demanda por difamación.

—Mi compañero no le insinuó nada, señorita Slater —dijo Cody, mientras fulminaba a Josh con la mirada—. Solo precisamos datos. Es imprescindible que hagamos estas preguntas si queremos detener al culpable.

—Pues será mejor que encuentren otra explicación, porque les puedo asegurar que el hombre que atacó a Amie solo pudo entrar si ella le abrió la puerta.

El interrogatorio de Theresa dejó insatisfechos a los detectives. El asesino debió acceder al ático de alguna forma, pero la conversación con la joven Slater no les proporcionó ninguna idea al respecto. Apenas subieron al coche, Josh encendió la calefacción. Cody, todavía molesto con él, soltó un bufido.

—¿Tienes que poner la maldita calefacción a toda hora?

—Tengo frío. ¿Tú no?

—Por supuesto que no. Si tanto te incomodan las temperaturas de Nueva York, ¿por qué no regresas a Florida?

—Porque todavía no he encontrado lo que vine a buscar. Oye, ya sé que no me consideras el compañero ideal, pero ¿a qué viene tanta agresividad?

—¿Y todavía lo preguntas? Un interrogatorio que era vital para el caso y lo echaste a perder por tu impaciencia.

—Gracias a esa impaciencia de la que tanto te quejas fue que conseguimos sacarle alguna información a la chica.

—¿Es un chiste? La trataste como si fuera sospechosa, o una testigo hostil, cuando ha colaborado con nosotros desde el principio. Tu agresividad hizo que se cerrara en banda. Si hasta nos

amenazó con una demanda.

—Por supuesto que lo hizo. Conozco bien a los de su estilo porque conviví con ellos. Es más, fui uno de ellos. Son niñatos acostumbrados a salirse con la suya mediante dinero, o amenazas. Esgrimen ambos recursos como si fueran herramientas. Si quieres controlar la situación hay que dejarles claro desde el principio que no te pueden amedrentar. Si no hubiera intervenido, todavía nos estaríamos esforzando para que nos contara algo sobre quienes tenían acceso al ático.

—¿Y qué nos ha contado? Nada.

—No es cierto. Reconoció que los padres de ambas han visitado el apartamento.

—Supongo que no hablarás en serio —dijo Ryan, sin disimular su enfado—. ¿De verdad crees que el señor Lowry violó y asesinó a su hija? Tú estás mal de la cabeza, Bradbury.

—No digo que fuera él, pero tampoco podemos descartarlo porque sí. Y del padre de Theresa no sabemos nada.

—Que es profesor en un *College* y que de vez en cuando visita a su hija en su casa, como cualquier padre. No puedes acusarlo de cargos tan graves basado en argumentos tan débiles. Ningún juez te tomaría en serio.

—No los estoy acusando a ellos, Cody —se defendió Josh—. Solo digo que hay que analizar todas las opciones antes de descartarlas por improbables.

—Primero estabas seguro de que era Ackerman…

—Tú también consideraste sospechoso al doctor hasta que comprobamos su coartada —lo interrumpió Bradbury.

—Luego te convenciste de que el culpable había sido Pavone.

—Era un buen candidato. No lo niego.

—Después te ensañaste con el pastor.

—Solo quería que se le tuviera en cuenta.

—¡Demonios, Josh! Cambias más de sospechoso que de corbata.

—¿Yo cambio de sospechoso? Te recuerdo que todos somos responsables de esta investigación desde el principio. Tú más que nadie, porque la diriges. Además, recuerda lo que dijo el jefe sobre blasfemar.

—¡No me toques las narices! —gritó Ryan—. Blasfemo cuando quiero. Y sí, es verdad, todos hemos considerado a esos hombres como posibles culpables, pero fuiste tú quien más insistió en ellos. Estabas seguro de que cada uno era el que buscamos. Y te equivocaste en todos los casos. Si yo fuera tú, me lo pensaría dos veces antes de sugerir otro candidato a ser sospechoso.

—Eres injusto, Cody. Tratas de atribuirme toda la responsabilidad de lo poco que avanzamos, cuando tú sabes que

hago mi mejor esfuerzo. Igual que vosotros.

Ryan se quedó en silencio. Después de desahogarse comprendió que Bradbury tenía razón. Si el caso no avanzaba no era culpa de Josh. O al menos, no más que de cualquier otro miembro del equipo. En especial de él mismo, porque era quien los lideraba. Sin embargo todavía albergaba cierto resentimiento contra Bradbury por haber desviado la estrategia que había preparado, por ser su nuevo compañero y ocupar el lugar de Joanna, con quien ya se sentía cómodo cuando trabajaban juntos, y por haber tenido razón cuando le aseguró que eran hermanos.

Recorrieron el resto del trayecto en silencio, cada uno incómodo con el otro. Josh consideraba injustas las acusaciones de Cody y no estaba dispuesto a cargar con toda la culpa. Él era el nuevo, por lo que comprendía que todavía no le tuvieran confianza, pero se había dejado la piel en ese caso, aunque para ello se vio obligado a retrasar la investigación sobre las circunstancias de su nacimiento. No iba a aceptar que lo convirtieran en el único responsable de los numerosos fracasos que ya sumaban como equipo.

Ryan se desvió de la ruta que los llevaría hacia la Estación y para cuando Josh comprendió hacia dónde se dirigía, ya aparcaban frente al ático.

—¿Qué hacemos aquí?

—Si conozco bien a Ellison, ya debe estar en el apartamento, ocupado en un segundo registro —dijo Ryan—. Querrá saber de dónde provino el trozo de vidrio con rastros de sangre. Yo también estoy interesado en descubrirlo.

Bradbury asintió porque le pareció una buena idea. Ambos policías bajaron del coche. Un sujeto con el rostro medio oculto por una capucha los observaba, mientras se apoyaba en la fachada de la cafetería. Estaba demasiado lejos para precisar los rasgos del hombre a quien vigilaba y de su compañero, pero conocía bien el coche. Su instinto no le había fallado. Sabía que tarde o temprano regresarían a esa calle. Todo iba según su plan, así que desplegó una inquietante sonrisa que desplazó la enorme cicatriz de su mejilla derecha.

Capítulo 34.

Cody no se equivocó. Ellison y su equipo registraban de nuevo cada pulgada del apartamento de la víctima. Cuando entraron, el jefe de criminalística señaló una mesa redonda que ocupaba un rincón de la habitación de Amie, y que tenía en su superficie una gran variedad de figuras de cristal de Swarovski. Los detectives se acercaron y la observaron con detenimiento.

—Una colección muy costosa a juzgar por los certificados que encontramos en su armario —comentó Harry.

—¿Es esto lo que…?

—Así es. Una de estas piezas fue el arma improvisada con la cual Amie hirió a su atacante.

—Son pequeñas. Caben en una mano —dijo Cody y miró a Ellison con expresión interrogante—. ¿Puedo…?

El jefe de criminalística asintió. Ryan cogió una figura que representaba un pequeño ciervo.

—Cada pieza tiene su certificado —explicó Harry—, solo que en este caso encontramos más papeles que figuras.

—Faltan figurillas.

—Tres, para ser exactos. Dos búhos en una rama, un caracol y un ratón. Hemos registrado cada rincón. No están aquí. Suponemos que el asesino se deshizo de ellas.

—Después de que Amie las rompiera.

Bradbury negó con la cabeza antes de manifestar su desacuerdo.

—¿Amie rompió las tres figuras? No tiene sentido. Digamos que la víctima se enfrentó al intruso y llegó hasta aquí, Habría cogido una de las piezas, la que primero alcanzara con el fin de usarla como arma.

—¿Entonces dónde están las otras dos piezas? —preguntó Harry.

—Es evidente que el asesino las cogió —afirmó Josh.

—¿Se las quedó como trofeo?

—O quiso deshacerse de ellas. ¿No las encontraron en la basura? —preguntó Bradbury. Ellison negó con la cabeza.

—En ese caso, se las llevó.

—¿Por qué? ¿Para qué? —quiso saber el jefe.

—Hemos concluido que Amie le abrió la puerta a su asesino, pero ¿y si no fue así? Tal vez él la esperó en el interior del ático y la atrajo hasta aquí con el ruido del cristal al romperse. Amie era coleccionista. No hubiera resistido la tentación de comprobar si su colección estaba intacta.

—Es una buena teoría —admitió Cody—, pero volvemos al punto de partida. ¿Cómo entró el intruso en el ático?

—¿Estamos seguros de que no pudo colarse por ningún lugar? —quiso precisar Josh—. La terraza, una ventana…

—Seamos serios, Bradbury —le advirtió Ellison—. Estamos en un quinto piso, el último del edificio y el ático ocupa toda la planta. Son más de 57 pies de altura, o casi 18 metros si lo prefieres.

—A pesar de lo que declaró Theresa, el intruso debió hacerse con un juego de llaves —concluyó Bradbury.

—¿Crees que la testigo nos mintió?

—Quizá. Tal vez protege a alguien. También es posible que él haya encontrado la forma de sustraer las llaves sin que nadie se diera cuenta, o se las dio la propia Amie.

—Son muchos tal vez.

—¿Tienes otra hipótesis?

—No —reconoció Ryan—. A menos que encontremos una mejor explicación para la desaparición de las tres figuras de cristal, la conclusión más lógica es que el intruso las usó para atraer a Amie hasta la habitación. Eso descartaría la posibilidad de que ella le abriera la puerta, así que él tuvo que disponer de un juego de llaves.

—Entonces tenemos dos opciones para explicar cómo entró el sujeto al apartamento.

—¿Cuáles serían? —preguntó Ryan con interés, pues él no veía explicación alguna.

—O bien Theresa nos mintió y hay alguien más en posesión de las llaves a quien quiera proteger, o el intruso se hizo con un juego sin que ninguna de ellas lo notara.

—Supongo que te refieres a una copia. La señorita Slater nos entregó sus propias llaves —les informó Ellison, mientras sacaba el manojo del bolsillo y las miraba con detenimiento—. No tienen ninguna advertencia sobre restricciones para hacer duplicados.

—En ese caso, pudo ser copiada por cualquiera que tuviera acceso a alguna de las originales, aunque solo fuera durante algunos segundos dentro del ático.

—¿En qué piensas?

—El perpetrador pudo escanear la llave con el móvil y luego copiarla en un quiosco. Hay docenas que prestan ese servicio en Manhatan. Le hubiera costado menos de cinco minutos y tres dólares.

—Es una buena hipótesis —reconoció Ryan—. Y si estás en lo cierto significa que el hombre que buscamos visitó este apartamento en algún momento previo al ataque.

—¿Algún amigo de una de las chicas? —sugirió Harry.

Los detectives le contaron lo que declaró Theresa y su insistencia en negar que hubieran recibido la visita de ningún extraño.

—Si es cierto, el cuadro de sospechosos quedaría reducido al pastor y los propios padres de las jóvenes —señaló Ellison, con cierto resquemor, pues no le gustaba ninguna de las opciones que planteaba.

—O un repartidor de pizzas que hubiera esperado junto a la entrada, mientras buscaban el monedero para pagarle —sugirió Cody—, o un vecino que pedía una taza de azúcar. Nuestra cotidianidad está repleta de pequeños contactos con desconocidos, los cuales no recordamos al día siguiente.

—De acuerdo, ¿cuál será nuestra estrategia para precisar de quién se trata?

—Elaboraré un informe para Keen con las nuevas evidencias y teorías. Citaremos a la señorita Slater a la Estación para que sea más específica en cuanto a quienes pudieron visitar el apartamento en los últimos seis meses. Sin importar que tan solo fuera para asomarse a pedir sal.

—¿Y qué hacemos con los padres y el pastor? —preguntó Josh —. No los podemos dejar fuera.

—Al pastor sí lo podemos excluir —le refutó Cody—, recuerda que la comparación del ADN con el encontrado en las víctimas fue negativa.

—De acuerdo, lo admito.

—En cuanto a los padres de Amie y de Theresa, no tenemos otra alternativa que interrogarles y solicitarles una muestra de ADN. Peck y Short se ocuparán del interrogatorio y le pediremos a Keen que se ocupe de la orden del juez. También solicitaré un perfil del asesino a los psicólogos forenses.

Después de acordar con el jefe de criminalística que les mantuviera informados sobre cualquier novedad, los detectives abandonaron el apartamento. Josh se preguntó cuándo dispondría de tiempo para visitar la agencia de adopción y continuar su propia investigación. Entonces vio al muchacho que le salvó la vida en esa misma calle. Se acercaba a ellos a toda prisa. Después de la reacción que tuvo el chiquillo en su último encuentro, a Bradbury le resultó extraño su comportamiento. De la sorpresa pasó a la preocupación cuando comprobó la expresión en el rostro del muchacho.

Josh se detuvo, absorto en el análisis de la situación, mientras Cody alcanzó el automóvil, se sentó detrás del volante y puso la llave en el contacto. Con la puerta todavía abierta y antes de encender el coche, se asomó para llamar la atención de su compañero, que se había quedado plantado como un pasmarote. Al mismo tiempo, Javi alcanzó a Josh y sin mediar saludo le gritó:

—¡Vi a un hombre. Hacía algo debajo del coche, tardó unos minutos y se marchó!

Después de escuchar la advertencia, el cerebro de Josh comprendió lo que ocurría. Entonces se giró hacia Ryan y también gritó:

—¡No te muevas! ¡No intentes levantarte! ¡No gires la llave! ¡Creo que han puesto una bomba en el coche!

Cody reaccionó ante el significado de las palabras antes de terminar de escucharlas. Con mucha lentitud, abrió la mano para separarla de la llave de contacto que ya sostenía. Un sudor frío lo recorrió de arriba abajo y su primer pensamiento fue para Eleonora y sus hijos. ¿Qué sería de ellos si él moría en una explosión?

El patrullero que estaba de guardia en el portal del edificio para cuidar la escena del crimen acudió al escuchar los gritos. Josh le pidió que sacara al chico de la zona de peligro y que llamara para pedir refuerzos cuando se hubiera alejado lo suficiente. También que avisara al equipo que se encontraba en el ático. Tendrían que desalojar todos los edificios de la manzana, pues no sabían qué alcance podían tener los explosivos. Después se acercó a Cody, que no había movido un solo músculo.

Su compañero estaba pálido y sudoroso como era de esperarse. Josh le habló en tono calmo y le aseguró que todo saldría bien. Ryan no atinó a responder. Bradbury se acostó en el piso y con una pequeña linterna iluminó el chasis del automóvil. Comprobó lo que temía. Bajo el asiento del chófer había un objeto cilíndrico del cual salían varios cables.

—Por lo que más quieras, Cody —susurró con toda la calma que fue capaz de simular—, no te muevas.

—¿Hay un artefacto explosivo?

—Eso me temo. El patrullero que se llevó al chico tiene orden de pedir refuerzos. El grupo antiterrorista debe estar en camino. ¿Tienes tu móvil a mano?

—En el bolsillo de mi chaqueta.

—Dámelo, pero no hagas movimientos bruscos —le ordenó Bradbury, mientras él mismo se ponía de pie, se alejaba unos pasos y apagaba su propio teléfono. Entonces se acercó de nuevo para recoger el de Ryan y repitió el procedimiento. No quería que una llamada o mensaje inoportuno detonara los explosivos.

—Será mejor que te alejes hasta un lugar seguro —le sugirió Cody.

—Ni lo sueñes, hermano. Yo me quedo aquí contigo.

Capítulo 35.

Las alarmas aturdieron a los habitantes del barrio antes de que las luces de las sirenas iluminaran la calle. Los uniformados habían acordonado una amplia zona alrededor del coche de Cody y todos los edificios de los alrededores fueron desalojados. Varios policías montados a caballo hacían ronda detrás del perímetro mientras vigilaban que nadie cruzara hacia la zona de peligro. La tensión era tan densa que Josh la percibía como una textura gelatinosa en el aire que dificultaba la respiración. Los vecinos, los curiosos y la prensa se agolpaban alrededor de las barreras de contención y las palabras «atentado terrorista», «bomba» y «explosivos» se murmuraban en los oídos, pero resonaban como si las gritaran a voz en cuello. En el centro del maremágnum se encontraba el solitario coche de Cody, con él detrás del volante concentrado en no moverse. Habían pasado minutos, tal vez una hora o dos, pero el tiempo se hace interminable cuando la vida pende de un hilo. Además, sus esfuerzos por no mover ni un solo músculo lo obligaban a mantener una rigidez que ya le comenzaba a pasar factura.

El grupo antiterrorista tomó el control y obligó a Josh a separarse del área de peligro. Tuvo que intervenir el jefe Powers, quien se presentó en el lugar de los hechos a bordo de la primera patrulla que arribó a la zona de peligro. Al principio Josh lo desafió. Argumentó que no dejaría solo a Cody, que además de su compañero era su hermano, y estuvo a punto de lanzarle un puñetazo aunque fuera su superior, pues el tic de Powers de ajustarse los anteojos lo estaba poniendo de los nervios, además de que le hubiera servido de desahogo golpear a alguien. Se contuvo y se convenció de que debía obedecer cuando el jefe del equipo antiterrorista le advirtió que desactivarían el artefacto mediante el uso de robots, pero que por reglamento no podrían comenzar hasta que todas las personas desalojaran el área. Y él no era la excepción, por muy voluntaria que fuera su presencia.

Bradbury comprendió que su terquedad retrasaba el procedimiento y no sabía si el explosivo estaba conectado a un mecanismo de relojería, o si el asesino era capaz de activarlo a distancia. Cody podía volar por los aires en cualquier momento junto con su coche, así que cada segundo contaba. Después de decirle a su gemelo que se retiraría solo unos metros porque lo obligaban a hacerlo, Josh caminó hasta el perímetro de seguridad y aguardó a que los explosivistas hicieran su trabajo, con la vista fija en el automóvil y el alma en vilo. En ese momento se dio cuenta de

lo importante que se había vuelto Cody en su vida. Ryan era un hombre al que no conocía la semana anterior, pero con el que ahora compartía lazos muy fuertes, pues formaban parte de su propia identidad.

Los expertos ya estaban listos, así que solo transcurrieron pocos segundos entre el momento en que se puso a cubierto y la aparición de un desactivador de bombas que parecía un híbrido entre un tanque de juguete a control remoto y un cangrejo mutante, pues de su plataforma salía un largo brazo articulado con una tenaza. El robot llegó junto al automóvil con mucha rapidez. Josh contuvo la respiración mientras el instrumento cumplía la labor para la que fue construido. Se repitió una y otra vez a sí mismo que ese «tanque de juguete» lo dirigía un artificiero experto que conocía bien su trabajo y que tenía horas de práctica, además de que era probable que esa no fuera la primera bomba real que había tenido que desactivar. Aun así, Josh sintió que tenía la boca seca, el corazón le golpeaba en el pecho y le temblaban las manos. No quería ni imaginar cómo se sentiría Cody.

Los segundos se alargaban como si Cronos, el cruel dios del tiempo, sintiera un sádico placer en prolongar los momentos más ingratos de los humanos. Pese al frío y la fina llovizna, Cody tenía la frente perlada de sudor. Un sudor frío y desagradable. Le dolían el cuello y los hombros como resultado del esfuerzo que hacía para no moverse. Sentía el corazón en la garganta y con vergüenza debía reconocer que el miedo encogía su pelvis y robaba la fuerza de sus piernas. Si su vida hubiera dependido de levantarse del asiento, tendría asegurada la muerte, porque no sería capaz.

El robot realizaba movimientos lentos y seguros que guiaba una mano experta. Sin embargo, saber que su vida dependía de un artefacto construido con barras metálicas y tuercas no ayudaba a transmitir seguridad, aun cuando detrás estuviera todo un equipo de expertos con el apoyo de la más alta tecnología.

El desactivador cortó los cables que conectaban el material explosivo al detonador. Luego rasgó con precisión la cinta de embalaje que sujetaba el artefacto cilíndrico al chasis del vehículo. Con un cuidado extremo cogió el dispositivo y lo introdujo en un habitáculo dentro de su propia plataforma. Cerrada la cámara, el equipo de artificieros soltó un suspiro de alivio. Si el artefacto explotaba, la onda expansiva quedaría aislada. Solo entonces los expertos hicieron retroceder al robot y avisaron a la ambulancia que esperaba al borde del perímetro.

Cuando Josh vio que el «tanque» se alejaba del coche de Cody en dirección a la furgoneta del equipo antiexplosivos, miró a los lados en busca de alguien que le confirmara que ya el peligro había

pasado. ¿O sería que se habían dado por vencidos porque no podían desactivar la bomba? Dio un paso al frente con la intención de volver a entrar en la zona de riesgo, pero uno de los oficiales se lo impidió con respeto pero con firmeza.

El robot desapareció en el interior de la furgoneta y solo entonces dos sanitarios salieron de la ambulancia y corrieron en dirección al automóvil. El uniformado no pudo cumplir la orden de evitar que el detective Bradbury cruzara la barrera. Josh se zafó del brazo que trató de sujetarlo y corrió hacia su hermano, a quien ya los socorristas atendían cuando él llegó.

Ryan estaba pálido y sudoroso, recostado en el asiento con los ojos cerrados. Respiraba con lentitud y profundidad, mientras le medían la presión arterial y el pulso, le hacían preguntas y lo auscultaban.

—Cody, ¿estás bien? —le preguntó Josh, con voz angustiada. Solo entonces su compañero entreabrió los ojos, volvió a respirar en profundidad como si hiciera acopio de aire y le respondió.

—Es la experiencia más espantosa de la que tengo memoria —le confesó—, pero estoy bien.

—Ya será menos para un veterano de Irak —bromeó Josh.

—Aquello fue difícil, no lo niego, pero nunca había estado sentado sobre una bomba que podía explotar en cualquier momento.

—No lo hizo. No explotó —lo animó su compañero—. Ya todo pasó y terminó bien.

—Bradbury tiene razón —intervino Powers, que en cuanto llegó junto al coche se ajustó los anteojos. Estaba pálido hasta la coronilla —. Lo peor ha pasado. Te llevaremos al hospital para asegurarnos de que estás bien y luego te puedes tomar la tarde libre.

—Por supuesto que no. Me encuentro en perfectas condiciones y tenemos un caso que resolver.

—Cody, por una vez sé razonable —argumentó el jefe—. Acabas de pasar por una experiencia extenuante. En tu estado psicológico actual no creo que estés en condiciones de encontrar ni tu propio trasero. Mucho menos a un sujeto que ha demostrado ser bastante escurridizo. Tenemos todos los recursos de la Estación concentrados en el Demonio de Brooklyn. Podemos arreglárnoslas sin ti por unas horas. Además, te pasaste la noche trabajando. Necesitas descansar.

—Por una vez estoy de acuerdo con el jefe, Cody —dijo Bradbury y se ganó un fruncimiento de ceño por parte de Powers—. Lo mejor para todos es que pases por el hospital y después regreses a casa. Tu esposa estará muy preocupada por ti. Piensa también en ella y en tus hijos.

—¿Eleonora se enteró de todo esto?

—La noticia se ha difundido a través de todos los medios de comunicación —admitió Lyndon—. Tu esposa me llamó en cuanto lo supo. Quería venir pero no creí que fuera buena idea, pues no sabíamos si…

Cody comprendió enseguida a qué se refería su jefe. Si hubiera saltado por los aires su esposa no debía presenciarlo. Le agradeció a Powers que se preocupara por proteger a su familia.

—Lo comprendo, jefe y se lo agradezco.

—Envié a Peck a tu casa para que la acompañara y la tranquilizara. Me he mantenido en contacto con ellas. Ya sabe que el peligro ha pasado. Te esperará en el hospital.

—De acuerdo. Ya veo que todas las decisiones están tomadas.

—Es lo mejor, Cody. Vete a casa y pasa el resto del día con tu familia —le aconsejó Josh.

—¿Qué piensas hacer tú?

—Quiero tener una conversación con el chico que nos advirtió sobre el explosivo —dijo Bradbury—. Es el mismo que me salvó la vida el otro día al avisarme del peligro.

—Ha estado presente en los dos atentados que han ocurrido en esta calle. ¿Crees que tenga algo que ver?

—No lo creo. De ser así, no nos hubiera avisado. Supongo que deambula mucho por esta zona y sabe mantener los ojos abiertos. Por eso detecta los peligros cuando los ve. Me interesa tener una conversación con él.

—Ten cuidado, Bradbury —le advirtió Powers—. Recuerda que es menor de edad.

—Lo tengo muy presente, jefe. Ordené que lo llevaran a la Estación porque consideré que allí estaría más seguro. También le pedí al agente que localizara a los adultos responsables. Conozco la Ley. Sé que sus padres deben estar presentes, pero él me dijo que había visto al sujeto que colocó los explosivos y esa es una oportunidad que no podemos dejar pasar.

—Sí, supongo que tienes razón. Adelante, entrevista al muchacho, pero no cruces la línea amarilla o te las verás conmigo —le advirtió el jefe. Luego pareció pensativo por un momento—. Quiero saber qué pensáis: ¿El que puso esta bomba fue el mismo que disparó el otro día?

—Es muy probable —opinó Josh—. Después de todo, ambos atentados ocurrieron en la misma calle.

—Entonces os quieren muertos a los dos —afirmó Powers.

—O a uno de los dos —dijo Bradbury—. Concluimos que el objetivo del atentado anterior era yo, pero si lo piensa bien, nadie fuera de la Estación de Policía sabe que somos gemelos. Si alguien ha puesto precio a la cabeza de cualquiera de nosotros y el asesino

no nos ha visto juntos de cerca…

—Podría atentar contra cualquiera de los dos a quien identifique en ese momento.

—Eso sería más lógico que pensar que compartimos algún enemigo. Todavía no hemos tenido tiempo de forjarlos.

—Así que tal vez la respuesta al atentado del que fuiste víctima no está en Florida —concluyó Cody.

—Puede estar en Florida si los explosivos eran para mí, o aquí en Nueva York si las balas eran para ti.

—¡Demonios! —exclamó Powers—. Como si a nuestras vidas les faltaran complicaciones.

Capítulo 36.

Cody permitió que lo trasladaran al hospital. Se sentía bien a pesar de todo, salvo por el agotamiento lógico que era producto de la tensión emocional y física. Sin embargo todo terminó bien, como Josh le hizo notar. Ya había pasado por situaciones de alta peligrosidad en Irak y por eso sabía que el verdadero golpe a su psique vendría después, en frío, cuando mirara hacia atrás y cobrara conciencia del trance que acababa de superar. Mientras tanto, el alivio por haber sobrevivido arrasaba con cualquier sentimiento negativo. Estaba vivo y volvería a su hogar con Eleonora y los niños. Era todo lo que le importaba. Al menos por el momento.

Como su jefe le prometió, su esposa lo esperaba en el hospital acompañada por sus suegros. Después de un reconocimiento general donde los médicos comprobaron que el estado físico de Ryan era óptimo, todos regresaron a casa. Cody abrazó a Eleonora, comió un almuerzo ligero y se acostó a dormir. Le hizo prometer a su esposa que lo despertaría cuando regresaran los chicos de la escuela, pues no quería perder la oportunidad de abrazarlos.

Mientras Ryan se esforzaba en recuperar la normalidad después de la agotadora experiencia, Josh regresó a la Estación. Allí lo esperaban Short y Peck acompañados por un corrillo de detectives. Bradbury explicó su experiencia con lujo de detalles, pues los demás lo acribillaron a preguntas. Tuvo que intervenir Powers para disolver la tertulia y enviar a cada uno de vuelta a su trabajo. Cuando consiguió poner orden, se quedó solo con Josh.

—¿No tienes algo pendiente, Bradbury?

—Sí, claro, la entrevista con el chico, pero debo esperar a que lleguen sus padres.

—Su madre ya está aquí —le informó Evelyn, que había seguido los pasos de Powers cuando salió de su oficina—. Por cierto, tengo entendido que no está muy contenta. ¿Hablarás con ellos aquí?

Josh asintió. Era de esperarse que la madre del muchacho estuviera inquieta y preocupada, pero él sabría tranquilizarla. La secretaria regresó a su escritorio y levantó el auricular para dar la orden. Al cabo de un par de minutos entró una mujer que concentró a su paso todas las miradas masculinas y algunas femeninas. Avanzaba con firmeza y el ceño fruncido. La seguía el chico, que se había convertido en el héroe del día. El muchacho iba con las manos enfundadas en los bolsillos del chubasquero y una sonrisa de orgullo pintada en el rostro. Por lo que Josh sabía, había recibido felicitaciones y elogios desde que pisó el recinto. Junto a

ellos venía el agente que recibió el encargo de sacar al niño de la zona de peligro. Cuando el trío llegó al escritorio de Bradbury, el uniformado hizo las presentaciones y se retiró.

—Así que fue usted quien ordenó que arrestaran a mi hijo —dijo ella en correcto inglés, con un ligero acento que a Josh le pareció encantador.

—¿Arrestarlo? Por supuesto que no. Creo que hay una confusión, señora…

—Arreola. Laura Arreola. ¿No ordenó que lo trajeran aquí?

—Sí, desde luego, pero no estaba detenido. Solo quise protegerlo.

—Convénzame —lo retó ella, al mismo tiempo que se sentaba frente al desconcertado detective y se retiraba el negro cabello de la cara, para sujetarlo detrás de la oreja. El gesto hizo que Josh tragara saliva, en un intento por controlar las emociones que comenzaban a invadirlo contra su voluntad.

—Su hijo…

—Javier.

—Bien, Javier nos ha prestado un gran servicio. Primero salvó mi vida y hoy hizo lo mismo por mi compañero. Nos sentimos muy agradecidos con él. Hice que lo trajeran para sacarlo de la zona de peligro…

—Por la bomba de la que hablaron las noticias.

—Eso mismo —balbuceó Bradbury.

—Entonces no tendrá ningún inconveniente en que nos marchemos a casa.

—Antes quisiera pedirle un último favor a Javier.

—Usted es un policía bastante crecidito. ¿Qué favor querría pedirle a un chiquillo de diez años?

—Verá… su hijo vio al sujeto que colocó los explosivos bajo el coche y nos puede ayudar a identificarlo.

—¡Olvídelo! —respondió de inmediato Laura, mientras se ponía de pie—. Javi no va a identificar a nadie. Sé cómo es esto. Si señala al sujeto, lo detienen y lo liberan bajo fianza al día siguiente, o mientras lo encuentran se filtra quién lo puede identificar y mi hijo se convierte en el blanco de un asesino, sin tener nada que ver en el asunto. No voy a permitirlo.

—Perdóneme, pero creo que ve demasiada televisión.

—¿Cómo se atreve…? ¿Me va a asegurar que identificar a ese hombre no pondría en peligro a Javier?

—Nadie tiene por qué saber quién lo reconoció. Además, Javi es menor de edad, así que su nombre no quedaría reseñado en el expediente. Y no sería requerido como testigo. Solo necesitamos que nos ayude a descubrir quién es este criminal y nosotros

encontraremos las pruebas contra él.

—¿Y si el asesino quiere vengarse de mi hijo por haberlo señalado? Es un sujeto que ya ha intentado matar a dos policías. ¿Cómo podría yo proteger a Javi de alguien así?

—Le prometo que yo me encargaría de que no le pasara nada.

—¿Así como cuidó a su compañero, que terminó sentado sobre una bomba?

Auch. Eso dolió.

A estas alturas de la discusión, ya Bradbury contemplaba a la madre de Javi bajo una perspectiva diferente. Cuando la vio, sintió que estaba frente a la mujer de sus sueños, pero su intransigencia y su terquedad le hicieron cambiar de opinión. Era la bruja de sus pesadillas. El chico, de pie junto a su madre se encogió de hombros, como si se disculpara por las palabras de su progenitora.

—Señora Arreola, si me permite explicarle…

—Ya he tenido bastante por hoy, detective. Una desconocida llamó esta mañana a mi trabajo en nombre de la Policía, para decirme que mi hijo estaba en la Estación y que viniera a buscarlo. Tal vez pierda mi empleo porque me fui sin dar explicaciones, ni preguntarle nada a nadie, pues no quería que me retuvieran más tiempo del necesario. Cuando llegué aquí, creí que habían arrestado a Javi por Dios sabe qué razón, entonces me dijeron que fue testigo del atentado con bomba en Bushwick. Ya podrá imaginarse la angustia que sentí. Casi hubiera preferido lo del arresto.

—Comprendo que todo esto la preocupa como madre pero…

—Claro que me preocupa como madre. ¿Tiene usted hijos, detective Bradbury? —Josh negó con la cabeza—. Ya lo suponía. Javier es todo lo que tengo en la vida y no voy a permitir que corra ningún riesgo innecesario.

—Podría acusarla de obstrucción, pues usted se niega a colaborar con las autoridades —quiso presionarla el policía.

—Por supuesto que me niego —confirmó Laura, mientras se ponía de pie y apoyaba la mano en el hombro del muchacho, en un gesto posesivo—. Haga lo que quiera, pero será mejor que encuentre otro testigo y que se olvide de mi hijo. Vamos, Javi. Cuando lleguemos a casa me vas a explicar qué hacías fuera de la escuela a esa hora.

La mirada de resignación del chico hizo sentir culpable a Josh. Lo más probable era que le cayera una buena bronca por haberlo ayudado. Bien, tal vez era mejor para Javi que su madre se hubiera enterado de sus escapadas y acabara con su deambular callejero. El detective se preguntó dónde estaría el señor Arreola, al mismo tiempo que observaba a Laura que salía del salón y de su vida.

—Vaya bronca te ha caído, colega —le dijo Short, en cuanto ella

se perdió de vista.

—No importa —mintió Josh—. Lo que lamento es que tendremos que comenzar desde cero para encontrar al responsable de los atentados. ¿Hay algo nuevo con respecto al Demonio de Brooklyn?

—Me temo que no mucho. Aunque sí recibí respuesta de la Policía italiana. Confirmó la identidad de la mujer con la que hablaste. Vive allí y es quien dice ser. Además está dispuesta a firmar una declaración que los italianos nos enviarán lo antes posible.

—Bien. Nos confirma que los antecedentes de Hannigen como violador no son reales porque era inocente, pero eso no significa que también lo sea en nuestro caso.

—Eres tan terco como Cody. Debe ser algo genético. ¿Tengo que recordarte que el ADN lo exonera?

—No lo sé. Hay algo que me molesta.

—¿Qué?

—No estoy seguro. Cuando lo sepa, os lo diré.

—Yo te digo lo que te molesta. Que no te gusta equivocarte. Al igual que Ryan, necesitas tener siempre la razón. Como si no fuera suficiente con una mula en el equipo.

Bradbury suspiró. Tal vez Shorty estaba en lo cierto y su problema era que no le gustaba equivocarse. Se echó hacia atrás en la silla, la equilibró en sus patas traseras y contempló su mesa de trabajo. Ya no se parecía a lo que encontró cuando llegó. No quedaba el menor rastro de *Hello Kiitty*, ni de la meticulosidad de su antigua propietaria. En su lugar había un montón de papeles y notas garabateadas que amenazaban con tapar la pantalla del ordenador. También debía haber dos o tres bolígrafos baratos, que él sabía que estaban ahí aunque no pudiera verlos. Eran todos del mismo color porque cada vez que era incapaz de encontrar uno, mandaba a comprar otro. El absoluto desorden que Josh consideraba imprescindible para trabajar a gusto, contrastaba con la pulcritud y el orden que se apreciaba en el espacio de trabajo de Cody.

Frustrado por la pérdida de su mejor testigo, Josh decidió continuar con la investigación del violador asesino, mientras se preguntaba si alguien más habría visto al hombre que colocó los explosivos. Tal vez desde la cafetería. Los agentes tendrían precisados los nombres y direcciones de todos los que fueron desalojados del área. Levantó el teléfono y le pidió al sargento que los contactara. Si había otro testigo, uno adulto, lo interrogaría. Mientras esperaba la respuesta elaboró el informe para que Keen consiguiera la citación a Theresa Slater y la orden para tomarle

muestras de ADN a su padre y al de Amie.

Mientras Bradbury discutía con la madre de Javi, Cody se había despertado de su siesta. Sus hijos todavía no regresaban de la escuela, pero él no se sentía con ánimo de esperarlos. En cuanto abrió los ojos, lo abrumó la experiencia que acababa de vivir. Había estado a un paso de la muerte y todavía no sabía por qué. Lo único que tenía claro era que en algún lugar había un hombre, con mucha probabilidad un asesino profesional, que estaba decidido a acabar con su vida. O tal vez fuera con la de Josh, que para el caso tendría el mismo resultado si el sicario no sabía que eran gemelos.

Ryan no quería pensar en eso. Llevarían a cabo una investigación, encontrarían al asesino, lo detendrían y averiguarían la razón de todo aquello. Necesitaba distraer su mente, pero sabía que no le serviría de nada presentarse en la Estación, pues Powers no le permitiría reincorporarse en todo el día. Recordó entonces a Josh. Después de su comportamiento durante la crisis, concluyó que tal vez no era tan malo tener un hermano.

Pensar en Josh le recordó a Haylie. Había sido su madre, pero él no podía sentirla como tal porque ya tenía una madre. «Una que te mintió durante más de treinta años», pensó con amargura. ¿Debería volver a hablar con Alice? No tenía caso. Nada le impedía volver a mentirle. Entonces recordó la información que ella misma le proporcionó: el nombre de la agencia de adopción y del abogado que hizo el trámite. Cody había pillado a Josh cuando indagaba acerca de los antecedentes tributarios de quienes trabajaron en «Spardise». Siguió sus descubrimientos de reojo mientras su hermano creía que nadie lo veía. Sin embargo, darse por enterado reforzaría el interés de Bradbury y desviaría su concentración del caso que investigaban y que era prioritario.

Ryan sacó su móvil, donde guardaba la información sobre el letrado. Su nombre era Reynolds Tofts. Desde ese mismo teléfono llamó a Peck y le pidió el favor. Quince minutos después sabía que el viejo abogado vivía en una residencia para ancianos en Oyster Bays. Después de convencer a Eleonora de que tenía una tarea pendiente que no podía posponer, Cody cogió las llaves del coche de su esposa, pues el suyo debían estar desmontándolo en ese momento. Seguía un impulso cuando salió en dirección al pueblo donde vivía el único hombre que podría decirle la verdad acerca de su madre.

Una hora después entraba en el aparcamiento del «Club Golden Autumn», una residencia para ancianos con apariencia de hotel de lujo. Al abogado debió irle muy bien en su profesión. Después de identificarse en la recepción, solicitó hablar con él. A regañadientes, la enfermera jefe accedió a que entrevistara a su paciente, pero le

advirtió que el señor Tofts sufría de demencia senil, por lo cual sus recuerdos no siempre eran precisos.

Situada frente al mar, la residencia contaba con bungalós que se distribuían en un jardín de grandes dimensiones. En el centro había un estanque con peces, que dos ancianas observaban absortas.

—Sígame por aquí, por favor —dijo la enfermera, mientras cruzaba la hierba en dirección a los bungalós más cercanos, que se encontraban junto a la playa.

Cody la siguió en silencio hasta que llegaron al edificio correcto. Después de un par de golpes para advertir su presencia, usó su llave maestra para abrir la puerta.

—¿El señor Tofts vive solo?

—Sí desde luego. Aunque desde que le fue diagnosticada la demencia senil, siempre lo acompaña una enfermera.

—¿Y puede decirme quién paga todo esto?

La mujer frunció el ceño con desagrado porque la mención del dinero le pareció vulgar, pero Ryan mantuvo la expresión firme de quien espera una respuesta. Él estaba allí para hacer preguntas.

—El señor Tofts arregló el pago mediante un fideicomiso antes de enfermar. Lo maneja un bufete de abogados.

—¿No tiene parientes?

—Si los tiene, nunca lo han visitado.

Mientras hablaban llegaron al salón, donde encontraron a un anciano enjuto con bigote anticuado, que parecía absorto en un punto de la habitación donde no había nada. A su lado se encontraba otra enfermera, que levantó la mirada sin disimular su sorpresa.

—Karol. El detective Ryan desea hablar con el señor Tofts.

—Como quiera —respondió la aludida—, pero no creo que hoy sea un buen día. Esta semana el señor Tofts ha estado bastante ausente.

Cody ya sospechaba a qué se refería, pero aun así quiso estar seguro, así que escuchó con atención la explicación de la enfermera que lo acompañaba.

—El señor Tofts tiene momentos lúcidos, pero casi siempre se encuentra como lo ve ahora. Buena suerte, detective. Mi compañera se quedará cerca. Por favor avísele cuando termine.

La jefa de enfermeras se dio media vuelta y salió. La que acompañaba al abogado también se marchó, pero el detective sabía que no iría lejos. Cody se acercó a Tofts y se sentó frente a él con movimientos lentos. El anciano levantó la vista para mirarlo a los ojos sin que su rostro experimentara ninguna emoción, ni curiosidad.

—¿Sabe quién soy, señor Tofts? —Reynolds no respondió—. Soy

uno de los chicos dados en adopción por su agencia. Mi nombre es Cody Ryan. Mi padre era Frank Ryan. Tengo un hermano gemelo del que me separaron al nacer. He venido a averiguar por qué.

Capítulo 37.

La tarde ya declinaba cuando Josh terminó el informe para Keen. El día había sido extenuante y hubiera matado por retirarse a su hotel para dormir una noche completa. Por suerte, Powers comprendió que la investigación resultaría perjudicada si sus detectives continuaban trabajando a ese ritmo, de manera que el jefe decidió que el equipo regresara a sus casas al terminar la jornada. Tan solo dejaría de guardia a un agente, por si surgía alguna novedad. Josh comprendió que quería cubrir sus espaldas. No se vería bien que la Policía durmiera mientras había un violador asesino suelto que acechaba a los desprevenidos habitantes de Nueva York.

Acababa de terminar el informe que escribió para Keen sobre el caso del Demonio de Brooklyn cuando vio a Powers acercarse. Era evidente que acusaba el cansancio de un día infernal.

—¡Bradbury! Me alegra encontrarte. Necesito que me proporciones el teléfono de tu antiguo jefe.

—¿Ocurre algo, señor?

—Que quiero invitarlo al baile de graduación —dijo Lyndon con sarcasmo, pero luego comprendió que el detective no era el culpable de sus frustraciones—. He decidido asignar el caso de los atentados a Tasker y Nehru. Quiero que se pongan en contacto con él.

—¿No cree que Cody y yo somos los principales interesados en ese caso?

—Es por eso que deben ser otros quiénes lo investiguen. De todas formas, ya tenéis suficiente con el asesino de esas chicas.

—Señor, yo creo…

—¡No me interesa tu opinión, ni tampoco la de Cody! Dame ese número o te abriré un expediente.

Josh cedió y anotó en un papel los números de contacto con Fuentes. Cuando se lo entregó a Powers, este se relajó.

—Es lo correcto. Joktan y Anushka son excelentes policías. Harán un buen trabajo. Ahora, vete a casa a descansar.

—Sí, señor.

Ya Bradbury abandonaba su mesa cuando sonó el teléfono que estaba sobre ella. Después de que consiguió desenterrarlo del montón de papeles que lo cubría, respondió. El sargento lo llamaba para comunicarle que había interrogado a todos los posibles testigos, pero nadie vio nada, o nadie lo admitía, que para el caso era lo mismo. Josh colgó con un suspiro, pues ya esperaba ese resultado.

Mientras se lamentaba por haber perdido a su único testigo por culpa de una madre intransigente y sobreprotectora, el detective se apresuró a llevarle el informe a la fiscal antes de que ella se marchara a casa. La expresión de Natalie fue de confusión cuando lo vio en el umbral de su puerta.

—¿Eres Cody, o el necio?

—El necio —respondió Josh con naturalidad—. He venido a traerte un informe.

Bradbury le explicó en pocas palabras qué era lo que esperaban de ella.

—¿Sois conscientes de la polvareda que va a levantar lo que pretendéis?

—¿Te refieres a volver a interrogar a Theresa? Tenemos buenas razones para suponer que miente para proteger a alguien.

—No me refiero a eso. De hecho, me parece muy buena idea traerla a nuestro terreno y presionarla. Creo que Short y Peck deben ocuparse. Herman impresiona a cualquiera aunque sea un gigante amable. En cuanto a Jezebel, no se le escapa nada.

—Por sus estudios de kinesia.

—Y por su experiencia como interrogadora. Es la mejor que he visto. Si la señorita Slater esconde algo, Jez sabrá descubrirlo.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

—La solicitud del ADN a los padres. No estoy segura de que el juez lo vea con buenos ojos. En especial en el caso del padre de Amie.

—Tampoco es tan grave —opinó Josh—, solo se trata de pasar un hisopo por el interior de las mejillas para recoger una muestra de saliva.

—De lo que se trata es de una invasión a la privacidad.

—Es necesario. Si Theresa está en lo cierto, ellos fueron los únicos que tuvieron ocasión de perpetrar el crimen, pues ningún otro hombre pisó el ático con anterioridad al ataque.

—Estáis muy seguros de que fue un hombre, pero ¿y si se trata de una mujer?

Bradbury enarcó las cejas. Keen no había hecho guardia la noche anterior, pero esa afirmación solo podía ser consecuencia del agotamiento mental.

—Te recuerdo que ambas víctimas fueron violadas y que encontraron restos de semen en los cadáveres. No hay duda acerca del sexo del perpetrador.

—Ya lo sé. No soy estúpida, ¿sabes? —respondió Keen, ofendida—. No me refiero a las violaciones, sino a los pasos previos. Os habéis concentrado en los hombres que visitaron el ático. ¿Qué hay de las mujeres? El asesino podría contar con una cómplice, y para

una mujer habría sido más fácil sustraer o copiar las llaves porque levantaría menos suspicacias.

—¡Demonios! Tienes razón, Nat. No lo había pensado.

—Pues será mejor que comiences a usar el cerebro, que para eso te pagan.

Bradbury suspiró con paciencia. Tampoco era necesario que ella le restregara en la cara su omisión. Comprendió que no podían seguir así. No saldría nada bueno de esos duelos verbales.

—¿Qué te parece si comenzamos de nuevo?

—¿A qué te refieres? —preguntó Keen.

—A nosotros. No es necesario que andemos a la gresca todo el tiempo. Sería más beneficioso para todos que nos lleváramos bien.

Natalie guardó silencio y meditó por un momento.

—Tienes razón. Discúlpame. Supongo que me he excedido contigo, pero es que…

—¿Qué?

—Nada.

—Ibas a decir algo. No te cortes. ¿Qué tienes contra mí?

—No tengo nada contra ti. Es solo que soy vulnerable en tu presencia porque me gustas y siento que necesito defenderme —soltó la abogada de un solo tirón. Así, sin anestesia—. Ya está dicho.

¿De verdad le había confesado lo que sentía a un perfecto desconocido, y le había dejado a él toda la ventaja? ¿Cómo se le había ocurrido?

Josh quedó con la boca abierta sin saber qué responder. ¿Él le gustaba y por eso lo trataba como si fuera una mosca en su sopa? Demonios, ¿quién podía entender a esa mujer? Aunque tenía que confesar que hasta ese momento no había conseguido comprender a ninguna.

—A mí me pasa lo mismo —confesó.

—¡¿Qué?!

—¿Quieres cenar conmigo?

Natalie lo miró en silencio por unos segundos. ¡Demonios, cómo le gustaba! Consiguió hacer acopio de autocontrol antes de responder.

—No creo que este sea el momento más apropiado. Tenemos un asesino suelto que detener, ¿recuerdas?

—No digo que sea ahora.

—Cuando llegue el momento apropiado, lo decidiré.

—Consideraré eso como un sí —le dijo él, con una sonrisa encantadora.

Sin dar tiempo a que Natalie replicara, Bradbury murmuró una despedida, se dio media vuelta y se marchó con una sonrisa de

autosuficiencia, que por suerte Nat no llegó a ver.

Antes de salir de la Estación, Josh llamó a Cody para interesarse por él. Le respondió al segundo timbrazo del móvil. Su hermano le aseguró que se encontraba bien, pero insistió en que se vieran esa misma noche.

—¿A qué viene la urgencia, Cody?

—Te lo explicaré en persona.

—De acuerdo. ¿Quieres que vaya hasta tu casa?

—Si no te importa, prefiero que hablemos en otro lugar. No es nada personal, Josh. En su momento te presentaré a mi familia, pero todavía no estoy preparado. Ni ellos tampoco. Prefiero que nos veamos en otro lugar. ¿Conoces Williamsburg?

—Lo he visitado en mis viajes anteriores a la ciudad.

—De acuerdo. Entonces nos vemos en el «Bar de Harry». Calle Montrose.

—Lo encontraré.

Los siguientes cuarenta y cinco minutos, Josh los ocupó en visitar el local de comida rápida más cercano, antes de que sus tripas se declararan en rebelión. Engañó a su estómago para que creyera que le había proporcionado una cena, y recorrió en taxi la distancia que lo separaba del lugar de encuentro. Le preocupó que Cody arreglara esa improvisada reunión y se preguntó a sí mismo si el trauma reciente lo habría afectado más de lo que todos creían.

Se estremeció por el frío cuando bajó del taxi y le dijo al conductor que se quedara con el cambio. Cualquier cosa con tal de no quedar expuesto al viento. Las luces de neón no dejaban lugar a dudas acerca de cuál era el local que buscaba. Recuperó el calor en cuanto cruzó el umbral y se preguntó por qué Cody lo habría citado en ese bar. No encajaba con la personalidad de su gemelo y hubiera sido el último lugar en el que lo hubiera buscado. El local se encontraba atestado de gente y el murmullo de las conversaciones formaba parte del ambiente. Detrás del mostrador de madera pulida, un hombre de mediana edad y una chica se afanaban en servir a los clientes.

Josh localizó a Cody después de recorrer todo el lugar con la mirada varias veces. Su hermano estaba sentado junto a la barra, frente a una copa. ¿Ryan bebía en bares? Su «aburrido» hermano estaba resultando una revelación. Cuando se acercó, Cody asintió en gesto de reconocimiento.

—¿Qué quieres tomar, Josh? Esta noche yo invito.

—¿Qué tiene tu copa?

—Coñac.

—Tomaré un *whisky* con hielo. No te suponía de licores fuertes.

—Y no lo soy. Casi nunca bebo. Solo una copa en celebraciones.

Esta noche, sin embargo, es diferente. Esta noche lo necesito.

—¿Estás seguro de que estás bien? Es comprensible que te sientas afectado después de la experiencia de esta tarde, pero…

—¿La experiencia? —preguntó Ryan confundido por un momento, pues ya era su segunda copa y comenzaba a hacerle efecto—. ¡Ah, te refieres a la bomba!

—¿A qué otra cosa podría referirme?

—A la razón por la que te hice venir —respondió Cody, mientras el barman ponía un vaso de *whisky* frente a Josh.

—¿Ha ocurrido algo que yo no sepa, Cody?

—¡Que eres un maldito! Eso ha ocurrido —respondió su hermano con la voz un poco gangosa—. Eres un maldito que ha venido a poner mi vida del revés.

—Tal vez sea mejor que dejemos esta conversación para otro día y te lleve a casa. Ya has bebido lo suficiente y lo que necesitas ahora es regresar con tu familia.

—No. No iré a ninguna parte antes de que tengamos esta conversación —respondió Ryan, mientras empujaba su copa para alejarla—. Tienes razón, he bebido lo suficiente, pero no tanto como para no saber de lo que hablo. Hoy hice una visita.

—¿Una visita? ¿A quién?

—Al ilustre Reynolds Tofts. ¿Te suena? Es el abogado que arregló nuestra adopción.

Josh se enderezó en el asiento, atento a lo que su hermano tuviera que decir.

—Creí que no te interesaba saber nada sobre el asunto —dijo Bradbury.

—Sí, yo también pensaba lo mismo, pero después de la experiencia de esta tarde… la vida puede ser muy corta. Entonces recordé a Haylie. Tus palabras me vinieron a la memoria. Eso de que dio su vida para que nosotros pudiéramos nacer. Entonces me sentí egoísta, ruin. En fin, que me removiste la conciencia, hermanito, así que decidí aprovechar que tenía la tarde libre para visitar al abogado.

—¿Pudiste averiguar algo?

Cody negó con la cabeza.

—Demencia senil. Tofts no sabe quién es, o en qué planeta vive. Lo interrogué y lo único que hizo fue quedarse sentado con la mirada perdida, como si no tuviera ninguna idea acerca de qué le hablaba.

—No comprendo, entonces por qué estás tan afectado.

—No fue por algo que me dijera, sino por algo que vi —Josh guardó silencio, mientras daba un sorbo a su bebida.

—¿Qué fue lo que viste?

—Una fotografía. Se trataba de una de esas instantáneas en blanco y negro con poca nitidez, que mostraba un grupo de soldados que posaban juntos frente a la cámara, como si la guerra fuera un acontecimiento social más que alguien quisiera recordar con nostalgia. Se hicieron esa foto en Vietnam.

—Esas fotografías son muy comunes. Mi padre también tiene una en su despacho. ¿Cómo sabes que se la hizo en Vietnam? ¿Te lo dijo Tofts? —Cody negó con la cabeza.

—Lo sé porque crecí viendo esa misma fotografía. Uno de los soldados era mi padre.

—No comprendo cuál es tu preocupación. Demuestra que Tofts conocía a Frank Ryan, pero eso ya lo sabíamos. Debieron estar en contacto para poder llevar a cabo tu adopción.

—No solo estaban en contacto, Josh. Tenían una fuerte amistad. Tofts pasa su brazo por encima de los hombros de Frank en un gesto de camaradería. Eran buenos amigos.

—Sigo sin ver cuál es tu problema.

—No sabes la cantidad de veces que mi padre me contó historias acerca de Vietnam y los grandes amigos que hizo allí, pero nunca mencionó a Reynolds Tofts. Dime, Josh, tú que eres tan listo. ¿Por qué yo no había escuchado mencionar el nombre de uno de los grandes amigos de Frank en Vietnam? ¿Por qué desapareció de su vida por completo? Nunca lo mencionó, pese a que gracias a él pudo adoptar a su único hijo. ¿Por qué crees que actuó así?

—Porque ambos tenían algo que esconder —respondió Josh—, así que no querían que los relacionaran.

Capítulo 38.

Al día siguiente, el tono del móvil despertó a Josh. Apenas amanecía y él había llegado al hotel después de la medianoche. No fue fácil convencer a Cody de salir del bar. Comprendía a su hermano. En un solo día se había enfrentado a la muerte y comprobado por sí mismo que toda su historia familiar era una gran mentira. Bradbury recordó el día que él pasó por lo mismo. Cuando encontró los papeles de su adopción y el comprobante de la transferencia, su primera reacción también fue emborracharse. Por suerte Ryan decidió llamarlo, Josh lo llevó a casa sano y salvo, lo dejó en la puerta y regresó al hotel en un taxi. Estaba tan cansado que solo acertó a quitarse la chaqueta, la corbata y los zapatos. Se tendió sobre la cama vestido y así amaneció.

La melodía de «*Castle of Glass*» se escuchaba con insistencia. Bradbury cogió el teléfono al mismo tiempo que murmuraba una maldición. Con las cortinas cerradas, la habitación estaba en completa penumbra, solo iluminada por la pantalla del teléfono móvil. Josh perdió todo rastro de sueño cuando se dio cuenta de quién lo llamaba y comprobó la hora. Solo se le ocurría una razón para que Evelyn tratara de comunicarse con él antes de la salida del sol. Respondió.

—Apareció otra chica muerta en un parque —fueron las únicas palabras de la secretaria.

Mientras el detective se duchaba y se vestía, ella le envió un mensaje con la dirección exacta del lugar de los hechos. Josh se dio unos minutos para detenerse en la cafetería y tomarse un expreso. Entonces salió a la calle y subió al siguiente taxi que pasó frente al hotel. Treinta minutos después llegaron a *Cadman Plaza Park*, gracias a que el conductor eludió con habilidad los primeros atascos del día.

El parque ya había sido acordonado y Josh tuvo que identificarse para que permitieran que el taxi se acercara. Los vehículos de los vecinos habían sido desalojados de los alrededores del parque y esos lugares los ocupaban la furgoneta de criminalística, un par de patrullas y algún que otro automóvil particular, entre los cuales pudo identificar el coche de Eleonora.

Bradbury pagó al taxista y se apeó. No tenía muchas ganas de llegar, así que se acercó a paso lento. Enseguida se encontró en un camino que discurría bajo la sombra de los árboles que lo rodeaban. El silencio era penetrante, al punto que le pareció escuchar el sonido de sus propios pasos sobre el cemento. A un lado vio una hilera de bancos de madera. Supuso que en condiciones normales

estarían ocupados por jubilados tomando el sol y madres con cochecitos de bebé, pero no sería ese día. Ese día el parque era un lugar macabro, desvirtuado por la muerte brutal de una joven.

Lo abordó uno de los uniformados, dispuesto a cortarle el paso mientras lo invitaba con amabilidad a abandonar la zona porque el parque estaba cerrado para el público. Josh le mostró su identificación y después de disculparse, el agente lo guió hasta el lugar donde fue encontrado el cadáver.

Llegaron a un campo de césped bien cuidado, donde el equipo de criminalística había colocado un camino de tablones para que el personal pudiera desplazarse sin alterar la escena del crimen. Hasta allí llegó el agente. Después de darle las gracias, Josh se acercó a sus colegas, entre los cuales identificó a Cody, a Harry, el jefe de criminalística y a Tash, el forense. Se aglomeraban alrededor del cuerpo de una chica. Al igual que en los homicidios anteriores, la víctima estaba desnuda de la cintura para abajo, con el pantalón de licra enrollado en sus tobillos; el tórax lo cubría una camiseta con mangas anchas y aún calzaba zapatillas de yoga. Tenía la cabeza cubierta por una bolsa plástica sujeta al cuello por cinta de embalar, así que sus rasgos no eran visibles.

En cuanto Bradbury apareció, los tres hombres levantaron la vista, pero el único que lo saludó fue Harry. Cody se limitó a pronunciar un murmullo inaudible y Tash lo ignoró por completo.

—Supongo que es el mismo malnacido —comentó sin disimular su enfado.

—Estoy casi seguro de que es así —dijo Harry—. Es el mismo *modus operandi*.

—¿Sabemos quién es la chica?

—Christine Downer. Era estudiante —respondió Cody—. En esta ocasión nos dejó los documentos de identificación de la víctima: su licencia y el carné de la biblioteca.

—¿Cuándo la asesinó?

—Al igual que en los homicidios anteriores, entre las siete y las diez de la noche de ayer —respondió el forense sin levantar la vista del cuerpo.

—Tal vez debamos prestar más atención a los horarios.

—¿A qué te refieres? —preguntó Cody.

—Al asesino le gusta matar al anochecer, o tal vez sus actividades lo mantienen ocupado el resto del día.

—Tienes razón, pero no creo que ayude demasiado. Solo significaría que tiene responsabilidades —argumentó Ryan—. Trabaja, o estudia y su horario es limitado.

—Genial, tenemos un violador asesino responsable —ironizó Tash.

—Pues aunque os parezca un dato insignificante, para mí tiene importancia. Eliminaría de nuestra búsqueda a todos los indigentes y desocupados de la zona, lo cual no es poca cosa.

—¿Y no se os ha ocurrido pensar que acecha a sus víctimas en ese horario porque es más propicio para encontrarlas solas? —dijo el forense, mientras se ponía de pie.

—Lo pensaría así, de no ser por el asesinato de Amie. A ella no la encontró sola en un parque. La fue a buscar a su casa.

—El asesinato de Amie es el «cisne negro» de este caso —opinó Cody. Los demás lo miraron confundidos, mientras esperaban que se explicara—. Es el acontecimiento inesperado que se sale de la norma y que nuestra mente racionaliza para que encaje en el panorama general.

—¿Sugieres que a Amie la asesinó otra persona? —preguntó Tash con un deje de desprecio.

—No. Estoy seguro de que es el mismo hombre, pero sí hay diferencias significativas en ese homicidio que hemos pasado por alto, cuando deberíamos centrarnos en ellas.

—Cody tiene razón —lo respaldó su hermano—. Amie no fue atacada en un parque, lo cual descarta que se tratara de una víctima fortuita: el asesino la conocía y fue a por ella.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Tash—. Tal vez el perpetrador se cruzó con ella y la siguió hasta su casa.

—Aunque hubiera sido así, se tomó la molestia de conseguir las llaves del ático y organizar una emboscada —argumentó Ryan—. También tuvo que trasladar el cadáver, lo cual representaba un riesgo adicional que no corrió en los otros homicidios. Debió existir una fuerte motivación que lo forzó a exponerse más para cometer ese asesinato.

—¿Qué tenía Amie de especial? —se preguntó Josh a sí mismo.

—Tal vez mantenía una relación más estrecha con su victimario —sugirió Harry.

—Según su amiga, Amie contaba con pocos amigos —dijo Josh.

Los cuatro hombres guardaron silencio mientras cada uno trataba de resolver el enigma. Fue el forense quien habló primero.

—Hemos asumido que el asesino conocía bien a la víctima, pero esa condición no sería necesaria. Podría tratarse de alguien a quien hubiera humillado y quisiera vengarse de ella.

—Es un buen argumento —reconoció Cody—, deberíamos tomarlo en cuenta.

—¿Tenemos alguna información sobre esta víctima? —preguntó Josh, con lo cual los regresó al presente.

—De momento, solo que era estudiante del *Brooklyn Technical College* —le informó Cody.

—¿Por qué me resulta familiar ese nombre?

—Es donde trabaja el padre de Theresa.

—Interesante.

—Desde luego —reconoció Ryan—. Nos proporciona nuevos argumentos para solicitar la muestra de ADN del señor Slater.

—¿Cuándo realizará la autopsia, doctor Tash?

—Se ha dado prioridad absoluta a este caso, así que debemos realizarla esta misma tarde.

Después de comprobar que habían recolectado toda la información disponible en la escena del crimen hasta ese momento, los detectives gemelos se despidieron de los técnicos y salieron del parque. Antes de subir al coche, Ryan se agachó y con una linterna iluminó el chasis. Solo desactivó la alarma del vehículo cuando comprobó que todo estaba en orden.

—Estamos en una zona acordonada donde solo tiene acceso personal autorizado, Cody —le recordó Josh—. ¿Crees que sería el lugar que escogería el sicario para repetir el atentado?

—Tal vez te parezca paranoico, pero no fuiste tú quien estuvo sentado sobre una bomba por más de dos horas —respondió su gemelo de mal humor.

Después de subir al coche, Bradbury suspiró con tristeza. No sabía cómo mejorar las relaciones con su hermano, aunque era lo que más deseaba en ese momento, pero Cody no se lo ponía fácil.

—Lo lamento, Josh —le dijo Ryan como si le hubiera leído el pensamiento—. Tú también pasaste un mal rato cuando te abalearon. Han sido demasiados problemas en muy poco tiempo. Todavía trato de asimilarlo todo. Además de tener que soportar este dolor de cabeza que me está matando desde que desperté.

—Se llama resaca —le informó Josh, con una media sonrisa de complicidad—. Déjame decirte que estás con un experto en la materia.

Cody no pudo menos que sonreír ante la espontaneidad y solidaridad de Bradbury. Le maravillaba que siempre estuviera dispuesto a ignorar sus desplantes y mostrarse amable. Con preocupación comprobó que su hermano se ganaba su afecto a pasos agigantados.

—¿Y qué sugiere el experto?

—Te lo diré cuando encontremos un lugar apropiado para preparar mi fórmula.

—¿Tu fórmula? —preguntó Cody con cierto resquemor—. ¿Puedo saber de qué se trata?

—Ya lo verás. Me la dio un amigo de la tribu Seminola. Era un secreto de su abuelo. No falla.

—¿Qué clase de amigo?

—Lo conocí en un bar. Tendrías que ver como bebe el muy bestia. Con decirte que lo llaman «El Secante». Y al día siguiente está tan fresco como una cerveza fría.

—Bonita comparación.

El buen humor de Bradbury no mejoró el ánimo de Cody. Por suerte, su gemelo sabía cuándo debía mantenerse callado, así que el silencio se impuso en la cabina del coche. Llegaron al *College* donde Christine había sido estudiante, y dirigieron sus pasos al despacho del rector. Después de mostrar sus credenciales a la secretaria, esta los anunció y les permitió pasar.

—Soy Lawrence Rains, rector de este *College*. Mi secretaria me informó que son de la Policía y quieren hablar conmigo. ¿En qué puedo ayudarles? ¿Alguno de los alumnos se ha metido en problemas?

—Venimos a darle una mala noticia, rector —dijo Cody—. Una de sus estudiantes, Christine Downer fue encontrada muerta esta mañana en *Cadman Plaza Park*.

—¿Christine? —repitió el rector, mientras perdía el color del rostro—. No puede ser. Debe tratarse de un error.

—Estoy seguro de que hay cientos de jóvenes en esta institución —señaló Josh—. ¿Cómo es que reconoce el nombre?

—Christine no es cualquier estudiante. Es la hija de mi esposa.

Capítulo 39.

Mientras los gemelos conversaban con el rector, en un coche aparcado a las afueras del *College* vibró en silencio el móvil de Hartell dentro del bolsillo interior de su chaqueta. Siempre lo mantenía con el sonido apagado, porque la discreción era fundamental en su negocio. Sabía de quién era la llamada antes de mirar la pantalla. El Viejo no encajaba bien el fracaso y él había fallado dos veces. Ese maldito policía debía tener un Ángel Guardián muy eficiente, porque él solía completar sus trabajos al primer intento. Respondió el teléfono con un suspiro de resignación.

—¡Eres un imbécil! —fueron las primeras palabras que escuchó—. Te hago un encargo sencillo y fallas en dos ocasiones.

—No es tan fácil como crees. Hablamos de un agente entrenado.

—El encargo era ocuparte de un poli que no tenía idea de que ibas a por él, y no fuiste capaz de completarlo. ¿Qué crees que pasará ahora? Yo te lo diré: el objetivo estará atento, además de que tendrás a toda la Policía de Nueva York detrás de ti. Eso si no llaman a los federales.

—No tienen la menor idea de quién soy, ni dónde encontrarme.

—Ya debes tener a toda la Policía de Nueva York detrás de tí. Y si te arrestan y te relacionan conmigo…

—Eso no va a ocurrir. Terminaré el trabajo, te lo prometo.

—Más te vale, porque si me fallas en esto, seré yo quien ponga precio a tu cabeza.

—Sé que eres capaz.

—No lo dudes. Ahora quiero escuchar en los noticieros sobre la muerte de ese policía. No me interesa cómo lo hagas, pero que no pase de hoy.

—Puedes estar tranquilo. No fallaré.

El Viejo no escuchó las últimas palabras de Hartell, porque después de su ultimátum cortó la comunicación. El rapapolvo a Ben era la parte fácil, ahora venía la difícil: enfrentarse al Cazador. Marcó el número destinado a las emergencias, porque tenía prohibido guardarlo en el móvil. Tampoco le estaba permitido anotarlo. Pese a sus años, debía mantenerlo en la memoria, y estaba seguro de que primero olvidaría su nombre antes que la secuencia de guarismos. Tal era el miedo que le inspiraba el Cazador.

—¿Y bien? —preguntó una voz autoritaria al otro lado de la línea. Los saludos y convenciones sociales sobraban.

—No volverá a fallar.

—Eso dijiste la primera vez.

—Sabe lo que se juega. Es el mejor. Recuerde quién lo entrenó.

—No me interesan tus opiniones. Quiero resultados.

—Le puedo asegurar que ese policía no vivirá hasta mañana.

—Si cumples, lo sabré por los noticieros. Si vuelves a fallar, tendré que eliminar los cabos sueltos y sabes lo que eso significa. Después de que terminemos de hablar destruiré este teléfono, así que no me vuelvas a llamar.

Cuando el Cazador colgó, un sudor frío cubría la frente del Viejo, porque sabía que las palabras que acababa de escuchar no eran en balde. Confiaba en Ben, pero debía tomar sus previsiones.

Hartell, que sabía de lo que era capaz el Viejo, no perdió el tiempo después del fallo del coche bomba. En esta ocasión, no dejaría nada al azar. No se conformaría con un atentado donde mantuviera las distancias. Se aseguraría de tener al sujeto a su merced antes de cumplir su cometido. Era arriesgado, por supuesto, pero fallarle de nuevo al Viejo sería mucho más peligroso para él. Por primera vez en su vida se sintió acorralado.

A prudente distancia, desde la furgoneta que había robado esa misma mañana, el sicario observaba el *College* donde el policía y su compañero entraron después de visitar *Cadman Plaza Park*. Ahora solo tenía que esperar su oportunidad.

En el interior del *campus*, el rector Rains prometió a los detectives que acudiría a la morgue para identificar a su hijastra y que les proporcionaría una copia del expediente de Christine con todos sus datos. Luego ordenó a su secretaria que localizara a la compañera de habitación de la víctima, quien estaría en clase a esa hora. Todavía bajo la impresión que le había ocasionado la noticia, Lawrence accedió a responder a los policías.

—¿Cómo era su relación con su hijastra?

—Bastante buena. El padre de Christine las abandonó a ella y su madre cuando era muy pequeña, así que casi no lo recordaba. Después del divorcio, él se fue a vivir a Italia donde volvió a casarse y formar una familia. Se olvidó de que había dejado una hija en Nueva York. Ya Christine había alcanzado la adolescencia cuando conocí a su madre, así que para ella nuestro matrimonio resultó natural. Nunca me vio como a un padre, por supuesto, pero manteníamos una relación cordial y respetuosa. Ella agradecía que su madre no quedara sola cuando alcanzara su independencia.

—¿Quién pagaba el curso de la señorita Downer? —preguntó Cody.

—Su madre cubría todos sus gastos. Mi esposa proviene de una familia acaudalada. De hecho es una de las principales accionistas de este *College*. Y no, no conseguí el rectorado por ser su esposo. Ocurrió al revés. Después de que fui contratado para el cargo, la conocí a ella en una reunión con los accionistas, congeniamos y

terminamos en el altar.

—¿Cómo eran las relaciones de Christine con sus compañeros? ¿Tenía problemas con alguien?

—No que yo sepa. Era una estudiante promedio y como a la mayoría de los chicos de esa edad, le gustaba divertirse. Creo que solía salir con un grupo de estudiantes.

—¿Conoce sus nombres?

—Lo siento. No era algo que compartiera conmigo, pero es probable que su compañera de habitación pueda responderles esa pregunta.

—¿Por qué vivía en el *campus*? —preguntó Josh—. Quiero decir, si su familia reside en Nueva York y disponen de suficientes recursos, ¿por qué no quedarse en casa, o rentar un apartamento?

—Para Christine, el *College* no era solo un lugar de estudios. Quería disfrutar todos los aspectos de la vida universitaria. Las relaciones sociales eran muy importantes para ella.

—¿Qué hacía en *Cadman Plaza Park*? —insistió Bradbury.

—Christine practicaba yoga en su rutina diaria y le gustaba hacerlo al aire libre.

—Hay suficientes jardines en este *campus*. ¿Por qué irse hasta *Cadman Plaza Park*?

—Le gustaba mucho ese parque. En una ocasión Madeleine, mi esposa, me comentó que el padre de Christine solía llevarla allí cuando era muy pequeña. Tal vez lo recordara, o tal vez fuera su subconsciente. Es todo lo que puedo decirles.

—Es importante que hablemos con su esposa.

—Supongo que es necesario, pero les suplico que permitan que sea yo quien le dé la mala noticia y que le otorguen un poco de tiempo para asumirla.

—Por supuesto.

Los interrumpieron un par de timbrazos del teléfono del escritorio del rector. Lawrence respondió y cubrió el micrófono del auricular con una mano.

—Es mi secretaria. La compañera de cuarto de Christine espera afuera. Si lo desean, puedo cederles este despacho por unos minutos para que hablen con ella en privado. Cuando concluyan conmigo, por supuesto.

—Agradecemos mucho su colaboración, señor Rains. No tenemos más preguntas para usted, así que puede hacer pasar a la joven. Si lo desea, solicitaremos que una patrulla lo lleve hasta la morgue.

—Me parece bien. No creo que esté en condiciones de ponerme detrás de un volante. Estaré en la cafetería. Tal vez tengan alguna infusión que me ayude a calmarme. Si me necesitan…

—Le avisaremos a través de su secretaria.

El rector abandonó el despacho y dio algunas instrucciones a su asistente. En cuanto él se marchó entró una joven casi tan alta como Cody y Josh. Cuando vio a los gemelos recogió un mechón de cabello rubio claro detrás de la oreja y clavó sus ojos azules en los dos policías. Era evidente que se sentía desconcertada.

—¿Dónde está el señor Rains? —preguntó con un fuerte acento teutón.

—¿Es usted la compañera de cuarto de Christine Downer?

—Sí. Mi nombre es Regine Kahler. Somos amigas y… compañeras. ¿Le ha ocurrido algo a Christine?

—Tenemos malas noticias, señorita Kahler —respondió Josh, con amabilidad.

Después de que los detectives le explicaron a Regine lo que había ocurrido, ella estalló en llanto y tuvieron que esperar algunos minutos hasta que se tranquilizó.

—Lo lamento. Es que Christine era tan gentil conmigo… me tenía paciencia, incluso cuando *sie hat mich nicht verstanden*… «cuando no entendía a mí». ¿Lo dije bien?

—Lo comprendimos —confirmó Josh.

—Soy estudiante de intercambio. Cuando estoy nerviosa, mi inglés *ist nicht gut*… no es bueno. También me pasa en los exámenes.

—Te expresas muy bien, Regine —la animó Josh—. Entonces tú y Christine erais buenas amigas.

La joven asintió mientras se secaba los ojos con un pañuelo de papel.

—¿Cómo eran las relaciones de la señorita Downer con sus compañeros? —preguntó Cody—. ¿Tenía amigos, novio, alguien con quien se llevara mal?

Regine negó con la cabeza a las últimas palabras del policía.

—Todos queríamos a Christine. Era *guter Begleiter*… una buena compañera. Había algunos chicos que hubieran sido felices si se hubiera fijado en ellos, pero nunca manifestó preferencia por ninguno.

—¿Y por alguna chica?

—Tampoco. Le gustaban los chicos.

—Su padrastro nos habló de un grupo de amigos con los que solía salir. ¿Estabas tú en ese grupo?

Regine se encogió de hombros.

—Sí y no. Estudiamos juntos, pero yo no los acompaño cuando salen. Prefiero quedarme en la habitación para leer, o escuchar música.

—¿Puedes darnos sus nombres? —le pidió Cody—. Necesitamos

hablar con ellos.

—Por supuesto. Haré todo lo que sea necesario para *mit den Behörden zusammenarbeiten*… colaborar con las autoridades, pero si buscan sospechosos no los encontrarán entre ellos.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque ustedes acaban de decirme que Christine fue asesinada ayer, después del anochecer, y nosotros nos quedamos a estudiar juntos de cinco a doce. Ninguno de ellos pudo hacerlo.

—¿Nadie se ausentó durante todo ese tiempo?

—Uno de ellos, Buster, se fue a buscar unos apuntes que se había dejado en la habitación de su residencia, pero estoy segura de que él no tiene nada que ver.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque lo conozco bien y sé que es un buen chico.

—¿Cuánto tiempo estuvo ausente?

—Cuarenta y cinco minutos, más o menos.

—La residencia queda dentro del *campus*. Es demasiado tiempo para buscar un cuaderno —observó Josh.

—Es que no lo encontró donde lo había dejado. Entonces supo que un compañero lo cogió prestado y tuvo que localizarlo para que se lo devolviera.

—¿Se lo llevó sin avisar?

—Son muy amigos. Casi hermanos.

Josh miró a Cody. La excusa no les convenció y cuarenta y cinco minutos era suficiente tiempo para ir hasta *Cadman Plaza Park*, asesinar a Christine y regresar a tiempo.

—¿Podrías darnos el nombre del joven que se ausentó? —insistió Ryan—. Y también de los demás.

—Buster Winfield. Los demás son: Ishmael Kay y Heather Dorsey. Por cierto, creo que Ishmael le gustaba a Christine, pero solo era una apreciación mía. Nunca me lo confesó.

—¿Por qué la señorita Downer no estaba con vosotros? —preguntó Cody, mientras anotaba los nombres que había mencionado Regine.

—Christine era muy constante con la práctica del yoga. Decía que no podía concentrarse bien si no hacía sus ejercicios primero.

—¿Entonces esperabais que se reuniera con vosotros para preparar la materia?

—Esperábamos que regresara después de que terminara su rutina —confirmó Regine.

—¿Nadie se alarmó cuando no volvió? Quiero decir, pasó la noche fuera del *College*. ¿A nadie le llamó la atención?

—No. Era normal si se trataba de Christine. La materia que estudiábamos no era de su agrado. En ocasiones, después de hacer

yoga se iba a visitar a su madre que vive en la Quinta Avenida, en Manhatan. Algunas veces pasaba la noche allí. No nos sorprendió que no regresara. Nunca nos hubiéramos imaginado…

El llanto interrumpió las palabras de Regine y los detectives se sintieron culpables por no haber detenido al responsable de los asesinatos antes de que cobrara una nueva víctima.

Capítulo 40.

Al terminar la entrevista con Regine, los dos detectives decidieron comprobar la coartada que la joven estudiante proporcionó a sus amigos. Según ella, se habían reunido en la Biblioteca, así que se encaminaron hacia allí. La declaración de la señorita Kahler quedó confirmada después de una corta conversación con la encargada.

—¿Y ahora qué? —preguntó Cody, sin poder disimular su frustración.

—Lo mejor será ocuparnos de esa resaca, antes de que me muerdas.

Ryan fijó su mirada en él, con expresión ofendida.

—Yo no muerdo.

—Tengo mis dudas al respecto. Vamos a la cafetería. A mí me hará bien un café cargado y a ti, mi fórmula especial.

—¿Qué tiene esa fórmula? —preguntó Cody con preocupación.

—Confía en mí.

Esas tres palabras consiguieron el efecto contrario: una profunda desconfianza. Se encaminaron a la cafetería del *College*. Josh con buen ánimo y Cody casi arrastrando los pies. Rains ya debía haberse marchado a la morgue, porque no se le veía por ninguna parte. Se sentaron, y el camarero se les acercó.

—¿Qué desean tomar los señores?

—A mí me trae un café —respondió Bradbury, mientras escribía en una servilleta—. Con azúcar y sin leche. Y que el cocinero prepare esta mezcla y se la trae al caballero en un vaso —ordenó, mientras le entregaba la servilleta al confundido empleado.

El camarero leyó la nota y miró a Josh a los ojos.

—¿De verdad se va a tomar esto?

—¿Qué es? ¿Qué lleva? —preguntó Cody, preocupado.

—Nada que no necesites —insistió su hermano, antes de dirigirse al camarero—. Usted, pídale al cocinero que lo prepare.

El empleado se encogió de hombros con indiferencia. En aquel lugar se veían bichos raros, pero estos gemelos superaban cualquier expectativa. Regresó al cabo de pocos minutos con una taza de café humeante y un enorme vaso lleno de un líquido verdoso y espeso. Cuando Cody vio aquella cosa frente a él, se dijo a sí mismo que no había razón para dejar que Josh se saliera con la suya.

Su gemelo dio pequeños sorbos a su bebida caliente. Cody miró su vaso con aprehensión, sin decidirse a probar esa mezcla verde.

—¿Qué tiene?

—Vitaminas y minerales que ayudarán a tu cuerpo a librarse de

las toxinas con las que lo inundaste durante tu noche de juerga.

—Sabes bien que yo no estuve de juerga —se defendió Ryan, aunque sus palabras no impresionaron a su hermano—. ¿Por qué debería tomar algo que ni siquiera sé lo que es?

—Vamos, Cody, no seas crío.

—Será mejor que nos pongamos en camino —sentenció Ryan mientras se levantaba de la mesa—. Tenemos mucho trabajo que hacer.

—No me moveré de aquí hasta que vea el fondo de ese vaso.

Cody miró la bebida de reojo. Josh estaba decidido y ya había demostrado lo terco que era. No podía ser tan malo. Cogió el vaso y bebió un sorbo. Tuvo que contenerse para no escupir lo que había probado.

—¡Es asqueroso!

—Es nutritivo y muy efectivo. Te quitará la resaca. ¿Quieres pasar el resto del día como si te hubieran apaleado?

Cody levantó el vaso y tomó todo su contenido sin respirar, mientras Josh lo observaba con una sonrisa de satisfacción.

—Es lo más desagradable que he probado en mi vida. Vamos.

Salieron del *College* en dirección a la Estación. Los apremiaba el tiempo para identificar y detener al asesino antes de que volviera a matar. En cuanto el coche de Eleonora se asomó por la puerta, Hartell encendió la furgoneta y comenzó a seguirlos a prudente distancia. El poli iba acompañado por su compañero. Debía esperar a encontrarlo solo.

Llegaron al recinto policial después de sortear varios atascos. Antes de entrar al Departamento de Investigaciones, Ryan llenó un vaso con agua de un dispensador y se lo bebió de un solo trago ante la mirada divertida de su compañero.

—Todavía conservo el mal sabor de boca de tu asquerosa bebida —le confesó Cody a su gemelo.

—Me lo agradecerás cuando desaparezca la resaca.

El Departamento de Investigaciones era un hervidero de actividad. De un vistazo comprobaron que Short y Peck no estaban en sus correspondientes lugares de trabajo. Ellos avanzaron hacia sus propios escritorios, al mismo tiempo que el jefe Powers se les acercaba.

—El juez aprobó la prueba de ADN de los padres —les anunció en cuanto llegó junto a ellos—. Ya criminalística ha enviado el equipo para proceder a la recolección. Si es que lo conseguimos.

—¿Ha habido resistencia?

—No por parte del padre de Theresa. Él accedió a colaborar, pero el padre de Amie no reaccionó bien. Llamó a su abogado, quien interpuso una queja. Podrían revocar la orden judicial de la

que disponemos.

—Creí que su prioridad era que detuviéramos al asesino de su hija —comentó Josh.

—Que se niegue a ser considerado como un sospechoso más, no significa que no quiera que resolvamos el caso. No debe ser fácil que te señalen como el violador y asesino de tu propia hija —lo defendió Ryan.

—Sabes que necesitamos hacer esto para poder descartarlo. No podemos asumir que no fue él, solo por argumentos morales.

—Soy consciente de ello, Josh, pero no deja de ser una situación muy delicada.

—Esta discusión es estéril —dijo Lyndon en tono cortante—. La decisión está fuera de nuestras manos, así que esperaremos el dictamen de la Corte y actuaremos en consecuencia.

Antes de que ninguno de los gemelos pudiera replicar, Short y Peck cruzaron la puerta. Sus rostros revelaban que no habían sido exitosos en su tarea. Los seguía Natalie, que los vio pasar frente a su despacho.

—¿Theresa? —preguntó Josh.

Short asintió.

—Volvimos a interrogarla —les confirmó Jez—. Puse en práctica todos mis conocimientos sobre kinesia, así como mi experiencia. La chica dice la verdad. No protege a nadie.

—Eso quiere decir que ninguna persona ajena a sus familias pudo entrar en el ático. Con excepción del pastor —puntualizó Josh.

—O que si alguien lo hizo, la señorita Slater no lo sabe —argumentó Powers—. ¿Qué podéis decirnos del tercer homicidio? ¿Aporta algo nuevo a la investigación?

Cody se acercó a la pizarra donde estaban expuestas todas las evidencias del caso y anotó los nuevos datos, luego se encaró a los demás y les explicó todo lo que sabían hasta ese momento.

—Este homicidio se parece más al primero que al segundo —comentó Keen—. Me resulta interesante el joven que se ausentó de la Biblioteca por casi una hora. ¿Cómo se llama?

—Buster. Buster Winfield.

—Tenemos que hacerle venir para interrogarlo —opinó Josh.

—Estoy de acuerdo —dijo Natalie—. Me ocuparé de las citaciones a él y los otros chicos.

Ryan miró la pizarra con atención. Ya el dolor de cabeza casi había desaparecido y se sentía mejor. Tenía que reconocer que la fórmula de Josh había funcionado. Aunque sería capaz de cualquier cosa con tal de no volver a probarla.

—¿Qué se nos escapa? —preguntó en voz alta.

—Saltamos de sospechoso en sospechoso —comentó Josh—,

pero sin avanzar un ápice.

—De los que consideramos en el primer asesinato, solo uno carecía de coartada para el segundo…

—Zack Baniter. El prometido de Marianne —confirmó Herman.

—Os recuerdo que Baniter resultó descartado por el ADN.

—Lo cual nos deja con los sospechosos del segundo caso —precisó Cody.

—Pavone, el pastor y los padres de Amie y Theresa.

—¿Y qué hay del primo de Amie? —señaló Bradbury—. ¿Cómo se llamaba?

—John Strickland —afirmó Peck—. Tiene una sólida coartada para el asesinato de Amie. Su declaración firmada debe estar por llegar.

—¿Tenemos su ADN? —preguntó Josh.

—¿Estás sordo? Ya te dije que tiene una coartada sólida. Mientras atacaban a Amie, él estaba en una reunión con su jefe, en San Francisco.

—Tal vez su jefe miente —insistió Josh—. Por lo que nos explicó el señor Lowry, con Amie muerta él sería el heredero de un cuantioso capital. Podría haber comprado su coartada.

—Hay que ver que eres retorcido —le dijo Keen—. Strickland heredaría solo en caso de que Ralph Lowry no tuviera tiempo de hacer un testamento en el que podría dejarle todo a una ONG dedicada a la protección de gatos, por ejemplo. Además, ¿qué razón habría en ese caso para un tercer homicidio?

—La misma razón que para el primero: despistarnos. Tal vez quiera hacernos pensar que se trata de un psicópata, con la finalidad de que no lo consideremos sospechoso. Yo creo que debemos solicitar su ADN y compararlo con el encontrado en los cadáveres.

—¿Os dais cuenta que con todas esas pruebas de ADN os habéis cargado el presupuesto de este año, y ni siquiera hemos llegado a mayo? —se quejó Powers.

—El jefe tiene razón —lo respaldó Ryan—. Es muy tentador pedirles el ADN a todos los sospechosos, pero es necesario que establezcamos restricciones y nos limitemos a quienes tienen altas probabilidades de ser los autores del crimen.

Uno de los agentes de la Estación que se había aproximado a paso rápido se excusó por interrumpirlos y le entregó a Cody un sobre marrón. Ryan comprendió que debía tratarse de información importante, así que lo abrió y lo leyó con avidez. Después de unos segundos levantó la mirada hacia sus compañeros y les informó.

—Es el primer informe de los psicólogos forenses. Tal vez nos ayude a identificar a nuestro objetivo. Según ellos, se trata de un

hombre entre los treinta y los cincuenta años. Puede estar integrado a la vida social, pero debe sentir una profunda frustración. Es probable que fuera víctima de maltratos durante su infancia. Sufre de una parafilia: necesita la «asfixia erótica» para tener una función sexual normal. Eso lo frustra todavía más. Compensa esos sentimientos a través del poder que le confiere el control sobre su víctima cuando la viola y asesina.

—Así que buscamos a un loco violento que no lo parece —afirmó Josh, despectivo—. Vaya noticia. Eso podría habértelo dicho yo sin tanta palabrería.

—Tú no eres experto en la materia, Bradbury —dijo Herman—. Al menos tenemos una idea de qué es lo que motiva al sujeto. Y yo no lo llamaría loco. Este tío sabe muy bien lo que hace.

Josh decidió no replicar. Sería enfrascarse en una discusión inútil.

—¿Qué coartadas tienen los sospechosos del homicidio de Amie? —preguntó Peck.

—El pastor no tiene coartada —afirmó Josh.

—No seas pesado, Bradbury —intervino Natalie—. El ADN de Hannigen no coincide con el del violador.

—¿Y los padres de Amie y Theresa?

—Ambos afirman que pasaron la tarde en sus respectivas casas, cenaron solos y se acostaron a dormir. Ninguno puede confirmarlo.

—¿Tienen coartada para el primer homicidio? —preguntó Cody.

—El día de la muerte de Marianne, Lowry estaba en una reunión de su empresa.

—¿Y el señor Slater?

—Se encontraba en «Saint Nicholas». Algunas veces ayuda al pastor a llevar la contabilidad. Fue idea de Amie.

—¿Alguien puede corroborarlo?

—El propio Hannigen —respondió Jez—. Estaba en la iglesia cuando él llegó.

Terminaron la reunión sin haber alcanzado ninguna conclusión y regresaron a sus correspondientes mesas de trabajo a continuar con sus tareas. Cuando Josh se disponía a sentarse vio a Javi en la puerta. Estiraba el cuello de un lado a otro y era evidente que buscaba a alguien. El detective levantó la mano para llamar su atención y cuando el chico lo vio desplegó una sonrisa y se acercó a paso apresurado.

—Señor Bradbury. Que bien que lo encuentro. Mi madre no sabe que estoy aquí. He venido a ayudarlo.

Capítulo 41.

Era tentador para Josh aceptar la colaboración del muchacho, pero también tenía claro que no debía hacerlo. En especial después de que su madre les negara esa posibilidad en forma tan vehemente.

—Te lo agradezco, Javi, pero no puedes declarar si tu madre no lo autoriza.

—¡Ella no entiende nada!

—Tal vez si hablamos con tu padre…

El niño negó con la cabeza.

—Mi padre murió cuando yo era muy pequeño.

—Lo lamento mucho.

— Casi no lo recuerdo —respondió el chico con un encogimiento de hombros.

—Te diré lo que haremos. Te llevaré a casa y hablaré con tu madre.

—Ella no está allí. Siempre está en el trabajo. Además, yo quiero ayudar.

—Lo sé y te lo agradezco. A mí también me gustaría que eso fuera posible, pero no puedes hacerlo sin el consentimiento de tu madre.

Josh miró a Cody, que había permanecido en silencio, pero no perdía palabra de la conversación. Bradbury le pidió prestado el coche de Eleonora para llevar al niño a casa. Suponía que usar una patrulla no sería buena idea. Ryan no dijo nada. Solo metió la mano en el bolsillo y sacó un manojo de llaves que entregó a su gemelo.

—Conduce con cuidado.

—Por supuesto.

Bradbury hizo un gesto a Javi para que lo siguiera. El chico obedeció a regañadientes. Cuando subieron al coche, Josh le preguntó dónde vivía y él le dio una dirección. Una furgoneta blanca aparcada cerca encendió el motor y los siguió a corta distancia.

—¿Así que vives en Queens? Por el tiempo que pasas en Buswick, yo suponía que eras de allí.

—Me gusta ese barrio por las pinturas en las paredes —respondió Javier con un encogimiento de hombros—. Además, si me quedara demasiado cerca de casa, alguien le iría con el cuento a mi madre.

—¿Con el cuento? ¿Te refieres a cuando te escabulles de las clases?

—A qué otra cosa podría referirme.

—¿Por qué te escapas de la escuela, Javi?

—Porque es una pérdida de tiempo. Además, no tengo ningún amigo allí.
—¿Tienes algún amigo con quien te encuentres cuando pierdes clases?
—No tengo ninguno. Tampoco los necesito.
Josh guardó silencio por un momento porque no supo qué responder. Javi miró a través de la ventana del asiento trasero del coche y al cabo de un par de minutos volvió a hablar:
—Debe ser divertido tener un hermano gemelo.
—Sí, es genial —respondió Bradbury sin mucho entusiasmo, pues no quería entrar en detalles que el chico no entendería. Él mismo no los comprendía.
—¿No quieres saber cómo era el hombre que puso la bomba?
—Por supuesto que quiero, Javi, pero no puedo interrogarte al respecto…
—Sí, ya lo sé, sin la autorización de mi madre. ¿Tampoco puedo decirte que tenía una cicatriz en la cara?
—¿Una cicatriz? —repitió Bradbury con interés. Un detalle así podría ayudarles a identificar al sujeto. Javier se dio cuenta de que había captado la atención del detective y se animó a continuar.
—Sí, tenía una cicatriz grande, roja y fea en la mejilla, que iba desde el ojo hasta la barbilla.
—¿En qué lado?
El muchacho permaneció en silencio unos segundos, mientras se esforzaba en recordar.
—Derecho. ¿Te sirve?
—Mucho. Gracias, Javi.
Bradbury usó la función manos libres de su móvil para comunicarse con su hermano. Le informó acerca de lo que el niño le reveló para que Cody pudiera buscar en los archivos a los posibles sospechosos. Josh hubiera querido preguntarle más detalles al chico, indagar un poco más, pero sabía que no debía hacerlo. Laura, la bruja, lo crucificaría si lo intentaba. Esa mujer lo había exasperado tanto que sentía compasión por el muchacho. Por eso le sorprendieron tanto sus propias palabras.
—¿Vives solo con tu madre?
—Sí, pero compartimos la casa con su dueña.
Bradbury lo miró a través del retrovisor, desconcertado por la respuesta.
—¿Con su dueña?
—Somos de Puerto Rico, aunque yo no recuerdo nada de ese lugar. Mi padre quiso venir a Nueva York al poco tiempo de mi nacimiento, porque decía que aquí yo tendría mejores oportunidades. Y según dice mi madre, al principio nos iba bien.

Vivíamos en un bonito apartamento en Brooklyn. Luego mi padre enfermó y las facturas se acumularon, o eso dice mi madre. Al cabo de pocos meses, papá murió…

—Lo lamento mucho.

—Mamá buscó un segundo trabajo —continuó Javi—. También tuvimos que mudarnos. La señora Lockwood se había quedado viuda. Aunque la casa no es muy grande, ella dice que no necesitaba usarla toda y le hacía falta el dinero, así que nos alquiló la planta baja y ella vive en el segundo piso.

—Lo comprendo. Supongo que vosotros también le hacéis compañía.

—Es buena conmigo. Algunas veces me regala pastelillos y cosas así, pero también le cuenta todo a mi madre.

—¿Por eso te vas a Buswick cuando te escapas de la escuela?

Javi asintió con la cabeza, aunque Josh no podía verlo porque tenía centrada su atención en la vía.

—La señora Lockwood no tiene nada que hacer en todo el día, así que pasa mucho tiempo junto a la ventana, además de que saca a pasear a su perro cuando está aburrida, así que es fácil encontrarla en el barrio a cualquier hora.

—¿No crees que si tu madre se esfuerza tanto que tiene dos empleos, deberías ser más considerado con ella y asistir a clases?

—Ella nunca me escucha —se excusó Javi.

—No creo que esa sea una buena razón para que le mientas.

—Eres como todos los adultos. Yo creí que serías diferente y me comprenderías.

—¿A qué te refieres con «todos los adultos»?

—Los mayores que conocen a mi madre siempre pretenden decirme lo que tengo que hacer, pero a ninguno le importa lo que yo quiero.

—¿Tu madre tiene muchos amigos?

¿Por qué había preguntado eso si no era asunto suyo y no le importaba? Sin embargo, esperó ansioso la respuesta.

—En realidad, tiene más amigas. Compañeras del trabajo y eso.

—¿No hay nadie que haya pretendido sustituir a tu padre en todo este tiempo? Quiero decir, así recibiría ayuda.

—Tú lo que quieres saber es si mi madre tiene novio. ¿No es así? —dijo el muchacho con una sonrisa de picardía—. Puedes estar tranquilo, no lo tiene. Y tú tienes mi aprobación.

—¿De qué hablas?

—Te gusta mi madre, ¿verdad? Me di cuenta cuando la viste por primera vez.

—¡Claro que no!

—¿No te gusta?

—Tampoco dije eso —se defendió Bradbury—. Verás, es que ya tengo novia.

—¿Ah, sí? —preguntó Javi con un deje de decepción—. ¿Y quién es?

—Una chica que trabaja en la Estación —respondió Josh, mientras pensaba en Natalie. Aunque afirmar que existía un noviazgo entre ellos era una temeridad, él tenía la esperanza de que llegara a serlo.

—¿Es policía?

—Abogada.

—¿Es bonita?

—Mucho.

—¿Más que mi madre?

—Ya llegamos —afirmó el detective con alivio, mientras aparcaba.

Se apearon del coche. Lo primero que vio Josh fue un restaurante de comida mexicana que hacía esquina. A su lado había una casa de dos pisos con fachada de ladrillos grises. Javi avanzó en dirección a la entrada, pero el policía vio de reojo que alguien se asomaba a una de las ventanas de arriba y detuvo al muchacho.

—¡Un momento, Javi! Será mejor que esperes con la señora Lockwood hasta que regrese tu madre.

—¿Por qué? Ya soy mayor y no necesito que me cuiden —afirmó con orgullo—. Siempre me quedo solo en casa cuando regreso de la escuela hasta que vuelve mi madre.

—Tú, hazme caso —respondió Josh, a quien no le gustaba la idea de dejar entrar al chico solo, sin haber revisado primero la vivienda para asegurarse de que era segura, pero al mismo tiempo comprendía que no podía hacer eso, pues se consideraría un allanamiento.

Javi suspiró con resignación. ¿Por qué ningún adulto lo tomaba nunca en serio? Ambos subieron por las escaleras y accedieron por una puerta lateral al segundo piso. Al cabo de unos segundos les abrió una sonriente anciana, la misma que no les había perdido de vista desde que llegaron en el coche. Después de agradecerle al amable policía que regresara al niño sano y salvo a casa, le ofreció a Javi galletas y leche mientras esperaba a su madre, y cerró la puerta en las narices de Josh.

Sentado detrás del volante de la furgoneta, Hartell decidió que esa era su oportunidad, así que mientras Bradbury bajaba las escaleras, él se apeó del vehículo y se acercó a su objetivo.

Mientras el detective se ocupaba de regresar a Javi a casa, en la Estación recibieron una denuncia que les preocupó. Se trataba del robo de un vehículo en la misma calle de donde se habían llevado el

coche que utilizó el asesino que cometió el atentado.

—¿Crees que sea casualidad? —le preguntó Anushka a su compañero.

—Es posible, pero también podría tratarse del mismo sujeto, que por alguna razón encuentra esa calle idónea para conseguir los vehículos que necesita.

—¿Por qué una furgoneta? Es menos eficiente que un coche para escapar.

Tasker se quedó pensativo por un momento. Las conclusiones a las que llegó le erizaron la piel.

—Es el vehículo ideal si quieres secuestrar a alguien. ¿Dónde están Ryan y Bradbury?

Ambos detectives se levantaron de sus escritorios en el Departamento de Crimen Organizado y corrieron hasta Investigaciones. Sin mediar palabra se acercaron a Cody, que estaba concentrado en la pantalla del ordenador. Buscaba alguien en los expedientes criminales que tuviera una cicatriz como la que describió el testigo.

—¿Dónde está tu hermano? —le preguntó Tasker cuando llegó a su lado.

Desconcertado por la interrupción, Ryan les respondió con una corta explicación. Ellos, a su vez, le hablaron de sus sospechas acerca de la furgoneta.

—Es posible que tengáis razón —reconoció Cody—, pero acabo de hablar con Josh hace unos minutos y estaba bien.

—Será mejor que lo llames de nuevo para advertirle. Que esté atento a una furgoneta blanca. Podría estar siguiéndolo.

Cody asintió. Usó su móvil para comunicarse con su hermano. El teléfono repicó una, dos, tres veces, mientras Ryan sentía que el corazón aumentaba sus pulsaciones y lo recorría un sudor frío.

—Vamos, Josh. Coge el teléfono de una maldita vez —murmuró sin poder contenerse.

Le respondió una voz femenina, fría y mecanizada.

—«El usuario del número que usted ha marcado no puede ser localizado en este momento. Por favor intente su llamada más tarde».

Capítulo 42.

Josh despertó con un dolor de cabeza espantoso. En un primer momento se sintió confundido. Lo último que recordaba era que bajaba las escaleras de la señora Lockwood y un sujeto se le acercó como si quisiera preguntarle algo. Usaba un suéter con capucha que le cubría parte de la cara, por lo que el policía no vio la cicatriz en la mejilla hasta que fue demasiado tarde. Antes de que pudiera reaccionar, ya el sicario había descargado una cachiporra sobre su cabeza. Todo lo demás fue oscuridad.

Ahora se encontraba tendido en la parte posterior de un vehículo en movimiento. Supuso que se trataba de una furgoneta y recordó que había visto una de color blanco por el espejo retrovisor mientras conversaba con Javi. ¿Cómo pudo ser tan descuidado?

Trató de incorporarse y comprendió que tenía las manos atadas a la espalda y los pies a la altura de los tobillos. También lo habían amordazado. En la medida en que superó el estupor de los primeros momentos de conciencia, comprendió lo precaria que era su situación. Había caído en manos del hombre que trató de balearlo y de hacer volar por los aires a Cody. Era evidente que el sujeto quería muerto a uno de los dos. Suponía que en ese momento ya no importaba quién era el verdadero objetivo. Era él quien había caído en la trampa.

Josh se agitó con la intención de aflojar sus ataduras, pero enseguida comprendió que era inútil. El asesino usó sus propias esposas para sujetarle las manos, y bridas de plástico en los tobillos. Si persistía, solo conseguiría lacerarse la piel. El detective no podía ver al exterior, así que no tenía idea de dónde se encontraban, pero su angustia aumentó cuando el vehículo redujo la velocidad. A los pocos segundos se había detenido.

En la oscuridad del habitáculo cerrado, Bradbury no podía ver casi nada, pero pudo oír el golpe de la puerta del chófer en cuanto este se apeó. Enseguida escuchó el roce del metal al desplazarse sobre el rail y la luz invadió la cabina, lo que lo obligó a parpadear. En un primer momento solo pudo ver la silueta de su verdugo, quien cogiéndolo por la chaqueta lo arrastró fuera de la furgoneta sin mayores consideraciones. Inmovilizado por sus ataduras, Josh no pudo amortiguar el golpe contra el suelo cuando su secuestrador lo dejó caer desde el interior del vehículo. A través de la mordaza, la maldición se convirtió en un gruñido.

Con un enorme esfuerzo, Bradbury se repuso de sus temores y detalló su entorno. Debía conservar la calma si quería tener una oportunidad. Sus esperanzas se frustraron en cuanto comprendió

dónde estaban. El asesino lo había llevado a un lugar apartado: una carretera bordeada por vegetación silvestre. Aunque estaba asfaltada, por el deterioro del pavimento comprendió que era poco transitada. En los alrededores solo había campo abierto y arbustos. El olor a tierra húmeda inundaba el ambiente y el frío se apoderó del policía.

El hombre de la cicatriz se acercó a él con una pistola semiautomática. Seguro que se trataba de la misma que había usado cuando lo baleó. Bradbury recordó el coche que recibió los impactos y la facilidad con la cual las balas atravesaron el metal y sintió un escalofrío. Miró al rostro del asesino. Era más joven de lo que el policía hubiera esperado, pero sus ojos, de un castaño casi amarillo, eran duros y fríos como los de un depredador. Javier había descrito la cicatriz a la perfección: era roja, fea, y se extendía desde el ángulo del ojo hasta la barbilla, y le cruzaba toda la mejilla derecha. Usaba una barbita tipo candado, que no mejoraba el conjunto del rostro.

Josh perdió el interés en el aspecto del asesino cuando este apoyó el cañón del arma en su frente. De nada serviría detallar su rostro si no sobrevivía para describirlo. El corazón le golpeaba el pecho con furia y se alegró de estar tendido en el suelo, porque sentía las piernas débiles como si fueran de gelatina. Se esforzó en concentrarse y pensar cómo salir de esa situación imposible, pero no se le ocurría nada. Iba a morir y lo que más lamentaba era que lo haría en un lugar solitario, frío y húmedo, sin haber averiguado quién era, o por qué alguien lo quería muerto. Ni siquiera sabía si esa bala que estaba a punto de deshacer su cabeza era para él, o para Cody.

—Mmmmmm.

Sus palabras quedaron ahogadas por la mordaza. Al hombre de la cicatriz no le interesaban sus esfuerzos por comunicarse, así que puso el dedo en el gatillo.

—Mmmmm —repitió el sentenciado, al mismo tiempo que abría los ojos con desesperación.

Al parecer despertó la curiosidad de su verdugo, porque este bajó la pistola, sacó una navaja y le quitó la mordaza. Luego regresó el cañón de la pistola a su lugar: la frente del policía.

—Di lo que tengas que decir y acabemos de una vez.

—¿Por qué?

—Has molestado a gente a quienes no les gusta que se les acerquen. Para ellos eres como un moscardón incómodo que hay que eliminar.

—¿Quiénes son? —Hartell frunció el ceño, no muy dispuesto a responder—. Estás a punto de volarme la tapa de los sesos. Dentro

de pocos minutos estaré muerto. ¿Qué puedes perder por decírmelo?

—¿Qué puedo ganar? No delato a mis clientes. No es bueno para el negocio.

—Voy a morir. Solo quiero saber por qué.

—Te lo diré: hiciste preguntas sobre algo en lo que nunca debiste meter tus narices. Me ordenaron quitarte del medio y por eso vas a morir. Es todo lo que necesitas saber.

—Al menos dime cuál es la investigación que me trajo hasta aquí.

—Esto se está prolongando demasiado —protestó el asesino con impaciencia—. Cada minuto que pasamos aquí es un riesgo, así que encomiéndate al Dios en el que creas, porque pronto te reunirás con él.

Josh sintió un sudor frío cuando el sicario quitó el seguro sin retirar la pistola. Sentía el frío del cañón en la frente y vio el dedo que se desplazaba por el gatillo. Cerró los ojos. Tal vez era un cobarde por hacerlo, pero no le encontró sentido a contemplar su propia ejecución. Entonces escuchó una fuerte detonación seguida de gritos. Por un momento creyó que todo había terminado, pero entonces recuperó la lucidez. Con los sesos vueltos puré por una bala no escucharía nada. ¿O sí?

Todavía temblaba sin control, pero se obligó a mirar. Entonces vio al asesino tendido en el suelo frente a él. Se quejaba y lloraba mientras se sujetaba el hombro derecho. La sangre se escurría entre los dedos que presionaban la herida. La misma mano que segundos antes sostenía la pistola homicida, ahora colgaba inerte y sin fuerzas. La pistola se encontraba en el suelo, a pocas pulgadas de ambos. Hartell siguió la mirada del policía y quiso alcanzarla con la mano izquierda, pero Bradbury usó sus pies para alejarla de ambos.

Antes de que comprendiera qué era lo que había ocurrido, o cómo era que todavía estaba vivo, sintió que alguien le apoyaba la mano en el hombro y lo sacudía con suavidad.

—¿Te encuentras bien, Josh?

Él levantó la mirada. Era Cody quien estaba a su lado y lo contemplaba con evidente preocupación. Sostenía su arma reglamentaria. Bradbury solo acertó a asentir porque se había quedado sin voz.

Al siguiente instante, el sicario estaba en el suelo boca abajo rodeado por uniformados y detectives. Tasker y Nehru también se acercaron.

—¿Estás herido, Bradbury?

Josh lo pensó por un momento. Sentía como si el alma se le hubiera fugado del cuerpo y era probable que en ese preciso

momento, un gatito recién nacido tuviera más fuerzas que él, pero no creía que estuviera herido. Tal vez conmocionado. Negó con la cabeza, al mismo tiempo que hacía un esfuerzo por articular las palabras.

—Creo que estoy bien —balbuceó.

Cody lo desató. Cortó las bridas de plástico que sujetaban sus tobillos y abrió las esposas con la llave que recuperó de los bolsillos de Hartell. Al sentirse libre, Josh hizo el intento de incorporarse.

—Tómalo con calma, hermano —le aconsejó Cody—. Has pasado por una experiencia muy traumática. La ambulancia viene en camino. Lo más prudente es que ellos te evalúen.

—¿Me has llamado hermano?

La palabra era lo único que había impactado el cerebro de Josh, con más fuerza que si hubiera sido la bala del asesino.

—Es lo que somos, ¿no es así? Dos hermanos a quienes separaron al nacer, pero que todavía tenemos un lazo inquebrantable.

Sin saber cómo, ambos terminaron envueltos en un abrazo, que devolvió las fuerzas a Josh como si tuviera baterías que se recargaran con el afecto.

—Gracias Cody. He sido un estúpido y un descuidado al no percatarme de que me seguían. Vaya poli estoy hecho. Me habéis salvado la vida. ¿Cómo supisteis…?

—A quien debes agradecérselo es a Joktan y Anushka. Recibieron la notificación del robo de la furgoneta y la relacionaron con el coche que usó el sicario para trasladarse durante el atentado con la bomba. Cuando me lo contaron decidimos avisarte para que te mantuvieras alerta, pero el móvil estaba fuera del área de cobertura.

—Supongo que fue lo primero que me quitó este sujeto, después de noquearme con un golpe en la cabeza.

—Cuando no pudimos contactarte sospechamos que ya estabas en sus manos. Era evidente que robó la furgoneta para secuestrar a su víctima y llevarla a un sitio apartado donde pudiera eliminarla sin margen de error, así que enviamos una orden de búsqueda para el vehículo y la matrícula. Una patrulla lo identificó y nos dio aviso. Entonces organizamos el rescate.

—¿Dónde estamos?

—En una zona poco habitada de *California Road*.

Las luces de la ambulancia que se acercaba los distrajeron por un momento. Uno de los socorristas se acercó al detenido para proporcionarle los primeros auxilios por la herida del hombro. Otros dos corrieron hacia Josh.

—¿Te confesó algo importante? —le preguntó Cody, antes de

que los sanitarios los alcanzaran.

—Nada. Tengo la impresión de que le tiene mucho miedo a su jefe, quienquiera que sea. Tampoco estoy seguro de que yo fuera el objetivo —afirmó Josh.

—Será mejor que averigüemos cuál de nosotros debía morir y por qué. Es muy probable que ante el fracaso de este asesino envíen a otro. Por cierto, cuando todo esto termine me gustaría que vinieras a cenar a casa un día. Quiero presentarte a mi familia.

Capítulo 43.

Una ambulancia se llevó a Bradbury al hospital, mientras Tasker y Nehru acompañaban al detenido en otra. Aunque Josh afirmaba que se encontraba bien y estaba eufórico por seguir con vida, los sanitarios decidieron que lo mejor sería llevar a cabo algunas pruebas. Les preocupaba el golpe en la cabeza y que hubiera permanecido inconsciente, nadie sabía por cuánto tiempo.

Más tranquilo porque su hermano quedaba en buenas manos, Cody decidió regresar a la Estación en una patrulla. Había mucho que hacer todavía con respecto al Demonio de Brooklyn y ahora contaban con un efectivo menos, pues era poco probable que su compañero pudiera reincorporarse ese mismo día.

Al menos llegaron a tiempo y detuvieron al autor de los atentados. Tal vez ahora encontrarían alguna información fidedigna acerca de quién había puesto precio sobre la cabeza de uno de ellos y por qué.

Josh se sentía un poco tonto acostado en la camilla de la ambulancia. Pese a que insistía en restar importancia a lo ocurrido, lo cierto era que no le cabía el alma en el cuerpo y tenía una extraña sensación de irrealidad. Los socorristas comprendían bien el fenómeno. Sabían que estaba en estado de choque y que lo más prudente era llevarlo al hospital pese a la resistencia que opuso desde el principio.

Las siguientes horas fueron de evaluaciones médicas, analíticas, radiografías, pruebas y más evaluaciones médicas. Al final, una doctora le anunció con una sonrisa lo que él ya sabía: todo estaba bien. Sin embargo, el golpe en la cabeza había sido muy fuerte, por lo que tenía una leve conmoción cerebral, así que lo mantendrían en observación el resto del día.

Josh detestaba los hospitales. Su asepsia, su orden meticuloso, su supremacía sobre todo aquel que no vistiera una bata blanca. Solo incapacitado aceptaría permanecer ingresado. Y esa no era la situación. Así que decidió marcharse contra orden médica. Prometió que se iría a su hotel y se quedaría en su habitación como un chico bueno. ¿Tenía quien pudiera hacerle compañía mientras superaba las horas más críticas? ¡Por supuesto! Su hermano gemelo se haría cargo.

Así que Bradbury mintió como un político en campaña para que le permitieran marcharse del hospital. Usó su labia para convencer a la enfermera de que no era necesario que se pusiera en comunicación con su familia. Ya se encargaría él de avisarles. Al final consiguió convencerlos y se sintió liberado cuando pudo

marcharse

Josh sabía que no podía regresar a la Estación. Powers lo colgaría de las orejas si se enteraba de su fuga. Decidió aprovechar la oportunidad para investigar el asunto que más le preocupaba: Haylie. Debía planificar bien lo que haría y sacarle provecho a esas pocas horas, pues al día siguiente se vería de nuevo inmerso en el caso que aparecía en la primera plana y mantenía el interés de cada neoyorquino que no estuviera en estado comatoso.

Lo primero que hizo Bradbury fue llamar a Fuentes para preguntarle qué pudo averiguar de los Nichols. Después de una laboriosa investigación, el amigo de Emilio encontró una familia que encajaba en la descripción proporcionada por Bradbury. Uno de sus miembros, una chica, se fue a Nueva York antes de terminar el *High School* y murió en la Gran Ciudad un año después, en 1985.

—¡Tiene que ser ella! —exclamó Josh con tono triunfal—. ¿Sus padres viven, tenía hermanos, sobrinos?

Fuentes dudó por unos momentos antes de responder.

—Muy bien. Supongo que si era tu madre tienes derecho a saber sobre ella. Sus padres murieron hace pocos años. Tenía dos hermanos y una hermana. Ellos se fueron a otros estados. No he podido averiguar dónde se encuentran ahora. En Arizona solo queda su hermana mayor. Espera, déjame ver por aquí, que tengo anotado su nombre… Sí, aquí está: Betsy Sherman.

Fuentes le prometió enviarle por mensaje de texto la dirección y el teléfono de la señora Sherman, de soltera Nichols.

—Gracias, Emilio. Eres un gran amigo —lo alabó Josh.

—Deja de hacerme la pelota. ¿Qué tal te va por la Gran Ciudad?

—Bien. Tenemos mucho trabajo.

—Lástima. Si te va bien te acostumbrarás y no querrás regresar. ¡Y yo te necesito aquí, maldita sea!

—Gracias por el reconocimiento, y por la indagatoria. Me has hecho un gran favor.

Emilio colgó con una maldición. Josh reflexionó sobre su tía. ¿Tendría alguna información sobre Haylie y lo que ocurrió durante el embarazo y el parto? Era muy probable. Por lo general las hermanas se hacían confidencias. ¿O no?

De la euforia pasó a la depresión cuando comprendió que los datos proporcionados por Fuentes no le servirían por el momento, aunque Betsy accediera a hablar con él. Arizona estaba demasiado lejos. Powers jamás le permitiría abandonar Nueva York hasta que detuvieran al Demonio de Brooklyn.

Tal vez pudiera entrar en contacto con ella y conseguir alguna respuesta por teléfono, pero no podría llevar a cabo un interrogatorio en condiciones. Entonces recordó las indagaciones

que realizó con respecto a los empleados de «Spardise». Ellos también conocieron a su madre y tendrían información privilegiada. Además era probable que todavía vivieran en Nueva York. Cody no tuvo suerte con Tofts, el abogado, pero todavía había tres nombres escritos en el papel que guardó con prisas cuando indagó en los archivos del *IRS*.

Sacó su billetera y allí estaba, doblado con cuidado y oculto detrás de una de sus tarjetas de crédito. Leyó los nombres. El primero era Reynolds Tofts, a quien podía descartar a causa de su demencia senil. Luego había tres nombres más: Charles Pearson, Esther Bonnet y Norman Hartell. Ninguno le resultaba familiar. Necesitaba información sobre ellos, pero ¿cómo conseguirla sin tener acceso al ordenador de la Estación? No podía pedírselo a Cody. Su hermano estaba demasiado ocupado. Todos lo estaban. Sin embargo, podía usar en su favor la curiosidad innata de Jezebel. Tal vez si la manipulaba y sabía tocar las teclas correctas… Se sintió un canalla por lo que iba a hacer, pero se convenció a sí mismo de que era por una buena causa.

Llamó al móvil de Peck, que en ese momento debía estar hasta las cejas de trabajo. No fue difícil. Jez le prometió que en cuanto dispusiera de unos minutos de descanso, los aprovecharía para entrar al sistema y averiguar qué había sido de los tres empleados de «Spardise». Le avisaría cuando supiera algo.

Horas antes, en cuanto Cody llegó a la Estación llamó al hospital para informarse sobre la salud de su compañero. En ese momento le respondieron que estaba bien, pero lo dejarían ingresado para mantenerlo bajo observación hasta el día siguiente. No sería fácil prescindir de Josh, pero al menos estaba tranquilo porque sabía que en el hospital le proporcionarían los cuidados que necesitara. De manera que Ryan, sin saber lo que su hermano se traía entre manos, se concentró en su trabajo. Cuando encendió el ordenador comprobó que Tash había realizado la autopsia de Christine de inmediato, tal como lo prometió. El ataque a la chica era una copia al carbón de los otros crímenes: el asesino la golpeó para poder controlarla y cubrió su cabeza con una bolsa plástica, para asfixiarla hasta la muerte mientras la violaba.

Cody recordó que frente al homicidio de la enfermera, Josh usó unas palabras precisas para describir la parafilia del homicida: «asfixia erótica». Con Marianne existía la posibilidad de que la intención del agresor no hubiera sido asesinarla, que tal vez el violador no supo detener la asfixia a tiempo. Ahora tenían claro que los homicidios sí habían sido intencionales. Ninguna de las tres chicas tuvo oportunidad. Ni la tendría la próxima víctima si no lo detenían pronto.

—¡Lo tenemos! —exclamó Short en voz alta con tono triunfal.

—¿A quién tenemos? —preguntó Ryan, que sintió un hilo de esperanza.

—Al Demonio de Brooklyn. Esta vez cometió un error grave —afirmó el corpulento policía, mientras se acercaba a la impresora para recoger unos papeles que enarboló como si fueran una bandera.

Powers, que se aproximaba en ese momento, alcanzó a escuchar al eufórico detective.

—¿De qué hablas?

—Cuando el padrastro de Christine acudió a la morgue a reconocer el cuerpo, le mostraron sus pertenencias personales. También las identificó, pero echó de menos el móvil. La víctima usaba un teléfono de última generación que no encontraron en la escena del crimen. El forense nos avisó de inmediato. Es de un modelo que puede rastrearse, así que solicité a la empresa que los fabrica que triangulara su posición. En cuanto me proporcionaron las coordenadas hice un llamado. Respondió una patrulla que se encontraba cerca de la zona. Detuvieron a un sujeto que trataba de deshacerse de él en una tienda de empeño. Ya lo traen a la Estación.

—¡Excelente! —exclamó Powers—. Buen trabajo, Short.

—Gracias, señor.

—No quiero ser aguafiestas, pero creo que debemos ser prudentes antes de sacar conclusiones —advirtió Ryan.

—Vamos Cody. No seas agorero —le reclamó Jez, que palmeaba el hombro de su compañero para felicitarlo—. Es la primera buena noticia que tenemos desde que comenzó este caso.

—Sí, estoy de acuerdo. Y no dudo que el teléfono y el ladrón nos proporcionarán información muy útil, pero el asesino ha demostrado ser demasiado listo como para cometer un error tan trivial.

—Aguardemos a tener aquí al sujeto para llegar a conclusiones —sentenció el jefe. Luego se encaró a Short y a Peck—. Interrogadlo vosotros.

—Sí, señor.

—Por mi lado os tengo malas noticias —les dijo Powers—. El padre de Amie consiguió que el juez revocara la orden que lo obligaba a proporcionarnos la muestra de ADN. Consideró que no hay suficientes evidencias para invadir la intimidad de un hombre que acaba de perder a su única hija.

—¿Qué hay del padre de Theresa?

—La orden revocada también lo ampara, así que podría negarse, pero ha decidido entregarnos la muestra en forma voluntaria. Le informó a los periódicos que no quiere que su nombre resulte

salpicado. Es profesor de un *College* y está decidido a proteger su prestigio.

—¿A los periódicos? —preguntó Ryan, que sabía lo que eso significaba.

—Así es. El abogado del señor Lowry ha denunciado nuestra solicitud en los medios de comunicación, así que preparaos para ser crucificados cuando publiquen los titulares de mañana.

—¡Demonios!

—¿Qué os he dicho sobre blasfemar?

—Que usted es el único que puede hacerlo —respondió Cody. Powers lo miró con curiosidad. No hubiera esperado una réplica de su parte. Ryan era más proclive a quedarse callado. ¿Sería que este era el hermano?

El teléfono de Cody dio un par de timbrazos con el tono proveniente de la centralita. El detective cogió el auricular y escuchó.

—Prepárenlo. Estaré allí en unos minutos —Ante la mirada interrogadora del equipo, el detective les informó—. Buster Winfield está aquí con su abogado. Veremos qué explicación tiene para los cuarenta y cinco minutos durante los cuales desapareció de la Biblioteca, mientras alguien asesinaba a Christine.

Capítulo 44.

Lo que más molestó al Cazador fue que la llamada lo interrumpió en medio de su práctica de golf. Después del segundo atentado fallido comprendió que Hartell era un imbécil y que tarde o temprano cometería un error fatal. No solo no consiguió su objetivo, sino que se dejó atrapar. No le preocupaba lo que el sicario pudiera contarle a la Policía. Por suerte era demasiado insignificante para disponer de información sensible y ya el Cazador había tomado medidas preventivas para una situación como la que atravesaban, así que después de autorizar que se le proporcionara un defensor al inútil de Benjamín Hartell, hizo la segunda llamada importante del día.

—Diga, Jefe —le respondió una voz rasposa desde el otro lado de la línea.

—Ben está fuera de juego.

—Siempre ha sido un inútil.

—Quiero que te ocupes tú mismo.

—Descuide, no tendrá quejas de mí. ¿Sigo el plan de emergencia original?

—Por supuesto. Debemos evitar que este asunto pase de ser una molestia a convertirse en un problema real. No quiero que queden cabos sueltos.

—No quedarán, jefe.

—Muy bien. Hoy recibirás la transferencia a tu cuenta. No escatimes recursos. Quiero este asunto resuelto lo antes posible.

El Cazador no llegó a escuchar el «sí, señor» servil de su lacayo. Colgó y se concentró de nuevo en su práctica de golf.

En ese mismo momento, a millas de distancia, Bradbury se alejaba del hospital a paso rápido. Dudaba sobre qué podía hacer hasta que Jez lo llamara con la información que esperaba. Investigar un evento ocurrido treinta y dos años atrás no era una tarea sencilla. Ni siquiera tenía claro que se hubiera cometido un delito. Separar a dos gemelos en el momento de su nacimiento podía ser reprochable, pero no implicaba una violación de la Ley. Recordó que entre los datos recopilados tenía la dirección donde funcionó «Spardise», así que aun cuando sabía que solo encontraría fantasmas, cogió un taxi en dirección a Queens.

El taxista lo dejó frente a un viejo edificio, cuya fachada estaba cubierta por completo por andamios. Era evidente que realizaban una remodelación a fondo y Josh se preguntó si habría llegado tarde. «Solo con treinta y dos años de retraso», pensó con amargura. Se recompuso enseguida. No se iba a rendir al primer contratiempo.

Haylie merecía su esfuerzo. Entró al edificio y se cruzó con varios obreros que lo miraron con recelo. Era evidente que sentían curiosidad acerca de quién era él y qué demonios hacía allí. Preguntó por el encargado y le señalaron a un hombre con casco naranja que se encontraba de pie frente a una mesa de dibujo en medio del vaivén de albañiles, fontaneros, electricistas y otros trabajadores de la construcción. Al detective le recordó a un director de orquesta.

El encargado apartó la vista de los planos y lo miró en cuanto Josh llegó a su lado. Frunció el ceño. En el tono de su voz se advertía el enfado.

—¿Quién es usted y cómo diablos ha llegado hasta aquí?

—Soy policía. Investigo un viejo caso que hemos reabierto. Necesito información sobre una de las oficinas que funcionaba aquí en 1985.

El encargado lo miró de arriba abajo, y antes de pronunciar palabra cogió su *walkie talkie* y dio algunas instrucciones a través de él. Entonces se dirigió de nuevo al detective:

—Esta es una propiedad privada, así que podría pedirle que se marchara y no volviera sin una orden, pero soy un hombre que cree en la colaboración con la Ley y sus representantes. Sin embargo, aquí también hay que seguir ciertas reglas. No puede permanecer en este lugar sin protección adecuada. ¿Cuánto calza? —Josh se lo dijo. El encargado lo repitió por el *walkie talkie* y continuó su explicación—. Si un cascote le cayera en la cabeza, es seguro que el Departamento de Policía de Nueva York nos pondría una demanda, así que he ordenado que le traigan algunos implementos de seguridad. Si quiere quedarse, tendrá que usarlos.

—No hay ningún problema por mi parte.

—De acuerdo. Con respecto a esa oficina que menciona, como podrá comprobar queda poco de las instalaciones originales. Este edificio estuvo abandonado más de veinte años y fue comprado en subasta por una empresa de programación. Los nuevos propietarios no quieren ni sombra de la estructura vieja, de manera que todo ha sido demolido.

La llegada de un obrero interrumpió la conversación. Traía un equipo completo de seguridad. Josh cogió el casco, las botas y los guantes y comenzó a ponérselos.

—¿No quedó ni un documento, un viejo archivo, una cafetera rota siquiera?

—Como le dije, estaba abandonado. Los anteriores dueños se habrán llevado lo que tuviera utilidad. De cualquier manera, si quiere probar suerte, en el sótano hay algunas cajas con la basura que encontramos dispersa. No creo que haya nada que le pueda

servir a alguien, pero decidimos guardarlo por un tiempo por si acaso.

Bradbury sintió que renacía un hilo de esperanza en su interior. Era una posibilidad remota que pudiera encontrar alguna información acerca de «Spardise» después de tanto tiempo, pero al menos había una posibilidad y se aferró a ella como un náufrago a su tabla.

—Me interesa registrar esas cajas.

El encargado asintió y volvió a impartir órdenes por el *walkie talkie*. Al cabo de unos segundos apareció un joven que lo guió por el interior del edificio. Llegaron a un sótano lúgubre. Algunas paredes estaban cubiertas de moho por años de filtraciones y descuido. Las goteras se escuchaban con una cadencia hipnotizadora y Josh se estremeció. Sus músculos estaban en tensión aunque él no fuera consciente de ello. Su joven guía le mostró media docena de cajas de cartón amontonadas de cualquier manera.

—Guardamos aquí hasta el último papel que encontramos —le informó al policía—, pero si me pregunta a mí, yo diría que solo es basura.

—De cualquier manera debo registrarla.

—Usted mismo —respondió el obrero con un encogimiento de hombros. Entonces le entregó un *walkie talkie*—. Tome esto. Si necesita algo solo tiene que apretar este botón y pedirlo. Estaré atento.

—Muchas gracias.

El joven frunció la nariz y salió a toda prisa. Era evidente que no le gustaba ese sótano y Josh no lo culpaba. Antes de comenzar su tarea comprobó que tenía cobertura para el móvil, pues no quería perder la llamada de Jez. Luego miró las cajas con desaliento. Quedarse en ese sótano por varias horas para remover entre papeles viejos no era su idea de una tarde ideal, pero Haylie merecía el esfuerzo, así que abrió la primera caja. Ni siquiera lo vio, solo percibió de alguna manera el brusco movimiento, el chillido agudo, el roce desagradable. Su corazón se aceleró en un instante y dio un paso atrás. Llevó la mano a su arma de reglamento con un movimiento automatizado por horas de entrenamiento, antes de comprender que solo se trataba de una rata que huyó despavorida por la presencia humana. Josh se alegró de llevar puestos los guantes que le proporcionó el encargado. Al menos lo protegerían si había más alimañas dentro de las cajas. Temió por la suerte de los documentos que estaban mal almacenados en ese sótano infesto. Era posible que la pista que necesitaba hubiera servido como alimento para las ratas.

Después de respirar con lentitud por unos segundos, consiguió recuperar la calma y volvió a centrarse en su tarea. Eso sí, se aseguró de enfocar la luz de la linterna en el interior de la caja que revisaba, para evitar nuevas sorpresas desagradables.

A pocas millas de allí, Esther Bonnet despertó sobresaltada de su siesta involuntaria. Estaba segura de que había escuchado un ruido en la puerta. ¿Sería Emily? Su vecina era muy servicial, pero también una pelmaza. Estaba convencida de que Esther debía ser una buena persona, solo porque había alcanzado a vivir noventa y cinco años. Si supiera… El ruido, un golpe seco, se repitió.

—¿Eres tú, Emily? Puedes pasar, está abierto.

La anciana escuchó los goznes de la puerta, pero no hizo ningún intento de levantarse para recibir a su vecina. La rigidez de sus articulaciones, que era consecuencia de los años, justificaba cualquier falta de cortesía. Así que se quedó sentada en su sillón antiguo de respaldo alto, como una reina en su trono que concedía audiencia. Seguro Emily venía a preguntarle si quería que le trajera algo del mercado. Su vecina se lamentaba de la soledad de Esther, que no tenía descendencia, y ya no le quedaban amigos, ni familiares vivos. Lo que Emily no sabía era que su familia había perecido al completo muchos años atrás y yacía en alguna tumba anónima en un campo de Francia. La misma Esther se aseguró de ello. Con respecto a sus amigos, nunca los había tenido, así que no podía echarlos de menos.

La vejez casi no había afectado la audición de Esther, aunque ella simulaba estar medio sorda, porque así los demás se confiaban y le revelaban información interesante que podía aprovechar. Por eso notó que los pasos de Emily eran más pesados que de costumbre y pensó que su vecina haría bien en ponerse a dieta.

El miedo invadió a Esther, al punto de relajar sus esfínteres cuando vio que no era su vecina quien había cruzado el umbral de su casa. Reconoció el rostro adusto, los ojos penetrantes y fríos, propios de la completa ausencia de empatía. Ella los identificaba muy bien, porque cada mañana los veía en el espejo.

—No ha sido fácil encontrarte, vieja. Este es un encargo que voy a disfrutar.

—¿Por qué has venido?

—Lo sabes bien.

—Nunca he hablado del asunto. He cumplido mi parte.

—Si no has contado nada es porque nadie te lo ha preguntado, pero te conozco bien, vieja. Venderías a tu madre si ello te beneficia. ¡Ah, verdad! Ya lo hiciste.

El visitante caminó por el salón hasta el sofá y cogió uno de los cojines.

—¿Por qué ahora, después de tantos años?

—Porque estás a punto de recibir la visita de alguien que podría hacerte pensar que te conviene hablar. Y eso es algo que no podemos permitir.

—¡No lo hagas! Tengo dinero. Mucho dinero. Mi parte y la de Charles. Él me dejó todo lo que tenía.

—¿Te lo dejó, o tú se lo arrebataste? Tú eres una arpía y Pearson era un idiota. Estoy seguro de que lo ayudaste a pasar a mejor vida para quedarte con lo suyo.

—Por supuesto que no. A Charles siempre lo amé.

—A mí eso me da igual. Yo solo estoy aquí para hacer mi trabajo.

—Déjame vivir —le rogó la anciana—. Él no tiene por qué saber que me perdonaste la vida.

—Él siempre lo sabe todo. Además, ¿por qué debería perdonarte? Para ti siempre fui un insecto bajo la suela de tu zapato. Como te dije, voy a disfrutar mucho este encargo.

Esther comprendió que estaba llorando cuando sintió la humedad en sus mejillas. Después de tantos años y tantas víctimas, al final las tornas cambiaban el curso de su vida y la dejaban del lado más vulnerable. Cuando la tela del cojín cubrió su rostro y el aire dejó de refrescar sus pulmones, su último pensamiento fue para su madre, quien murió por su culpa setenta y ocho años atrás.

Capítulo 45.

Herman y Jezebel entraron en la habitación de interrogatorios donde los esperaba un hombre que parecía tener más de sesenta y cinco años, aunque según su expediente solo contaba cincuenta y dos. Cuando advirtió la presencia de los detectives los miró con unos ojos de color azul pálido un poco desenfocados. Con nerviosismo se mesó los cabellos grises y grasientos, se rascó la barba y luego entrecruzó los dedos de ambas manos.

Jez observó e interpretó cada movimiento. Detalló al sospechoso: la postura caída de los hombros, la cabeza gacha, la ropa hecha harapos y las manos cubiertas con mitones. El hombre que tenían al frente era la viva imagen de la desesperanza. A Peck le resultó difícil imaginarlo como el homicida que no había dejado evidencias claras a la Policía, después de cometer tres crímenes.

A su lado se sentaba uno de los abogados de oficio que solían ocuparse de los casos de la Estación. Era eficiente, pero rutinario. Carecía de esos destellos de genialidad de los que hacían gala los mejores en su profesión, y el exceso de trabajo no contribuía con su desempeño, pues en general no disponía de tiempo para preparar sus casos en profundidad. Se limitó a murmurar un saludo y esperar.

—Jace Hill —dijo Short con voz atronadora—. Ese es su nombre. ¿No es así?

El aludido lo miró como si no le hubiera comprendido. Entonces se encogió de hombros y volvió a bajar la cabeza.

—Es cierto. Alguna vez me llamaron así. Cuando todavía tenía una vida. Ahora todos me conocen como «Manoplas».

—Aquí eres el señor Hill.

Jace soltó una carcajada en la que había más tristeza que alegría.

—Lo que usted diga.

—¿Es consciente de la gravedad de las acusaciones contra usted?

—La Policía me detuvo cuando iba a empeñar un teléfono móvil reportado como robado. Ya traté de explicarles a los oficiales que me arrestaron que lo encontré en un contenedor de basura, pero no quisieron escucharme. Creí que alguien lo había tirado.

—Vamos, señor Hill. ¿Pretende hacernos creer que pensó que alguien tiró a la basura un teléfono de última generación?

—Se sorprendería de lo que muchas personas tiran a la basura. Lo que para usted y para mí puede ser muy valioso, para ellos es un juguete que ya no los divierte.

—Ya veo, pero me temo que en este caso los cargos que tenemos

contra usted podrían ser más graves.

—Le repito que yo no fui quien robó ese móvil.

—¿Cómo sabe entonces que fue robado?

—Porque de otra manera no estaría aquí por el maldito aparato. ¿No cree?

—Sin embargo, lo que más nos preocupa de ese teléfono no es que lo robaran —Jace prestó atención. No le gustaba el carisma que estaba tomando el interrogatorio—, sino que ese móvil pertenecía a una joven que fue asesinada en *Cadman Plaza Park*.

En la medida en que Herman hablaba, Jace abrió los ojos con desmesura.

—Oiga, espere un momento, le juro que yo no tengo nada que ver con la muerte de esa chica. Encontré el móvil en un contenedor de basura y me pareció que podía conseguir algunos dólares por él. Eso fue todo.

—¿Dónde lo encontró, señor Hill? —preguntó Peck.

—En un callejón. No lejos del parque.

—Nos dará la localización exacta y también necesitaremos que nos proporcione una muestra de su ADN.

—Ningún problema —respondió Jace, mientras miraba de reojo a su abogado, y se preguntó si se habría quedado dormido. El letrado asintió—. Colaboraré en lo que sea necesario. No quiero que me conviertan en el pringado que cargará con ese homicidio.

—¿Dónde estuvo ayer entre las siete y las diez de la noche?

—No lo recuerdo.

—¿No lo recuerda? —repitió Short con incredulidad.

—Ayer tuve una buena recolección —Por un momento, la expresión de los policías reflejó desconcierto, pues no tenían muy claro de qué hablaba su sospechoso—. Me refiero a las limosnas. Reuní lo suficiente para una botella de *whisky*. Barato, claro, pero *whisky* al fin. Estuve bebiendo y no recuerdo nada más. Supongo que en algún momento me quedé dormido.

—¿Bebió solo, señor Hill?

—Por supuesto. Una botella como esa no se suele compartir.

—Así que no tiene coartada para la hora del crimen.

—Le repito que yo no lo hice. No tengo nada que ver con eso. Solo encontré el teléfono…

—Y en vez de entregárselo a las autoridades, decidió sacarle provecho.

—Tampoco sabía que era robado —argumentó Jace al borde del llanto—. Lo encontré en la basura. Creí que alguien lo había tirado. ¿Cómo podía imaginar que estaba relacionado con un asesinato? De haberlo sabido, ni siquiera lo hubiera tocado.

Short miró a su compañera, quien con un leve asentimiento de

la cabeza le indicó que le creía al sospechoso. Su lenguaje corporal le hacía pensar que decía la verdad. Herman se sintió decepcionado. Antes de interrogarlo estaba seguro de que Jace Hill era el asesino, pero ya no tenía la misma certeza. Así que los detectives llegaron a un acuerdo con el defensor para que Hill entregara la muestra de saliva, la cual sería la prueba definitiva de su inocencia, en caso de que dijera la verdad.

Al salir de la habitación de interrogatorios, los dos detectives se cruzaron con Cody, quien acababa de terminar la entrevista a Buster Winfield. Por la expresión de su rostro comprendieron que su colega no había tenido mejor suerte que ellos. Después de que Short y Peck le explicaron los detalles de su conversación con «Manoplas», Cody les puso al tanto de lo que averiguó con el amigo de Christine.

—Tiene coartada —les confesó con desaliento.

—¿Por qué se ausentó del grupo de estudios? —preguntó Short.

—No fue a causa de un cuaderno de apuntes olvidado. Eso, desde luego. Sin embargo, después de presionarlo y cuando comprendió que podría ser acusado de tres violaciones y asesinatos, al final decidió confesar.

—¿Confesar?

—Los amigos de Christine iban a hacer trampa en el examen que presentarían al día siguiente. Winfield convenció a una secretaria del *College* de que le vendiera una copia de la evaluación del día siguiente.

—Entonces él…

—Se ausentó para reunirse con ella y acordar la entrega del examen. Por eso Christine pudo irse al parque a practicar yoga mientras sus compañeros estaban reunidos para estudiar.

—Así que Christine también iba a hacer trampa.

—Según Buster, Kahler era la única que no tenía idea de lo que ocurría. Los transgresores incluyeron a Regine por insistencia de Christine, quien creía que con ello le hacía un favor.

—Pero se enteraría cuando apareció Winfield con el examen —señaló Jez.

—Le contaron una trola: le dijeron que era un cuestionario modelo, sacado de un libro.

—¿Y ella lo creyó?

—Así parece.

—También explica por qué nadie se sorprendió cuando Christine no se reunió con el grupo —dijo Herman con actitud pensativa—. Si ya tenían las respuestas del examen y estaban dispuestos a usarlas, no necesitaba estudiar.

—Estoy de acuerdo.

—¿Estás seguro de que Winfield no te mintió? —preguntó Peck—. Tal vez confesó una falta académica para librarse de una acusación criminal.

—No, me temo que no es el caso. Se reunió con la secretaria en la cafetería del *College*, frente a media docena de testigos, así que no será difícil comprobar que dice la verdad. No creo que mienta.

Jez no pudo disimular la sorpresa que le causaron las palabras de Cody.

—¿Nos estás diciendo que Winfield compró un examen frente a testigos en plena cafetería y nadie se dio cuenta del intercambio?

—Si alguien se fijó en ellos, lo cual es poco probable, solo verían a Buster cuando compartía una taza de café con la secretaria. Al terminar, él «olvidó» la revista que llevaba, dentro de la cual había un sobre con dinero en efectivo.

—¿Y ella no le entregó nada?

—Se lo envió por correo desde algún lugar fuera del *campus*. Tal vez un cibercafé.

—Aun así, no comprendo por qué corrieron ese riesgo.

—Según Winfield. Si alguien lo hubiera visto en compañía de la secretaria en algún lugar escondido y oscuro habría despertado suspicacias, pero al compartir un café en el corazón del *College* donde todos podían verlos, nadie sospechó.

—Ese chico es maquiavélico —comentó Peck.

—Tanto como el asesino que buscamos —dijo Short.

—Si la secretaria y los testigos confirman su testimonio, tendremos que descartarlo como sospechoso.

—Ella podría mentir para no reconocer su propia falta, que es muy grave.

—Eso no cambiaría el testimonio del camarero y las personas que los vieron tomarse el café —sentenció Ryan.

—¿Qué piensas hacer ahora, Cody? —le preguntó Short.

—Después de confirmar la declaración con los testigos pasaré la información al rector Rains. Supongo que él tomará medidas en el asunto.

El móvil de Ryan interrumpió la conversación. Él miró la pantalla y sintió que el corazón se le aceleraba. Eleonora sabía que no debía llamarlo al trabajo, a menos que se tratara de una emergencia, así que el motivo de la llamada debía ser un problema muy grave. ¿Habría enfermado de nuevo alguno de los chicos? Por la mañana le pareció que Carla estaba demasiado callada.

—Eleonora, ¿están bien los niños? ¿Ocurre algo?

—Me alegra encontrarte, Cody. No te pongas nervioso. Ya todo pasó, pero tu madre estuvo a punto de sufrir un accidente.

—¡¿Mi madre?!

—Salió a la farmacia en compañía de una amiga y un desaprensivo casi la atropella —explicó su esposa—, pero todo está bien. Su amiga pudo empujarla y la apartó a tiempo. Todo quedó en un susto. Yo estoy aquí con ella y ya está más tranquila. Es solo que pensé que debías saberlo.

—Por supuesto. ¡Voy para allá!

—No es necesario, Cody. Sé que estás muy atareado con el caso en el que trabajas. Tu madre está bien. Llamé a una ambulancia para asegurarnos y los asistentes están con ella. Solo necesita descansar. Yo me quedaré para acompañarla. Ya le avisé a mi madre y ella se encargará de los chicos.

—Eres grandiosa, Ely, pero es mi madre y no podré concentrarme si no compruebo con mis propios ojos que no sufrió ningún daño. Esperadme. Estaré allí en unos minutos.

Capítulo 46.

Cody llegó al piso de su madre en tiempo record. La sola idea de que pudiera estar herida lo angustiaba. Para él, la familia era lo más importante. En especial después de que Frank le confesó que era adoptado. Él sentía que tenía una deuda con los Ryan que no podría pagar nunca. Por eso, cuando Josh lo conminó a ayudarlo en la investigación de sus orígenes, Cody fue reticente, pues lo sentía como una traición a su madre y a la memoria de su padre. Ni siquiera aceptó la posibilidad de algo turbio cuando su hermano le habló de la transferencia bancaria. Tal vez Josh se había equivocado, o existía una razón legítima que explicara ese pago. Todas sus racionalizaciones se derrumbaron cuando vio la fotografía. La instantánea del grupo de soldados en Vietnam en casa del abogado, le despertó dudas. ¿Por qué Frank nunca había mencionado a Tofts, cuando su padre le contó docenas de veces la historia de casi todos los que posaban en esa foto? Pero no de Tofts. A él nunca lo mencionó siquiera, aunque era el abogado que medió la adopción de su único hijo. ¿Qué le había ocultado Frank Ryan?

Eleonora le abrió la puerta al primer timbrazo, pues ya lo esperaba. Después de saludarlo con un beso, lo dejó pasar. Alice estaba recostada en el sillón. Tenía un moretón en la cara y Cody pudo ver algunos raspones en una rodilla y un codo. La vecina del piso de arriba, cuyo nombre no recordaba, le sostenía la mano en gesto protector. Ambas mujeres miraron en dirección a Cody. Los ojos de Alice reflejaron alegría, los de la vecina preocupación.

—Mamá, ¿te encuentras bien?

—Estoy bien, hijo. Solo fue un susto —respondió ella, al mismo tiempo que sonrió, tendió la mano libre hacia él y lo invitó a acercarse.

Cody se sentó a su lado y la miró con detenimiento. Hizo lo posible para que no se le notara la angustia.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

—Íbamos a la farmacia. Fue una suerte que Lucy me acompañara. No sé de dónde salió el coche. Se acercó demasiado rápido. Si no hubiera sido por Lucy que me empujó y me apartó de su camino…

—Gracias —le dijo Cody a la vecina.

—Hice lo que debía —susurró la amiga, al mismo tiempo que se ponía de pie—. Creo que la infusión de tilo ya debe estar lista. ¿Podría acompañarme, señor Ryan? Así me mostrará dónde puedo encontrar las tazas y el azúcar.

—Desde luego —afirmó el policía y la siguió.

Cuando estuvieron solos, la mujer se movió con ligereza y seguridad mientras servía la infusión. Sabía dónde estaba cada cosa mejor que Cody. Así que él la apremió.

—Quería hablar a solas conmigo, ¿no es así?

—Esto no fue un accidente, señor Ryan —soltó la vecina sin atenuar sus palabras—. El coche estaba aparcado a media manzana, encendió el motor en cuanto salimos del portal y aceleró en dirección a nosotras. Lo vi acercarse por el rabillo del ojo, empujé a su madre y me tiré al suelo en dirección contraria. Yo amortigüé la caída, pero me temo que Alice no estaba preparada para que la tiraran al suelo. El coche trató de desviarse hacia ella, pero no tenía espacio para maniobrar, así que siguió de largo, y aceleró todavía más. Estoy segura de que el intento de atropello fue intencional. Y el objetivo era su madre.

Cody guardó silencio por unos instantes, mientras asimilaba las palabras de Lucy. Tal vez la vecina fuera proclive a dramatizar, pero él no lo creía. Sobre todo después de los acontecimientos de los últimos días, en los que tanto él, como Josh habían sido objeto de atentados similares.

—¿Pudo ver la matrícula del coche?

—Era de Nueva York. Lo siento, solo puedo decirle los tres últimos números: 503.

—¿Puede darme una descripción del vehículo?

—Era un Camry de color dorado. No sé de qué año. Me gustaría ser más precisa, pero no sé mucho de autos.

—Son buenos datos para comenzar. Muchas gracias.

La vecina asintió, cogió la taza de tilo y se dirigió al salón. Cody aprovechó el momento de soledad para llamar a la Estación y pedirle a Short que investigara los Camry dorados con matrícula de Nueva York que terminaran en 503. Por desgracia, lo más probable era que el coche fuera robado y por lo tanto los llevara a un callejón sin salida. Eso le hizo recordar a Hartell. ¿Estaría relacionado este atentado con los anteriores? Su instinto de policía le hacía pensar que era así, lo cual significaría que él era el objetivo, que quien quería su cabeza ya había encontrado un sustituto para el sicario que tenían detenido, y que el asunto era personal, pues estaban dispuestos a atentar también contra su familia.

Un sudor frío recorrió la espalda de Ryan. Ya no se trataba solo de él y de Josh. ¿Estarían también en peligro Eleonora y los niños? Tenía que interrogar a Hartell. Conseguir que le diera el nombre de quien lo contrató.

Cody pensó en hablar con su madre, pero comprendió que en ese momento sería contraproducente. Todavía debía estar en estado de choque por la experiencia traumática, y cualquier respuesta que

le diera en ese estado sería cuestionable. Por mucho esfuerzo que le costara, esperaría a que ella estuviera más calmada. Antes de regresar al salón hizo un gesto en dirección a Eleonora, para que ella se acercara. Cuando pudieron hablar en privado, Ryan le contó su conversación con Lucy y le informó acerca de los atentados. No mencionó a Josh. Ya su esposa estaba bastante confundida.

Eleonora palideció en la medida en que lo escuchaba, pues sabía la implicación de lo que Cody le decía.

—¿Los niños están en peligro? —preguntó su esposa cuando él concluyó su exposición.

—No lo sé.

—¿Cómo podemos protegerlos?

—Hablaré con Powers. Es seguro que estará dispuesto a brindaros protección mientras encontramos al malnacido que nos acosa.

—Cody, ¿por qué alguien querría matarte? ¿O a nosotros? ¿Quién puede odiarte tanto?

—No lo sé. Tal vez se trate de alguien a quien arresté, o una venganza por algún caso en el que fallé. Puede ser un perturbado mental que me haya escogido como objetivo, Dios sabrá por qué razón.

—¿Podría estar relacionado con el caso que investigas?

—Es posible, pero somos un equipo y ninguno de los otros detectives ha sufrido ningún atentado.

Al pronunciar estas palabras, Cody se sintió un mentiroso. Josh también investigaba al Demonio de Brooklyn y había sufrido dos atentados. Ambos pensaban que el objetivo era uno solo de ellos y que al ser idénticos, ambos habían quedado expuestos, pero ¿y si no era así? Era posible que el asesino fuera a por los dos.

Cody suspiró, confundido y asustado. No soportaría que ningún miembro de su familia sufriera por su causa. Nunca se había sentido tan desamparado y vulnerable.

—¿Estás bien, Cody? Te veo pálido.

—Llama a la escuela y recoge a los chicos. Vete con mi madre. No regreséis a casa, ni tampoco volváis aquí. Llévatelos a todos a un hotel.

—¿No nos seguirán?

—Quien atentó contra mi madre falló. Primero se asegurará de borrar sus huellas, antes de planificar su próximo golpe. Debemos aprovechar ese intervalo de tiempo para que os pierda la pista.

—¿Qué hay de ti? También corres peligro.

—Yo estoy entrenado y rodeado de policías. No soy una presa tan fácil.

—¿Cómo sabrás dónde estamos?

—¿Recuerdas donde nos hospedamos cuando se rompió la tubería principal de nuestra casa, y tuvimos que abandonarla por dos días?

—Sí, claro, el…

—¡No lo digas! —le advirtió Cody, pues temía que los tuvieran vigilados—. Iros allí. Os enviaré protección. No confíes en nadie, a menos que vaya acompañado de algún conocido.

—Cody, me estás asustando.

—Lo lamento, solo quiero protegeros. Si no me equivoco, el sujeto que trató de atropellar hoy a mi madre es un profesional, así que no debemos correr riesgos.

Eleonora accedió a seguir las instrucciones de Cody. Él regresó al salón, le agradeció a la vecina por su ayuda, haciéndole comprender que su presencia ya no era necesaria. Entonces se acercó a su madre y le pidió que confiara en él: le pidió que siguiera las instrucciones de Eleonora sin hacer preguntas.

Después de subir a un taxi a las dos mujeres más importantes de su vida, se encaminó a la Estación. Debía hablar con Powers y organizar la protección de su familia. Solo entonces podría volver a concentrarse en su trabajo.

Al mismo tiempo que Cody entraba en el salón de su madre, a pocas millas de distancia, Josh sacó una libreta con el membrete de «Spardise» del fondo de la tercera caja. El hallazgo le subió la adrenalina. Ya casi se había dado por vencido después de descartar montones de facturas y papeles viejos que no tenían ningún valor. El obrero que lo acompañó al sótano tenía razón. Allí solo había basura.

La libreta estaba en blanco y con la escasa luz del sótano se le escapaban los detalles, pero al pasar los dedos por la superficie detectó irregularidades. Comprendió que las primeras hojas debían conservar los trazos que causa la presión del lápiz o bolígrafo sobre el papel, por debajo de la nota arrancada. Lo que los forenses llaman escritura indentada.

Por un momento tuvo la tentación de correr a la librería más cercana y comprar un lápiz de grafito para frotar la superficie, como tantas veces había hecho cuando era niño y jugaba a «los espías», pero sabía que eso sería un error, pues si bien podían aparecer algunos trazos, dañaría la evidencia en forma irreversible. Tendría que contener su impaciencia. Sacó su móvil del bolsillo y comprobó que tenía señal. Marcó el número de Peck.

—Josh, estaba a punto de llamarte —le dijo Jezebel.

—¿Has podido averiguar algo?

—Que persigues fantasmas. La mitad de los empleados de «Spardise» han fallecido. Charles Pearson, de profesión médico, era

socio de la agencia. Esther Bonnet era la secretaria y Norman Hartell trabajaba como chófer. Solo Tofts y Bonnet continúan con vida. Te enviaré la dirección de Esther, pero trátala con cuidado. Tiene noventa y cinco años.

—Descuida, usaré guantes de terciopelo.

Josh le agradeció a Peck su ayuda antes de pedirle un nuevo favor.

—Pides más que un cura en Navidad —se quejó su compañera —. Está bien, hablaré con Ellison para que te reciba, procese la escritura indentada y te diga qué secretos guarda la libreta de «Spardise». Espero que no sea la lista de compra.

—Gracias, Jez. Eres una gran amiga.

—Por cierto, ¿sabes algo de tu hermano?

—¿De Cody? ¿No está en la Estación?

—Estaba aquí, pero de repente salió como alma que lleva el diablo, después de recibir una llamada en su móvil.

—No lo sabía. Trataré de comunicarme con él.

Bradbury colgó preocupado. Su hermano no era impulsivo, así que algo muy grave debió pasar para que abandonara su trabajo y el caso que tanto le preocupaba. Sin esperar más, Josh marcó el número del móvil de Cody.

Capítulo 47.

Cody respondió al tercer timbrazo. Después de asegurarle a su hermano que se encontraba bien y que se había ausentado de la Estación de Policía para resolver un asunto personal, le preguntó cómo se sentía y si recibía una buena atención. Josh comprendió que no podía mentir y le confesó que abandonó el hospital contra opinión médica.

—Supongo que no debería sorprenderme —reconoció Ryan—. Eres un irresponsable, Bradbury.

—Vamos, Cody. No puedo pasarme el resto del día en una cama ocupado en mirar el techo cuando hay tanto por hacer. Además, después de todas las pruebas, los médicos concluyeron lo que ya sabía: que estoy bien.

—Aun así —Cody suspiró. Debía advertir a Josh que habían contratado a un nuevo asesino para sustituir a Hartell—. Necesitamos hablar en persona. ¿Dónde estás?

—En el inframundo —respondió Bradbury, mientras observaba el limo en las paredes y escuchaba el ritmo cadencioso de las goteras—, pero creo que ya he terminado y puedo regresar a la superficie.

—Dices tonterías —le advirtió Ryan, con preocupación—. ¿Estás seguro de que el golpe en la cabeza no ha tenido consecuencias?

—Que no. Mira que eres lento para interpretar metáforas. Estoy en el sótano de un viejo edificio en remodelación para buscar información sobre «Spardise».

Cody se quedó en silencio por un momento. El día anterior se hubiera enfadado con su gemelo por «perder el tiempo» con ese asunto y le habría acusado de estar obsesionado. Hoy era diferente. La fotografía lo cambiaba todo.

—Debemos hablar, Josh, pero tiene que ser en persona.

—Estoy en Queens, pero al salir de aquí iré a Brooklyn. ¿Conoces algún café cerca de *Brooklyn Heights*?

Cody le proporcionó la dirección de la cafetería que conocía en el elegante barrio y acordaron reunirse allí. Ryan llegó primero y Josh lo encontró sentado en un rincón con una infusión de algo con un sospechoso parecido a la manzanilla. En cuanto se sentó, él pidió un café con azúcar y sin leche.

—Pareces preocupado —comentó Bradbury.

—¿De dónde vienes?

Josh le informó a su gemelo acerca de sus avances con respecto a «Spardise». Ryan, por su parte, le contó sobre el atentado sufrido por Alice y la angustia que le ocasionaba.

—Lo lamento mucho, Cody. ¿Tu madre se encuentra bien?

—Por suerte, las consecuencias no fueron más allá del susto y algunos raspones, pero temo por mi familia. Y estoy preocupado acerca de nosotros. Esto no terminó con el arresto de Hartell. Alguien más nos quiere muertos y ni siquiera sabemos quién, ni por qué.

Una de las palabras de Ryan activó algo en el cerebro de Josh, como si alguien hubiera presionado un interruptor que iluminó la información que había permanecido oculta.

—¡Eso es! ¡De eso se trata, Cody! ¡Es la razón de los atentados!

—¿Quieres decirme de qué demonios hablas? ¿Estás seguro de que el golpe en la cabeza no ha dejado secuelas?

—Hablo de Hartell. El asesino que arrestamos esta mañana tiene el mismo apellido que el chófer de «Spardise». No creo que sea una coincidencia.

—Te recuerdo que el Hartell que fue empleado de «Spardise» está muerto. Si bien no es uno de los apellidos más comunes, tampoco es tan exclusivo como para que no pueda ser una coincidencia.

—¿En verdad crees que se trata de una coincidencia?

—Josh, sé razonable. El hombre que tenemos en las celdas de la Estación no había nacido cuando ya la agencia hacía años que estaba cerrada.

—Lo cual no significa que no pueda existir una relación. Nuestro asesino podría ser pariente del Hartell original.

—¿Me estás diciendo que crees que los atentados son consecuencia de la investigación acerca de las circunstancias de nuestro nacimiento?

—Piénsalo bien. Coincidirás conmigo en que allí ocurrió algo turbio. Sospechamos que hubo al menos la venta de un bebé. En concreto, me vendieron a mí. Es probable que no fuera el primero, ni tampoco el último. Sería un delito federal. ¿Crees que quienes lo cometieron no estarían dispuestos a eliminar a dos policías entrometidos que quisieran desenterrar el asunto?

—Eso no explica por qué atentaron contra mi madre. Debe tratarse de una venganza personal contra mí.

—¿Y si tu madre dispone de información, o ellos lo creen así?

—¡Deja a mi madre fuera de esto!

—No seas obstinado, Cody. A tu madre ya la involucraron ellos cuando decidieron atentar contra su vida. Y no creo que tú puedas cambiar eso.

—Asumes que tu absurda teoría es verdad.

—Solo planteo una hipótesis plausible.

Cody respiró profundo.

—¿Y según tú, quiénes serían «ellos»? Te recuerdo que solo quedan dos sobrevivientes entre el personal de «Spardise». Uno sufre demencia senil y la otra, según lo que averiguó Jez, es casi centenaria. ¿A cuál de ellos le atribuirías la capacidad para contratar a dos asesinos a sueldo en menos de veinticuatro horas?

—A ninguno. Que esas sean las cabezas visibles no implica que sean las únicas.

—¿Crees que hay alguien más?

—Estoy seguro. Debe haber un líder. Piénsalo bien, Cody. No creo que la persona que organizó esta red se haya expuesto a ser relacionada con la agencia.

—¿No estás yendo demasiado lejos? Lo que afirmas es que existió una organización criminal que pasó desapercibida, y que ahora está en capacidad de amenazar a dos policías y sus familias.

—Creo que no debemos pasar por alto la coincidencia del apellido. Hay que investigar al Hartell fallecido. Quiero saber quién era y cómo murió. También si existe alguna relación entre él y el detenido.

—Josh, tenemos órdenes de concentrarnos en el caso del Demonio de Brooklyn.

—Yo no. Mis órdenes son descansar y recuperarme. Y no encuentro mejor forma de conseguir descanso que resolver este asunto.

—No lo sé, Josh.

—Si no lo apruebas por ti y por mí, piensa en tu familia. Ellos también están amenazados. Por cierto, ¿qué piensas hacer para protegerlos?

—Los envié a un hotel y hablaré con Powers para que les proporcione vigilancia.

—Sabes que si van a por ellos no será suficiente.

—¿Y qué propones? —preguntó Cody, mientras un escalofrío le recorría la espalda. Él también sabía que no bastaban esas medidas para mantener seguros a los suyos.

—Mi apartamento en Orlando está desocupado. Todavía no he encontrado inquilino. ¿Por qué no los envías allí? Puedo convencer a mi antiguo jefe, Fuentes, de que les proporcione protección. Será más difícil que los encuentren en otro estado.

—¿Harías eso por mí?

—Por supuesto. Somos hermanos, ¿no? Eso significa que ellos también son mi familia.

—Me parece una excelente idea. Gracias, Josh. No olvidaré este gesto.

Bradbury sonrió. Por primera vez desde que entró en la cafetería, vio a Cody relajarse. Acordaron los detalles para que los

Ryan pudieran alojarse en el piso de Josh, en Orlando. Él llamaría a su corredor inmobiliario. Le ordenaría suspender la oferta del piso y le pediría que le entregara las llaves a Eleonora. También llamaría a Emilio Fuentes, con el fin de que la familia de su hermano tuviera protección policial.

Al salir de la cafetería, Cody se encaminó a la Estación para volver a ocuparse del caso del asesino en serie. Acordaron que no mencionara su encuentro con su gemelo, para que este pudiera continuar la investigación sobre la agencia de adopción.

Josh levantó las solapas del sobretodo para protegerse del viento frío y de las finas gotas de lluvia que le penetraban la piel, mientras avanzaba por las amplias avenidas de *Brooklyn Heights*. En la medida en que se acercaba a la dirección que Jez le proporcionó, el detective comprendió que la ambulancia que vio cuando llegó al cruce de calles estaba aparcada frente al edificio al cual se dirigía. Lo asaltó un mal presentimiento, pero no se detuvo. Cuando entró al portal se cruzó con una camilla que transportaba un cadáver. El presentimiento se transformó en temor. ¿Habría llegado tarde? Lo asaltó la impaciencia, por lo que ignoró el ascensor y subió las escaleras de tres en tres escalones. Alcanzó el primer piso en un santiamén y se encontró que la puerta del apartamento que buscaba estaba abierta de par en par. Un grupo de vecinos curiosos se agolpaba en el vestíbulo del lujoso apartamento.

Josh pasó entre ellos abriéndose paso con disculpas y leves empujones de sus hombros, con lo cual se ganó miradas de reproche y de curiosidad, acerca de quién sería ese desconocido que actuaba como si tuviera derecho de estar allí. En cuanto alcanzó el salón, lo invadió un desagradable olor a excrementos humanos. Comprendió de dónde provenía cuando vio un sillón de respaldo alto junto a una estufa, que tenía una enorme mancha en el asiento. Su mente enseguida relacionó la evidente relajación de esfínteres con el cadáver con el que se cruzó.

Las hipótesis y conclusiones le pasaban por la cabeza como si tuvieran vida propia. Escaneó el salón con la mirada, pero no vio a ninguna nonagenaria. ¿Sería posible que después de noventa y cinco años hubiera llegado tarde solo por unos minutos? Escuchó un llanto mal contenido. Encontró su origen en una mujer voluminosa que rondaba la cincuentena. Lloraba con desconsuelo. Josh no podía verle la cara, pues la cubría una cortina de cabello rubio teñido. Otra mujer se le acercó con una taza caliente y se la ofreció con amabilidad. Ella la rechazó con un gesto de la cabeza.

Bradbury se acercó a la mujer. Tal vez podría decirle qué ocurría allí y si, como temía, el cadáver que vislumbró por segundos era el de la única persona que hubiera podido proporcionarle respuestas.

Josh se acercó a la mujer rubia.

—Perdóneme, Me doy cuenta de que llego en mal momento —se disculpó, al mismo tiempo que le mostraba su identificación—. Soy Josh Bradbury, detective de la Policía de Nueva York. Debo hablar con la señora Esther Bonnet. Me dieron esta dirección.

—Soy Emily Prescott, la vecina del piso de arriba —dijo ella entre sollozos—. Llega tarde, detective. La pobre Esther… Vine a preguntarle si necesitaba algo y la encontré en su sillón favorito. Estaba muerta. Fue horrible verla así. Era tan buena persona…

—Lo lamento mucho.

—Pero no comprendo, ¿qué podría querer la Policía con Esther? Tenía noventa y cinco años. Casi nunca salía de casa.

—Necesitaba hacerle algunas preguntas acerca de la agencia donde trabajó hace más de treinta años.

—¿La de adopción?

—¿Sabe usted algo de eso?¿Le hizo alguna confidencia la señora Bonnet?

Evelyn negó con la cabeza, con lo cual tiró por tierra las esperanzas del policía.

—No, lo siento, no sé nada. A Esther no le gustaba hablar sobre el tema. Solo sé que trabajó en ese lugar, que lo cerraron porque así lo decidió el socio principal y que allí conoció al único hombre que significó algo en su vida.

—¿Sabe usted algo de él?

—¡Oh, sí! De Charles sí hablaba bastante. Fue el amor de su vida, ¿sabe?

—¿Charles?

—Charles Pearson. Era médico. Obstetra. También era socio de esa agencia. Murió hace algunos años. Fue un golpe muy duro para Esther.

—¿Estuvieron casados?

—No, pero se querían mucho. Era uno de esos amores que parecía de novela. Creo que la pobre Esther nunca se recuperó de la pérdida.

—Comprendo. Mencionó usted un socio principal. ¿Le dijo la señora Bonnet su nombre en alguna ocasión?

—Tampoco le gustaba hablar de eso. Lo que sí me comentó fue que ese sujeto era «el diablo». Dijo que era mejor no mencionarlo, no se le fuera a invocar.

—De acuerdo. Muchas gracias, señora Prescott. Aquí tiene mi tarjeta. Si recuerda algo acerca de la agencia de adopción, o encuentra algún documento relacionado, por favor llámeme a estos teléfonos. Sin importar la hora del día, o de la noche.

—Parece algo serio para tratarse de un asunto que ocurrió hace

más de treinta años —comentó la vecina, mientras cogía la tarjeta de presentación.

—Es vital. Tal vez el caso más importante al que me haya enfrentado.

Capítulo 48.

Cuando Cody llegó a la Estación, lo primero que hizo fue organizar el viaje de su familia a Florida. Con la ayuda de Evelyn planificó la protección que recibirían hasta el aeropuerto y llamó a Josh. Le proporcionó los detalles que necesitaba para que fueran recibidos por la Policía a su llegada. Se dio cuenta de que su hermano estaba contrariado y le preguntó qué ocurría. En pocas palabras, Josh le informó sobre la muerte de Bonnet. Después de un rápido intercambio de ideas llegaron a la conclusión de que el fallecimiento de la nonagenaria era demasiado oportuno para ser casual, así que Josh pondría la denuncia en la Estación de Policía correspondiente, con la intención de que iniciaran una investigación.

Ryan colgó. El paso que había dado en beneficio de la seguridad de los suyos le permitiría concentrarse en su trabajo.

—Pareces preocupado, Cody. ¿Todo bien? —le preguntó Jez.

—Los problemas surgen como champiñones —se quejó él—, pero salimos adelante. ¿Hay alguna novedad con nuestro caso?

—Esperamos los resultados de la comparación del ADN encontrado en las víctimas con el de los nuevos sospechosos —señaló Short—: el padre de Theresa, Jace Hill y los compañeros de Christine.

—De acuerdo. Si alguno resulta positivo tendremos al asesino, pero si no…

—No quiero contemplar esa posibilidad —reconoció Short.

—Sabemos que los amigos de Christine tienen coartada para el tercer homicidio, que no es la situación del indigente —señaló Cody—. ¿Qué hay de los padres de Theresa y de Christine?

—El señor Lowry todavía debe estar en el hospital —les recordó Peck—. Con respecto al padre de Theresa, estuvo en una tutoría con un estudiante hasta las ocho y luego se fue a casa. El portero confirmó que llegó a las 8:30, así que es muy difícil que hubiera podido estar en *Cadman Plaza Park* a la hora del homicidio.

—¿Y con respecto a los demás asesinatos?

—En la hora y fecha del primer homicidio, Ishmael Kay se encontraba en un bar con la propia Christine y su amiga Heather. Winfield se quedó en su cuarto porque estaba resfriado. Para el momento del asesinato de Amie, Winfield y Kay estudiaban en su habitación. Cada uno proporciona coartada al otro.

—No podemos descartar que ambos mientan —opinó Cody—. Es posible que sean cómplices.

—Tanto Heather como Regine corroboran su coartada para la

hora de la muerte de Christine.

—Podrían estar involucradas, o sentirse amenazadas —insistió Ryan.

—Muy bien, en ese caso seguiremos teniéndolos en cuenta —dijo Short, al mismo tiempo que encerraba los nombres de ambos en un círculo rojo.

—¿Tenemos constancia de que el padre de Amie permaneció en el hospital? —preguntó Cody.

—¿A qué te refieres?

—¿Tuvo alguna visita en ese período de tiempo? Me refiero a alguien que pudiera corroborar que se encontraba donde se supone que debió estar.

—¿Estás sugiriendo lo que creo? —preguntó Jez.

—No es descabellado pensar que pudiera haber abandonado su cama por un par de horas, y regresado antes de que alguien se diera cuenta.

—Comienzas a hablar como Josh —le advirtió Peck.

—Solo quiero contemplar todas las posibilidades.

—De acuerdo, me ocuparé de preguntar en el hospital si lo que propones es posible, y si alguien puede corroborar que se encontraba donde se suponía que debía —se ofreció Jez.

—¿Qué pasa con los sospechosos de los dos casos anteriores? —preguntó Short—. ¿No los vamos a tomar en cuenta?

—El ADN ya demostró que ninguno de ellos es el violador. Yo diría que debemos concentrarnos en estos —opinó Jez, mientras señalaba la pizarra—. Ya este asunto es demasiado complicado como para mantener bajo sospecha a personas que han sido descartadas de forma tan objetiva.

—Motivo, medio y oportunidad —dijo Cody, meditativo—. ¿Estamos seguros de que en esa lista está el asesino? ¿No se nos ha quedado nadie por fuera?

—A menos que se trate de alguien ajeno a todas las víctimas…

—Un *outsider* —precisó Ryan—. Siempre es posible.

—Si se trata de un asesino fortuito y oportunista, solo lo atraparemos si tenemos un golpe de suerte —opinó Short.

—Siempre existe la posibilidad de que el hombre que buscamos no forme parte del círculo cercano de ninguna de las víctimas, pero ya hemos descartado que se trate de un violador con antecedentes criminales.

—Lo cual no significaría que no pueda ser un *outsider* —opinó Jezebel—. Tal vez es tan listo que todavía no lo hemos pillado por primera vez.

El móvil de Ryan interrumpió la reunión. Él miró la pantalla con ansiedad y se sintió más tranquilo cuando comprobó que la llamada

no provenía de nadie de su familia. Respondió. Después de una corta conversación se quedó callado por un momento y suspiró. Sus colegas lo observaban con expectación.

—¿Y bien? ¿Alguna noticia? —preguntó Herman.

—La llamada era del departamento de informática. Ya analizaron el teléfono de Christine. Por suerte, Hill no le borró la información antes de llevarlo al empeño. Según el técnico, lo que han encontrado es lo que hubieran esperado en el móvil de cualquier estudiante de su edad…

—Pero…

—Bien, la señorita Downer usaba una aplicación que le permitía organizar sus horarios. Tenía comprometidos todos los martes en la noche, de siete a nueve.

—¿En qué?

—Colaboraba en la organización de las reuniones para jóvenes adictos que se celebraban en la iglesia.

—¿En qué iglesia? —preguntó Short.

—«Saint Nicholas».

Herman se echó para atrás en el asiento.

—¡Mierda! ¿A ver si va a tener razón Bradbury y el pastor está hasta las cejas en este asunto?

—Y vuelta a lo mismo —protestó Jezebel—. Os recuerdo que el ADN encontrado en las víctimas no pertenecía al pastor.

—Tal vez fuera cómplice —sugirió Short.

—¿Ah, sí? Cómplice de quién. Aun cuando tuvierais razón y Hannigen estuviera involucrado, todavía tendríamos que identificar al violador.

—Jez tiene razón —admitió Cody.

—A ver, ese sujeto tiene antecedentes criminales por estupro…

—Lo cual ya aclaramos que no se trató de una violación. Fue la acusación de un padre ofendido —refutó Peck.

—Aun así. Si un juez sentenció que Hannigen era culpable, debió basarse en algo más que el padre de la chica.

—No podemos condenar al pastor por un supuesto delito que ya fue juzgado y cuya sentencia fue cumplida —opinó Ryan.

—¿Por qué no? Sabes tan bien como yo que este tipo de sujetos reincide en cuanto sale de prisión.

—¿Es que no escuchas, Herman? —le reclamó su compañera—. No hubo violación, sino un padre ofendido, una chica mentirosa acobardada y un hermano irresponsable. El pastor solo fue el chivo expiatorio. Te dejas influir mucho por Josh.

—Y vosotros os dejáis llevar por vuestro respeto a la religión. Hannigen tiene antecedentes, tenía una estrecha relación con al menos dos de las víctimas y por la cicatriz en su mano podríamos

suponer que en algún momento conoció a Marianne, tenía acceso al ático, no tiene coartada para el homicidio de Amie y creo que lo hemos descartado demasiado pronto. Ya lo sé —replicó Short, al mismo tiempo que levantaba la mano, para evitar que Peck lo interrumpiera—, el ADN no coincide, pero eso no significa que no pudiera colaborar con el violador. Cuando menos deberíamos comprobar sus coartadas para los tres homicidios.

—De acuerdo. Habla tú mismo con él —accedió Cody—. A ver si averiguas algo sobre esas reuniones a las que asistía Christine. Pregunta al pastor lo que creas necesario, pero no te centres solo en él.

—¿A qué te refieres?

—A ver si puedes conseguir los nombres de los asistentes a esas reuniones. Tal vez entre ellos se encuentre el asesino.

—Pues tienes razón —admitió Herman—. No había pensado en ello. Me ocuparé.

—También quiero que vayas al *campus* y te entrevistes con los trabajadores de la cafetería. A ver si confirman la coartada de Winfield.

—Dalo por hecho.

—Me siento abrumada —reconoció Jezebel—. Son demasiados sospechosos, muchos de ellos sin coartadas, o si las tienen podrían ser derrumbadas con facilidad. Cada vez que nos acercamos a alguien con posibilidades ciertas de ser el hombre que buscamos, el ADN acaba con nuestras expectativas. ¡Por Dios! Son tres homicidios, nos dejó muestras de su código genético, ¿qué diablos nos pasa que no hemos podido siquiera acercarnos al culpable?

—Te comprendo, Jez —reconoció Cody—. Yo también me siento frustrado, pero no podemos rendirnos ahora. Sospecho que este maldito volverá a matar si no lo detenemos pronto.

—Herman volverá a interrogar al pastor sobre sus coartadas e investigará al grupo de adictos. ¿Qué debo hacer yo?

—Visita la zona donde Hill dice que se quedó dormido después de tomarse la botella de *whisky*. Tal vez tengamos suerte y alguien lo haya visto. Llévate la foto de su expediente.

—De acuerdo.

—También quiero que preguntes en el hospital acerca de la posibilidad de que Ralph Lowry haya abandonado su cama sin que nadie lo notara.

—Muy bien. ¿Qué harás tú?

—Comprobaré la distancia entre el *College* y la vivienda de Slater para determinar en cuanto tiempo se cubre el recorrido. Luego entrevistaré a la madre de Christine. Tal vez pueda proporcionarnos alguna información útil acerca de su hija.

Capítulo 49.

A Josh no le resultó fácil que le recibieran la denuncia por la muerte de Bonnet. Aun cuando se trataba de un barrio de lujo, a la Policía no le faltaba trabajo. Resultó una tarea hercúlea conseguir que aceptaran que el fallecimiento de una mujer de noventa y cinco años podía ser un homicidio. Al final, más por cortesía profesional que por convicción, dos detectives le prometieron que iniciarían una investigación. De momento solicitarían la autopsia y precintarían el apartamento de la occisa. Bradbury recordó la agrupación de vecinos que encontró a su llegada al piso de Bonnet y comprendió que la escena del crimen ya era un callejón sin salida.

Se comunicó con Ryan desde el taxi que lo llevó al laboratorio de criminalística. Le complacía ayudar a su hermano a proteger a su familia porque le permitía formar parte de ella. Josh se sentía un paria desde que descubrió los documentos en el altillo de su madre. En ese momento lo asaltaron sentimientos de orfandad y desconexión familiar que todavía no lograba superar. Ya no pertenecía a ningún lugar. El encuentro con Cody mitigó el vacío.

Después de hablar con su gemelo, llamó a su agente inmobiliario en Florida para darle instrucciones. Cuando se aseguró que la familia de Ryan tendría cobijo, llamó a Emilio con el fin de garantizarles protección. Para entonces, ya el taxi había llegado a su destino.

Bradbury entró al edificio y se identificó en la recepción. Un oficial anotó sus datos y se comunicó con Harry Ellison. Gracias a Peck, el técnico ya lo esperaba. El uniformado lo guió por los laberínticos pasillos hasta la oficina del jefe.

—Bradbury, ¿no es así?

—Sí, señor. Si lo desea puede llamarme Josh.

Ellison ignoró sus palabras.

—La detective Peck me llamó hace unas horas y me pidió que lo ayudara. Debo ser honesto, detective: estoy hasta arriba de trabajo y no dispongo de tiempo para favores personales. Mucho menos cuando quien los pide es un recién llegado que no ha trabajado con nosotros ni siquiera una semana. Si no fuera por el respeto que siento por Jezebel, me habría negado. Todavía no estoy muy seguro de que deba perder el tiempo con usted, así que tiene cinco minutos para convencerme.

Josh comprendió que Ellison lo trató con amabilidad en sus encuentros anteriores, por consideración a Cody. Él todavía no se había ganado la confianza del curtido jefe de los laboratorios. En pocas palabras le contó todo lo que sabían acerca de «Spardise» y

las sospechas que tenían sobre sus actividades. No olvidó mencionar los atentados contra él mismo, así como contra Cody y su familia.

Ellison escuchó con atención sin interrumpirlo. Cuando Josh terminó su exposición, él se echó hacia atrás en el asiento.

—¿Qué le hace pensar que los atentados tienen relación con esta… investigación sobre sus orígenes?

—El sicario que arrestamos esta mañana tiene el mismo apellido que el difunto chófer que trabajaba para «Spardise».

—Iguales apellidos no implican un parentesco. Que se lo pregunten a los Smith.

—El detenido no es un Smith.

—Tampoco es un Kennedy. De acuerdo. Todavía no sé si puedo confiar en usted, pero si este asunto involucra a Cody estoy dispuesto a echarles una mano. Además, confío en el criterio de Jezebel y usted se ha ganado su estima con rapidez.

—Gracias, señor.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

Bradbury le explicó su hallazgo en las profundidades de la antigua sede de «Spardise». De inmediato sacó una bolsa de papel, donde había guardado la libreta y se la entregó al experto.

—Muy bien, haré que lo analicen en el equipo de detección electrostática. Mientras tanto, quiero que me vuelva a contar toda la historia sobre esa agencia de adopción envuelta en venta de bebés, pero esta vez no se ahorre los detalles.

Ellison levantó el auricular y se comunicó con su secretaria para darle instrucciones. Un par de minutos después llamó a la puerta un joven delgado con anteojos de pasta y aire distraído. Usaba una bata blanca que le llegaba hasta las rodillas. El jefe le instruyó acerca de lo que necesitaba y le entregó la bolsa de pruebas con la libreta. El perito asintió y volvió a salir sin dirigir ni una palabra a Josh. Era probable que ni siquiera hubiera reparado en su presencia.

Mientras Bradbury repetía su historia, esta vez con todo lujo de detalles, Harry escuchaba, asentía y de vez en cuando formulaba alguna pregunta. Josh había perdido la noción del tiempo cuando la secretaria llamó por la centralita para anunciar que el técnico había terminado su trabajo y regresaba con los resultados.

El joven volvió a ignorar a Josh. Se acercó al escritorio de su jefe y le devolvió la bolsa con la libreta y un informe impreso. Ellison leyó el papel, después de unas escuetas gracias, que el perito interpretó como una despedida. Cuando se quedaron solos, Harry levantó la mirada hacia el detective.

—Parece que estamos de suerte, Bradbury.

—¿Había alguna información interesante en la libreta?

—Es una dirección en Queens —respondió el criminalista mientras le entregaba el informe—. La encabeza el nombre de uno de los socios que usted mencionó: el doctor Pearson.

Al mismo tiempo que su hermano recibía la información de manos de Ellison, Cody aparcaba el coche frente a un lujoso edificio en la Quinta Avenida. En la planta baja lo recibió un portero con librea, quien le confirmó que la señora Rains lo esperaba. El empleado lo acompañó al ascensor y usó una llave para permitirle el acceso al piso de la madre de Christine. Cuando las puertas volvieron a abrirse se encontró en un amplio salón con suelo de mármol, muebles antiguos y cuadros, que hasta un neófito como él reconoció como obras de arte. Interponiéndose en su camino había una mujer de la edad de Alice con un vestido negro y la rigidez propia de quien está acostumbrado a dar órdenes y a recibirlas.

—Soy la señora Norris, el ama de llaves. Sígame por aquí, por favor.

Ryan obedeció sin protestar. La mujer lo condujo hasta un sillón, donde lo invitó a sentarse. La señora acudiría enseguida. Lo ocurrido era una terrible tragedia que la había afectado mucho, como era de esperarse. ¿Deseaba el señor un café? Cody declinó la oferta. Norris no insistió, salió del salón y lo dejó solo. Madeleine llegó al cabo de algunos minutos. Era una mujer elegante. Cuando se acercó al policía, él pudo apreciar los estragos causados por el sufrimiento. Después de presentarse a sí misma y saludarlo, la señora Rains lo invitó a volver a sentarse.

—Me pongo a su disposición, detective Ryan. Como comprenderá, estoy decidida a que el maldito que asesinó a mi hija pague por ello.

—Le aseguro que ese también es nuestro objetivo. Comprendo que este no es un buen momento para usted, pero necesitamos toda la información posible acerca de las víctimas.

—Pregunte, señor Ryan.

—¿Tenía Christine algún enemigo? ¿Alguien que le tuviera mala voluntad, o la hubiera amenazado?

—No que yo sepa. Christine era una chica muy sociable. Le gustaba mucho la vida universitaria y era muy popular.

—¿Alguna vez le causó problemas ser la hijastra del rector? ¿O la hija de una de las principales accionistas?

—Solo su círculo más cercano lo sabía. Ella conservaba el apellido de su padre, así que sus conocidos no relacionaban a Christine ni con mi esposo, ni conmigo. Sus amigos sí estaban enterados, pero le tenían demasiado cariño como para que les importara. Además, Christine nunca se valió de sus nexos familiares con nosotros para conseguir ninguna ventaja. Quienes conocieron a

mi hija la respetaban por ello.

—¿Dónde está el padre de Christine?

—En algún lugar de Italia. Un día nos abandonó. Ella todavía era muy pequeña. La demanda de divorcio me llegó a través de un abogado. Al cabo de algunos años se volvió a casar, esta vez con una italiana, y tiene dos hijos de su segundo matrimonio. Nunca mostró el menor interés por su hija. Ni siquiera mientras convivíamos como una familia.

—¿Entonces él no sabe lo que ha ocurrido?

—Le envié un mensaje a través del mismo abogado que tramitó el divorcio. Tal vez lo recibió, o tal vez no. Es posible que nunca lleguemos a saberlo.

—Comprendo —dijo Cody, aunque en realidad no era capaz de entender que un padre pudiera comportarse de ese modo—. No quiero perturbarla con esta pregunta, señora Rains, pero es necesario que se la haga.

—Soy más fuerte de lo que parezco, detective. No se cohíba.

—¿Usted o su esposo tienen algún enemigo? ¿Existe alguien que pudiera querer vengarse por alguna ofensa real o imaginaria?

—¿Lo que sugiere es que alguien pudo asesinar a Christine para vengarse de nosotros?

—Es solo una posibilidad que debemos tener en cuenta —dijo Cody con cierta timidez.

Madeleine meditó en silencio por unos minutos. La pregunta del policía abría una opción que ella no había contemplado. Y que era devastadora. Se armó de valor y rebuscó en su memoria.

—Como usted sabrá, la vida no es un camino de rosas. En ocasiones tomamos decisiones que aunque sean necesarias, no complacen a todos. De vez en cuando debemos llevar a cabo cambios que algunos pueden encontrar difíciles de aceptar.

A Ryan lo desconcertaron los rodeos de Madeleine. Al principio de su entrevista le pareció una mujer decidida que no se arredraba ante nada.

—¿Podría ser más precisa, señora Rains?

—Lo que quiero decir es que sí hemos tenido roces con algún miembro del personal docente del *College*. Para mantener la excelencia debemos manejar el *campus* con mano firme.

—¿Puede proporcionarme los nombres de quienes pudieron sentirse perjudicados por esa firmeza?

—Hace seis meses tuvimos que frustrar las aspiraciones de uno de los profesores que quería ser jefe del departamento de ciencias, pero Lawrence y yo consideramos que no estaba a la altura del cargo.

—¿Su nombre?

—Slater. Burke Slater.

Cody sintió un escalofrío en la espalda cuando comprendió que se trataba del padre de Theresa.

—¿Emitió el señor Slater algún tipo de amenaza contra ustedes?

—No. Slater es… ¿cómo le diría? Carece de liderazgo, de empuje. Esa es la razón por la cual consideramos que no podíamos ponerlo al frente del departamento. Tiene los conocimientos, pero no sabe imponer su autoridad. Él presentó su candidatura y cuando la rechazamos solo se encogió de hombros y lo aceptó sin protestar. Regresó a sus actividades habituales como si nada hubiera pasado.

—Lo dice como si le sorprendiera su conducta.

—Por supuesto que me sorprende. Cualquier otro en su lugar hubiera renunciado. No le faltarían instituciones universitarias que lo recibieran con los brazos abiertos, pero a Burke le falta autoestima. Ni siquiera sé por qué se lo mencioné. Tal vez porque todavía me desconcierta que lo haya aceptado con tanta pasividad.

—¿Es el único que resultó perjudicado por una de esas decisiones difíciles?

—Ahora que lo pienso, sí hubo alguien más. Hace dos años nos vimos en la obligación de despedir a otro de los profesores.

—¿Por qué?

—Después de perder a su familia en un accidente se dio a la bebida. Fue muy triste porque era un excelente docente, pero comenzó a fallar en su trabajo. Ya lo puede imaginar: llegaba tarde, o no asistía. Cuando conseguía dar una clase no hilaba bien las ideas. Recibimos quejas de los estudiantes, así que hablamos con él, le ofrecimos ayuda para que se sometiera a un tratamiento de desintoxicación, pero se negó. No quería afrontar la realidad. Nos vimos obligados a despedirlo.

—¿Cómo se lo tomó?

—No muy bien. Nos insultó, nos amenazó. Fue muy desagradable.

—¿Con qué los amenazó?

—Con demandarnos. No profirió amenazas físicas, si es lo que pregunta, señor Ryan. Además, ya han transcurrido dos años desde entonces y nunca volvimos a saber de él.

—¿Puede decirme el nombre de este profesor?

—Sí, por supuesto. No podría olvidarlo. Es Jace Hill.

Cody levantó la mirada de su libreta con desconcierto cuando reconoció el nombre de «Manoplas».

Ryan terminó la entrevista con otra perspectiva del caso. Dos de los sospechosos podían querer vengarse de los Rains a través de Christine, y eso constituía un motivo poderoso para cualquiera de ellos, pero no explicaba los asesinatos de Marianne y Amie.

Desde Manhatan condujo en dirección a Brooklyn, mientras su cabeza daba vueltas a la información que le proporcionó la madre de Christine. Ya eran casi las 8:00 y aunque los días se alargaban a medida que avanzaba la primavera, todavía oscurecía temprano. Cody se preparó para cronometrar el tiempo en el cual podía cubrirse la distancia entre el *College* y el edificio de Burke Slater. Era fundamental comprobar todas las coartadas, con mayor razón después de lo que le dijo la señora Rains.

Antes de salir de la Estación, el detective se aseguró de que el padre de Theresa no había superado la velocidad permitida la noche del homicidio. Ryan miró su reloj. A las 8:00 en punto encendió el motor y comenzó el recorrido por la ruta más directa a la mayor velocidad posible, sin exceder los límites. Cuarenta minutos después llegó al frente del edificio donde vivía Slater. El estudiante afirmó que la tutoría terminó a las 8 en punto y el portero precisó que el profesor llegó a su casa a las 8:30, lo cual significaba que era imposible que hubiera tenido tiempo de desviarse hasta *Cadman Plaza Park* para asesinar a Christine.

Capítulo 50.

Ya comenzaba a anochecer cuando Josh se bajó del taxi que lo dejó en Queens, frente a la dirección recuperada de la libreta de «Spardise». Él miró su reloj: eran las siete cuarenta y cinco. La hora a la que despertaba el monstruo que la prensa llamaba el Demonio de Brooklyn, así que sintió una punzada de culpa. En algún lugar de Brooklyn podía haber una chica en peligro de morir en forma violenta, mientras él se ocupaba de una investigación olvidada por treinta y dos años, pero sobre la que tenía un interés personal. ¿Era un mal policía por actuar así? No estaba seguro de la respuesta. Lo que sí tenía claro era que lo había dejado todo y se había convertido en investigador para descubrir lo que ahora tenía a su alcance. No podía dar marcha atrás.

Se encontró frente a una pequeña casa de dos plantas con fachada de tablillas de madera pintada en color avellana. Cruzó el pequeño patio delantero y subió los cuatro escalones que lo separaban de la entrada. Llamó a la puerta y esperó. Veinte segundos después volvió a presionar el timbre con el mismo resultado: nadie respondió.

—La señora Traves no está en casa —dijo una voz aguda a sus espaldas.

El detective se giró y pudo ver a una anciana de ojos vivaces, cuyas manos artríticas sostenían la correa de un pequeño caniche. En su expresión había una mezcla de curiosidad y desconfianza. Un silbato colgaba de su cuello, lo cual Josh interpretó como alguna forma de protección vecinal, así que decidió tranquilizar a la dama y al mismo tiempo hacer lo posible para que le proporcionara alguna información. Se acercó a la mujer, al mismo tiempo que desplegaba una sonrisa que inspiraba confianza, y le mostraba su credencial.

—Soy Josh Bradbury, detective de la Policía de Nueva York. Investigo un caso relacionado con algo que ocurrió hace muchos años en esta dirección. Es importante que hable con los habitantes de esta casa. ¿Sabe usted cuándo regresan?

—Mi nombre es Nora Holmes. Vivo en esta calle desde hace más de cuarenta años y ya era hora de que alguien se ocupara de lo que pasaba aquí, aunque un poco tarde, ¿no cree? Ya todo aquello terminó. Ahora allí viven los Traves, que son gente decente. Bunny debe estar a punto de regresar del trabajo.

Las palabras de la anciana encendieron todas las alarmas del policía. La casualidad lo había puesto frente a la persona que podría responder muchas de sus interrogantes.

—¿Qué ocurría aquí, señora Holmes? ¿Lo sabe usted?

—Por supuesto que no lo sé. Me ocupo de mis propios asuntos y no meto las narices en lo que hacen los demás. Yo vivo en aquella casa del frente —dijo ella, al mismo tiempo que señalaba una construcción igual en todos sus detalles, pero de un color rosa pálido—. Este era un barrio muy tranquilo cuando mi marido y yo nos mudamos aquí, de eso hace cuarenta y dos años. Entonces los señores Carter vendieron esta casa y los compradores eran gente muy rara.

—¿Los conoció? ¿Sabe cuáles eran sus nombres?

—Eran un hombre y una mujer. Nunca llegué a hablar con ellos, pues no se relacionaron con nadie en los cinco años que permanecieron en el barrio. Luego un día desaparecieron, la casa permaneció un par de años vacía hasta que la pusieron en venta de nuevo. Fue entonces cuando la compraron los Traves, que sí son unos vecinos normales.

—¿Qué era lo que le molestaba de ellos?

—Nunca estaban en casa durante el día.

—Tal vez ambos trabajaran.

—No, no era eso. Sufro de insomnio desde hace muchos años, ¿sabe? Me preocupa mucho la seguridad del barrio y por eso siempre estoy alerta —Bradbury presintió que estaba a punto de recibir un informe detallado de la mujer que no se entrometía en la vida de nadie, pero que estaba muy atenta a los movimientos de sus vecinos. Puso atención y dejó que la señora Holmes se explicara. La animó con un asentimiento de cabeza para que continuara—: Cuando esa gente rara ocupaba la casa, había mucho movimiento después del atardecer…

—¿Qué tipo de movimiento?

—Gente que entraba y salía hasta la medianoche. ¡Mujeres! —sentenció, como si el género femenino perteneciera a otro planeta.

—¿Mujeres de la calle? —quiso precisar Josh.

—No, no era eso. Tampoco entraban hombres. Todas venían solas y algunas… —Nora describió una curva frente a su propio abdomen con su mano, con lo cual dibujó en el aire una barriga imaginaria.

—¿Embarazadas?

—Yo diría que «muy» embarazadas —confirmó Nora, con énfasis en el adverbio «muy», además de acompañar sus palabras con un asentimiento repetido de la cabeza.

Bradbury se preguntó a sí mismo cómo una mujer podía estar poco o muy embarazada. O estaba, o no estaba, pero sabía que la señora Holmes se refería al avanzado estado de gestación de algunas de las visitantes, lo cual reducía las probabilidades de que

la casa hubiera sido usada como clínica abortiva.

—¿Qué cree usted que ocurría aquí? —le preguntó el policía. La señora era una testigo excepcional y el detective consideró que era importante escuchar sus conclusiones.

—No podría decirle. Durante muchos años he pensado sobre eso y le aseguro que no puedo comprenderlo. Estoy segura de que no era nada bueno, porque las conductas decentes no se amparan en la oscuridad, pero lo que sí puedo decirle es que al hombre se le veía poco porque siempre llegaba a hurtadillas. Y la mujer, que era quien más se dejaba ver era muy antipática. Apenas saludaba. Además, tenía acento extranjero.

—¿Acento? ¿Sabe de dónde?

—Nunca llegué a precisarlo. Como le digo, al igual que llegaron de la nada, un día desaparecieron sin previo aviso.

El motor de un automóvil hizo que tanto Bradbury como la señora Holmes giraran la cabeza hacia la calle. Una mujer joven se apeaba de un coche del año anterior. Su expresión fue de preocupación cuando vio a Josh, pero se tranquilizó al darse cuenta de que conversaba con la señora Holmes.

—Bunny, querida, que bien que has llegado. Este policía quiere hablar contigo sobre tu casa y los dueños anteriores. Yo he hecho lo posible por responder a sus preguntas, pero ya sabes que no me gusta meterme en los asuntos ajenos, así que es poco lo que he podido decirle.

Bunny Traves se acercó a ellos y estrechó la mano de Bradbury. A él le hubiera gustado contar con «testigos que no se metían en los asuntos de los demás» del modo en que lo hacía la señora Holmes, pues su trabajo resultaría mucho más fácil. Después de hacerle comprender a la señora Traves que su interés era en la casa y lo que había ocurrido en ella muchos años atrás, consiguió que Bunny aceptara colaborar con su investigación.

La señora Holmes tenía toda la intención de permanecer con ellos. Le resultaba interesante el encuentro con ese joven policía y ella también tenía derecho a enterarse de lo que había ocurrido en la casa de sus vecinos. Después de todo, tal vez hubieran estado todos en peligro si resultaba que aquella pareja eran terroristas, o algo así.

Con mucho tacto, Bunny le agradeció a Nora que hubiera atendido a su visitante en su ausencia y le hizo saber que ella misma se haría cargo a partir de ese momento. Bradbury también le expresó su gratitud y hasta el caniche tironeó de la correa para hacerle saber que ya se había aburrido de ese trozo de acera, y que había olores mucho más interesantes calle arriba.

Derrotada por las indirectas y la insistencia de su propio perro,

la señora Holmes se resignó a alejarse del intrigante misterio de la casa de los Traves. Bunny invitó a Josh a seguirla al interior de la vivienda. Con el permiso de su dueña, Bradbury recorrió todas las estancias sin encontrar nada que le llamara la atención.

—¿Hicieron ustedes alguna reforma antes de mudarse?

—No, pero sí hubo cambios previos a nuestra mudanza.

—¿Cómo lo sabe?

—Mi esposo se comunicó con la inmobiliaria porque le gustaban las edificaciones de este barrio. Como habrá podido comprobar todas son iguales. Un amigo nuestro vive tres casas arriba y por él supimos que había una vivienda en venta en esta calle. Cuando nos pusimos en contacto con el agente, nos advirtió que había pequeñas variaciones por reformas que realizaron los dueños anteriores.

—¿Cuáles son esas diferencias?

—El salón y el comedor forman un solo ambiente, cuando en los planos originales estaban separados. También hay una habitación más, porque la principal fue dividida en dos. Y esta casa no tiene sótano.

—¿Sabe los motivos de esas reformas tan extrañas?

—Lo siento. No tengo idea. Como puede comprobar, dejamos el salón - comedor como estaba, volvimos a reunificar las habitaciones para agrandar la principal y no hicimos nada con respecto al sótano.

—Entonces no tienen sótano.

—No lo necesitamos.

—¿Sabe si existe ese sótano y por dónde se accedía?

—No tengo idea.

—¿No hay una puerta debajo de las escaleras, o algo así? —insistió Josh. La señora Traves negó con la cabeza.

—¿Me permite volver a revisar la planta baja?

Bunny se encogió de hombros y dejó hacer al policía. Bradbury volvió a recorrer la casa con una sola idea en mente: descubrir dónde podía estar la entrada al sótano, si existía. Después de concluir que la señora Traves tenía razón y que no había ninguna puerta de acceso. Josh razonó que si existía un sótano donde «Spardise» llevara a cabo actividades clandestinas, habrían hecho lo posible para que nunca fuera encontrado. Entonces se le ocurrió una idea.

—¿Les vendieron la casa con los muebles?

—Con algunos. Otros los compramos nosotros.

—¿Qué hay de la cocina?

—Todo está igual a cuando adquirimos la casa.

Josh volvió a entrar a la cocina. El suelo era de linóleo y él comenzó a golpearlo con los tacones bajo la mirada sorprendida de

Bunny. Por fin encontró lo que buscaba junto a la mesa: un sonido hueco. Josh sacó una navaja.

—Oiga, ¿qué cree que hace? —protestó la señora Traves.

—Le prometo que pagaré cualquier daño.

Antes de que la dueña de la casa pudiera impedirlo, Josh usó la navaja para rasgar el linóleo donde el tacto le permitió detectar que había aire bajo el frágil material. Al levantar la solapa apareció una argolla. Había encontrado la entrada al sótano.

Después de explicarle los motivos de su conducta a la enojada señora Traves, el detective llamó a la Estación para hablar con Peck. Las declaraciones de la señora Holmes y las evidencias que tenían acerca de lo que podía haber ocurrido en esa casa, serían suficientes para iniciar una investigación oficial. Era imprescindible conseguir la orden de un juez que les permitiera levantar el linóleo de la cocina de los Traves para descubrir qué era lo que ocultaba ese sótano.

Como era de esperarse, Bunny se enfadó con el policía que abusó de su buena fe y causó daños a su propiedad, después de que ella accedió a colaborar por su buena disposición ciudadana. Josh tuvo que prometerle que se haría cargo de todos los gastos que ocasionara el registro y que su cocina quedaría mucho mejor que antes del procedimiento policial. Le daba su palabra y aceptaba firmar cualquier compromiso que les proporcionara una garantía a los Traves.

Por su lado, Jezebel movió todos los hilos necesarios para presentar un caso que el juez no pudiera refutar. Necesitó para ello la ayuda de Keen, pues no sería fácil que ningún magistrado se mostrara dispuesto a ordenar un allanamiento con daño de la propiedad para investigar un delito no comprobado, que había ocurrido más de treinta años atrás. En especial porque los perjudicados no tenían nada que ver con las acusaciones. Solo el compromiso de que el detective Bradbury se haría cargo de los gastos y de las posibles demandas, así como la promesa de que obtendrían un permiso firmado por parte de los Traves, sería suficiente para tener alguna opción de éxito en la difícil tarea.

Al final redactaron un documento que la fiscal envió al juez de guardia y que recibió su aprobación. Tal vez el caso tenía muchos flecos, pero cuando se hablaba de venta de bebés, nadie podía permanecer indiferente.

La propia Keen fue quien llamó a Bradbury para darle la noticia de que tenían la orden del juez, así que el levantamiento del linóleo y la apertura del acceso al sótano se llevarían a cabo al día siguiente. Josh se sintió tan eufórico por la noticia que la invitó a cenar esa misma noche. Sorprendida por la inesperada propuesta,

Natalie aceptó.

Capítulo 51.

Cuando Ryan recibió la llamada de su gemelo para contarle acerca del descubrimiento del sótano donde «Spardise» llevó a cabo actividades sospechosas, Cody tuvo la sensación de que abrían una «caja de Pandora». Sin embargo estaba de acuerdo con Josh. Haylie merecía que averiguaran qué fue lo que ocurrió cuando ellos nacieron.

Cody volvió a su casa y se encontró con una construcción vacía que lo abrumó por su silencio. Por primera vez no lo recibieron los gritos agudos y jubilosos porque papá ya estaba en casa. Tampoco escuchó el suave golpeteo de los pequeños pies sobre las baldosas que corrían hacia él con emoción, ni lo arropó el abrazo cálido de Eleonora cuando cruzó el umbral. La ausencia de su familia era tan palpable que le resultó dolorosa.

En ocasiones había llegado a horas en las que no se daban esas apoteósicas bienvenidas porque su esposa y los niños ya dormían, pero entonces lo compensaba acercarse con sigilo para ver a sus hijos en sus camas, mientras contemplaba la respiración pausada y regular, las facciones relajadas, la sonrisa apenas esbozada por el sueño infantil. Entonces se acercaba a los niños, los arropaba y apenas les rozaba la frente con los labios, con tanta suavidad que casi no los tocaba, pero al mismo tiempo con una intensidad que renovaba su propia energía. Después iba a su habitación, donde Eleonora dormía. Cody se desvestía en la oscuridad y se acostaba a su lado, entonces ella murmuraba palabras ininteligibles pronunciadas desde sus sueños, que él sabía que eran una bienvenida. Cody se acercaba a ella con cuidado para no despertarla, pero sí lo suficiente para sentir el contacto de su piel. Solo entonces podía conciliar el sueño.

Esta noche, sin embargo sería diferente. Nadie lo esperaba en la pequeña casa. Aunque le tranquilizaba saber que los suyos estaban seguros en Florida, a cientos de millas de distancia, el vacío que sintió cuando traspasó el umbral lo dejó desconcertado. Entonces recordó a Josh. Su hermano no tenía a nadie desde el momento en que supo que su propia familia lo había traicionado, al tratarlo como mercancía en un bazar. Se preguntó si debería llamarlo. Tal vez podría compartir su casa con él, como su hermano había compartido la suya con Eleonora y los niños, pero comprendió que ya era demasiado tarde para proponérselo ese día. Había sido una larga y difícil jornada para ambos, así que necesitaban desconectar del mundo y descansar.

A pocas millas de distancia, Bradbury ayudaba a Natalie a bajar

del taxi que la llevó hasta el lujoso restaurante. Después de regresar de Queens, Josh apenas tuvo tiempo de pasar por su hotel para darse una ducha y ponerse de traje y corbata. Un taxi lo dejó a las puertas del restaurante, donde ahora esperaba a la mujer que lo mantenía desconcentrado.

El largo cabello de Natalie, negro como el ébano cayó sobre su rostro cuando ella se inclinó hacia delante para bajarse del coche. Josh le tendió la mano para que pudiera tener un punto de apoyo que le permitiera salir con elegancia, pese a los altos tacones de aguja y el estrecho vestido negro. Cuando al fin estuvo de pie junto a él, Bradbury sintió que se le cortaba la respiración ante su belleza. Incapaz de pronunciar palabra, desplegó una sonrisa encantadora. Ella también sonrió. Era la primera vez que Josh la veía en un ámbito personal, aliviada del peso de un trabajo exigente que la obligaba a mantener una actitud inflexible. El cambio le gustó al detective, que se quedó inmóvil, como si hubiera sufrido una repentina parálisis.

—Hace frío aquí afuera —comentó ella—. ¿Entramos?

—Sí, desde luego. Ya nos tienen reservada la mesa.

Avanzaron a lo largo del muelle hasta alcanzar el lujoso restaurante. Los recibió el *maître* con una sonrisa estudiada.

—¿Tienen reservación los señores?

—Mesa para dos a nombre de Josh Bradbury.

El *maître* asintió después de comprobar su libro, cogió dos cartas y les pidió que lo siguieran. Cruzaron el comedor hasta alcanzar una de las mesas situadas al lado de un gran ventanal, desde donde podían contemplar una extraordinaria panorámica del río y de Manhatan. El salón estaba casi a oscuras, solo iluminado por pequeñas lámparas con pantalla en el centro de cada mesa, lo cual lograba el efecto romántico por el que era conocido.

La cena resultó excelente. Por común acuerdo decidieron dejar el trabajo por fuera de los temas de conversación. Josh se propuso conocerla mejor, así supo que provenía de una familia de tenderos en Boston, que había estudiado leyes gracias a una beca y que su ambición era ascender en su carrera hasta convertirse en jueza.

También le confesó que les tenía fobia a los ratones. Josh trató de hablar de él mismo lo menos posible, pero aun así le contó su historia. Natalie se sintió conmovida cuando escuchó que él había sido comprado por sus padres adoptivos y le prometió que haría todo lo posible por ayudarlos a él y a Cody en sus investigaciones. Comieron, bebieron buen vino, conversaron y rieron, mientras el avance del tiempo los acercaba a la medianoche. Solo entonces Natalie miró su reloj y se llevó una sorpresa.

—Esta cena ha sido magnífica, Josh. Muchas gracias. Hacía

tiempo que no me lo pasaba tan bien.

—Puedo decir lo mismo. Me temo que estoy a punto de escuchar un «pero».

—Pero mañana temprano ambos debemos estar en la Estación. Todavía tenemos que resolver el caso que nos trae de cabeza, antes de que el malnacido vuelva a matar, también debemos detener a este nuevo asesino que os persigue a ti y a Cody. No me perdonaría si algo os llega a pasar a cualquiera de los dos. Es mucho lo que tenemos que hacer mañana, así que será mejor que nos vayamos a dormir.

—Tienes razón, pero… es curioso, yo no tengo sueño —murmuró Josh, mientras rozaba el antebrazo de ella con la yema de sus dedos—. Además, suelo hacer lo contrario de lo que se supone que debo. Tal vez es un rasgo de mi personalidad.

Natalie lo miró a los ojos y vio esa picardía que le resultó tan atractiva cuando lo conoció.

—Eres un rebelde nato —dijo ella en voz muy baja.

—Sí, eso debe ser…

—Tal vez podríamos tomar una última copa…

—Tal vez.

—En mi casa.

Josh sonrió con un asentimiento. Pagó la cuenta y pidió que les consiguieran un taxi. El apartamento de Natalie no estaba lejos, pero el trayecto en la parte trasera del taxi se les hizo interminable. Se sentaron muy cerca uno del otro, entrelazaron sus manos para mantener el contacto. Intercambiaron miradas durante todo el recorrido, pero se contuvieron de otras manifestaciones de afecto, pues notaron que el taxista los observaba por el retrovisor, con lo cual se sintieron invadidos en su privacidad.

Apenas entraron en el piso de la abogada comenzaron a desvestirse sin decir palabra, dejaron toda la ropa en el camino a la habitación, mientras se besaban y acariciaban con pasión, hasta que alcanzaron la cama, donde dieron rienda suelta a sus impulsos.

Exhaustos, se quedaron dormidos bajo los efectos de la abundante cena, el alcohol y el desahogo de sus emociones.

A miles de millas, Eleonora pasó la noche despierta en la cama del nuevo compañero de Cody, en Florida. Para los niños, el viaje a Orlando había sido una aventura y no perdieron oportunidad de expresar sus deseos de visitar los parques temáticos. Sin embargo, ella sabía que esa no sería una buena idea, pues era posible que el acosador de Cody los hubiera seguido hasta allí. El simpático policía que dormía en la sala era prueba de ello. En el aeropuerto los recibió un joven hispano que se identificó como policía del Estado de Florida, los ayudó con las maletas, los llevó al apartamento y se

quedó con ellos. Hizo lo posible para que su presencia no resultara invasiva a la familia.

Eleonora, sin embargo, la sentía como un constante recordatorio de que no estaban allí de vacaciones. Además, el temor por el bienestar de Cody tampoco le permitía relajarse.

A esa misma hora, el hombre a quien los periódicos llamaban el Demonio de Brooklyn tampoco podía dormir. Cada vez era más efímera la satisfacción que conseguía al tener sexo mientras sentía la desesperación que causaba la asfixia en el objeto de sus deseos. Hubiera sido capaz de hacerlo varias veces al día, pero el impulso era mayor al anochecer. Y también la oportunidad. Lo mejor era el momento en que sus forzadas compañeras dejaban de respirar. Entonces el éxtasis era incomparable. Además, tenía la satisfacción de que hacía justicia. Todas esas zorras lo merecían por haberlo tratado como basura en la suela de sus zapatos. Pero cuando estaban a su merced, cuando era él quien controlaba hasta el aire que respiraban, entonces sí le concedían importancia.

Sostuvo en su mano la fotografía de su próximo objetivo. En ella aparecía una joven sonriente que empujaba el carrito de un bebé. Él no sabía su nombre, pero tampoco importaba. Ella también se lo merecía. Era cajera en una tienda por departamentos donde hizo una compra dos días atrás. Él trató de ser simpático, de agradarle, decirle un piropo, pero ella tensó la espalda y miró a los lados como si la hubiera amenazado. Se alejó con una excusa y fue a buscar a un compañero, un fortachón que se le acercó y lo trató con amabilidad comercial, pero con tono cortante, le cobró la compra y lo miró como si él fuera un pervertido. ¿Qué le habría dicho esa zorra?

En el transcurso de las dos horas siguientes, él permaneció a poca distancia de la tienda hasta que ella salió. Entonces la siguió hasta un edificio en un barrio cutre de Brooklyn. Y esa perra se había dado el lujo de despreciarlo.

Al cabo de una hora, ella volvió a salir. Sonreía y empujaba el coche de un bebé. Él se bajó de su vehículo y la siguió a una distancia prudente. El destino de la cajera era un parque cercano, donde se sentó en un banco con el cochecito a un lado. Mientras disfrutaba del sol de la tarde hacía alguna que otra morisqueta al niño sentado en su cochecito. A esa hora el parque permanecía desierto. Era un lugar ideal y el crío no sería un problema. Después de veinte minutos, la chica regresó a casa. Una presa fácil.

Él la fotografió cuando salía y entraba de su casa, en el camino y en el parque. Debía planearlo bien. Sabía que la Policía le pisaba los talones, así que toda precaución era poca. Sería pronto. Se excitaba tan solo con pensarlo.

Cody pasó la noche dando vueltas en la cama. La notaba demasiado grande y fría. Era como si hubiera perdido la sensibilidad de una parte de su propio cuerpo. Ya hacía doce años que se había casado con Eleonora. Y salvo que él tuviera que pasar la noche en la Estación, nunca dormían separados. Así que Cody no encontraba acomodo que le permitiera un sueño relajado.

La llamada llegó en la madrugada. Cuando apenas el sol comenzaba a asomarse, que era cuando él por fin había podido quedarse dormido. El sonido insistente del móvil lo sacó del sueño, pero fue la descarga de adrenalina la que lo despertó. Una llamada a esa hora solo podía tener un significado. El Demonio de Brooklyn pensó con angustia, mientras la culpa lo agobiaba. ¿Por qué no lo habían atrapado todavía? Respondió sin mirar la pantalla.

—¿Qué ocurre, Evelyn?

—No soy Evelyn —respondió una voz llorosa—. Soy Karol. No sé si me recuerda, señor Ryan, soy la enfermera del señor Reynolds Tofts.

—Sí, claro, la recuerdo. ¿Qué ocurre?

—Lo llamo porque el señor Tofts me pidió que le avisara si le ocurría algo, y esta mañana lo encontré muerto en su cama.

Capítulo 52.

Eran las seis y treinta de la mañana cuando Cody llegó a *Oyster Bays*. Todo parecía igual a la última vez que visitó la residencia para ancianos, salvo que el hombre con quien se entrevistó había fallecido. Aunque en un lugar como ese la muerte debía ser un visitante asiduo, Ryan quedó desconcertado por la noticia. No habían pasado ni setenta y dos horas desde que intentó sostener una conversación con el viejo abogado de la agencia de adopciones. Lo mismo le había ocurrido a Josh el día anterior con la otra empleada de «Spardise». Cody se preguntó si se trataría de una coincidencia o si ambas muertes estarían relacionadas. Su cerebro de policía le proporcionó una respuesta inmediata: aquello no era coincidencia.

Después de identificarse en la recepción, una enfermera le dio el pésame como si él fuera familiar del occiso y le pidió que la acompañara. Cruzaron el jardín hasta el bungaló de Tofts, donde Karol recogía las pertenencias del difunto abogado. Después que las dos mujeres intercambiaron algunas palabras, se quedó solo con la joven.

—Gracias por venir, señor Ryan. Lamento haberlo despertado tan temprano, pero Reynolds me hizo prometer que le avisaría de inmediato si… ya sabe, si le ocurría algo malo.

—No tiene que disculparse, pero me sorprenden sus palabras. Tuve la impresión de que el señor Tofts no fue consciente de mi presencia cuando lo visité.

—Lo dice por su desconexión del mundo a causa de su demencia.

—A eso me refiero.

—En mi trabajo de enfermería me he ocupado de muchos pacientes con este tipo de problemas y tienen lapsos cortos de tiempo en los cuales se encuentran lúcidos. Es algo que ocurre con menor frecuencia conforme avanza la enfermedad, pero usted está en lo cierto, el caso del señor Tofts se salía de los parámetros comunes.

—¿De qué manera?

—Algunas veces parecía desconectado por completo, como el día que usted lo visitó, pero después hacía referencia a algo que había ocurrido durante ese período y que recordaba a la perfección.

Cody se quedó pensativo por unos segundos.

—¿Cree usted que podría haber fingido la enfermedad?

—¡Desde luego que no! ¿Por qué haría algo así? —Cody no respondió, pero pensó que pudo ser una estrategia para evadir su responsabilidad si salía a la luz algún asunto turbio. La enfermera

argumentó sus propias razones para defender su punto—. Además, en las pruebas realizadas por los médicos existían evidencias que corroboraban su enfermedad.

—De acuerdo. Usted está mejor informada acerca de esto —reconoció Ryan, aunque desde su punto de vista, las pruebas podían ser alteradas o falseadas. Él estaba cansado de ver casos de fraudes a seguros que lo demostraban—. ¿Cuál era la razón por la que el señor Tofts quería que me llamara?

—Me pidió que le entregara algo.

—¿A mí? —preguntó Cody sorprendido, mientras recibía un sobre de manos de Karol—. ¿Por qué?

—No me lo dijo —admitió la enfermera—. Según él, usted sabría qué hacer con esto.

Cody abrió el sobre y sacó su contenido: la fotografía del grupo de soldados en Vietnam donde aparecían el abogado y Frank Ryan. El detective quedó desconcertado, pues él no había hecho mención de la fotografía cuando visitó a Tofts, y aun así el anciano no solo recordó su visita, sino que de alguna manera lo relacionó con su viejo compañero de armas. Era notable. Cody regresó la instantánea al sobre y la guardó en un bolsillo de su chaqueta.

—Gracias.

—No es necesario que me lo agradezca. Fue la última voluntad de mi paciente, así que era mi deber cumplir con ella. ¿Sabe usted por qué Reynolds quería que usted tuviera esa foto?

—Sí, claro —mintió el policía, pues la verdad era que no tenía la menor idea—. ¿Puede decirme qué fue lo que ocurrió?

—Esta mañana entré en su habitación para avisarle que su desayuno estaba en la mesa y lo encontré muerto.

—¿Notó alguna señal de violencia en el cuerpo?

—¡Por supuesto que no! Aquí atendemos muy bien a todos nuestros pacientes.

—Perdóneme. No era eso a lo que me refería, sino a que alguien de afuera hubiera entrado y agredido al señor Tofts.

—No lo creo, detective Ryan. ¿Por qué alguien querría hacer eso? Además, yo duermo en la habitación de al lado. Habría escuchado algo, ¿no cree?

—¿Qué ocurrió con el cuerpo?

—Se lo llevó una ambulancia esta mañana. Supongo que lo entregarán a la funeraria en el transcurso del día. El señor Tofts no tenía familiares vivos, así que dejó arreglados sus asuntos. Era un hombre muy previsivo.

—No lo dudo.

Cody se despidió de la enfermera. Antes de abandonar la residencia se comunicó con la *OCME*, la oficina de médicos

forenses, para notificarles las dudas que tenía acerca de que la muerte del abogado hubiera sido natural. Eso debería ser suficiente para que se practicara una autopsia.

Mientras Ryan conversaba con Karol, en un elegante barrio cercano al río el sonido de la ducha despertó a Josh. Tardó unos instantes en recordar dónde estaba y cómo había llegado allí. La noche anterior se dejó llevar, influido por el alcohol y la lujuria, pero después de descansar se preguntó si no se habría precipitado. Si bien era cierto que se sintió atraído por Natalie desde el momento en que la vio, tampoco podía negar que eso le ocurría con casi todas las mujeres, pero la joven abogada no tenía nada en común con las chicas con las que solía salir, y que solo querían pasar un buen rato, al igual que él. La idea de que Natalie albergara expectativas de una relación lo aterró. Se disponía a salir de la cama cuando el ruido del agua cesó. Decidió esperar, aunque era una tontería después de una noche de intimidad compartida, pero así era él. Un necio por todo lo alto.

Cuando la puerta del servicio por fin se abrió, por ella salió Keen vestida, maquillada y cepillando su larga cabellera negra. Lo miró con una media sonrisa.

—¿No piensas levantarte, remolón?

—¡Keen! Es decir, ¡Natalie! Sí, enseguida me levanto, en cuanto…

Josh señaló su ropa con un gesto de la cabeza.

—No me digas que sufres de un ataque de pudor. Anoche no parecía importarte mucho la ropa. Es más, te estorbaba.

—Anoche fue… anoche.

—Ya. Descuida. Me voy a la Estación, así el señor podrá ducharse y vestirse sin amenazas a su intimidad.

Josh hubiera querido pedirle a Natalie que esperara, que quería hablar con ella y aclarar la situación, pero le faltó valor para decirle que… ¿Qué? ¿Qué era un cobarde que no quería comprometerse en ninguna relación, aunque fuera con una mujer tan maravillosa como ella? Suspiró. Tal vez lo mejor sería esperar un poco. Todo había ocurrido demasiado rápido y era muy reciente. Siguió el consejo de su anfitriona, se dio una ducha y se vistió.

Cuando Bradbury llegó a la Estación encontró a todo el grupo reunido. Tenía la absurda sensación de que todos podían leer en su rostro lo que ocurrió la noche anterior entre él y Keen. Y tal vez era cierto en el caso de Jezebel, que los miró a los dos con mal disimulada picardía. Era muy probable que la propia Natalie se lo hubiera contado.

Por suerte para Josh, después de los saludos se concentraron en el caso. Cody les informó acerca de su entrevista con la madre de

Christine y también de los resultados de su comprobación de la coartada de Burke Slater. Entonces llegó el turno de Jez.

—Me temo que no encontré a nadie que corroborara la coartada de Hill. Interrogué a los comerciantes de la zona. Todos lo conocen, por supuesto, pero nadie recuerda haberlo visto ese día.

—En ese caso tuvo la oportunidad —señaló Bradbury—. Y según las declaraciones de la señora Rains, también tuvo un motivo.

—Jace Hill acaba de convertirse en persona de sumo interés para esta investigación —ratificó Keen—. ¿Le tomaron muestras de ADN? No recuerdo haber solicitado la orden al juez.

—Proporcionó la muestra de saliva en forma voluntaria, según le aconsejó su abogado —le informó Cody.

—En ese caso habrá que esperar los resultados.

—Deben enviarlos junto con los de los compañeros de Christine y los del padre de Theresa —señaló Short—. Este caso tiene prioridad, así que deberíamos recibirlos pronto.

—De acuerdo —dijo Ryan, luego se dirigió a Peck—. ¿Qué puedes decirnos acerca de Ralph Lowry?

—Recibió el alta la tarde en que asesinaron a la tercera víctima. Aunque sus médicos le aconsejaron reposo, ya no estaba ingresado para ese momento.

—¿Cómo es que nadie nos lo advirtió?

—Su abogado interpuso un recurso para protegerlo del «acoso policial», así que el hospital no tuvo otra alternativa que guardar silencio.

—¿Lo interrogaste? ¿Tiene coartada?

—Ni siquiera me he podido acercar para interrogarlo.

—Entonces tenemos otro posible sospechoso —planteó Cody—: hasta donde sabemos tuvo la oportunidad, aunque el motivo está menos claro.

—El problema en este caso es que nos enfrentamos a un psicópata con perversiones —opinó Bradbury—, así que la ausencia de un motivo no debería detenernos. Además, es el único de los sospechosos que ha interpuesto un procedimiento judicial para impedirnos comparar su ADN.

—Sí, debo reconocer que esa negativa es bastante sospechosa —admitió Ryan.

—Apelaré esa medida de protección —se ofreció Natalie—. No es posible que uno de los sospechosos resulte ser intocable.

—Es una buena idea —reconoció Cody, luego se dirigió a Herman—. ¿Qué pudiste averiguar del pastor?

—A la hora que atacaron a Christine, el pastor salía de una reunión con su obispo.

—¿Lo comprobaste?

—Desde luego.

—Bien, un sospechoso menos. ¿Qué me dices del grupo de adictos en el que colaboraba la víctima?

—Si albergabais alguna esperanza con respecto a estos chicos, ya podéis cambiar de opinión. *Saint Nicholas* les organizó un paseo y han pasado las últimas dos semanas en un campamento junto al lago en Hempstead.

—¿Y pudiste comprobar la coartada de Winfield?

—Dijo la verdad. Tanto el camarero como el dueño del bar y al menos cinco estudiantes lo vieron esa tarde mientras compartía un café con la secretaria. Tal como declaró.

—En ese caso, pasaremos la información al rector para que se ocupe de la falta académica que cometieron él y sus compañeros. Supongo que despedirán a la secretaria y a ellos los expulsarán.

Capítulo 53.

Cody le ordenó a Herman que comprobara que ninguno de los chicos del grupo de apoyo se hubiera ausentado del paseo. Natalie regresó a su despacho para redactar la apelación contra la medida judicial que protegía a Ralph Lowry. Cuando la fiscal les dio la espalda para regresar a su despacho, Josh se sintió aliviado.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó su hermano, al ver que fijaba la mirada en Natalie, mientras ella se alejaba.

—Nada —respondió él.

—¿Qué pasa entre tú y Keen?

—¿Por qué debería pasar algo? —represuntó Josh a la defensiva.

—Ella no te ha quitado la vista de encima durante toda la reunión, mientras que tú has hecho todo lo posible por evitarla. Has estado disperso y no soltaste ninguna de esas opiniones radicales a las que ya nos tienes acostumbrados.

—Te recuerdo que ayer fue un día muy difícil para mí.

—Te daré un consejo como tu hermano, Josh. Ten cuidado con Keen.

—¿Me estás advirtiendo contra ella?

—No me malentiendas. Es una excelente abogada y mejor amiga, pero si tienes la intención de llegar más lejos, será mejor que vayas con pies de plomo. Natalie se toma muy en serio ese tipo de cosas.

Bradbury no respondió, pero se puso lívido, lo cual alertó a Ryan.

—Josh, no me digas que has…

—Anoche cenamos juntos, una cosa llevó a la otra y, bueno, tú ya sabes cómo son estas situaciones… Solo surgió.

—Prefiero no saber qué fue lo que surgió, pero algo sí te digo: más te vale ir en serio, porque a Keen no le temblará el pulso en hacerte pagar si la lastimas.

—No es mi intención hacerle daño —murmuró Bradbury, más asustado que cuando una pistola apuntaba a su cabeza.

—De acuerdo. Entonces todo estará bien. Vamos, creo que tenemos una conversación pendiente con el señor Burke Slater. Tiene mucho que explicar.

Antes de salir de la Estación, Bradbury le pidió a Jez que estuviera atenta a cualquier información que llegara acerca de la muerte de Bonnet, o de Tofts, así como a los resultados del allanamiento del sótano en la casa de los Traves.

En el trayecto, Cody se dio cuenta de la preocupación que

agobiaba a su hermano y se sintió un poco culpable. Después de todo, Bradbury era adulto, esperaba que responsable y debía saber lo que hacía.

—Todavía no te he dado las gracias por permitir que mi familia se aloje en tu casa, Josh.

—No es nada. Allí estarán más seguros. Y de cualquier manera, el piso estaba vacío.

—Pero no podrás alquilarlo mientras ellos lo ocupen —Cody hizo una pausa. Había meditado mucho al respecto la noche anterior y llegó a una conclusión—. Lo más justo es que te compense con el pago de un alquiler mientras ellos permanezcan allí.

—No digas tonterías. No voy a cobrarle a mi familia.

—En ese caso, tal vez deberías mudarte a casa. Ahora sobra espacio y así te ahorrarías el hotel. Además, sería más seguro para ambos.

Bradbury se quedó sorprendido. ¿Este era el mismo Ryan que se negaba a reconocer que eran gemelos, pese a todas las evidencias? ¿Qué le había ocurrido a Cody el recalcitrante?

—Me alegrará mucho ser tu huésped. Podría ser una oportunidad para conocernos mejor.

—En ese caso, está decidido. Buscaremos tus cosas en el hotel al final del día y te llevaré a casa. Es lo menos que puedo hacer.

Antes de que Bradbury pudiera responder, Ryan detuvo el coche porque habían llegado al *campus*. No les resultó difícil encontrar la facultad de ciencias gracias a las indicaciones de los estudiantes con los que se cruzaron,. Les informaron que el profesor Slater impartía una clase en ese momento y dispondría de tiempo libre en cinco minutos. Decidieron esperar al padre de Theresa en el pasillo. En efecto, al cabo de cinco minutos exactos se abrió la puerta y comenzó a fluir un torrente de estudiantes que se dispersó por los pasillos, algunos en grupos y otros solos. Los detectives se asomaron al salón y allí encontraron a un hombre de más de cincuenta años con el cabello rubio y grasoso. Estaba muy concentrado en recoger sus papeles y guardarlos en un maletín de cuero. Josh tuvo la impresión de que lo conocía, o al menos lo había visto con anterioridad, pero no conseguía precisar ni dónde, ni cuándo.

Slater levantó la mirada sin disimular su sorpresa.

—Caballeros, ¿puedo ayudarles en algo?

—Somos los detectives Josh Bradbury y Cody Ryan, de la Policía de Nueva York. Investigamos las violaciones y asesinatos en serie que han ocurrido en Brooklyn en los últimos días y quisiéramos tener una conversación con usted, profesor.

—Por supuesto que colaboraré en lo que pueda, detectives —

respondió Slater con una sonrisa bobalicona—. Si me acompañan, creo que podremos hablar con más comodidad en mi despacho.

Burke los guió por los relucientes pasillos hasta que llegaron frente a una puerta que estaba identificada con un pequeño letrero. Slater usó su llave y entraron. Más que un despacho era un cuchitril, donde apenas cabía un escritorio, la silla del profesor y otro asiento para el estudiante de turno. Bradbury tuvo que quedarse de pie y de buena gana hubiera esperado afuera. El ambiente era tan claustrofóbico que ni siquiera había una ventana.

—Muy bien, lamento la falta de espacio, pero el *College* considera que esto es suficiente para un simple profesor —Ryan tomó nota mental del tono resentido de las palabras de Slater—. Ustedes dirán.

—Tenemos entendido que tuvo un altercado con la directiva de la institución hace algunos meses.

—¿Altercado? Soy un hombre muy pacífico, detective, así que no recuerdo haber tenido nunca un altercado con nadie.

—¿No aspiraba usted a un ascenso que le fue negado? —intervino Josh, mientras trataba de recordar dónde había visto a Slater con anterioridad.

—Es cierto que se abrió una plaza para jefe del departamento de ciencias y que yo la solicité. La directiva decidió que no estaba capacitado para el cargo, así que continué con mis labores habituales. Yo no le llamaría a eso «un altercado».

—¿Cómo es que no reaccionó ante semejante desprecio? —preguntó Bradbury.

—No lo vi como un desprecio. El rector Rains y su esposa tomaron una decisión que ellos consideraron que era la mejor para la institución. No había nada personal en ello.

Cody se preguntó si la ecuanimidad del profesor sería una pose o una conducta sincera. Además, había algo extraño en el aspecto de Slater, algo que no parecía normal. La cara redonda consecuencia de un ligero sobrepeso, la voz suave y los dedos cortos y regordetes le concedían la apariencia de un monje medieval, pero había algo más. Ryan se concentró de nuevo en el interrogatorio.

—¿Conocía a la señorita Downer?

—Es posible que nos hayamos cruzado en los pasillos en alguna ocasión, pero no era una de mis estudiantes.

—Pero usted sabía quién era —afirmó Cody—. Quiero decir, sabía que era la hija de la señora Rains.

—Sabía que su hija estudiaba en el *College* y que usaba el apellido de su padre, pero solo después del trágico suceso fue que supe de quién se trataba.

—Profesor Slater, ¿cómo es que su hija Theresa puede permitirse

alquilar el ático en el cual vivía con la señorita Lowry? ¿Quién lo pagaba?

—¡Vaya! Creía que una de las tareas de la policía era investigar el entorno de las víctimas. Tal vez me estaba dejando influir demasiado por las películas y series de televisión.

—¿De qué está hablando?

—Supuse que a estas alturas ya tendrían claro el *modus vivendi* de Theresa. Después de todo, ella era la compañera de piso de una de las víctimas —dijo Burke con voz suave.

Cody y Josh intercambiaron una rápida mirada. El profesor insinuaba que eran incompetentes en su trabajo. Ni más, ni menos. Josh sintió una ola de calor que le subía a la cabeza desde las entrañas, mientras Cody respiraba profundo para tranquilizarse, porque en las palabras de Slater reconoció una provocación. Tal vez solo era un estúpido que no medía las consecuencias de cabrear a los policías que lo interrogaban, pero también podía ser un hábil manipulador que buscara descentrarlos apelando a sus emociones. Así que Ryan optó por tomárselo con calma.

—Tal vez quiera usted ser tan amable de compensar nuestra desinformación y explicarnos de qué vive Theresa.

—Adoro a Theresa, como cualquier padre a su hija. Ella quisiera poder vivir de su arte, pero debo ser sincero con ustedes. Es lo que la Policía espera de los ciudadanos, ¿no es así? Que siempre seamos sinceros —dijo en un tono burlón que hizo que Josh frunciera el ceño—. La verdad es que Theresa vive de un fideicomiso que le dejó su abuelo en herencia. Me refiero al padre de su madre. El mío era un cabrón que solo fue capaz de dejarme cicatrices. Mi hija se independizó en cuanto cumplió los dieciocho años.

—No debe ser fácil para usted saber que su hija tiene un nivel de vida muy superior al suyo, aunque todavía no cumple los treinta años —sentenció Josh con toda la intención de provocarlo.

—Al contrario, detective…

—Bradbury.

—Sí, claro, detective Bradbury. Usted no tiene hijos, ¿verdad? —Josh negó con la cabeza—. Si los tuviera comprendería que para un padre es una satisfacción saber que sus hijos lo han superado. El bienestar económico de Theresa es una tranquilidad para mí.

—Usted conocía bien a Amie, ¿no es así?

—Sí, por supuesto. Pobre chica.

—¿Sabe que usted es una de las pocas personas que tenían acceso al ático, que fue donde la asesinaron? —le preguntó Josh.

—Eso significa que existen otras personas que también pudieron estar en la escena del crimen. Tendrá que buscar al asesino entre ellas, detective Bradbury —afirmó el profesor—. Estoy seguro de

que las evidencias inclinarán la balanza a mi favor.

Cody tenía la sensación de que Burke Slater jugaba con ellos como el gato con el ratón. Entonces comprendió qué era lo que le desconcertaba del aspecto del profesor: tenía el cabello rubio, pero sus cejas y vello corporal eran negros. Cuando comprendió que la incomodidad que sentía ante la presencia de Slater se debía a un rasgo físico y no a algo que tuviera relación con el caso consideró que aquel duelo verbal era una pérdida de tiempo, así que después de hacer un par de preguntas sin importancia para bajar el tono agresivo de la entrevista, hizo un gesto a su hermano y dieron por concluido el interrogatorio.

Cuando llegaron al coche, Bradbury le preguntó por qué reaccionó así. Ryan se lo explicó. Josh se mostró inconforme.

—De acuerdo, el tío es extraño —reconoció, encogiéndose de hombros—. Tal vez se tiña el cabello de rubio por alguna razón. Quién sabe, pero eso no le resta interés como sospechoso.

—Debo admitir que yo reaccioné al desconcierto que me causó su aspecto físico, Josh. Eso es contraproducente para la investigación.

—Te aseguro que por mi parte, la aversión que sentí no tenía nada que ver con su apariencia.

—Con lo que fuera. Habíamos perdido la objetividad.

Josh iba a responder cuando el sonido del móvil lo interrumpió. Al ver que en la pantalla aparecía el nombre de Jezebel, respondió con el corazón acelerado.

—Jez. ¿Hay noticias?

—Tenías razón, Josh. La autopsia de Bonnet reveló que su muerte no fue natural: la asfixiaron. Ya se inició la investigación y los detectives me pidieron que te transmitiera su gratitud por denunciar.

—¡Lo sabía! ¡Maldita sea! —exclamó Bradbury, al mismo tiempo que golpeaba el tablero del coche, ante la mirada atónita de Cody —. Alguien la silenció para que no hablara con nosotros.

—Lo siento, supongo que debe ser frustrante —reconoció Jez—. Sin embargo tengo otra noticia para ti. No sé si será buena o mala.

—Haz la prueba.

—Por fin consiguieron entrar en el sótano de los Traves y lo que encontraron… En el sótano de esa casa funcionaba un quirófano. Según el forense a quien llamó el grupo de científica, era una sala de partos.

—Gracias Jez —dijo Bradbury y colgó. Cody lo miró con expectación, así que después de una inspiración profunda, Josh habló—. Acaban de encontrar el lugar donde murió nuestra madre.

Capítulo 54.

Cody y Josh se desviaron en dirección a Queens. Aunque el descubrimiento de la sala de partos clandestina era previsible, el impacto emocional los desconcertó. Se reforzaban las sospechas de Bradbury de que algo turbio había ocurrido en torno al momento en que nacieron. La existencia de ese quirófano también arrojaba una sombra sobre las circunstancias de la muerte de Haylie. ¿Habría fallecido a causa de condiciones sanitarias inapropiadas para un parto de gemelos? ¿Sería esa la razón por la que habían eliminado en forma sistemática a todos sus cómplices? ¿Quién estaba detrás de todo ese entramado?

—Necesitamos saber a nombre de quién estaba registrada la propiedad antes de que la adquirieran los Traves —señaló Cody—. Tal vez eso arroje alguna luz acerca de a quién enfrentamos.

—Es una buena idea. Le pediré a Jez…

—No. El Demonio de Brooklyn todavía es prioridad. No podemos permitirnos distraer a ninguno de los detectives en este asunto, que si bien es importante, ocurrió hace treinta y dos años. Puede esperar un poco más.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Josh, indignado —. Cody, hablamos de nuestra madre. Es posible que alguien haya sido responsable de su muerte. Y te recuerdo que en las últimas setenta y dos horas han asesinado a dos personas. ¿Crees que eso no merece que le dediquemos algunas horas de nuestro tiempo?

—Todavía no tenemos la confirmación de esos asesinatos —argumentó Ryan.

—Es un hecho que Esther Bonnet fue asfixiada pocas horas antes de que yo pudiera hablar con ella. Tofts murió de repente al poco tiempo de que hicieras lo posible por entrevistarlo. Y por si fuera poco, han atentado contra nosotros y contra tu madre...

—¡Deja a mi madre fuera de esto! No hay ninguna razón para pensar que el intento de arrollamiento tuviera relación con este caso.

—Tú sabes que no fue un accidente. De lo contrario no habrías enviado a tu familia a Florida.

—Tal vez atentaron contra ella como represalia contra mí.

—Sabes que eso no es cierto, Cody.

—Todavía no hemos establecido una conexión entre los atentados contra nosotros y las investigaciones sobre la adopción.

—Hartell es la conexión. No creo que la coincidencia de los apellidos sea fortuita. Te aseguro que existe una relación entre el asesino que detuvimos y el chófer de «Spardise». Solo tenemos que

buscarla.

Ryan suspiró. Aunque se resistía a creerlo, en el fondo pensaba igual que su hermano.

—Está bien, lo investigaremos, pero la prioridad todavía es la muerte de las chicas. Emplearemos los ratos libres para hacer averiguaciones sobre la agencia de adopción, pero sin involucrar a nadie más. No tenemos derecho, Josh, por muy buena disposición que tengan nuestros compañeros.

—De acuerdo —admitió Bradbury—. Detente aquí. Es esa casa color avellana.

Josh señaló hacia la vivienda de los Traves. Toda la calle estaba ocupada por patrullas y coches oficiales. Alrededor del pequeño adosado se había establecido un perímetro de seguridad y en el interior se desarrollaba una actividad frenética. Los detectives se apearon del coche, y después de identificarse pudieron acceder al interior.

En cuanto entraron, Bradbury vio a la señora Traves. Ella se encontraba de pie en un rincón de la cocina, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Era evidente que estaba arrepentida de su buena disposición a colaborar con la Policía. En cuanto reconoció a Josh apretó los dientes y los puños enardecida por la ira, pero quedó desconcertada cuando vio a Cody junto a su hermano. Era evidente que no sabía cuál de los dos era el culpable del descalabro de su cotidianidad.

Josh aprovechó el desconcierto de la dueña de la casa para desaparecer por la trampilla que conducía al sótano y que ahora se encontraba abierta. Ryan lo siguió sin siquiera darse cuenta de la presencia de la señora Traves. Bajaron una escalera metálica y pudieron contemplar un salón amplio y embaldosado. La iluminación provenía de potentes lámparas ubicadas en forma estratégica. En el centro había una camilla con un estribo a cada lado. Dentro de los armarios cuyas puertas eran de vidrio, se podía apreciar el instrumental quirúrgico.

—¿Puedo saber quiénes son ustedes? —Les preguntó un hombre de mediana estatura y cabello abundante, que usaba un bigote anticuado.

Los detectives se identificaron y su interlocutor les dijo que era el forense encargado de levantar un informe sobre el quirófano clandestino.

—El instrumental y las instalaciones son bastante completas. No tienen nada que envidiarle a los quirófanos de los hospitales de la época. Mi opinión es que la tecnología que se empleaba en esta sala de parto estuvo en uso durante los ochenta.

—Concuerda con nuestras informaciones.

—Este quirófano no se ha utilizado en muchos años y por lo que me contaron los técnicos que desbloquearon la entrada, fueron necesarios martillos neumáticos para romper el muro que lo tapiaba.

—¿Diría usted que las mujeres que parieron aquí corrieron más riesgos que si lo hubieran hecho en un hospital? —preguntó Bradbury, mientras pensaba en Haylie.

—Eso dependería de la calificación y pericia de quién hubiera atendido ese parto, pero supongo que sabremos más después de la investigación. El FBI está en camino.

—¿El FBI?

—El jefe del Departamento recibió una llamada de la Agencia Federal con una orden muy clara en cuanto reportamos el descubrimiento de este sótano en nuestro sistema: se trata de un caso federal —El forense se percató de la expresión de desconcierto y contrariedad de ambos detectives—. Supongo que no significa que la Policía de Nueva York sea excluida. Después de todo, fueron nuestros muchachos quienes abrieron la «caja de Pandora».

Ambos detectives cruzaron la mirada y asintieron. Harían lo posible por hacerse cargo del caso, pese a la intervención del FBI. Cody lo decidió en cuanto pisó el quirófano. Comprendió lo que debió ser ese lugar cuando estaba activo: solitario, oculto, claustrofóbico y frío. Imaginó a Haylie, una chica de diecisiete años, de la cual no sabían nada todavía, sola en una ciudad enorme, impersonal y extraña, embarazada y según la madre de Cody, dispuesta a renunciar a su hijo para proporcionarle un hogar con mejores oportunidades. Esa chiquilla había muerto en ese sótano deshumanizado cuando paría no un hijo, sino dos. Josh tenía razón; lo menos que podían hacer era descubrir cuáles habían sido las circunstancias de su muerte.

Después de escuchar todo lo que el experto dedujo de sus observaciones, Bradbury y Ryan abandonaron el tétrico sótano. Cody sentía una congoja en el pecho, mientras Josh notaba cómo la ira crecía en su interior. Cuando subieron hasta la cocina, ya la señora Traves había abandonado su puesto de guardia. Los detectives alcanzaron el coche y se mantuvieron en silencio durante todo el recorrido hasta la Estación.

Cuando llegaron a su destino con el ánimo golpeado por su reciente experiencia, no tardaron en darse cuenta de que había noticias y que no eran buenas. Jezebel los abordó:

—Ya estáis aquí, chicos. ¿Dónde os habíais metido? El jefe Powers ha preguntado por vosotros al menos una docena de veces. No está muy contento.

—¿Por qué no nos avisasteis por el móvil? —preguntó Cody.

—¿Qué creéis que hace Evelyn desde hace más de una hora?

Ryan buscó su teléfono para comprobar las palabras de su compañera. Entonces se dio cuenta de que estaba silenciado. Era la primera vez que le ocurría algo así. En cuanto a Josh, cuando miró la pantalla comprendió que lo había apagado después de la llamada de Jez. Tal vez por la ofuscación del momento.

—Pues ya podéis preparar una buena explicación para el jefe —les aconsejó Short—. Desde hace dos horas pregunta por vosotros cada cinco minutos.

—¿Por qué nos quería localizar Powers?

—Tenemos varias novedades —anunció Jezebel—. ¿Por cuál queréis que comience?

—Decídelo tú misma.

—Bien. En primer lugar, Shorty comprobó las coartadas de los chicos del grupo de la iglesia: nadie regresó a escondidas a Nueva York. También me ocupé de interrogar a Jace Hill y lo confronté con la información que te proporcionó la señora Rains.

—¿Te aclaró algo?

—Confesó que su vida iba de mal en peor desde que lo despidieron, que odiaba a los Rains con todas sus fuerzas, pero también negó tener cualquier tipo de relación con el asesinato de Christine. Aseguró que la chica no tenía la culpa de tener por padres a unos «malditos desalmados».

—Un calificativo muy ilustrativo acerca de sus sentimientos con respecto a la familia —opinó Josh—. Aunque no tuviera nada contra Christine, ella pudo convertirse en el instrumento de su venganza. ¿Lo interrogaste acerca de sus coartadas para los dos primeros homicidios?

—Por supuesto. Y no las tiene.

—Lo cual no me sorprende, si tomamos en cuenta que vive en la calle —argumentó Cody.

—Eso no lo hace menos sospechoso.

—Sí, te lo reconozco.

—¿Cómo os fue en vuestra entrevista con el padre de Amie? —les preguntó Short.

Cody le contó en pocas palabras cómo se desarrolló el encuentro y sus impresiones: Burke Slater era un sujeto desagradable tanto por su aspecto, como por sus modales suaves pero insidiosos. Sin embargo, eso no lo convertía en culpable. Y tenía coartada para dos de los tres asesinatos.

—Tal vez deberíamos concentrarnos en Jace Hill —propuso Ryan—. Parece más prometedor.

—No os emocionéis todavía, chicos, que hay más noticias y no son buenas —les advirtió Peck—. Llegaron las comparaciones del

ADN de los últimos sospechosos. Ninguno coincide.

—¡¿Ninguno?! —repitió Bradbury desconcertado—. ¡Eso no es posible! Tiene que ser uno de ellos.

—Pues me temo que las evidencias te desmienten, compañero —dijo Jezebel, que ya había superado el primer momento de frustración.

—¿Nos estás diciendo que el asesino no es ninguno de nuestros sospechosos y que se nos ha pasado alguien por alto?

—Es lo que parece.

—A menos que el culpable sea la única persona que nos ha impedido conseguir una muestra de su ADN —sugirió Cody.

—¿Estás pensando en el padre de Amie? —le preguntó Short.

—Si os soy honesto, es el último en mi lista de sospechosos probables, pues se me hace difícil concebirlo como el violador y asesino de su propia hija, pero es el único cuyo ADN no hemos podido comparar y en vista de que todos los demás han sido descartados…

—Esa es una situación que está a punto de cambiar —anunció Keen, que se había acercado a ellos sin que lo notaran—. Acabo de conseguir que un juez superior anulara la medida de protección que amparaba a Ralph Lowry.

Capítulo 55.

La noticia de que tenían autorización del juez para investigar al padre de Amie les proporcionó a los detectives un nuevo impulso. Aunque la idea de que Lowry estuviera involucrado en el ataque a su propia hija les repugnaba, cuando menos les quedaban opciones. Descartados todos los demás sospechosos por una evidencia tan contundente como el ADN, tenían que reconsiderar aquellas líneas de investigación que abandonaron por poco probables.

—Yo opino que debemos ir a por él —dijo Bradbury.

—Pues mi consejo es que vayáis, pero con pies de plomo —replicó Keen—. Si bien el giro de los acontecimientos justifica investigar a Ralph Lowry, también es cierto que la opinión pública todavía lo ve como una víctima. Si os sobrepasáis os caerán encima y os destrozarán.

—No podemos conducir el caso en función de la opinión pública —protestó Josh y continuó su discurso con tono sarcástico—. Tal vez prefieras que acusemos a alguien más a gusto de los ciudadanos: como Hill, por ejemplo. Es un indigente, así que todos verán con agrado que sea un violador y asesino. O mejor, uno de los chicos del grupo de adictos. También podríamos escoger a Ibarra. Es latino y trabaja en mantenimiento. Son muchos los que aprobarían un acusado así porque sería útil para reforzar sus prejuicios.

—No seas necio. No se trata de eso. Reconoce que no tienes evidencias contundentes contra nadie. Ni siquiera contra Lowry.

—Solo que es el único que se negó a las pruebas de ADN, hasta el punto de solicitar el amparo de una medida judicial y que las pruebas genéticas excluyen a todos los demás sospechosos. ¿Te parece poco?

—En realidad, sí me parece muy poco. Y cualquier defensor sin ninguna experiencia destrozaría un argumento como ese: expondría que el señor Lowry es un ciudadano respetable que encuentra ofensivo ser considerado sospechoso de la violación y asesinato a sangre fría de su propia hija. Cualquier juez o jurado lo comprendería. También es posible que el verdadero culpable no se encuentre en esa lista de sospechosos. Vamos a suponer por un momento que es alguien que vio a las tres chicas en la calle y las escogió porque le gustaron, o porque le recordaron a otra persona. Podría tratarse de cualquiera.

—¿Qué sugieres entonces?

—Que citéis a Lowry para interrogarlo, pero que no lo tratéis como si fuera culpable.

Josh se disponía a replicar, pero Cody comprendió que aquella discusión era inútil, así que intervino:

—Me parece un buen consejo. Short, ¿podrías…?

—Descuida, yo me ocuparé de redactar la citación.

—Procura que venga lo antes posible —sugirió Ryan—. ¿Dónde estaba el padre de Amie cuando ocurrieron los tres homicidios?

Peck se acercó a la pizarra y resaltó las anotaciones relacionadas con Lowry antes de responder:

—Tiene coartada para el ataque en *Prospect Park*. Se encontraba en una reunión con la junta directiva de su empresa, en Manhatan.

—¿Lo habéis corroborado? —preguntó Natalie.

—Su secretaria nos confirmó que la reunión figuraba en su agenda y que Lowry entró a las seis treinta.

—¿A qué hora terminó la junta? —preguntó Josh.

—A las ocho treinta.

—Eso deja un margen de media hora en el que pudo cometer el homicidio —señaló Bradbury.

—Vamos Josh, es imposible que haya recorrido la distancia entre Manhatan y *Prospect Park*, superado los atascos de esa hora, y que después haya atacado y asesinado a Marianne, todo ello en media hora.

—Cody, sabes bien que la determinación de la hora de la muerte no es exacta. Tal vez Marianne no murió a las nueve, sino a las nueve y diez. Y diez minutos hacen diferencia en este caso.

El grupo guardó silencio mientras meditaba las palabras de Bradbury, porque sabían que tenía razón.

—Muy bien. Dejemos que el propio señor Lowry lo aclare —dijo Keen—. Tal vez aporte nuevos datos. ¿Tiene coartada para los demás homicidios?

—No. Cuando mataron a Amie estaba solo en casa y para la hora del tercer homicidio ya había recibido el alta en el hospital, aunque a causa de la protección judicial todavía no hemos podido interrogarlo al respecto.

—Así que solo tiene coartada para el primer ataque y podría ser desmontada —señaló Josh.

—No nos apresuremos —sugirió Cody—. Veamos qué tiene que decir al respecto cuando lo interroguemos. Jez, por favor trata de precisar con la secretaria la hora exacta a la que terminó la reunión y si Lowry se ausentó en algún momento. Corrobóralo también con los demás asistentes. No debemos olvidar que la secretaria es su empleada y podría sentirse obligada a mentir por él.

—De acuerdo.

—Muy bien. Entonces volvamos al trabajo. Herman, trata de averiguar si en los alrededores de alguno de los parques donde

aparecieron los cadáveres hay cámaras de seguridad. Tal vez tengamos suerte.

—De acuerdo.

—Josh…

—Sabes que no es mucho lo que podemos hacer hasta que entrevistemos a Lowry y tengamos la comparación de su ADN —lo interrumpió su hermano—. Así que yo me ocuparé del otro asunto.

—¿Qué otro asunto? —preguntó Keen, aunque ya sospechaba de qué se trataba.

—Los homicidios en los parques no son el único delito que se ha cometido en Brooklyn —respondió Josh en tono cortante. Todavía estaba enfadado por la forma en que Natalie lo había tratado durante la discusión del caso—. Tengo otras tareas pendientes.

Ryan decidió permitir que su gemelo dedicara su tiempo a aquello que más le preocupaba. Además, tenía razón, las líneas de investigación eran cada vez más escasas aunque todavía no lograban ningún resultado. Él también tenía sus propias preocupaciones, así que salió al pasillo y usó el móvil para llamar a Florida. Necesitaba hablar con Eleonora y comprobar que su familia se encontraba bien.

Josh se sentía incómodo. Percibía que sus opiniones eran descartadas porque las consideraban extremistas, como si ese equipo de la Policía de una de las mayores metrópolis del mundo no estuviera habituado a ver el lado más oscuro del ser humano. Aunque debía reconocer que a él también le resultaba difícil comprender, según qué conductas. Además, tenía la sospecha de que confiaban menos en él por ser el «nuevo». Y había algo en todo ese asunto que le rondaba la cabeza. Algo que había visto, o se había dicho, que era importante para la resolución del caso, pero no era capaz de precisar de qué se trataba. Al igual que ocurría con cualquier *earworm*, esas melodías pegajosas que se repiten una y otra vez en la cabeza, lo estaba volviendo loco la sensación de que la respuesta estaba en su cerebro, pero no la podía alcanzar. Necesitaba olvidarse del Demonio de Brooklyn por un rato.

Bradbury decidió que ocuparía unas horas al caso de las adopciones, antes de que el FBI metiera las narices. Lo primero sería averiguar todo lo que pudiera acerca de los anteriores dueños de la casa en Queens. La venta a los Traves se había realizado a través de una agencia inmobiliaria y el nombre del vendedor era una «compañía de responsabilidad limitada». Era probable que hubiera sido creada para evitar que aparecieran los nombres de sus propietarios en el documento. Sin embargo, el detective no estaba dispuesto a que un pequeño escollo como ese lo detuviera. Se comunicó con la oficina de registro del Estado de Nueva York para

que le suministraran la información. Tomaron nota de su solicitud y le prometieron que le enviarían la respuesta por correo electrónico a su cuenta del Departamento.

Mientras esperaba buscó información acerca de Hartell. Había nacido y crecido en Island Park, en Nassau. Sus padres fallecieron en un accidente y fue adoptado por Quentin Thomson, quien no tenía parentesco aparente con Ben. Después de leer y releer certificados de nacimiento y defunción de varios miembros de la familia Hartell, Bradbury llegó a la conclusión de que Benjamin era nieto del chófer de «Spardise».

—¡Lo sabía! —gritó en tono triunfal. Sus compañeros apartaron la vista de sus ordenadores para mirarlo con expectación.

—¿Qué encontraste? —le preguntó Jez.

Josh les explicó que su hallazgo tenía que ver con el caso de las adopciones.

—¿Sabe el jefe que ocupas tu tiempo en una investigación que nadie te ha asignado? —le preguntó Short, con tono de reproche.

—Tal vez quieras ir tú mismo a contarle el chisme.

El rostro de Herman enrojeció, apretó los puños y se puso de pie. Bradbury lo imitó. Jezebel y Cody intervinieron para evitar que el enfrentamiento terminara a puñetazos. Jez contuvo a Short y Cody sacó a su hermano de la sala casi a rastras.

—¿Qué diablos crees que haces? —le preguntó en cuanto llegaron al pasillo.

—¡No voy a permitir que ese imbécil me diga lo que tengo que hacer!

—Ese imbécil es nuestro compañero y se está dejando la piel con este caso. Lo menos que puedes hacer es comprender que se enfade cuando se entera que tú ocupas tu tiempo en un asunto personal.

—¡La muerte de Haylie también es importante!

—¡Entiéndelo de una vez, Josh! Es importante para ti y para mí, porque fue nuestra madre, pero murió hace 32 años. Tal vez tengas razón y la agencia de adopciones era un camuflaje para la venta de bebés, pero «Spardise» cesó sus actividades hace tres décadas. Algunas semanas no van a hacer diferencia.

—¿Cómo lo sabes? Es posible que esto sea más grande de lo que parece. Puede haber cerrado una de sus sucursales y continuar sus actividades bajo otros nombres. ¡Hablamos de la venta de seres humanos, Cody!

—¡Estamos hablando de la violación y asesinato de mujeres jóvenes, Josh!

—No me niego a investigar al Demonio de Brooklyn, pero no me pidas que abandone el caso de Haylie.

—¿De Haylie, o tuyo?

—¿De qué hablas?

—¿Estás obsesionado con esta investigación porque nuestra madre biológica terminó muerta, o porque a ti te vendieron?

—No sabes lo que se siente. A ti te adoptó una familia que te quería como a un hijo.

—A ti también te adoptó una familia, Josh.

—No. A mí me compraron. Yo era una posesión valiosa para ser exhibida como podía serlo un *Picasso*, pero nunca me trataron como a un hijo y ahora comprendo por qué.

—Lo siento mucho, Josh. ¿Qué fue lo que descubriste?

Bradbury le contó a su hermano la relación que existía entre Hartell el asesino, y el chófer de la agencia.

—Así que tenías razón, lo cual significa que los atentados sí están relacionados con la investigación de «Spardise» y…

Cody se interrumpió mientras palidecía hasta quedar lívido.

—¿Qué ocurre?

—Los atentados —murmuró Ryan con un hilo de voz—. El primero ocurrió después de que hablé con mi madre acerca de las circunstancias de mi adopción.

—Por Dios, Cody, no creerás que tu madre…

—¡No encuentro otra explicación!

Bradbury no supo qué decirle a su hermano ante tan terrible sospecha.

—¿Qué vas a hacer?

—Dile a Powers que me surgió una emergencia familiar y que regreso esta noche.

—¿Adónde piensas ir?

—¡A Florida! Necesito hablar con mi madre y saber si tuvo algo que ver con todo esto, Josh.

—No puedes marcharte así, Cody. Te abrirán un proceso disciplinario si te ausentas sin permiso en medio de este caso. Pueden suspenderte de empleo y sueldo. Sería una mancha en tu expediente en el mejor de los casos, en el peor, te echarán.

—¡Necesito saber que Eleonora y los niños están a salvo!

—Cambiemos chaquetas y corbatas.

—¿Qué?

—Me haré pasar por ti.

—Pero entonces te penalizarán a ti.

—Yo no tengo hijos, ni una familia que mantener. ¡Vamos, date prisa!

El sentimiento que experimentó Cody era nuevo para él. Josh estaba dispuesto a sacrificarse para ayudarlo. No sabía de nadie que hubiera hecho nada parecido por él y comprendió que eso era la hermandad. Intercambiaron sus atuendos y él salió de la Estación a

toda prisa. Josh suspiró, sorprendido por su propia reacción. ¿En verdad iba a sacrificarse por Ryan? Sí, lo haría. Después de todo, era su hermano. Se tomó unos minutos de reflexión. Ahora debía actuar como Cody, con mesura, seriedad. ¿Sería capaz de engañar a los compañeros de su gemelo?

Bradbury regresó a la sala de trabajo. Short ya parecía más calmado.

—Cody, ¿dónde dejaste al energúmeno de tu hermano?

Josh se encogió de hombros.

—Dijo que iría a dar una vuelta para calmarse. Supongo que regresará pronto.

Jezebel lo miró como si lo estudiara. ¿Sospecharía algo? Después de todo era experta en kinesia. ¿Sería él capaz de imitar los gestos de Cody con la suficiente maestría para que no lo descubriera?

—Señor Bradbury —dijo una voz infantil a su espalda. Josh se giró por automatismo y vio a Javi.

—Hola, chico. El señor Bradbury no está. Soy su hermano Cody. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Me dijo mi madre que habían atrapado al tío que puso los explosivos. También me ordenó que no me acercara por aquí, pero yo quiero ayudar. Tal vez pueda identificarlo en una rueda, y eso —propuso el chico con las manos en los bolsillos, mientras encogía un hombro.

Josh vio su oportunidad, así que puso la mano en el hombro del muchacho y con suavidad lo condujo hacia la salida.

—Si tu madre te dijo que no debías venir, lo mejor será obedecerla. Vamos, te llevaré a casa.

Capítulo 56.

Aunque nunca lo hubiera reconocido, mientras conducía en dirección a la casa de Javi, Bradbury albergaba la esperanza de ver a Laura, pero la suerte no lo acompañó. Solo encontró a la desconfiada vecina, quien le dio las gracias por llevar al chico de vuelta y también le dio con la puerta en las narices. Durante el trayecto estuvo a punto de pifiarla. En una torpeza digna de él recorrió el camino sin preguntarle al niño su dirección y por supuesto, el sagaz chiquillo, que suponía que su chófer era Cody, le preguntó cómo sabía dónde vivía. Josh tuvo que inventarse una trola que no estaba seguro de que hubiera sido creída. Bien estaba si no podía engañar ni a un niño de 10 años.

Después de salvar por poco a su nariz del portazo de la vecina, Josh se preguntó qué podría hacer hasta que Cody regresara, lo cual no sería posible en el resto del día. No era un dilema baladí, pues no podía quedarse de brazos cruzados, pero tampoco se animaba a volver a la Estación. Si un chico había estado a punto de descubrir su charada, qué podía esperar de la agudeza de Jez. El sonido del móvil lo sacó de sus reflexiones y de su problema.

—¿Es el señor Bradbury? —Josh confirmó que en efecto, lo era —. Soy Judy Carpenter, agente especial del FBI. Tengo asignado un caso que se relaciona con una investigación que le concierne y me gustaría que tuviéramos una entrevista. Si me dice en cuál Estación de Policía se encuentra, yo acudiré a visitarlo. Es importante que hablemos cuanto antes.

Bradbury vio su oportunidad. ¿Qué mejor excusa para no aparecer por los predios de la Estación que argumentar una colaboración con el FBI?

—Supongo que esta llamada tiene que ver con el quirófano clandestino que fue descubierto esta mañana —Carpenter lo confirmó—. Tendré mucho gusto en sostener con usted una conversación al respecto, pero me encuentro lejos de la Estación y dispongo de poco tiempo. Soy uno de los detectives que trabaja en el caso del Demonio de Brooklyn y como usted podrá suponer…

—Por supuesto, lo comprendo, señor Bradbury. ¿Dónde podríamos reunirnos?

Josh le dio la dirección de una cafetería. Veinte minutos después, se encontraba sentado frente a una taza de café cuando vio entrar a una mujer un poco mayor que él con el cabello rubio teñido y atuendo ejecutivo. El pañuelo de seda de color amarillo anudado al cuello no hubiera sido necesario como seña de reconocimiento, pues habrían bastado el paso firme y la mirada

decidida para que el policía la reconociera como agente del FBI. Josh levantó la mano y la agitó a modo de saludo, como si se tratara del encuentro casual con una vieja conocida. Carpenter se acercó a él.

—¿Señor Bradbury? —Josh asintió—. ¿Podría mostrarme su identificación, por favor?

El detective le entregó sus credenciales de policía. Ella hizo lo mismo antes de que él se lo pidiera. Una vez confirmadas sus identidades, se sentaron. Un camarero se acercó y Judy pidió un café que se enfrió en la taza durante la entrevista, pues ni siquiera lo probó.

Josh la puso al día con respecto a «Spardise» y su relación con Cody y con él mismo. También le explicó cómo habían descubierto el quirófano clandestino. No le ocultó nada. Hubiera sido una estupidez, si tenía en cuenta que se trataba del FBI. La agente especial escuchó con atención sin interrumpirlo, mientras tomaba alguna que otra nota en su *Tablet*. Al final hizo un par de preguntas para precisar detalles, le dio las gracias por su buena disposición a colaborar, como si hubiera tenido alternativa, y también le agradeció por el tiempo que le concedió. Luego se ofreció a pagar la consumición, a lo cual Josh se negó. Él invitaba. Entonces se levantó de la mesa dispuesta a marcharse, pero el detective la detuvo.

—¡Un momento! Ya le he dicho todo lo que sé acerca de este asunto. Ahora es su turno.

—Señor Bradbury. No estoy autorizada a compartir información respecto al caso. Además, es parte involucrada. Le prometo que les avisaré a usted y su hermano cuando hayamos hecho un arresto.

—¡Y un cuerno! He sido sincero y no me arrepiento, pero no estoy dispuesto a esperar con los brazos cruzados a que el FBI haga el trabajo y luego decida qué parte me cuenta. Yo voy a continuar con la investigación y sabe que no puede impedírmelo. Si quiere que colabore con usted, es mejor que me explique cuál es el interés de la Agencia Federal en un caso de hace más de treinta años.

Judy suspiró. Ya le había advertido su jefe que hiciera lo posible por entrevistar al otro hermano, a Ryan, que era más razonable, pero no pudo localizarlo. Ahora sabía por qué: iba en un avión con rumbo a Florida y tendría el móvil desconectado. Sopesó sus alternativas. Prefería tener a Bradbury de su lado, a que actuara por su cuenta en plan «dibujo libre».

—De acuerdo. Lo que voy a contarle es confidencial.

—No lo compartiré con nadie, excepto con mi hermano —Judy abrió la boca para protestar, pero Josh la contuvo con un gesto de la mano—. Cody tiene tanto derecho a estar enterado de lo que

ocurre aquí como yo. Quizá más, porque este asunto compromete la seguridad de su familia.

La agente del FBI suspiró con resignación.

—Está bien, pero adviértale que debe ser discreto —Bradbury asintió y se dispuso a escuchar—. Es una investigación que comenzó hace más o menos dos años. Se trata de una red de tráfico de personas que funciona desde hace cuatro décadas.

—¿Funciona? ¿Quiere decir que está activa?

—Me temo que sí. Solo que ha evolucionado con el tiempo. Quien la dirige es muy inteligente y sabe adaptarse a los cambios. Hace treinta años actuaba como una agencia de adopciones paralela, que embaucaba a las chicas embarazadas solas y desesperadas. Las convencía de que podía garantizarles que sus hijos serían entregados a familias que les podrían ofrecer un futuro prometedor.

—¿Cumplían?

—No quedó constancia del destino de los bebés, pero dudo mucho que cumplieran. Es más probable que los niños fueran entregados al mejor postor. Algunas serían familias con ingresos elevados que no querían esperar dos o tres años por un bebé. En otros casos, el chico no correría con tanta suerte.

Josh sintió un escalofrío cuando comprendió el alcance de las palabras de la agente especial.

—¿Cómo es que Cody terminó en una familia normal? Hasta donde sé, sus padres no pagaron por él.

—Hablamos de gente muy astuta. Para poder conservar la licencia como agencia de adopción debía pasar por variadas inspecciones y controles, así que un porcentaje de los bebés era entregado de acuerdo con los procedimientos legales. El detective Ryan entró en ese porcentaje. Usted no.

—¿Qué pasó con las madres?

—Tampoco tenemos registros de ellas. Así que no conocemos su destino. Tal vez Haylie sea la primera que podemos identificar con nombre y apellido.

—Parecen saber muy poco para una investigación que tiene abierta dos años —opinó Josh con desconfianza.

—Digamos que nuestras pesquisas no están centradas en las actividades de hace treinta años, sino en las actuales.

—Usted dijo que la gente de «Spardise» había evolucionado. ¿A qué se dedican ahora?

—Siguen concentrados en el tráfico de personas, pero ya no venden bebés de madres desesperadas. Los tiempos han cambiado. Desde que apareció la opción de la fecundación artificial, la mayoría de las parejas concentran sus esfuerzos en conseguir por

ellos mismos el anhelado embarazo. Además, la seguridad ha mejorado, así que hoy sería casi imposible que pudieran «vender» un bebé nacido en Estados Unidos, sin que lo supiéramos y cayéramos sobre ellos de inmediato.

—¿Entonces?

—Se han internacionalizado. «Compran» los bebés en países de Sudamérica, África, Europa Oriental, o cualquier región empobrecida del mundo. Todavía quedan parejas que están dispuestas a pagar por tener un hijo, pero ese no es su mercado principal. Además de que han ampliado su campo de acción: ahora también «compran» niños pequeños a familias numerosas condenadas a sufrir hambre, en lugares donde la esperanza es una palabra vacía. Se presentan como una ONG con fines humanitarios y ofrecen a los padres «un contrato de trabajo», con la promesa de proporcionarles a los niños sus necesidades básicas de techo, vestido, alimentación y educación, a cambio de que repongan el dinero cuando alcancen la edad de trabajar. Muchas familias muerden el anzuelo. Más por desesperación que por credulidad, porque eso significa una boca menos que alimentar y creen que al hacerlo aseguran el futuro de sus hijos. Una vez que estos desalmados se hacen con los pequeños, los chicos pasan a ser una valiosa mercancía. Y por supuesto no cumplen ninguna de las promesas hechas a los padres.

—¿A quiénes los venden?

—Todavía existen muchos lugares donde la infancia es una mano de obra esclava. En ocasiones caen en manos de distribuidores de droga que los usan como correo, al mismo tiempo que les «pagan» con mercancía, los convierten en adictos y logran control absoluto sobre ellos. También hay pervertidos, pederastas, dispuestos a «comprar» un niño y hacerlo pasar por su «hijo», «sobrino», o cualquier cosa similar.

Josh comenzó a sentir náuseas al escuchar las palabras de Carpenter. Siempre intuyó que el asunto «Spardise» tenía más importancia de la que se le atribuía, pero ahora comprendía que era vital detenerlos cuanto antes.

—Puede contar conmigo en todo lo que sea necesario —se ofreció Bradbury—. Compartiré con usted toda la información que encuentre.

—Se lo agradezco, detective, pero preferiría que no se involucrara. Usted y su hermano tienen una relación demasiado estrecha con este caso. Son víctimas. Además, es evidente que los han convertido en objetivo. Los vigilan y están dispuestos a eliminarlos.

—Eso es algo que no va a cambiar si nos desentendemos de las

indagaciones —argumentó Josh—. Al contrario, nos volvería más vulnerables. Por otro lado, podríamos aprovechar el interés de estos malnacidos por quitarnos del medio para llegar hasta ellos. De momento, ya han cometido un error: hemos detenido a su sicario.

—No se haga ilusiones con respecto a Hartell. Ya lo he interrogado y no sabe casi nada. De lo contrario ya lo habrían eliminado.

—Algo debe saber. Cuando menos quién lo contrató.

—Reynolds Tofts fue su contacto dentro de la organización. Y como sabrá, el señor Tofts está muerto. Todavía no es oficial, pero fue asfixiado con una almohada mientras dormía.

—Igual que Bonnet —murmuró Josh—, pero… ¿Tofts no padecía demencia senil?

—Según Hartell era una forma de ocultarse a la vista, por decirlo de alguna manera. El abogado simulaba que sufría demencia senil porque eso lo exoneraría en el caso de que saliera a la luz alguno de sus crímenes.

—No comprendo, después de tantos años de impunidad, ¿por qué temía algo así?

—Era un hombre que conocía a muchas personas en el medio judicial. Es evidente que se enteró de la investigación que abrimos hace dos años. Supongo que temía quedar expuesto, o que alguno de sus socios lo vendiera.

—Un temor que esos socios compartían y por eso lo eliminaron.

—Así es. Hartell no sabe nada más acerca de la organización que lo contrató a través de Tofts, y muerto el abogado, terminamos en un callejón sin salida. Lo único nuevo que aportó fue que el anciano obedecía órdenes de alguien superior a él. Es una persona a quien llaman el Cazador, pero no tenemos idea de quién se trata.

—Si Tofts se comunicaba con su jefe debe existir algún registro de una visita, o una llamada.

—Aunque el homicidio de Tofts todavía no es oficial, ya comenzamos a investigarlo. En efecto, hacía llamadas desde su teléfono a otro en Bulgaria. Solicitamos la ayuda de Interpol, pero se trata de un móvil desechable que fue desactivado el día anterior al homicidio del abogado. Otro callejón sin salida.

El sonido del teléfono de Josh interrumpió a la agente. Él se disculpó y comprobó el mensaje que provenía de la oficina de registros del Estado. La información era muy concreta y previsible. El registro de la casa de Queens en los días que funcionaba como clínica clandestina estaba a nombre de Esther Bonnet.

Capítulo 57.

La entrevista con la agente Carpenter le dejó mal sabor de boca a Josh. Se había indignado cuando se enteró que en lugar de adoptado, había sido «comprado», pero eso ahora le parecía una nimiedad comparado con el destino de los niños que caían en las redes de «Spardise».

Después de compartir con Judy la información que recibió del registro, se despidió de la agente del FBI y ambos salieron de la cafetería con la promesa de mantenerse en contacto. En cuanto se quedó solo, Josh llamó a su hermano y supo que ya venía de regreso. Por su voz apagada, Bradbury sospechó que la conversación con su madre derivó en revelaciones desagradables. Todo aquel asunto lo era.

No sería posible que Cody regresara a tiempo para reincorporarse a sus labores ese mismo día por mucha prisa que se diera, así que Josh decidió que debía hacer algo útil durante el resto de la tarde para justificar la ausencia de ambos en la Estación. Le pareció buena idea entrevistar al chico que sostuvo la tutoría con el profesor Slater. Si bien ya Cody lo había interrogado, Josh necesitaba detallar los lapsos de tiempo. Había algo que le molestaba de esa coartada, aunque no podía precisar de qué se trataba.

Aparcó el coche de Eleonora dentro del campus y le llevó algunos minutos encontrar al estudiante correcto. Moses Parsons era un joven rubio y en extremo delgado, que se mordió las uñas durante toda la entrevista.

—¿Desde cuándo estaba programada la tutoría con el profesor Slater?

—La secretaria del departamento me envió un mensaje la semana anterior.

—¿Siempre las planifican con tan poca antelación?

—Es que el profesor la adelantó. Se suponía que debía ser la semana siguiente, pero dijo que le había surgido otro compromiso: debía ir al médico o algo así —respondió el joven, mientras encogía un hombro—. No sabe lo apurado que me vi para tener preparado el material a tiempo.

—Creí que esos calendarios estaban planificados desde el principio del semestre y se respetaban por consideración al profesor y a los estudiantes.

—Y así es en condiciones normales, pero de vez en cuando hacen excepciones si hay una buena razón.

—¿Sabes cuál fue el motivo en este caso?

—Lo siento, pero no tengo idea. Tendrá que preguntárselo a la secretaria del departamento.

—De acuerdo, Moses, se lo preguntaré. Ahora quiero que seas lo más preciso posible en tu respuesta: ¿A qué hora exacta terminó la tutoría?

—A las ocho en punto.

—¿Estás seguro?

—Por completo.

—¿Consultaste el reloj?

—Sí, pero mi reloj no funcionaba. El profesor fue quien me dijo la hora y me mostró el suyo.

—¿Qué le pasó a tu reloj?

—No lo sé. Supongo que se trata de la pila. Todavía no he tenido tiempo de llevarlo a reparar.

—¿No comprobaste la hora con el móvil?

—El profesor Slater nos prohíbe llevar el teléfono a la tutoría, pues dice que nos distrae y supongo que tiene razón.

—Así que tuviste que fiarte de su palabra.

El joven negaba con la cabeza conforme Josh planteaba su opinión.

—No se trató de su palabra. Como le dije, me mostró la hora que marcaba su reloj.

El detective le dio las gracias a Parsons por su colaboración y se encaminó a hablar con la secretaria del departamento. Le interesaba saber por qué eran tan flexibles con Slater en cuanto a sus horarios. ¿Por qué ese trato de favor? Veinte minutos después se encaminó al aparcamiento con desánimo. No había ningún misterio en las facilidades otorgadas al profesor. Sufría una enfermedad crónica y sus cambios de horario estaban relacionados con las citas que le programaban en el hospital.

Josh consultó la hora mientras se preguntaba qué hacer a continuación. Soltó una maldición cuando recordó que su reloj también fallaba desde el día anterior, así que miró el móvil y decidió regresar a la Estación. Era lo que su obsesivo hermano hubiera hecho, así que si quería que la suplantación resultara creíble, no tenía otra alternativa que prolongar la jornada.

Tardó más de una hora, así que ya el sol declinaba cuando entró en el recinto. Allí estaban Short y Peck, en la misma posición en la cual los había dejado. Cuando vio sus expresiones se arrepintió de no haberse marchado a su hotel. Más que desanimados, se veían derrotados.

—¿Malas noticias?

—Las peores —confirmó Jezebel—. ¿Y tú? ¿Has averiguado algo de interés?

—¿Dónde está Bradbury? —preguntó Short—. Debería estar aquí, dando el callo como todos.

—Tenía revuelto el estómago y le dije que regresara a su hotel. Así no nos sirve.

—Ese no sirve de ninguna manera —refunfuñó Herman.

Josh apretó los puños, pero no hizo ningún gesto que revelara lo que pasaba por su cabeza en ese momento. Short se hubiera asustado de haberlo intuido, aunque pesara casi el doble que su colega.

—¿Qué estabais haciendo, Cody? —intervino Jezebel.

Josh les contó su conversación con Parsons, sin precisar que su hermano no lo acompañó durante la entrevista.

—Bien, pues al parecer el chico confirma la coartada del padre de Theresa —sentenció Short—. No hay nada más que decir.

—No lo sé —discrepó Josh—. Hay algo en esa coartada que no me termina de convencer.

—¿En concreto?

—Cuando lo descifre os aviso. ¿Qué habéis conseguido vosotros?

—Por mi lado no hay nada. Las únicas cámaras de seguridad que encontré alrededor de los parques fueron las de tráfico, pero por extraño que parezca, nadie sobrepasó la velocidad en los días y horas de los crímenes, así que no se activaron. Nada por ahí.

—¿Y qué dices tú, Jez?

—La coartada del padre de Amie para el primer homicidio no es tan firme como creímos. El señor Lowry llegó y salió a las horas que dijo la secretaria, pero uno de sus ejecutivos reconoció que se había ausentado durante cuarenta y cinco minutos con la excusa de estar indispuesto.

—¿Dónde se supone que estuvo durante ese tiempo?

—Cuando lo llamé para precisarlo me dijo que se sintió mal durante la junta, pero que no nos lo mencionó porque lo había olvidado. Según él estuvo en su despacho.

—El señor Lowry tiene mucho que explicar —afirmó Josh—. Yo diría que se ha convertido en nuestro principal sospechoso.

—Te daría la razón si no fuera porque ya recibimos la comparación de su ADN y también resultó negativa —admitió Peck.

—¡Eso no es posible! Cada vez que tenemos un sospechoso viable, las pruebas del ADN lo absuelven. ¿Es fiable el laboratorio?

—Por supuesto —afirmó Short con un fruncimiento de ceño—. ¿Qué te pasa, Cody? Nunca habías dudado de los chicos de criminalística. Comienzas a parecerte al imbécil de tu hermano.

—Estoy seguro de que hay una falla en algún lugar. Quién sabe si la tenemos delante de las narices y no somos capaces de verla.

—Lo que sea —dijo Jez con la voz apagada por el cansancio—.

Me voy a casa a ver a mi hijo. Tal vez mañana seamos capaces de ver ese fallo del que hablas Jo… Cody.

Terminada la reunión, Josh utilizó el coche de Eleonora para acercarse a «La Guardia» y recoger a su hermano. La expresión de Cody le hizo comprender que no traía buenas noticias. Ryan le agradeció el detalle de esperarlo en el aeropuerto y le pidió que condujera de vuelta. Subieron al vehículo y Josh le habló de su encuentro con la agente del FBI. Cody lo escuchó en silencio. Bradbury supo que le prestaba atención porque el rostro de su hermano osciló entre el rubor y la palidez en la medida en que él le revelaba lo que sabían los federales.

—¿Y bien? —lo increpó Josh, cuando ya no pudo con la expectación—. ¿No piensas contarme lo que te dijo tu madre?

Cody se cubrió la boca con la mano, en un gesto que seguro le habría revelado mucho a Jezebel. Luego la retiró:

—Fue ella, Josh.

—Fue ella, ¿qué?

—Fue mi madre quien puso a los sicarios tras nosotros.

Bradbury abrió mucho los ojos sin poder creer lo que escuchaba. ¿La madre de Cody era parte de la mafia de trata de personas que ellos conocían como «Spardise»?

—¿Por qué piensas eso?

—No es que lo pienso, Josh, lo sé —dijo Ryan con un hilo de voz —. Ella me lo confesó.

—¿Ella es parte de todo esto?

Cody sacudió la cabeza.

—No, no es eso. ¿Recuerdas la fotografía que reconocí en la casa de Tofts? —Su hermano asintió—. Mi padre era amigo de Reynolds Tofts en Vietnam. ¡Demonios, cómo pude ser tan estúpido y crédulo! —gritó, al mismo tiempo que golpeaba el tablero del coche.

Josh podía comprenderlo. No todos los días descubrías que tu madre había enviado un sicario a matarte.

—Eso ya lo habías deducido por la fotografía, pero ¿qué tiene que ver tu madre con todo esto?

—Mientras los Ryan esperaban por la adopción de un bebé, mi padre le dijo a mi madre que un abogado que era su amigo los ayudaría porque tenía una agencia de adopciones. Al cabo de algunos días se presentó Reynolds Tofts, quien un par de semanas después llevó a Haylie a conocer a los Ryan —Josh iba a comentar que eso ya lo sabían, pero prefirió guardar silencio. Cody continuó su explicación—. Para mi madre, todo había transcurrido de forma legal, hasta que mi padre enfermó y supo que iba a morir, entonces le confesó que el parto fue múltiple y que él había aceptado

quedarse con uno de los bebés y recibir dinero a cambio…

—A cambio del otro —sentenció Josh. Esta vez fue Cody quien guardó silencio.

—Mi madre necesitaba que le practicaran una cirugía. De otra forma tal vez no hubiera sobrevivido. Supongo que se trató de una situación desesperada.

—Eso lo dices porque no fue a ti a quien vendieron. Es ahí donde entra en juego el comprobante de la transferencia que hizo mi padre al tuyo, ¿no es así?

—Lo lamento mucho Josh…

—Hay más, ¿no es verdad?

—Eso me temo. Frank le dejó un número telefónico al cual mi madre debía llamar si alguien hacía preguntas sobre la adopción. Le dijo que era de un amigo que la ayudaría a resolver la situación.

—Y cuando tú llegaste haciendo preguntas, ella obedeció.

—Me ha jurado de rodillas que no sabía las consecuencias de esa llamada. Creyó que alguien se pondría en contacto conmigo y me daría una explicación que me tranquilizaría.

—Está visto que tu madre no te conoce lo suficiente.

—Me mostró el número al cual llamó.

—¿Era el de Tofts?

—Peor. Era el que estaba en la memoria del de Tofts. La persona a quien mi madre llamó para advertirle que yo hacía preguntas acerca de la adopción fue el Cazador.

—Imagino el impacto que debió recibir cuando le contaste la verdad.

—Cuando se enteró que su llamada fue la causa del atentado con los explosivos en el coche, creí que tendría que llevarla a un hospital.

—¿Ella sabe acerca de mí? —Cody negó con la cabeza—. No se lo digas. Es posible que los de «Spardise» no sepan que nos hemos reencontrado y que trabajamos juntos.

—Quieren matarme porque mi propia madre los puso tras mi pista —sentenció Ryan con tristeza.

—Y a mí casi me vuelan la cabeza porque nos confundieron —afirmó Bradbury—. Debemos sacar ventaja de ese error, Cody. Correremos menos peligro si nos confunden.

—Por cierto, ¿alguien notó la suplantación?

—Powers no se enteró de nada, pero por sus miradas, yo no podría jurar lo mismo acerca de Jezebel.

Por sugerencia de Cody, Bradbury se desvió a su hotel, donde recogió su maleta y pagó la cuenta. De allí continuaron hasta la casa de los Ryan. Aunque a Josh le resultaba extraño convertirse en huésped, decidió que permanecer juntos los hacía menos

vulnerables al asesino enviado por el Cazador. Hasta el momento, todos los atentados habían sido perpetrados cuando se encontraban separados.

La casa de Cody era un pequeño adosado de dos pisos con fachada de obra vista y un diminuto patio al frente, separado de la calle por una reja negra cuya función era simbólica, pues apenas les llegaba por encima de las rodillas. Un enano borracho hubiera podido saltarla con facilidad.

Ryan abrió la puerta de la pequeña reja antes de invitar a su hermano que pasara. En el momento en que Josh se adelantó sintió que algo golpeó a toda velocidad contra su pierna. Por reflejo dio un salto atrás y su corazón se aceleró antes de comprender que solo se trataba de un gato. Era evidente que todo aquel asunto de «Spardise» lo mantenía con los nervios de punta. El impertinente felino se detuvo y lo miró con descaro desde el portal de la casa vecina. Era un extraño animal con la cara dividida en perfecta simetría en dos colores. De un lado era atigrada con un ojo azul, mientras que del otro era negra con un ojo amarillo. Bradbury lo contempló con fascinación hasta que su hermano le dio una palmada en el hombro para que avanzara.

—Vamos a entrar. Es solo «Arlequín», el gato del vecino.

Capítulo 58.

Josh pasó una noche agitada por pesadillas en las que él y Cody se encontraban en una venta de garaje cuya mercancía eran bebés y niños pequeños, donde los compradores eran mafiosos armados y los vendedores padres de familia, comunes y corrientes, que los ofrecían con una sonrisa, mientras por los patios correteaban gatos con caras de dos colores. Se despertó jadeando y cubierto de sudor. Era evidente que las emociones del día anterior habían hecho mella en su ánimo.

El reflejo de las luces de la calle iluminó la diminuta habitación en la que apenas cabían una pequeña cama, un escritorio acorde a las medidas infantiles y dos estanterías con libros escolares. Pese a la falta de espacio, una de las esquinas estaba ocupada por un pequeño aro de baloncesto de juguete. Eso le dio la medida acerca de las aficiones de su sobrino. Consultó la hora en su móvil, y volvió a lamentar la falla de su reloj.

Eran las cuatro treinta y estaba seguro de que no volvería a dormir. El caso del Demonio de Brooklyn y el de «Spardise» daban vueltas en su cabeza. De esa forma no conseguiría ninguna idea clara. Debía concentrarse en uno solo, pero en el primero lo obligaba la responsabilidad que tenía con la comunidad y en el segundo lo abrumaban las emociones, pues aunque el desmantelamiento de la red era asunto de los federales, se sentía incapaz de mantener las distancias.

Con respecto al Demonio de Brooklyn, Josh estaba seguro de que habían pasado algo por alto. Un detalle importante que se perdió en el aluvión de evidencias contradictorias. Y el maldito ADN, que en lugar de facilitarles el trabajo, les derrumbó una teoría tras otra. La lista de sospechosos era enorme. Algunos de ellos tenían coartadas débiles, o carecían de ellas. Y sin embargo, el código genético los exoneraba a todos. El peor escenario, el que todos temían, era el de un psicópata que escogiera a sus víctimas de forma casual, pues si ese era el caso, tal vez nunca podrían atraparlo.

Bradbury barajó una teoría tras otra, mientras hacía un esfuerzo por mantener centrados sus pensamientos en el caso del Demonio de Brooklyn, aunque de vez en cuando se colaba en su mente algún que otro detalle sobre «Spardise».

En la habitación del frente, sobre una cama matrimonial que se le antojaba demasiado grande y vacía, Cody también se mantenía en vela. En su caso, era el entramado de la agencia de adopciones lo que le impedía dormir. No era para menos, pues su vida había sido

trastocada por completo. Sus padres, a quienes creía intachables, habían recibido dinero por la venta de un bebé y lo separaron de su hermano gemelo sin consideración alguna. Se preguntó cómo habría sido escogido. ¿Se llevó Frank al bebé que tenía más cerca? ¿Al que pesaba un poco más, o un poco menos? ¿Al primogénito, o al menor? O tal vez fue Tofts quien hizo la elección. En realidad, aquello no tenía importancia. Sin embargo, saber que su destino estuvo en manos de desalmados en un momento tan vulnerable de su vida hizo que un escalofrío le recorriera la espalda.

Entonces lo asaltó otra andanada de preguntas, ¿quién era el Cazador? ¿Por qué lo llamaban así? ¿Cómo había sido capaz de sustituir al sicario detenido en menos de veinticuatro horas? ¿A quién se enfrentaban?

Los gemelos no encontraron respuestas a ninguna de las preguntas que se plantearon. Cuando las primeras luces del amanecer se abrieron paso entre las rendijas de las persianas, ya eran las cinco y cincuenta y nueve. Cody se levantó y fue directo a la ducha. Quince minutos después estaba en la cocina preparando café. Josh también apareció en el umbral. Al igual que su hermano, ya se había duchado, vestido y estaba listo para salir. Después de los saludos de cortesía y de que cada uno mintió al otro diciéndole que había dormido muy bien, ambos tomaron el café en silencio. Josh con azúcar y sin leche. Cody con leche y sin azúcar.

Después de sortear los atascos de la mañana llegaron a la Estación. Ninguno tenía ganas de iniciar ese día, en el que deberían afrontar su fracaso y soportar una seguidilla de frustraciones, pero no había manera de eludirlo. Como temían, en cuanto cruzaron el umbral del Departamento de Investigaciones, Evelyn les anunció que Powers quería reunirse con todos en una hora. Peck y Short llegaron al cabo de algunos minutos. Su ánimo no era mejor que el de los gemelos.

Llegada la hora, se reunieron alrededor del tablero de las evidencias. Evelyn acompañaba a su jefe, dispuesta a tomar nota de sus órdenes.

Además de las dos parejas de detectives, Lyndon también había citado a Natalie, así que la situación debía estar muy complicada.

—Muy bien. Voy a ser claro con vosotros —les anunció Powers —. Si no resolvemos este caso pronto y detenemos al maldito que comete estos crímenes, en pocas horas comenzarán a rodar cabezas. La mía será la primera. Y yo estoy decidido a llegar a la jubilación con mi expediente limpio para poder dedicarme a la pesca, así que será mejor que nos estrujemos las neuronas, porque de aquí tiene que salir un culpable con evidencias suficientes para que puedan ser admitidas por cualquier juez.

—Sospechosos no nos faltan —intervino Short—, pero el ADN los exculpa a todos.

—Será porque no habéis mirado en la dirección correcta.

—Hemos tomado en cuenta a todos los hombres cercanos a las tres víctimas —argumentó Cody—. Y también los hemos excluido a causa de las pruebas.

—Debe existir alguien a quien no habéis considerado sospechoso por una u otra razón.

Los detectives guardaron silencio mientras contemplaban la pizarra con las fotografías de víctimas y sospechosos, pero por más vueltas que le daban, no se les ocurría nadie más.

—Solo las mujeres no han sido tomadas en cuenta —señaló Jezebel.

—Por supuesto. La muestra de ADN que el asesino dejó en las víctimas provenía de semen —señaló Herman—. No tendría sentido pensar que las asesinó una mujer.

Jezebel no respondió. Estaba ocupada en darle vueltas a teorías que explicaran que hubiera semen en las víctimas, aun cuando el asesino fuera una mujer. Sin embargo, cada una le parecía más absurda y rebuscada que la otra, así que las descartaba conforme se le ocurrían.

—Jez puede tener un punto de razón. ¿Por qué no intentamos verlo desde otra perspectiva? —sugirió Josh.

—¿A qué te refieres, Bradbury?

—¿Y si el ADN dejado en las víctimas no fuera consecuencia del descuido del Demonio de Brooklyn, sino una evidencia falsa plantada para confundirnos?

—¿También crees que fue una mujer? ¿Y de dónde sacó el semen? Eso no lo venden en la farmacia, ¿sabes?

—Al encontrarlo en las víctimas hemos asumido que pertenecía al asesino, pero si lo pensáis bien, no hay nada que lo demuestre sin lugar a dudas —Powers lo miró pensativo. Luego lo animó a continuar—. De acuerdo, todos estamos claros en que el ADN es el elemento que no encaja en el puzle. Descarta a todos los posibles sospechosos, así que es evidente que no corresponde a ninguno, pero qué tal si analizamos el caso sin tomar en cuenta este factor de distorsión.

—Sabes que ningún juez aceptará acusar a nadie cuyo ADN no coincida con el encontrado en las víctimas —le advirtió Keen.

—A menos que demos con un buen razonamiento que lo explique y además lo demostremos —insistió Bradbury.

—Me parece interesante —aprobó Powers—. Al menos es una opción antes de darnos por vencidos, asumir que se trata de un asesino fortuito y esperar que la buena fortuna nos lleve hasta él.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Jezebel.

Los demás no parecían muy convencidos. Cody se preguntó cuánto tiempo les llevaría esa revisión del caso. Tendrían que comenzar a analizar a todos los sospechosos desde el principio. Le pareció una tarea abrumadora y tal vez inútil. Por mucho que quisieran ignorar el ADN, estaba presente. Miró su reloj.

—¿Qué hora es, Jez?

—Son las diez treinta, Cody.

Josh dio un respingo como si lo hubieran pinchado y abrió mucho los ojos.

—¿Por qué le preguntas la hora si acabas de mirar tu reloj?

—Es que no funciona —respondió Ryan, mientras agitaba su muñeca.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé. Desde hace un par de días.

—¿Antes o después de que fueras a Florida?

A Ryan le recorrió un escalofrío por la espalda cuando vio la reacción de Powers a las palabras de Josh. ¿Es que el imbécil no se daba cuenta de que lo había delatado?

—¿Fuiste a Florida? —preguntó el jefe.

Cody se resignó. ¿Para qué negar lo evidente? No le quedaba más remedio que reconocer su falta y asumir las consecuencias.

—Antes —le dijo a su hermano, que parecía ávido de la respuesta—. ¿Qué importancia puede tener eso?

—¿Cuándo fuiste a Florida? —insistió Powers.

Los gemelos ignoraron la pregunta del jefe. Bradbury se reanimó como si le hubieran inyectado un chute de adrenalina. Se puso de pie y se acercó a la pizarra con un bolígrafo en la mano. Entonces señaló una de las coartadas.

—¡Observad esto! Ya sé qué era lo que me molestaba.

—¿Quieres explicar de qué hablas? —le pidió Cody—. En ese recorrido corroboré la coartada del profesor Slater. No hay tiempo suficiente para salir del *College*, desviarse a *Cadman Plaza Park* y llegar treinta minutos después al destino, aunque se alcanzara la máxima velocidad permitida y no se encontraran atascos.

—A eso me refiero. Treinta minutos no son suficientes. ¿No lo veis? El profesor afirma que salió de la tutoría a las 8 y llegó a su casa a las 8:30. Y las cámaras no reportaron que nadie excediera la velocidad en ese trayecto el día del homicidio.

—Te recuerdo que esa información fue corroborada por el estudiante a quien tuteló y por el portero de su edificio.

—Recorrió esa distancia en treinta minutos, mientras tú necesitaste cuarenta durante la reconstrucción. Dime Cody, ¿cómo consiguió Slater llegar diez minutos antes de lo que le permitían las



leyes de la física?

Capítulo 59.

El sarcasmo implícito en la pregunta de Bradbury, o tal vez lo que significaban sus palabras sacó a todos del estado de desaliento en el que se encontraban. Por primera vez desde que se inició ese endemoniado caso eran capaces de ver la luz al final del túnel.

—¡Demonios, Bradbury! Tienes razón —reconoció Powers—. Es imposible que haya recorrido esa distancia en treinta minutos. Alguien debe estar equivocado, o mintiendo.

—Yo diría que equivocado —respondió Josh—. Y no creo que sea intencional. Al menos por parte del testigo.

—¿Quieres decir que sabes cómo lo hizo?

—Más bien lo sospecho. Ayer hablé con Moses Parsons, el estudiante que acudió a la tutoría. Reconoció que fue el propio profesor Slater quien le señaló la hora y le mostró su reloj al momento de terminar.

—¿No la vio por sí mismo? —preguntó Short.

—Sí lo hizo, pero en el reloj de Slater, porque el suyo se dañó.

—¿Crees que el profesor había manipulado la hora de su reloj?

—No encuentro otra explicación para esos diez minutos que sobran. Y si tenemos diez minutos de más…

—Podemos tener veinte, o treinta —dijo Cody—. Lo cual significaría que tuvo tiempo de sobra para llegar a *Cadman Plaza Park*, asesinar a Christine y regresar a casa a tiempo para ver el juego.

—Pero ¿cómo sabía que el reloj de Parsons se dañaría y que necesitaría preguntarle la hora? —preguntó Jezebel.

—La respuesta me la mostrasteis vosotros —dijo Bradbury, con una sonrisa—. Después de escucharos fue que comprendí que esos diez minutos era lo que me molestaba desde que Cody hizo la reconstrucción.

—¿Quieres explicarte mejor, Josh? —le pidió Peck—, porque no te entiendo.

—Cuando Cody te preguntó la hora porque su reloj se dañó hace dos días, recordé que el estudiante me dijo que su reloj falló el día de la tutoría. Lo mismo le ocurrió al mío.

—¿Qué es esto? ¿Un virus que ataca relojes?

—El único factor común entre Parsons, Ryan y yo, es que los tres estuvimos en el despacho del profesor. Y no olvidemos que Slater es profesor de ciencias. Eso incluye las matemáticas, pero también la física.

—¿Adónde quieres llegar?

—No es la primera vez que pierdo un reloj por culpa de los

imanes. En una ocasión me luxe un hombro mientras practicaba *Padding* y me realizaron una resonancia magnética. Se me olvidó quitarme el reloj durante la prueba, y no volvió a servir para nada.

—¿Insinúas que Slater imantó de alguna manera nuestros relojes? —preguntó Cody.

—En especial imantó el de Moses, que supongo que era el objetivo. Es probable que no haya podido desmontar a tiempo el sistema que le permitió hacerlo. Por eso nuestros relojes también dejaron de funcionar cuando nos entrevistamos con él en su despacho.

—Todo eso está muy bien, Josh —intervino Jezebel—, pero te recuerdo que Slater también tiene coartada para el primer homicidio. Trabajaba en la contabilidad de «Saint Nichols» cuando asesinaron a Marianne.

—Tal vez deberíamos precisar esa coartada con el pastor. Me gustaría saber con exactitud a qué hora lo vio.

—De acuerdo —dijo Jezebel y corrió a su mesa de trabajo para hacer algunas llamadas.

—Todo esto de las coartadas está muy bien —reconoció Short—, pero ¿cómo explicas la falta de coincidencia del ADN?

—Habíamos acordado que no tomaríamos en cuenta la prueba genética todavía, ¿recordáis?

—El problema es que tarde o temprano tendrás que explicarlo.

—Todo esto me recuerda otro detalle… —intervino Cody. Los demás lo miraron con expectación— La colilla.

—¿Qué hay con ella? —preguntó Powers.

—La comparación se hizo con el ADN del semen y como no coincidió decidimos descartarla como evidencia, pero si Josh tiene razón y el material genético dejado en las víctimas es una maniobra de distracción…

—Tal vez la colilla sí sea un error del asesino —dijo Josh para completar la idea.

—¿Queréis dejar de hacer eso? —protestó el jefe.

—¿Qué? —preguntaron los gemelos al unísono.

—Eso mismo. Completar cada uno la frase que comienza el otro. ¡Me estáis poniendo de los nervios!

Cody y Josh sonrieron al mismo tiempo. En ese momento Jezebel se acercó a ellos, después de haber sostenido una conversación bastante corta.

—Tenías razón, Josh —admitió Peck—. Hannigen reconoce que vio a Burke Slater antes de marcharse a casa, pero había olvidado su libro de oraciones, así que regresó antes de que transcurrieran veinte minutos y el profesor ya no estaba en la vicaría. Asumió que había terminado el trabajo de contabilidad y no le dio importancia.

—Así que Burke Slater no solo no tiene coartada para ninguno de los tres homicidios, sino que está claro que construyó una falsa para el tercero —señaló el jefe, al mismo tiempo que miraba a Keen.

—Creo que es suficiente para solicitar una orden de registro de su despacho —afirmó la fiscal.

—Pídela también para su coche —sugirió Josh—. Debió usarlo para transportar a Amie hasta el parque y si tenemos suerte podríamos encontrar alguna evidencia. Tal vez un cabello, restos de piel… cualquier cosa que la ubique en el vehículo del profesor.

—De acuerdo. Vamos a hacer esto bien —dijo Powers, al sentir que perdía el control de la reunión—. Short, que comparen el ADN de la colilla con el de todos, escúchame bien, todos los sospechosos. Que tenga prioridad absoluta. También quiero que repitan la prueba con las muestras de Slater. Debemos estar seguros de que nadie cometió un error al comparar el ADN del profesor.

—Sí, señor —respondió Herman, mientras regresaba a su escritorio para llamar a criminalística.

—De acuerdo, Slater no tiene coartada para ninguno de los homicidios, conocía a Amie y tenía acceso al ático, pues pudo copiar las llaves en cualquier descuido, durante una visita a su hija —razonó Ryan—. También conocía a Christine y tenía motivos para vengarse de los Rains a través de ella, por más que diga que no sabía quién era. Es evidente que miente. ¿Qué conexión tenía con Marianne?

—Slater sufre una enfermedad crónica y acude al hospital con regularidad —anunció Josh.

—¿Al *Fortier Hospital Center*?

—No he tenido ocasión de averiguar ese detalle —El nombre del hospital disparó un recuerdo en la mente de Josh: un hombre de cabello rubio y barba oscura que tropezó con él—. Aguardad un momento, me crucé con Slater en el *Fortier* después del asesinato de Marianne.

Powers miró a Jezebel, quien no necesitó más explicaciones para apresurarse en llegar a su mesa de trabajo.

El jefe se debatía entre felicitar a Cody y Josh por la brillantez de sus razonamientos, o echarles una bronca por ese misterioso viaje de Ryan a Florida, pedirles explicaciones y luego expedientarlos. Decidió esperar y hacerse el tonto por el momento. Sentía en las entrañas que estaban a punto de coger al maldito Demonio de Brooklyn, y le harían falta todos sus hombres. Además, los necesitaba motivados. Ya tendría tiempo de pedir explicaciones.

Short fue el primero en regresar y anunciar que comenzarían las comparaciones de inmediato.

—Usarán un dispositivo *MinION*, el nuevo secuenciador de ADN que proporciona los resultados en pocos minutos —anunció Herman—. Es la forma más rápida en la que pueden proporcionarnos los resultados. En cuanto terminen me llamarán. Con respecto a la repetición de la comparación del código genético de Slater, llevará un poco más de tiempo.

—De acuerdo. ¿Qué has averiguado, Peck? —preguntó el jefe en cuanto Jezebel regresó.

—El profesor Slater es paciente del departamento de Medicina Interna del *Fortier Hospital Center*. Aunque no quisieron decirme cuál es la enfermedad que padece, me confirmaron que acude con regularidad a consulta.

—Eso lo conecta con Marianne —dijo Cody—. Aunque ella fuera enfermera de cirugía, no es difícil que se hayan cruzado en el ascensor, en un pasillo, o en la cafetería.

—Lo cual establece una relación circunstancial del profesor con las tres víctimas —argumentó Josh, que veía cada vez más cierta la probabilidad de estrechar el cerco alrededor del asesino.

Si no fuera por el ADN…

Durante dos horas, el grupo de policías precisó detalles, organizó evidencias y elaboró hipótesis. Cuanto más discutían, más seguros estaban que el padre de Theresa era el asesino que buscaban. Si no fuera por el ADN…

Por fin el teléfono de Short interrumpió la discusión. El corpulento policía escuchó con atención lo que tenía que decirle la gente de criminalística, mientras los demás clavaban la mirada en él, dispuestos a estudiar sus reacciones como si se tratara de un sospechoso, o un testigo hostil. Asintió un par de veces con un «ajá», que no les despejó ninguna duda. Luego dio las gracias y colgó. Después de un largo suspiro, al final declaró:

—No hay duda. Criminalística confirmó coincidencia completa entre el ADN de la colilla y el de Slater.

—Le pediré al juez que emita la orden de arresto contra Burke Slater y también de allanamiento para su casa, su despacho y su automóvil —sentenció Natalie.

Josh y Cody respiraron aliviados. Al parecer habían resuelto el caso. Si no fuera por el ADN…

Capítulo 60.

Las siguientes horas fueron de una actividad frenética. Al mismo tiempo que Cody y Josh acudían al despacho de Slater acompañados por dos oficiales, Ellison, y sus muchachos, una grúa remolcaba su automóvil para someterlo a peritaje, mientras Short y Peck se encargaban de visitar su casa junto con un equipo de criminalística.

El profesor se encontraba en su oficina corrigiendo exámenes cuando los policías entraron sin previo aviso.

—¡Burke Slater! Estás bajo arresto por la violación y asesinato de Marianne Hackett, de Amie Lowry y de Christine Downer —gritó Josh con voz atronadora en cuanto cruzó el umbral. Luego le leyó sus derechos.

En un primer momento, Slater palideció al comprender lo que ocurría, pero al cabo de pocos segundos recuperó la compostura y retornó a su sangre fría y tono sarcástico, exigió un abogado y los amenazó con destruir sus carreras.

—¡Acaban de cometer el peor error de sus vidas! —los desafió en voz baja e insidiosa, mientras el oficial lo esposaba.

—¡Señor, mire esto! —dijo uno de los técnicos dirigiéndose a Ellison. Del marco de la puerta surgía un pequeño cable blanco que llegaba hasta un interruptor de la luz.

—Es un sistema de apertura automática de la puerta —explicó el profesor.

—¿Para qué? —preguntó el jefe de criminalística—. ¿Qué sentido tiene en un despacho como este?

Ante la falta de respuesta de Slater, Ellison ordenó romper el yeso que escondía el interior del marco, con la intención de dejar a la vista el mecanismo de la cerradura. No fue una sorpresa para ninguno encontrar algo muy diferente a un sistema de apertura eléctrico.

Lo que rodeaba el marco de la puerta era un artilugio fabricado con un tubo de hierro y alambres de cobre que se conectaban con el cable que terminaba en el interruptor.

—Un electroimán —anunció Harry—. Si tomamos en cuenta el tamaño, además de la potencia de la fuente de poder, yo diría que si se encuentra activado, debe ser capaz de imantar cualquier objeto metálico que pasara por debajo de este umbral.

—¿Incluyendo relojes? —quiso precisar Bradbury.

—Por supuesto.

—¿Podrías jurar eso en un tribunal ante un juez? —preguntó Cody.

—Lo juraré si es necesario.
—Muy bien. Llévenselo, oficial —ordenó Ryan.
—Si me arrestan quedarán como unos imbéciles —les advirtió Burke—. ¿O es que la Policía de Nueva York no estudia las muestras genéticas que encuentran en la escena del crimen?
—¿Quiere explicarnos eso, profesor?
—Yo estoy seguro de que el ADN que encontraron en los cuerpos no es el mío —declaró Slater en tono desafiante.
—Y nosotros estamos seguros de que usted sembró esas muestras en los cadáveres para despistarnos —aseguró Josh.
Burke se echó a reír como si el detective acabara de contarle un chiste.
—Para que un juez le crea eso, tendría que demostrar que tuve acceso al semen de otro hombre, algo que es imposible porque nunca ocurrió.
A un gesto de Cody, el oficial arrastró al profesor fuera del despacho. En el pasillo se agolpaban media docena de estudiantes curiosos, que no disimularon su sorpresa cuando vieron salir a Burke esposado. En el interior del despacho, los hombres de Ellison comenzaron su trabajo. Harry contemplaba con estupefacción el marco de la puerta, que el profesor había convertido en un enorme electroimán casero.
—Debo reconocer que me sorprende —admitió el jefe Ellison.
—Y es una prueba de su culpabilidad —sentenció Josh—. Fabricó este electroimán para crearse una coartada para el asesinato de Christine. Y casi consigue engañarnos.
—Yo no cantaría victoria todavía, Bradbury —le advirtió el perito—. Aún tienes que sortear un obstáculo enorme.
—El ADN —afirmó Cody.
—Si no conseguís explicarlo, Slater saldrá antes de que podáis terminar el informe. Aunque todas las evidencias apunten en su contra.
—El malnacido debe haberlo conseguido en algún lugar.
—¿En el hospital, tal vez? —sugirió Josh.
—No creo que cualquiera tenga acceso a las muestras biológicas —argumentó Harry—. Si hay algo que está bien protegido en un hospital es eso. No solo por la privacidad de los pacientes, sino también porque muchas de esas muestras podrían contaminar a quien las manipula, si no sabe cómo hacerlo.
—De cualquier manera, vale la pena indagarlo.
—Ustedes mismos. Nosotros nos concentraremos en buscar aquí, en el vehículo y en su casa. Os avisaremos de los resultados lo antes posible. Este caso todavía tiene prioridad.
Cody y Josh regresaron a la Estación a redactar el informe.

Volverían a interrogar a Burke Slater, esta vez como detenido, pero sabían acerca de la inteligencia y astucia del hombre al que se enfrentaban, así que esperarían a tener las primeras pruebas que aparecieran en los registros. Debían darse prisa y actuar antes de que el abogado del profesor tuviera tiempo de conseguir una fianza. Keen hacía su mejor esfuerzo para evitarlo. A Josh le resultó un alivio que ni él, ni Natalie hubieran tenido tiempo para hablar acerca de la noche que compartieron intimidad.

Mientras ambos se mantenían ocupados con el Demonio de Brooklyn, el hombre que seguía las órdenes del Cazador utilizaba un par de ganzúas para abrir la cerradura del pequeño adosado donde vivía el entrometido policía. Cerró la puerta a sus espaldas y observó el acogedor salón. No lo conmovieron las flores sobre la mesita de la esquina, ni la muñeca olvidada en el sofá. Tampoco el balón que reposaba bajo la escalera. Esas sensiblerías no eran para él. Si había que hacer un trabajo, se hacía. Si alguna vez albergó sentimientos o empatía, estos desaparecieron el día en el que mató por primera vez a un hombre. Cuando tenía doce años.

El sustituto de Hartell recorrió la casa de arriba abajo mientras se preguntaba cuál sería la mejor forma de conseguir su objetivo. Entonces elaboró un plan. Uno que no podía fallar. Tomada la decisión, entró en la cocina.

Mientras concluían el informe que entregarían a Natalie, Cody y Josh recibieron los primeros resultados de los registros: en el despacho, Ellison realizaba las pruebas para determinar la potencia del electroimán y comprobar que era suficiente para imantar y dañar los relojes mecánicos. Además, Short y Peck encontraron una silla de ruedas en un armario de la casa. En vista de que podía haber sido usada para transportar el cadáver de Amie desde el ático hasta *Brooklyn Bridge Park*, ni siquiera la tocaron, sino que avisaron al equipo de criminalística para que se hiciera cargo. En el registro del estudio de Slater hallaron una carpeta con fotografías muy interesantes: habían sido realizadas con un teleobjetivo y eran suficientes para que se pensara en acoso. Allí estaban las tres víctimas y cuatro mujeres más. Cuando Jez las vio, sintió un escalofrío en la espalda. Era evidente que el asesino tenía intenciones de continuar con sus crímenes.

Con semejantes evidencias no sería difícil que el juez aceptara mantenerlo bajo arresto sin fianza. El ADN todavía era su problema principal, así que debían encontrar y demostrar su origen sin lugar a dudas, o todos sus esfuerzos serían inútiles en el juicio.

Short y Peck llegaron a la Estación cuando el reloj marcaba el fin de la jornada. Sin embargo, para ellos el trabajo recién comenzaba. Powers los convocó a todos a una nueva reunión

alrededor de la pizarra donde estaba expuesto el caso.

—Habéis hecho una labor excelente —los felicitó el jefe cuando escuchó lo que cada grupo tenía que decirle—. No tengo la menor duda de que tenemos al hombre correcto. Si no fuera…

—Por el ADN —completó la frase su secretaria.

—Sí, por el maldito ADN. ¿Alguna idea?

—Es evidente que lo dejó en las víctimas como una pista falsa.

—Tal vez lo consiguió en el hospital, o en algún centro de donación —sugirió Josh.

—No es tan sencillo —intervino Lyndon—. Mientras vosotros os ocupabais del arresto y los allanamientos, yo sostuve una conversación con el doctor Tash.

—¿El forense?

—Así es. Le expuse nuestra teoría de que el semen hubiera sido implantado en las víctimas por medios artificiales. Lo encontró poco probable. Las señales de violación eran claras en los tres casos.

—Tal vez Slater tiene un cómplice que fue quien cometió las violaciones —sugirió Josh.

—Eso nos dejaría como al principio, a menos que el detenido confiese.

—No lo creo probable —rebatió Jezebel—. No existe el menor indicio de que exista un cómplice.

—Excepto el semen de origen desconocido —dijo Cody-—. ¿Te parece poco?

—Antes de buscar fantasmas, creo que deberíamos indagar otras opciones.

—¡No descartaremos nada! —decidió Powers—. Jezebel, Herman, averiguad en hospitales y clínicas de fertilidad. Que revisen su inventario: quiero saber si les falta alguna muestra de material biológico.

—Sí, señor.

—Cody, Josh, comprobad si en los ambientes donde se mueve Slater hay cámaras de seguridad. ¡Vais a ver vídeos hasta que os duelan los ojos! Quiero que comprobéis si el profesor tiene un amigo con quien se reúna. Buscamos un cómplice. Comunicaros también con el departamento de tecnología de criminalística: que analicen a fondo el teléfono del profesor. Si tiene un secuaz debe comunicarse con él de alguna manera.

—Sí, señor.

Antes de que Powers hubiera llegado a su oficina, ya los detectives se habían puesto manos a la obra.

Capítulo 61.

Mientras Short y Peck se comunicaban con una larga lista de hospitales y clínicas de fertilidad, Cody y Josh decidieron salir a buscar las grabaciones de seguridad del *College* y del edificio donde vivía Slater. Ryan también contactó con el departamento de tecnología de criminalística para que revisaran los contactos y la información contenidos en el móvil de Slater. El técnico le prometió que lo haría de inmediato. El caso del Demonio de Brooklyn merecía horas extras. Para asegurarse de la cooperación de la empresa que manejaba la seguridad del campus, Bradbury llamó al rector Rains antes de salir.

Lawrence, quien no salía de su asombro por la detención de uno de sus profesores, les ofreció toda su colaboración. En efecto, ya les habían grabado los vídeos de los últimos dos meses y se los entregaron en un CD en cuanto llegaron al *College*. Para fortuna de la Policía, el *campus* también tenía dispuestas cámaras de seguridad en el interior de las oficinas, con la finalidad de evitarse falsas demandas por acoso. Debido a la gravedad de la situación, en el edificio donde vivía Slater tampoco les plantearon ningún inconveniente, así que no se vieron en la necesidad de solicitar una orden judicial para conseguir los vídeos. Eso les permitiría ahorrarse algunas horas.

De vuelta en la Estación encontraron a Herman y Jezebel todavía ocupados en su indagación con las clínicas de fertilidad. Su frustración era evidente, así que los gemelos no se sorprendieron cuando les reconocieron que aún no tenían resultados. Cada pareja de detectives se concentró en su tarea. De vez en cuando, Cody y Josh escuchaban un suspiro de Jezebel, o un bufido iracundo de Herman. Ellos tampoco tenían buenos resultados.

Short y Peck tuvieron que dar por concluido su trabajo a las siete, pues ninguna clínica de fertilidad permanecía abierta después de esa hora. Todavía restaban cinco llamadas, pero tendrían que esperar al día siguiente, así que decidieron ayudar a Ryan y Bradbury con las grabaciones. Las repitieron una y otra vez, hasta que estuvieron seguros de que no se les había pasado nada por alto. Sin embargo, no hubo suerte. Slater era un tío solitario, cuyo único contacto humano era con sus estudiantes. Solían ser encuentros cortos, limitados al ámbito académico. Lo mismo podría haber sido un ermitaño.

—Tal vez se encontraba con su cómplice en otro lugar —sugirió Short—. Debía saber de la existencia de estas cámaras y evitaría que su secuaz fuera captado por ellas.

—No lo sé —intervino Josh, al mismo tiempo que consultaba un cuaderno de notas en el que había varias horas apuntadas—. Observa los intervalos entre las horas: se corresponden con exactitud con el tiempo que le llevaría ir de su casa al College ida y vuelta. Solo se sale del patrón en tres oportunidades…

—Las que corresponden a las fechas y horas de los asesinatos —precisó Cody. Su hermano asintió—, pero eso es magnífico, Josh. Será una prueba más de que Slater es el Demonio de Brooklyn.

—Estaría de acuerdo contigo si no fuera porque todavía no hemos conseguido derribar el principal argumento que esgrimirá su defensa.

—El ADN —señaló Jezebel.

—Exacto. Yo soy el primero en asegurar que tenemos al hombre correcto, pero si no conseguimos explicar por qué el semen encontrado en las víctimas corresponde a otro sujeto, no importarán las pruebas que encontremos. Sus abogados nos destrozaran en el juicio.

—Además, su hija ya contrató uno de los mejores bufetes de Nueva York —les anunció Peck.

—De acuerdo. Tiene que haber una explicación razonable —sentenció Cody, mientras cogía un marcador y se paraba frente a la pizarra donde se exponía el caso.

Ryan estaba convencido de que en cualquier situación, si se llevaba a cabo un trabajo metódico y organizado, los resultados estaban garantizados. Con un gesto invitó a sus colegas a exponer sus ideas.

—Lo primero que sabemos es que Slater tuvo la oportunidad —afirmó Short—. Sus coartadas se han venido abajo en cuanto rascamos un poco la superficie.

—Es coherente atribuirle la motivación —opinó Jezebel—. Su personalidad encaja con el perfil de los psicólogos forenses. Es un sujeto de mediana edad, frustrado en su vida profesional y por lo que se observa en los vídeos, tampoco es exitoso en sus relaciones sociales.

—Tampoco hay dudas con respecto a los medios —continuó Cody, mientras hacía anotaciones en la pizarra—. Es muy probable que conociera a Marianne, aunque fuera de vista. Es una de las pocas personas que tenía acceso al ático, y también tenía conexiones con Christine.

—Pero de dónde demonios obtuvo el ADN para despistarnos. Además, debemos tener en cuenta que lo empleó en los tres homicidios, lo cual me inclina a pensar en un cómplice más que en una muestra robada.

—Tienes razón —afirmó Ryan—. Tendría que haber robado tres

muestras del mismo individuo en una clínica de infertilidad.

—¿Os habéis detenido a pensar en lo que significaría que se tratara de un cómplice? —preguntó Peck. Todos le prestaron atención—. Es evidente que las muestras biológicas en las víctimas no fueron un descuido del asesino, sino una estrategia para confundirnos, pero eso quiere decir que convenció a su cómplice de quedar expuesto frente a la Policía como culpable sin lugar a dudas. ¿Qué clase de persona aceptaría algo así?

—¿Alguien que está muy seguro de que nunca sería sospechoso y por eso corre semejante riesgo? —sugirió Josh.

—Tal vez el cómplice quiere desafiarnos y demostrarle su valor a Slater —propuso Ryan.

—¿A quién hemos dejado por fuera? ¿Quién puede tener la certeza de que nunca será considerado sospechoso?

La pregunta de Jez quedó en el aire. Los cuatro detectives discutieron el asunto durante las siguientes horas, hasta que la primera llamada los interrumpió. Cody la respondió.

—Era el técnico de informática —les anunció—. Dice que nunca había revisado un móvil tan deprimente. Slater no intervenía en redes sociales y solo tenía activos tres chats: uno con su hija Theresa, otro con la secretaría del *College* para asuntos académicos y el tercero con el hospital por su enfermedad. No tiene amigos. Ni siquiera conocidos.

—Debe haber alguien —insistió Short.

Los detectives barajaron nombres y opciones, que descartaron a causa de las coartadas, o las evidencias. Entonces llegó la llamada de Ellison, quien al igual que ellos, todavía trabajaba en el caso.

—¿Hay alguna información de interés, Harry? —le preguntó Ryan con avidez.

—Por eso te llamo. Tengo a mis chicos de cabeza en este asunto y hemos terminado algunos de los peritajes. Toma nota —Cody se preparó con papel y lápiz—: el electroimán tiene potencia suficiente para dañar un reloj mecánico, así que la coartada del tercer asesinato se fue al garete… En un pliegue del asiento de la silla de ruedas encontramos un cabello. No tenía raíz, así que no tenemos el ADN que nos permitiría afirmar sin lugar a dudas que pertenece a la segunda víctima, pero está teñido de morado. Y por último, ¿recuerdas la observación que hizo tu hermano acerca de la manicura de la víctima? Me refiero al cristal que le faltaba en una de las uñas…

—Sí, lo recuerdo.

—Bien, pues lo encontramos en el vehículo de Slater.

Cuando Cody colgó, después de agradecer a Ellison por su dedicación y la de sus chicos, el detective estaba seguro de que

Burke Slater era culpable. Esa certeza fue compartida por sus compañeros, pero aunque las nuevas evidencias eran una vuelta de tuerca que afianzaba el caso que tenían contra el profesor, no eran suficientes. Necesitaban encontrar una explicación plausible para el problema del ADN. Pasaron la siguiente hora dándole vueltas al asunto, pero siempre llegaban a las mismas conclusiones.

—Os confieso que todo esto ya me está dando jaqueca —se quejó Josh, mientras consultaba el reloj de la pared—. ¿Qué os parece si continuamos mañana?

—Es una buena idea —lo respaldó Jez—. Volvemos una y otra vez sobre lo mismo. Será mejor que lo dejemos hasta aquí por hoy. Además, quiero darle un beso a mi hijo, aunque supongo que ya lo encontraré dormido.

Los dos grupos decidieron marcharse a descansar y regresar al día siguiente, muy temprano. Era casi medianoche cuando Ryan y Bradbury llegaron a la casa del primero. Se mantuvieron en silencio, cada uno sumido en sus razonamientos acerca del caso. Era exasperante saber que disponían de todas las evidencias necesarias, pero que un simple detalle podía echar todo por tierra si no eran capaces de solucionarlo.

Hacía mucho frío y la calle se encontraba silenciosa y oscura. Cody se adelantó con la llave en la mano. Josh sintió un escalofrío. Desde el porche de la casa vecina, Arlequín, el gato con la cara de dos colores del vecino, los observaba con desconfianza. Sus ojos refulgentes como dos faros creaban una atmósfera de peligro que erizó la piel del detective.

Apenas Ryan entreabrió la puerta, el gato salió disparado como si algo lo hubiera asustado. Bradbury también lo notó. Quizá fuera el olor, penetrante y desagradable, o la reacción del pequeño depredador. Tal vez lo alertó algún instinto primario que solo se activa cuando aparece una amenaza a la vida, indeterminada pero inminente.

Josh abrazó a su hermano por la cintura y tiró de él hacia atrás con todas sus fuerzas, al mismo tiempo que Cody había alcanzado el interruptor de la luz del vestíbulo. La chispa no fue visible, pero la onda expansiva de la explosión los lanzó contra el suelo y los privó de la respiración por unos segundos. Ambos estaban aturdidos por el impacto. Ryan no comprendía lo que había ocurrido. Bradbury solo atinó a ver el humo y el fuego que ya comenzaba a consumir la cocina.

Antes de desmayarse, Josh se dio cuenta de que a Arlequín ya no se le veía por ninguna parte.

Capítulo 62.

Cuando Josh abrió los ojos solo pudo distinguir siluetas borrosas. Lo primero que notó fue que el aire estaba enrarecido por el olor de la combustión. Tosió y se incorporó un poco, aunque alguien trató de impedírselo. Sintió la presión de una mano que se apoyaba en su hombro con suavidad. Las formas a su alrededor recuperaron su nitidez con lentitud. La oscuridad había cedido paso a la fantasmal iluminación del fuego, sumada a las luces de bomberos y policías.

—Tómalo con calma, Josh —le dijo una voz femenina que le resultaba muy familiar—. Te alcanzó la onda expansiva, así que trata de no moverte.

—¡Cody! —exclamó en cuanto los recuerdos alcanzaron su conciencia.

—¡No te agites! —insistió Natalie sin disimular su preocupación —. Cody está bien. Los sanitarios lo examinan, pero cuando lo tiraste al suelo, lo protegiste con tu cuerpo.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Un accidente. Según los bomberos, se trató de una explosión de gas. Todavía no han controlado el fuego, pero lo conseguirán pronto.

—Esto no fue un accidente.

—¿De qué hablas?

—Nos pusieron una trampa… Spardise… Nos quieren muertos.

—Te recuerdo que Hartell está detenido, Josh.

—Todavía hay un asesino suelto.

Antes de que Keen pudiera responder, los sanitarios trasladaron la camilla hasta el interior de la ambulancia, donde ya se encontraba Cody, sentado y con una manta sobre los hombros. En cuanto introdujeron a Josh en la zona de tratamiento del vehículo, su hermano le apoyó la mano en un hombro sin decir una palabra. No era necesario. En el trayecto, Josh se quedó dormido, o perdió la conciencia. Nunca lo sabría. Despertó de nuevo en el hospital. Esta vez era Powers quien estaba a su lado.

—Eres un imán para los problemas, ¿no es así, Bradbury?

—Si usted lo dice, señor.

—Desde que llegaste a la Estación he tenido que presenciar más atentados contra policías que en toda mi carrera. Alguien te quiere bien muerto.

—Nadie lo lamenta más que yo. Creía que habían decidido que la explosión de gas había sido un accidente.

—No, según el capitán de los bomberos. Además, hemos

recibido otra perspectiva del asunto —Por un momento, Josh no supo de qué hablaba su jefe—. Me refiero a la agente especial Carpenter. ¿Por qué no me informasteis que colaborabais con el FBI?

—Me pidieron discreción.

—Supongo que el viaje a Florida de Ryan estuvo relacionado con esa colaboración.

—Eh… Sí, señor.

—Debisteis decírmelo. Estaba decidido a sancionaros por indisciplina después de que resolviéramos el caso del Demonio de Brooklyn, pero si se trata de un asunto federal…

—No podíamos traicionar la confianza de la agente especial.

—Lo dejaré pasar por esta vez, pero que no se vuelva a repetir. Si los federales os contactan por cualquier razón, debéis informarlo.

—Sí, señor. Señor…

—¿Qué?

—¿Cody está bien?

—Mejor que tú. Salió ileso salvo por algunos raspones. Tú en cambio sufriste una concusión cerebral. No es grave, pero quieren observarte hasta que amanezca.

—¿Cómo supo de Carpenter, señor?

—Ella se presentó en cuanto se enteró de la explosión.

—Me gustaría hablar con ella, señor.

—Los médicos dicen que debes descansar, Bradbury.

—No suelo hacerle caso a los médicos. ¿Y usted?

—Debo reconocer que yo tampoco —respondió el jefe con una media sonrisa de complicidad—. Tal vez no sea mala idea aprovechar para aclarar algunos detalles de este molesto asunto. ¡Ya estoy hasta las narices de que alguien trate de matar a mis hombres!

Powers salió de la habitación y regresó al cabo de un par de minutos. Lo seguían Cody con el brazo izquierdo en cabestrillo, y la agente especial Carpenter, que parecía recién salida del salón de belleza. Ni un cabello fuera de lugar.

Después de intercambiar con su hermano las preguntas pertinentes acerca de la salud del otro, Cody le agradeció por haberle salvado la vida. Josh se contuvo antes de responderle que tal vez había sido un gato llamado Arlequín quien los había salvado a los dos.

—Es evidente que el sustituto de Hartell está decidido a terminar el trabajo que Benjamin no pudo concluir.

—¿Tienen idea de quién se trata?

—Todavía lo investigamos, pero ya tenemos algún indicio.

—¿Podría decirnos algo? —sugirió Josh—. Tal vez sea más fácil evitar que nos maten si sabemos a quién nos enfrentamos.

—Hemos indagado en las relaciones de Tofts y del propio Hartell. Después de la muerte de sus padres, Benjamin creció en Nassau bajo la tutela de un hombre llamado Quentin Thomson. Lo interesante es que no hay registros del nacimiento, ni de la escolaridad de este individuo. Surgió de la nada.

—Permítame adivinar —dijo Josh—. Apareció después de la muerte del chófer de Spardise. El que también se apellidaba Hartell.

—Es correcto. Sospechamos que Norman Hartell simuló su muerte con la ayuda de alguien muy poderoso, y que entrenó a su nieto para que fuera un asesino.

—Y ahora que el nieto falló, saltó al escenario —intervino Cody.

—Eso explicaría cómo consiguió el Cazador contratar a otro asesino con tanta celeridad —afirmó Bradbury—, pero no es lo único que han averiguado. ¿No es así?

Judy dudó por un momento. No estaba acostumbrada a compartir información con la Policía, salvo que la investigación lo requiriera. Decidió que en este caso estaba justificado.

—Estamos seguros de que Norman Hartell, alias Quentin Thomson, asesinó a Bonnet y Tofts. Toda la Policía de Nueva York lo busca. Su arresto es solo cuestión de tiempo.

—¿Qué se sabe de la clínica clandestina?

—Funcionó hasta los años ochenta. Convencían a jóvenes embarazadas que se encontraban solas para que confiaran en ellos. Las madres que querían dar a sus hijos en adopción contactaban con «Spardise» como con cualquier otra agencia. En general funcionaba con normalidad. Les ofrecían a las chicas servicio médico gratuito durante el embarazo. Pearson era el obstetra. En cuanto detectaba que alguna tenía embarazo múltiple, la apartaba del programa y la enviaba a la clínica clandestina, donde podía controlar el embarazo sin supervisión de ninguna autoridad.

—Supongo que de esa forma solo quedaba registro de uno de los niños y ellos podían disponer del otro a su antojo —señaló Josh.

—Así es. El parto tenía lugar en el sótano que ustedes descubrieron. Como afirma el detective, uno de los niños era entregado a los padres adoptivos a quienes les correspondía por legalidad. El nacimiento del gemelo no quedaba registrado.

—¡Es maquiavélico! —opinó Powers.

—Hay algo que no comprendo —dijo Bradbury—. Si todo transcurrió como usted dice. ¿Por qué mi padre le pagó a Frank Ryan? Quiero decir, la familia receptora no tendría por qué haberse enterado que existía otro bebé.

Josh percibió la tensión de los músculos de Cody en cuanto mencionó el nombre de su padre adoptivo, pero aunque lamentaba lastimar los sentimientos de su hermano, no estaba dispuesto a que

nada relacionado con «Spardise» quedara oculto.

—Sabemos que Frank Ryan estuvo bajo las órdenes de Reynolds Tofts en Vietnam. Es probable que el abogado de la agencia quisiera hacer una concesión a su amigo permitiéndole quedarse con el dinero de la venta, en vista de la mala situación por la que pasaba.

—Dígame la verdad, agente Carpenter —intervino Cody—. ¿Mi padre adoptivo era uno de ellos?

—Hasta donde sabemos, el pago por la venta de su hermano fue el único que recibió.

Ryan asintió. No era un consuelo, ni excusaba la conducta de Frank Ryan, pero hubiera sido peor saber que era parte de la trama.

—Hay algo que me preocupa —anunció Josh. Judy lo miró con atención—. ¿Tuvo «Spardise» algo que ver en la muerte de Haylie? Quiero decir… ¿Hubiera sobrevivido de haber nacido nosotros en un hospital?

—Me temo que todavía no disponemos de esa información, señor Bradbury. No hemos encontrado historias clínicas, ni otros datos relacionados con las madres. Ya no quedan testigos vivos de «Spardise» con excepción de Norman Hartell y el Cazador.

—¿Cómo saben entonces lo que nos ha contado? —preguntó Cody.

—Junto al quirófano clandestino había una pequeña habitación que debió funcionar como despacho de Pearson. Allí encontramos documentos y expedientes, pero me temo que numeraban las historias clínicas en lugar de usar los nombres de las madres. Así que no hemos podido identificar a ninguna de las chicas para interrogarla. Como le dije al señor Bradbury en la cafetería, Haylie Nichols es la primera víctima de la cual conocemos el nombre con relación a este caso.

—¿Han avanzado algo con respecto al Cazador? —preguntó Josh.

—Me temo que todavía no sabemos nada. El móvil con número de Bulgaria era un callejón sin salida. Alguien lo compró hace cinco años sin ningún registro y se pagaba el servicio a través de una billetera virtual. No es posible rastrearlo.

—Si ese sujeto ayudó a Hartell a simular su muerte y cambiar de identidad debe haber dejado algún rastro —insistió Josh.

—Trabajamos en ello.

—Para ser concretos —intervino Powers—: Ryan y Bradbury son el objetivo de un asesino que ha conseguido pasar desapercibido por más de treinta años. ¿No es así?

—Es un buen resumen —admitió Judy.

—En ese caso, no es que este par valga mucho, pero son mi responsabilidad y pretendo mantenerlos con vida, así que les

pondré una escolta y al salir de aquí os refugiaréis en uno de los pisos destinados a la protección de testigos hasta que encuentren a este sujeto: Thomson, Hartell, o como se llame.

—No puede hacer eso, señor —protestó Cody—. Estamos a punto de cerrar el caso contra el Demonio de Brooklyn, pero si no concluimos la investigación, habrá un asesino serial en las calles con la certeza de que no puede volver a ser acusado por sus crímenes.

—Pero…

—Cody tiene razón —intervino Josh—. Usted sabe muy bien que ahora no puede prescindir de dos hombres. Short y Peck son excelentes policías, pero necesitarán ayuda.

Powers se quedó callado por un momento, mientras sopesaba sus alternativas.

—¡Demonios! Tenéis razón. Por desgracia, no puedo darme el lujo de apartaros de mi vista todavía, pero a partir de ahora no os libraréis de una escolta.

Capítulo 63.

Ya la mañana estaba avanzada cuando Cody y Josh llegaron a la Estación, pues no les resultó fácil convencer a los médicos de que estaban en condiciones de abandonar el hospital. Fiel a su promesa, Powers le ordenó a dos uniformados que fueran sus escoltas, lo cual incluía hacer una revisión exhaustiva del coche antes de ponerse en marcha, así como llevar a cabo una inspección ocular de los alrededores por donde caminaron y luego seguirlos a pocos metros en la patrulla. Todas aquellas precauciones les hicieron sentirse más seguros, pero también causaron un retraso que ambos lamentaron. Tenían el tiempo en su contra en el caso del Demonio de Brooklyn, pues no era difícil que su abogado consiguiera convencer al juez de que lo liberara bajo fianza.

Cuando llegaron al departamento de investigaciones se encontraron con Short y Peck. Después de los saludos y la normal preocupación por el atentado, Herman y Jez les confesaron que se sentían decepcionados. Ya se habían comunicado con todas las clínicas de fertilidad del Estado de Nueva York, pero ninguna reconocía que hubiera sufrido el robo, o la desaparición de cualquier muestra.

—Según afirman, disponen de una seguridad más confiable que la del «Fuerte Knox» —dijo Herman, con tono escéptico—. Aseguraron que mantienen todo el material biológico bajo cerraduras de seguridad y el personal con acceso es confiable.

—Todas niegan cualquier tipo de relación con Burke Slater —afirmó Jezebel.

—Todas no.

—Para el caso, es lo mismo —reafirmó Peck—. Ninguna hubiera permitido a Slater acceder a las muestras de sus clientes.

—¿A qué te refieres con «todas no»? —preguntó Cody.

—En una de las clínicas que contactamos hoy, reconocieron el nombre de «Burke Slater» y no con alegría —les explicó Short—. A la secretaria le resultó familiar, así que consultó los archivos…

—Según le dijeron a Shorty, hace diez años el profesor introdujo una demanda contra ellos. Los acusó de cambiar unas muestras. Él y su abogado pedían una indemnización millonaria. La clínica tuvo que contratar un bufete para defenderse y al cabo de tres meses, el profesor retiró la demanda sin ninguna explicación.

—Creo que debemos dedicar unos minutos a analizar este asunto —sugirió Josh.

—¿Por qué perder el tiempo? —protestó Herman—. No creo que discutir sobre una demanda de hace 10 años nos ayude a resolver

nuestro problema. Además, ni siquiera llegó hasta el final.

—Ese es uno de los detalles que me incomoda —insistió Bradbury—. ¿A vosotros no?

—¿Tal vez puedas ser más específico? —sugirió Cody.

—Muy bien. En primer lugar, ¿en qué circunstancia Slater podría introducir una demanda contra una clínica de fertilidad?

—Solo si él utilizó sus servicios —respondió Ryan.

Josh señaló a su hermano con el índice para aprobar su intervención.

—Lo cual significaría que él y su difunta esposa eran una pareja con problemas de fertilidad. Y que el nacimiento de Theresa Slater fue resultado de ese tratamiento.

—Eso no lo sabemos —protestó Herman—. La señorita Slater tiene veintidós años, mientras que la demanda se introdujo hace diez.

—¿Tratarían de tener otro hijo? —sugirió Ryan.

—Lamento llevarte la contraria, Cody, pero la señora Slater ya había muerto para entonces.

—En ese caso, la demanda pudo estar relacionada con la concepción de Theresa —opinó Ryan.

—Lo mejor será averiguarlo —dijo Peck—. Hablaré con Natalie para que nos consiga una orden.

Una llamada entró en el móvil de Cody, mientras Jezebel salía de la sala en dirección al despacho de la fiscal. El detective escuchó con atención sin disimular su sorpresa. Al cabo de pocos segundos dio las gracias a su interlocutor y colgó. Short y Bradbury lo miraron con expectación, pero Cody clavó los ojos en la pizarra antes de pronunciar ni una palabra. Entonces suspiró y se concentró en sus compañeros.

—Ahora sí vamos a tener que exprimirnos el cerebro —anunció con preocupación—. Era Ellison en persona. Ya concluyeron el segundo estudio comparativo entre el código genético de Slater y el encontrado en las víctimas.

—¿Hay alguna diferencia con las conclusiones anteriores?

—No, me temo que el resultado es el mismo, pero hay un dato adicional que el perito que elaboró el primer informe no señaló. Ellison se deshizo en disculpas y no me gustaría estar en los zapatos del técnico.

—¿Cuál es ese dato?

—El ADN de Slater coincide en un 50 % con el ADN encontrado en las víctimas.

—Espera… ¿Estás diciendo que sí existe una coincidencia? —repitió Josh.

—Solo del 50 %.

—¿Entonces sería posible que las muestras biológicas encontradas en las víctimas correspondieran a dos personas? —sugirió Bradbury—. ¿A Slater y un cómplice, tal vez?

Cody negó con la cabeza mientras su hermano planteaba su hipótesis.

—No. Esa no es la conclusión a la que han llegado los expertos.

—¿Entonces? ¿Cómo lo explican?

—Según Ellison, El ADN encontrado en los cadáveres sería de un hermano del profesor —respondió Ryan.

—¡¿Tiene un hermano?! Nadie lo ha mencionado hasta ahora. ¿Lo conocemos?

Cody se encogió de hombros.

—Se encuentre cerca o no, nuestro deber ahora es identificarlo y localizarlo. Él es el Demonio de Brooklyn.

—¿Ya sabéis quién es el asesino? —preguntó Peck, que regresaba en ese momento.

Sus compañeros le contaron las últimas novedades. Ella a su vez les confirmó que Keen haría todo lo posible para conseguir las órdenes que les permitieran investigar el asunto de la demanda.

—Nos acercamos —afirmó Short con optimismo.

—Todavía debemos encontrar al hermano.

—Tal vez Slater colabore —sugirió Josh—. Después de todo, proteger a su pariente puede costarle muchos años de cárcel.

—Yo diría que esto no exonera al profesor —opinó Ryan—. Estoy seguro de que estuvo relacionado con los crímenes. Las evidencias son determinantes.

—Al menos, conseguimos identificar a su cómplice.

—Yo me ocuparé de indagar en los antecedentes de la familia del detenido —Se ofreció Jez.

—¡Perfecto! —dijo Cody—. Herman, ocúpate tú de la demanda de la clínica cuando Keen consiga la orden.

—¿Qué haréis vosotros?

—Interrogaremos a Slater. Tal vez hable cuando sepa que tenemos conocimiento de la relación de su hermano con este asunto.

Cody y Josh le pidieron al agente encargado de las celdas que trasladara al profesor a la sala de interrogatorios. Mientras esperaban que el reo se reuniera con su abogado, los gemelos decidieron tomarse un café de la máquina expendedora. Siempre sería mejor que quedarse con el estómago vacío. Keen se les acercó mientras lo bebían. Josh tuvo que hacer un esfuerzo para no atragantarse.

—Hola, chicos, me alegra veros recuperados después de lo que ocurrió ayer —Entonces miró a Ryan, a quien reconoció por la

corbata—. Cody, ¿te importaría dejarnos a solas un momento?

El detective se encogió de hombros y se alejó con paso apurado. Por el tono de Natalie comprendió que su hermano tenía problemas. Josh observó a Cody con envidia mientras lo veía alejarse y lamentó haberse detenido a por el café. Él, que podía haber estado tan tranquilo enfrentando a un presunto asesino en serie.

—En verdad me alegra mucho que todo haya quedado en un susto —reiteró la abogada.

—Supongo que tuvimos suerte —afirmó Josh, mientras encogía un hombro.

—Me asusté mucho cuando llegué y vi que estabas inconsciente.

—Lamento haberte causado una preocupación… —Keen levantó la mano para hacerle callar.

—Por favor, no me interrumpas. Esto ya es bastante difícil. Lo he pensado mucho y quería que lo nuestro funcionara porque lo pasé genial contigo, pero ayer comprendí que me engañaba a mí misma.

—Espera. ¿Estás rompiendo conmigo?

—No es nada personal, Josh. De verdad eres un gran sujeto y muy tierno y…

—Pero…

—Pero yo no estoy preparada para el compromiso. Todavía no. Tal vez me arrepienta de esto toda mi vida, pero debo ser honesta contigo… Soy ambiciosa y lo que hago aquí me gusta, pero solo es un escalón en mi carrera. Quiero ascender, quiero destacar y ser valorada por lo que hago… En mi proyecto de vida no hay espacio para una pareja.

—Eh…

—Sé que te he dado motivos para que te hicieras ilusiones acerca de lo nuestro, pero quiero ser honesta contigo para no lastimarte. Me gustaría que no perdiéramos nuestra amistad —Josh asintió sin pronunciar palabra—. Gracias y perdóname.

Natalie lo besó en la mejilla, le dio la espalda y regresó a su despacho. Josh suspiró. Nunca en su vida había sentido tanto alivio, aunque era la primera vez que le daban calabazas.

Capítulo 64.

El profesor los esperaba en la sala de interrogatorios bajo la vigilancia de uno de los agentes. Mantenía los dedos entrelazados y la actitud serena de quién no tiene nada que temer. Al letrado no se le veía por ninguna parte.

—¿Ya avisaron al defensor del señor Slater? —preguntó Ryan.

—El detenido renunció a su derecho de ser representado por un abogado, señor —respondió el oficial.

—No lo necesito —intervino Burke con voz pausada—. La Policía me usa como chivo expiatorio, así que todo esto caerá por su propio peso.

—Sabemos lo de su hermano —le espetó Bradbury.

Slater enarcó las cejas, como si las palabras del policía lo hubieran confundido por un momento, entonces algo debió encajar en su cerebro porque desplegó una amplia sonrisa cargada de sarcasmo.

—Llegan demasiado lejos en sus suposiciones. Yo no tengo un hermano.

—El ADN que encontramos en las víctimas dice otra cosa —insistió Josh—. Coincide en un 50 % con el suyo, profesor. ¿Cómo lo explica?

Burke se encogió de hombros sin dejar de sonreír.

—No soy yo quien tiene que explicarlo, detective. Son ustedes los que tendrán que decirle al juez por qué el otro 50 % no coincide.

—Si es inocente, ¿por qué construyó e instaló un electroimán en el marco de la puerta de su despacho? —preguntó Cody.

—Un experimento. Soy físico y muy curioso, detective.

—No pretenderá que le creamos eso, ¿verdad?

—No me interesa si me creen o no. Fabriqué un electroimán casero que instalé en mi despacho con el objetivo de mostrarles a mis estudiantes que era posible hacerlo. ¿Qué más pueden tener contra mí?

—No es la única de sus coartadas que se cayó —le dijo Cody—. La tarde que asesinaron a Marianne Hackett se suponía que usted trabajaba en la contabilidad de «Saint Nicholas»…

—Y así fue.

—¡Miente! El pastor regresó a los pocos minutos porque olvidó algo y usted ya no estaba allí —precisó Ryan—. ¿Dónde estaba, señor Slater?

—Esa tarde… Déjeme recordar… Esa tarde tuve una jaqueca terrible y me fui a casa a descansar. Después de todo, el trabajo que

hago para la iglesia es voluntario.

—No tiene coartada para ninguno de los tres homicidios —lo presionó Josh—, conocía a las tres víctimas y el ADN del asesino tiene un 50 % de coincidencia con el suyo. ¿No cree usted que todo esto lo señala como culpable?

—Lo que yo crea no tiene importancia, detective. Tampoco lo que opinen ustedes, por cierto. Lo que cuenta es lo que diga el juez y estoy seguro de que pedirá una explicación de ese 50 % del ADN que no coincide. Saldré de aquí antes de lo que imaginan si no son capaces de explicarlo pronto. Solo tengo que pedir un defensor y estaré en la calle en un abrir y cerrar de ojos.

—Si es así, ¿por qué no lo ha hecho?

—Supongo que me divierte ver cómo se devanan los sesos para resolver un problema que no tiene solución. Están tensos como cuerdas porque les aterroriza la idea de que un juez me conceda la fianza. Podría salir y quedar en libertad para… cualquier cosa.

—Como matar a otra chica.

—O reincorporarme a mis clases —respondió Burke con indiferencia.

—¿Cómo explica las fotografías en su casa? —le preguntó Ryan—. Allí estaban las tres víctimas.

—¿Eran las únicas? Soy aficionado a la fotografía y me gusta practicar con mujeres bonitas. En especial si son jóvenes. Eso no es un delito.

—Desde luego que lo es —intervino Josh—. Es un acto imputable si las personas fotografiadas no han dado su consentimiento. Se le llama acoso.

—No es el caso —afirmó Burke—. Las tres chicas consintieron que les tomara esas fotos, a condición de que se las enviara. ¡Ah, la vanidad humana!

—¿Y las demás chicas? —preguntó Cody—. Ellas continúan con vida. Podemos interrogarlas. ¿También declararán que le consintieron fotografiarlas?

—Tal vez no todas —confesó Slater—. Algunas veces me dejo llevar por mis impulsos artísticos y robo una imagen a alguna joven, pero eso no significa nada.

—Hablaremos con las personas afectadas para que opinen al respecto. Y las animaremos a demandarlo.

—¡Cuanta inquina contra mí! —Se quejó Burke, sin abandonar el sarcasmo—. Muy bien, tendré que afrontarlo, pero estoy seguro de que una buena indemnización ayudará a que me perdonen.

—Está usted muy seguro de librarse de esto con dinero.

—Mi hija Theresa es muy generosa conmigo. Después de todo, yo soy su único pariente vivo.

—Sabemos que no es verdad, señor Slater —insistió Cody—. Cuánto antes nos diga dónde encontrar a su hermano, será mejor para usted. ¿Qué ocurre? Tal vez el Demonio de Brooklyn lo amenazó para que colaborara con él en sus crímenes.

—No insista, detective. No existe ningún hermano. Y sin hermano, no hay caso.

—Le recuerdo que existen otras evidencias, además del ADN.

Slater se encogió de hombros y se negó a decir una palabra más. Los policías lo cosieron a preguntas, pero él repetía una y otra vez que tenía derecho a guardar silencio. Cuando comprendieron que el detenido no les proporcionaría más información, desistieron de continuar el interrogatorio. La frustración los acompañaba cuando llegaron al salón del departamento de investigaciones.

—¿Cómo os fue? —les preguntó Peck. Short apartó la vista del ordenador para prestar atención.

Cody les hizo un resumen de la entrevista. Al final reconoció que habían perdido el tiempo, pues Burke Slater negó la existencia de un hermano.

—Pues lamento deciros que según mis indagaciones no mintió.

Cody y Josh enarcaron las cejas y levantaron la vista hacia ella como si esperaran una explicación. Jez suspiró y expuso su informe:

—Burke Slater nació en Nueva York en 1961. Tiene 52 años y es hijo único. Su infancia debió ser difícil, porque hay registros de varios ingresos a hospitales.

—¿Enfermizo? —preguntó Josh.

—Del tipo que se enferma cuando «rueda por las escaleras» —afirmó Peck—. Casi todas las visitas al hospital fueron por golpes y fracturas. Según sus padres era «bastante torpe».

—Hoy hubieran enviado a los servicios sociales a descartar maltrato.

—Sí, pero entonces eran los años sesenta. Los psicólogos todavía no estaban de moda.

—Así que fue un niño maltratado —puntualizó Cody—. Eso coincide con lo que señala el perfil.

—Si él fue maltratado, debió ocurrir lo mismo con su hermano.

—A eso me refería —dijo Jez—. No encontré nada sobre un hermano.

—Pero debe existir —insistió Cody—. Es la única explicación para la coincidencia parcial del ADN.

—Tal vez lo escondieron —sugirió Josh.

—¿Esconderlo? ¿Por qué? —preguntó Short—. ¿Qué sentido tendría hacer algo así?

—Hablamos de una familia disfuncional, con padres maltratadores —argumentó Bradbury—, si el niño no era normal

pudieron decidir ocultar su existencia.

—Ves demasiado cine, Josh —le recriminó Jezebel—. Hice una búsqueda exhaustiva. Te aseguro que la madre de Burke Slater no tuvo más hijos.

—¿Qué tal si el hermano nació en una clínica clandestina? Una como la que dirigía «Spardise».

—¿Estás sordo? No me limité a buscar registros y expedientes. También hablé por teléfono con una vecina que conoció a los Slater. Ella me confirmó que el padre era una bestia, la madre era muy sumisa y el chico recibía palizas un día sí, y otro también.

—¿Te describió al muchacho?

—Dijo que era muy retraído y que su padre siempre le recriminaba su debilidad. También me contó que llegó a obligarlo a practicar boxeo, pero el chico no servía para eso.

—¿Boxeo? —repitió Josh.

—Eso dije. ¿Por qué?

Los gemelos se miraron entre sí y Cody se concentró en buscar en la carpeta que contenía el expediente del caso, hasta que encontró lo que quería.

—¡Aquí está! —exclamó, al mismo tiempo que marcaba con el dedo una línea dentro del informe del primer homicidio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jez confundida—. ¿Qué importancia tiene que haya practicado boxeo en su infancia?

—A Marianne la dejaron inconsciente con un solo impacto en la mandíbula antes de violarla —explicó Josh—. Amie y Christinne también recibieron golpes certeros para dominarlas. Aunque eso no implica que busquemos a un boxeador, es una evidencia más contra Slater.

—Una evidencia que no convencerá a ningún juez —comentó Cody con desaliento—. Dinos Herman, ¿cuál es la historia del profesor con la clínica de fertilidad?

—Me gustaría tener la pieza que falta de nuestro puzle, pero me temo que no es el caso —afirmó Short—. Como sospechábamos, Theresa Slater nació gracias a la inseminación artificial. Su madre, Missy, murió un par de años después. Cuando la chica tenía más o menos diez años, necesitó transfusiones por un accidente, pero su sangre no era compatible con la de su padre…

—Tal vez heredó la de su madre.

—Missy Slater sufrió una larga enfermedad y su tipo de sangre era bien conocido. En pocas palabras: de acuerdo con las conclusiones de los médicos, Theresa Slater no podía ser hija de su padre.

—¿Hay alguna duda acerca de la madre?

—No. Su madre la parió en el hospital, así que la incógnita solo

se presentó con respecto al padre. Por supuesto que Burke Slater montó en cólera y demandó a la clínica de fertilidad. Argumentó que cometieron un error y usaron el semen de otro donante para inseminar a su esposa. Cuando ya la clínica se preparaba para defenderse, el profesor retiró la demanda sin explicación alguna.

—¿Qué importancia puede tener ese error para nuestro caso? —preguntó Josh.

—Supongo que ninguna —admitió Short—. Por eso dije que lo lamentaba.

—Tal vez no importe —dijo Ryan—, pero no me gusta dejar cabos sueltos. Creo que debemos entrevistar a los directivos de la clínica para ver lo que tienen que decir.

—Perdona Cody, pero eso me parece una pérdida de tiempo —protestó Bradbury.

—Aun así, debemos hacerlo.

—Yo me encargo —se ofreció Short.

—Gracias, Herman. También deberíamos solicitar una prueba de paternidad para Theresa Slater.

—¿Qué esperas conseguir con eso, Cody? —le preguntó Josh.

—No estoy seguro, pero todo este asunto del ADN y la seguridad en la actitud del profesor, me hacen pensar que hemos pasado algo por alto. Solo quiero disponer de todos los datos objetivos posibles con respecto a Burke Slater.

Capítulo 65.

Antes de que pudieran organizar las tareas, el móvil de Josh los interrumpió. El número era desconocido, pero aun así respondió.

—¿Detective Bradbury? —preguntó una voz temblorosa al otro lado de la línea.

—Sí, señora. ¿En qué puedo ayudarla?

—Soy Emily Prescott, la vecina de la difunta señora Bonnet.

Josh se envaró, al mismo tiempo que su adrenalina se disparaba.

—Sí, la recuerdo. ¿Qué ha ocurrido, señora Prescott?

—Me atreví a llamarlo porque usted insistió mucho en que le informara sobre cualquier asunto relacionado con la pobre Esther y yo, la verdad, no sé qué hacer…

—¿Qué hacer con respecto a qué?

—Es que encontré algo y creo que es importante, pero ella no tiene parientes, ni me dejó instrucciones, así que supongo que lo más correcto es decírselo a usted, que es de la policía y sabrá qué hacer.

—¿Qué encontró? ¿Algún documento?

—No. Se trata de una llave de la caja de seguridad de un Banco.

—De acuerdo, señora Prescott. Ha hecho usted muy bien en llamarme —la animó Josh con la voz cargada de emoción—. No le diga esto a nadie más, y espérenos. Mi compañero y yo vamos para allá.

Cuando colgó el móvil, Josh resumió la conversación para los demás detectives. Short frunció el ceño.

—No podéis marcharos ahora a resolver un asunto que no nos concierne. El Demonio de Brooklyn tiene prioridad absoluta.

—Desde luego que nos concierne —discrepó Bradbury—. Te recuerdo que por ese asunto al que le das tan poca importancia, Cody y yo hemos estado a punto de morir en varias ocasiones. Además, Powers aceptó que colaboráramos con el FBI.

—¿Powers os dijo que colaborarais con los federales?

—No dijo que no lo hiciéramos —respondió Bradbury, evasivo.

—Vamos, Shorty. No seas tan puntilloso —intervino Jezebel—. Josh tiene razón. Ese caso es importante para ellos y nosotros podemos encargarnos de visitar la clínica de fertilidad.

A regañadientes, Herman gruñó un «de acuerdo».

Mientras Short y Peck se dirigían a la clínica para hablar con sus directivos, Ryan y Bradbury se encaminaron a *Brooklyn Heights*. Cuando por fin llegaron y se apearon frente al elegante edificio, a Cody lo invadió la indignación. Esther Bonnet había vivido en medio del lujo y la comodidad a costa del sacrificio de quién sabía

cuántos niños indefensos. Su hermano y él mismo habían sido víctimas de una mujer sin escrúpulos que los trató como mercancía. Se alegró de no haberla conocido.

Una vez alcanzaron su destino, Josh presionó el timbre y a los pocos segundos apareció la señora Prescott, quien les abrió y los invitó a pasar, después de superar el momento de sorpresa cuando vio dos rostros iguales frente a ella. Los detectives rechazaron con cortesía el café que les ofreció. Luego Bradbury fue directo al grano:

—Por teléfono me habló de una llave.

—Sí, por supuesto. Un momento, por favor.

Emily se ausentó por unos segundos y regresó con un objeto pequeño en la mano. Cody maldijo para sus adentros, porque si había alguna huella dactilar importante en la llave, la buena vecina la habría emborronado. Aun así, sacó una bolsa de pruebas del bolsillo y le pidió que introdujera la llave en ella. Luego la cogió a través del plástico de la bolsa y la observó con detenimiento. Cuando terminó, se la dio a su hermano.

Después de agradecer a la señora Prescott por su colaboración y de felicitarla por su buen comportamiento ciudadano, los gemelos salieron del piso y regresaron al coche.

—¿Qué opinas? —le preguntó Josh a Cody una vez que subieron al automóvil, después de que sus escoltas les aseguraron que todo estaba bien.

—Sin duda alguna se trata de la llave de la caja de seguridad de un Banco.

—Sí, pero ¿de qué Banco?

—Supongo que el FBI será capaz de descubrirlo.

—¡No pensarás entregarle esta llave al FBI!

—Por supuesto que pienso hacerlo. Es su investigación.

—Es un asunto nuestro, Cody. Se trata de nuestro nacimiento, de nuestra madre, que tal vez murió por culpa del malnacido que dirige la red.

—Deja de pensar como un niño malcriado, Josh. ¡Madura de una maldita vez! Esto va mucho más allá de tu ego lastimado. Existen otras víctimas además de nosotros y de Haylie. Son niños que en este mismo momento, los socios de Bonnet entregan a esclavistas, o pederastas. La Agencia tiene mayores recursos que nosotros, además de que trabaja en este caso desde hace años. No tenemos derecho a actuar por nuestra cuenta y dificultar su labor.

Bradbury se quedó en silencio por unos segundos, mientras rumiaba las palabras de su hermano.

—¡Maldito seas, Cody! No quisiera reconocerlo, pero tienes razón. Lo mejor que podemos hacer es informarle a Carpenter sobre esta llave y que ellos se encarguen.

—Me alegra que hayas entrado en razón, hermano —dijo Cody con una media sonrisa—. Tal vez todavía podamos hacer de ti un policía responsable.

—Espera, ¿cómo me llamaste?

—Hermano. Es lo que somos, ¿no?

Esta vez fue Josh quien desplegó una amplia sonrisa, antes de marcar el contacto de la agente del FBI.

Al llegar a la Estación, Keen los llamó cuando pasaron frente a su despacho. En lugar de pedirles que entraran, fue ella quien salió al pasillo. La informalidad la ayudaba a mirar a Josh a la cara, después de haber cortado con él en forma tan abrupta. Por suerte, él se lo había tomado bien. Tal vez era más maduro de lo que parecía. Les informó que ya tenía la orden de la prueba de paternidad de Theresa Slater y que el equipo del laboratorio ya estaba en camino para recogerla, pese a las protestas de ella y su abogado.

—Se realizará una prueba rápida de ADN —concluyó la fiscal—. En noventa minutos tendremos los resultados.

—Se están dando prisa —comentó Cody.

—Cuando los jefes decidieron darle prioridad a este caso, no bromeaban. Nadie quiere que se le acuse de haber permitido un nuevo asesinato por actuar con lentitud. Eso incluye a los técnicos de laboratorio. Así que pronto sabremos si Theresa es hija biológica de Burke. Conseguí convencer al juez de que esa información es vital para la investigación, pero me gustaría que me concretarais por qué. No tengáis duda de que la chica nos demandará después de esto.

—Estamos seguros de que se nos escapa un detalle importante —respondió Ryan—. El profesor demandó a la clínica de fertilidad donde fue concebida su hija y luego retiró la demanda sin motivo aparente. Sabemos que fue porque Slater pensó que habían inseminado a su esposa con el semen de otro donante. Queremos corroborar esa hipótesis.

—De acuerdo, pero cómo ayudaría ese dato en la investigación.

—Es una pieza del puzle —dijo Josh—. Podremos encajarla cuando tengamos las demás.

—Espero que sepáis lo que hacéis, porque esa chica se ofende con facilidad y le gusta mucho la palabra «demanda». Si al final resulta que la prueba de paternidad no tenía importancia, nos veremos todos en un problema legal.

—Somos conscientes de ello, Nat —afirmó Cody—, pero en este momento cualquier dato puede ser vital.

Después de concluir su conversación con Keen, los detectives regresaron a sus mesas de trabajo. Aunque estaban una frente a la otra, se diferenciaban con facilidad. En la de Cody cada objeto tenía

un lugar asignado y estaba en perfecto orden. La de Josh parecía haber sido arrasada por un huracán. Los papeles formaban un montículo que tapaba lápices y otros objetos indeterminados, aunque él afirmaba que sabía dónde estaba cada cosa.

No habían terminado de encender los ordenadores, cuando vieron a la agente especial Carpenter entrar en la sala acompañada por un oficial. Ambos se pusieron de pie. Después de que el uniformado se marchó y de los saludos de cortesía de rigor, Josh le informó a la agente acerca de la llamada de la vecina de Bonnet. También le entregó la llave.

—No será difícil dar con la caja que abre esta llave —afirmó ella con satisfacción—. Es posible que esto nos permita un gran avance en la investigación de la red.

—Todo depende de lo que encuentren en esa caja.

—Desde luego, pero una mujer como Bonnet no tendría algo así por capricho. Si sobrevivió hasta los noventa y cinco años fue porque sabía lo que hacía.

—Parece que la admira —sugirió Josh.

—Al contrario. Opino que era despreciable —lo contradijo Judy —, pero debo reconocer que no le faltaba astucia.

—¿Quién era en realidad?

—Era una refugiada de la Segunda Guerra Mundial. Los nazis exterminaron a toda su familia cuando vivía en Francia. Ella fue la única sobreviviente. Era enfermera, aunque nunca colaboró con los aliados. Se le dio refugio cuando emigró, al terminar la guerra. De inmediato comenzó a trabajar para «Spardise». Ahora sabemos que era amante de Pearson y que ambos fueron responsables de la clínica clandestina.

—¿Qué espera encontrar en esa caja?

—No lo sé. Tal vez solo haya dinero, o joyas y por lo tanto resulte un fiasco para nosotros, pero si tenemos suerte podría haber documentos, o algún indicio que nos acerque al hombre que se hace llamar el Cazador. Los mantendré informados.

—Más que eso —intervino Josh—. Queremos estar presentes cuando abran la caja.

—No puedo prometerles eso.

—Nos lo debe. De no ser por nosotros, no tendrían esa llave.

—Sabe que la habríamos conseguido tarde o temprano.

—No lo sé. Es posible que fuera más tarde que temprano. O quizá nunca. Yo establecí el contacto con Emily Prescott, ella confió en mí. Por eso tiene ahora la llave en su mano y por eso debería permitirnos presenciar la apertura de la caja.

—Lo consultaré con mis superiores —claudicó Judy—. Si ellos no tienen ningún inconveniente, yo tampoco.

Carpenter se despidió con la promesa de que haría todo lo posible para que no los excluyeran del caso «Spardise». Pocos minutos después llegaron Short y Peck. Los gemelos los recibieron con expectación.

—¿Y bien?

—Más o menos lo que ya sabíamos —les anunció Herman—, pero todavía no comprendo cómo esta historia nos puede ayudar a encontrar al Demonio de Brooklyn

—No importa lo banal que parezca. Debemos saberlo.

—De acuerdo —dijo Jez—. Según la clínica de fertilidad, ellos realizaron una inseminación a Missy Slater y el resultado fue satisfactorio: al cabo de nueve meses nació Theresa. Todo transcurrió con normalidad hasta que diez años después les llegó una demanda por parte de Slater. La niña había sufrido un accidente y necesitó una transfusión de sangre, pero la de Burke no sirvió. Cuando se trató de resolver el asunto por el lado de los parientes maternos, no fue posible porque tampoco eran compatibles. Tenían la certeza de que la niña era hija de Missy, pues la había parido, así que se concluyó que heredó el tipo de sangre de su padre, pero que este no era Slater.

—Por eso demandó a la clínica.

Short asintió y continuó la explicación:

—Los acusó de haber inseminado a su mujer con la muestra de otro donante. La clínica, por supuesto, preparó su defensa.

—¿Cuáles eran sus argumentos? —preguntó Josh—. Parece un caso muy claro.

—Lo sería, pero según los registros de la clínica, Slater fue el único donante de raza blanca que acudió durante los días en que dejó la muestra. Y la niña nació rubia.

—Un buen argumento, aunque no definitivo —opinó Josh.

—Algo debió ocurrir —dijo Short—, porque antes de que llegaran a juicio, Slater retiró la demanda.

—¿Alguna explicación?

—Ninguna. Los directivos de la clínica tampoco la pidieron. La decisión del profesor resultó un alivio.

—Alguien debe saber por qué retiró la demanda —afirmó Ryan.

—El abogado que la interpuso, por supuesto —sentenció Josh—, pero el secreto profesional lo ampara y nunca nos lo revelará.

Capítulo 66.

Todavía discutían cuando Evelyn se les acercó para anunciarles que Powers quería que se celebrara una reunión frente a la pizarra donde se exponía el caso. Por orden superior debía dar una rueda de prensa y necesitaba estar informado de los últimos avances.

—¿Cuáles avances? —preguntó Josh con sarcasmo—. Desde hace días estamos estancados con el maldito ADN.

—Es peor que eso —dijo Natalie, que se acercó en ese momento —. Slater se entrevistó con su abogado, quien ya me contactó. En este momento elabora un informe para que el juez desestime la acusación contra el profesor, basado en la falta de coincidencia del ADN.

—¿Sabéis lo que eso significaría? —preguntó Jez con preocupación.

—Que si Slater es cómplice del Demonio de Brooklyn, este se sentirá fortalecido cuando soltemos a su socio y comenzará a matar de nuevo.

Todos callaron. Cada uno sumido en sus propios pensamientos. Lo que parecía un caso sencillo con un asesino chapucero, había resultado un quebradero de cabeza. Y la evidencia que más habían celebrado era lo que no les permitía avanzar. Con paso cansado se acercaron a la pizarra donde los esperaba Powers.

—Por las caras que traéis preveo malas noticias.

Los detectives le explicaron la situación. Todos estaban seguros de que el hermano de Burke Slater era el asesino y que el profesor estaba involucrado, pero no había forma de demostrarlo. Ni siquiera tenían idea de dónde encontrar al escurridizo hermano. Decidieron revisar el caso desde el principio desde esa perspectiva.

—Todo encaja —afirmó Josh—. ¡Tienen que ser Slater y ese hermano que nadie conoce!

Jez tomó la palabra para puntualizar la situación.

—El problema es que del hermano solo tenemos el ADN, porque según las investigaciones él no existe y con respecto al otro, Slater, contamos con toda la evidencia, pero es el ADN el que no coincide.

A Josh le pareció la mejor síntesis de la situación que había escuchado hasta el momento. El móvil de Cody los interrumpió. Él atendió la llamada, asintió un par de veces y colgó.

—Era Ellison. Ya hicieron la prueba rápida de paternidad. Teníamos razón: Theresa Slater no es hija biológica de Burke.

—No comprendo qué utilidad tiene ese dato para nuestro caso —se quejó Short.

—Tal vez no sea útil —reconoció Ryan—, pero sí resulta

interesante. Al igual que ocurre con el semen dejado en las víctimas, hay un porcentaje de similitud entre el ADN de Theresa y el de Slater.

—¿Qué quieres decir?

—Que aunque no sea su hija, existe un parentesco. Según las pruebas, la señorita Slater es sobrina del profesor.

—¿Sobrina? —intervino Bradbury—. ¿Quieres decir, hija de su hermano?

—Eso mismo. Hija de un hermano que todavía no sabemos quién es.

—¿Significa eso que el hermano cambió las muestras de semen para que la hija de Burke fuera suya? ¿Cómo pudo hacer algo así?

—Es una nueva incógnita que tendremos que resolver —afirmó Cody con desaliento.

—A ver, dejadme comprender esto —dijo Josh—. Según lo que sabemos hasta ahora, Burke Slater, hijo único según los registros, en realidad tiene un hermano que nadie conoce, ni ha visto nunca. Este hermano saboteó la fertilización de su cuñada, cambiando la muestra de semen de Slater por la suya propia…

—Eso explicaría por qué el profesor retiró la demanda sin razón aparente. Pudo haberse enterado de lo que hizo su hermano.

—Un buen punto. Ahora, este hermano decide violar y asesinar mujeres a quienes Burke conoce, y las aborda en parques…

—Excepto a Amie, a quien asfixió en el ático —puntualizó Short.

—De acuerdo, el caso es que viola y asesina chicas con la complicidad de su hermano.

—¿Por qué estáis tan seguros de que Slater lo ayudó? —quiso saber Powers.

—Encontramos una colilla con el ADN del profesor en unos arbustos a pocos metros de donde apareció el cadáver de Marianne —explicó Cody—. Además, en el caso de Amie, el Demonio de Brooklyn tuvo que contar con la ayuda de alguien cercano a la víctima para poder acceder al ático. Algo que para Slater era muy sencillo. Y con respecto a Christine, el profesor tenía motivos para usarla como instrumento de venganza, además de que se tomó muchas molestias para construirse una coartada falsa para el momento del homicidio…

—Burke no tiene coartada para ninguno de los asesinatos —continuó Peck—. También encaja a la perfección en el perfil psicológico del asesino. En la silla de ruedas de su difunta mujer, los técnicos de criminalística encontraron un cabello que podría pertenecer a la segunda víctima, y por si fuera poco, había un cristal de la manicura de Amie en su coche.

—Así que no hay duda de que él transportó a la señorita Lowry

desde el ático hasta el parque —refrendó Short—. Si no fuera por el semen hallado en las víctimas, tendríamos suficiente evidencia para encerrar a Slater de por vida.

—De acuerdo. Me habéis convencido.

—El problema principal es que buscamos a un fantasma —opinó Josh—. Según todas nuestras indagaciones, el Demonio de Brooklyn no existe. Además, cuando lo interrogamos, Burke dijo algo interesante: que nos devanábamos los sesos para resolver un problema que no tenía solución.

—Lo diría para confundirnos y provocarnos —opinó Cody.

—Yo no estaría tan seguro.

—¿Y cuál es tu teoría, Bradbury? —lo desafió Short—. ¿Crees que buscamos a un hombre que no existe? ¿Un ente?

—Si tuviera una teoría no estaríamos aquí, Short. Ya habríamos resuelto el caso.

—Te crees muy listo, ¿no es así?

—¡Ya basta! —intervino Powers—. No estamos aquí para demostrar quién es el macho alfa. Necesitamos pensar en una solución. Con la prensa recurriré al manido recurso de que no podemos adelantar conclusiones para no interferir con la investigación, pero será mejor que deis con la solución lo más rápido posible. No sé cuánto tiempo podré contener a los lobos. Algunos jefes ya están pidiendo que rueden cabezas.

—¿Cuándo será la rueda de prensa, señor?

—En cuarenta y cinco minutos. Será mejor que os vayáis a casa. Os necesito descansados.

—¿Cree que es prudente, señor? —preguntó Natalie—. El defensor de Slater está a punto de pedir libertad bajo fianza, y es muy probable que reciba una respuesta positiva.

—No veo cómo podríamos impedirlo, señorita Keen. Estamos en un callejón sin salida y todos necesitamos descansar. Tal vez mañana las ideas surjan con mayor fluidez.

Nadie protestó. En realidad, todos compartían la opinión del jefe. Se les habían acabado los recursos. Si no tomaban un respiro, no sería posible encontrar una salida.

Después de que Powers regresó a su despacho, Jezebel anunció que se iba a casa a ver a su hijo. Los demás también cogieron carteras y chaquetas y salieron del salón. Cody y Josh se fueron a casa de Ryan. Por suerte, el fuego solo había afectado la cocina y destrozado algunos muebles, pero según los bomberos, la vivienda continuaba habitable.

Arribaron al barrio con todo tipo de precauciones. Cuando estuvieron frente al pequeño adosado, a Cody se le cayó el alma al suelo. Pensó en los años de privaciones que habían pasado para

hacer pequeños y paulatinos arreglos que iban dando forma a la casa de sus sueños. Y la explosión arrasó con todo en unos instantes. ¿Cómo se lo iba a explicar a Eleonora?

Josh, un par de pasos por detrás de Cody, guardó un respetuoso silencio porque comprendió los sentimientos de su hermano. Era muy duro perderlo todo de un momento a otro. Para no interferir desvió su mirada hacia la casa del vecino, que no había sufrido ningún daño. Allí lo vio: Arlequín estaba sentado sobre el barandal de la terraza como un rey sobre su trono. Lo miraba con sus ojos de dos colores sobre su extraña cara también bicolor, como si perteneciera a dos gatos distintos: dos gatos en uno.

Josh abrió los ojos con sorpresa mientras las piezas del puzle comenzaban a encajar para formar una sola imagen: la de un hombre de rostro redondo, apariencia de monje medieval, cabello teñido de rubio y vello corporal oscuro.

Antes de que Cody metiera la llave en la puerta, su hermano apoyó la mano en su hombro para detenerlo.

—¿Qué ocurre, Josh? ¿Hay algún peligro?

—¡Ya lo tengo, Cody! ¡Ya sé quién es el Demonio de Brooklyn!

—¿Qué?

—Vamos, debemos hablar con alguien.

Impulsados por la euforia de Bradbury regresaron al coche. Los agentes que los protegían los siguieron sin comprender lo que ocurría.

—¡Dime al menos hacia dónde vamos!

—¡Columbia! Me refiero a la universidad. Estoy seguro de que allí encontraremos a la persona que necesitamos —decidió Josh, mientras trasteaba con su móvil.

—¿Te has vuelto loco?

Josh ignoró a su hermano, después de que comprobó que mantenía el coche en movimiento en la dirección correcta. Llamó a la universidad y después de explicar quién era y lo que quería, lo hicieron esperar unos segundos. Cody lo miró de reojo. Las palabras: «experto y «genética», le hicieron comprender que su hermano hablaba en serio y que tal vez, solo tal vez, sabía lo que hacía. Decidió seguirle la corriente. De cualquier manera, no le apetecía enfrentarse a una casa medio destruida por el fuego, el humo y el agua.

—¡Genial! ¡Lo conseguimos! —exclamó Josh, todavía eufórico.

—¿Qué conseguimos?

—El profesor Richard Hyland. Está en su laboratorio en este momento y puede esperarnos.

Capítulo 67.

Ya el sol declinaba cuando los detectives llegaron a su destino. Con una extensión de seis manzanas, el *campus* era un pequeño pueblo dentro de la ciudad. Por suerte, el doctor Hyland había sido muy preciso en cuanto a las instrucciones para encontrar su laboratorio.

El edificio era reconocible con facilidad por su estructura pragmática de líneas sencillas. Diseñado por un arquitecto español en el siglo pasado, la construcción larga y angosta permitía adivinar su función de un solo vistazo.

A esa hora ya estaba casi vacío, con excepción de tres o cuatro habitaciones cuya iluminación resaltaba en la creciente oscuridad. Los recibió un portero que ya tenía noticia de su llegada. Revisó con detenimiento las credenciales de ambos y les permitió entrar, después de darles instrucciones sobre cómo llegar al laboratorio de genética, donde los esperaba el profesor.

Cody no comprendía qué hacían allí, pues en medio de su euforia, Josh se mostró hermético. Solo le repetía que de esa entrevista podría surgir la solución del caso. Ryan decidió no insistir y esperar el desarrollo de los acontecimientos.

Llegaron al laboratorio señalado y después de llamar, les abrió un cincuentón de rostro cuadrado, cabello despeinado con vetas grises y bigote Chevron. Solo la bata de laboratorio hasta las rodillas lo identificaba como científico.

—Ustedes deben ser los policías que querían una asesoría —afirmó, mientras les lanzaba una mirada distraída.

Después de confirmar la suposición del científico, él los invitó a entrar y a plantearle sus dudas. Cody le hizo una exposición clara y ordenada del caso que dejó admirado a su hermano. Hyland escuchó con atención hasta que el detective terminó de presentar las evidencias y contradicciones de la investigación.

—Es una situación difícil, desde luego, pero todavía no me dicen qué en qué puedo ayudarlos.

Las palabras del genetista defraudaron a Cody, quien esperaba que les proporcionara una explicación que les permitiera avanzar. Si no, ¿para qué le había obligado Josh a cruzar media ciudad?

—Queremos que nos diga si nuestra teoría es posible —afirmó Bradbury, sin perder el ánimo.

—¿Y cuál sería esa teoría?

—Mi compañero le ha expuesto todo el caso desde el punto de vista policial, pero yo me voy a limitar a los elementos que me empujaron a buscarlo y venir aquí…

—Lo escucho.

—Bien, tenemos tres víctimas en las que el asesino dejó muestras de semen. El mismo para los tres casos. Luego encontramos un sospechoso al cual apuntan todas las evidencias, pero cuyo ADN solo coincide en un 50 % con el encontrado en los cuerpos…

—Mi primera conclusión sería que el asesino es un hermano del sospechoso.

—Nosotros también pensamos así, pero por otro lado no hay registro legal de la existencia de ese hermano. Nuestro sospechoso es hijo único.

—¿No existe un hermano?

Cody negó con la cabeza antes de intervenir:

—Si existe, nunca fue registrado como parte de la familia de Slater.

—Pero hay más —enfatizó Bradbury—: La hija de este sujeto nació por inseminación artificial, pero según la prueba de paternidad no sería su hija, sino su sobrina.

—¿Están seguros de lo que afirman? —preguntó Hyland, mientras se inclinaba hacia adelante, mucho más interesado.

—Por completo. Sin embargo, debo confesarle que lo que nos trajo hasta aquí fue un gato.

—¡¿Un gato?! —preguntaron Richard y Cody en coro.

—Para ser más concreto, el gato del vecino de mi hermano. Sus ojos son de diferente color y su rostro parece dividido por una línea central. Cada lado de la cara parece un gato diferente. Eso me hizo recordar que nuestro sospechoso tiene el cabello rubio, pero su vello corporal: cejas, barba, etc., son oscuros. Creímos que se teñía, pero ¿y si no es así? Quiero decir: el color de los ojos, del pelo, son rasgos marcados por la genética, ¿me equivoco?

—No, está usted en lo cierto.

—Así que ese gato tendría que tener dos tipos de código genético. Sería como dos gatos en uno. ¿Voy bien?

—Va muy bien, detective. El fenómeno se llama «quimerismo» y aunque es poco frecuente, puede presentarse de vez en cuando.

—¿De qué se trata? —preguntó Cody con interés.

—Para explicarlo en pocas palabras, cuando hay más de un embrión durante la gestación…

—¿Habla de gemelos? —lo interrumpió Ryan.

—Hablo de mellizos. Los gemelos comparten el mismo ADN porque provienen del mismo óvulo fecundado. El «quimerismo» se presenta en casos en los cuales hay embarazo múltiple, pero los embriones son diferentes entre sí. En los primeros días de desarrollo, cuando todavía son un puñado de células, puede ocurrir

que uno de los embriones absorba al otro. De este modo, dos óvulos fecundados dan origen a un solo individuo, pero con dos códigos genéticos diferentes. Es la razón del aspecto de ese gato.

—¿Ese fenómeno puede ocurrir en las personas? —preguntó Josh, sin disimular su emoción.

—Somos animales. Evolucionados, pero funcionamos bajo los mismos principios. Sí, aunque es bastante extraño, se han dado casos…

Cody abrió mucho los ojos al comprender lo que significaban las palabras del genetista. Aquello lo explicaría todo.

—Vamos a suponer por un momento que el sospechoso del que hablamos al principio de la conversación tuviera esta condición…

—Es un planteamiento interesante —admitió Hyland—. En ese caso, es probable que ese hermano desaparecido nunca haya nacido. Slater tendría ADN propio en algunos de sus órganos y de su hermano en otros.

—Así que el código genético de su saliva, o de su sangre serían diferentes que en su semen —sugirió Josh. Cody solo escuchaba con atención.

—Es lo que parece por lo que me han contado. ¿Qué tipo de muestras usaron para comparar el ADN?

—Saliva —respondió Ryan.

—¡Por eso el ADN de la colilla sí resultó positivo! —exclamó Bradbury al comprender—. El malnacido esperó a Marianne detrás de los arbustos mientras se fumaba un cigarrillo. Fue su único error. No usó condón y dejó muestras de semen porque sabía que el ADN lo exculparía y nos confundiría.

—Por eso no pudo donarle sangre a su hija —comentó Ryan, mientras su cerebro encajaba las piezas en su sitio—. El ADN de su sangre tampoco se corresponde con el de su semen. Ahí debió enterarse de su condición y por eso retiró la demanda contra la clínica…

—Eso también explica por qué tiene el cabello de un color y el vello corporal de otro —afirmó Josh—. Nos equivocamos al asumir que se tiñe el cabello.

Hyland seguía a la discusión entre los dos policías como si fuera un partido de tenis.

—Parece que disponéis de la información fundamental y ya no me necesitáis para alcanzar las conclusiones —les comentó con tono divertido.

—Perdónenos doctor —le pidió Josh—, pero es que este caso nos ha estado volviendo locos desde el principio.

—No es para menos. No todos los días la policía enfrenta a un quimérico. Y menos a uno tan astuto, que además sea consciente de

su condición.

—Debemos conseguir que la comparativa se haga a partir de una muestra de semen de Slater —afirmó Bradbury—. Es la única forma en que podremos demostrar la culpabilidad del profesor en un juicio.

—Natalie tendrá que conseguir una orden —señaló Ryan—. Doctor, ¿estaría usted dispuesto a testificar como experto acerca de este asunto del «quimerismo»?

—Por supuesto.

—En ese caso, nos ha hecho un gran servicio —afirmó Cody—. ¿Dispone usted de material que confirme estos datos? No es desconfianza, sino que tendremos que convencer a un juez que considera el ADN una prueba irrefutable.

—Desde luego. Se lo haré llegar a su correo electrónico de inmediato.

Después de entregarle una tarjeta con sus datos al genetista, los policías abandonaron los laboratorios con el ánimo renovado. En cuanto llegaron al coche, Ryan llamó a Evelyn y le pidió que convocara una reunión urgente de todo el equipo en la Estación. Debía avisar también a Powers y a Keen.

—El jefe está en plena rueda de prensa, Cody.

—Déjale un mensaje de texto. Dile que ya sabemos quién es el Demonio de Brooklyn.

Los detectives tardaron una hora en regresar a la Estación. Todos los demás se encontraban allí, con excepción de Powers.

—¿Se puede saber por qué nos habéis obligado a regresar? —preguntó Short—. ¿Qué es eso tan importante que habéis descubierto?

Cody y Josh explicaron en pocas palabras las conclusiones a las que llegaron después de hablar con Hyland.

—Dejadme ver si entendí bien —dijo Jez, que todavía no salía de su estupor—. ¿Nos estáis diciendo que ese tío tiene dos códigos genéticos? ¿Y que el hermano desaparecido nunca llegó a nacer?

—Yo diría que es un buen resumen —respondió Josh.

El móvil de Cody dio un timbrazo para anunciar la entrada de correo. Él miró la pantalla para comprobar lo que ya suponía.

—El doctor Hyland acaba de enviarnos toda la documentación científica que tiene sobre el «quimerismo» o «síndrome quimérico».

—Os confieso que este asunto me da escalofríos —dijo Jezebel.

—Sí —la respaldó Bradbury—. Un embrión que absorbe a su hermano antes de nacer y luego conserva su código genético en algunos órganos el resto de su vida... Parece una película de terror, pero es la realidad.

—Será más terrorífico si Slater consigue la libertad bajo fianza

—opinó Keen—. Estoy segura de que se sentirá intocable y volverá a matar.

—Tienes que impedir esa fianza, Nat —le dijo Jezebel.

—Necesitaré toda la información científica que les envió ese doctor. ¿Está dispuesto a testificar como experto si lo llamamos? —Cody asintió—. De acuerdo, me pondré con ello ahora mismo. Debo llegar hasta el juez antes que el defensor, y sé de buena fuente que él tiene intenciones de presentar su caso muy temprano.

—Lo que descubrieron Cody y Josh explica lo que ocurrió —afirmó Short—, pero sabéis que no será suficiente en el juicio. Debemos conseguir una comparación de ADN que resulte positiva.

—Eso solo será posible si la muestra a comparar proviene del semen de Slater.

—Puede resultar un problema —afirmó Natalie—. Aun cuando el juez lo autorizara, si el profesor no colabora resultará muy difícil que consigamos esa muestra.

—Tal vez hay una solución —dijo Cody. Todos le prestaron atención—. La clínica de fertilidad. Slater fue uno de sus donantes, así que es probable que hayan conservado la muestra congelada.

—¿No tendrían que haberla destruido después de realizar la inseminación? —preguntó Josh.

—Es tejido vivo —comentó Keen—. La única razón para destruirlo sería la solicitud expresa firmada por Slater.

—Tal vez no se le haya ocurrido —sugirió Josh.

—Vale la pena hacer la indagación en la clínica.

—Haré lo posible para que el juez nos proporcione la orden.

—De acuerdo, en ese caso, parece que la suerte del profesor Slater comenzó a cambiar —afirmó Bradbury con una sonrisa.

—Decidme que las palabras de esta calamidad, no son en vano, y que tenemos algo concreto contra el detenido —dijo Powers cuando se acercó a ellos, a tiempo para escuchar a Josh.

Capítulo 68.

El giro de los acontecimientos infundió nuevos ánimos al equipo de detectives. La discusión se extendió hasta muy tarde. Buscaron información acerca del «quimerismo», aportaron ideas, elaboraron teorías y para cuando terminaron, ya habían hilado todas las evidencias y sabían lo que había ocurrido.

Powers dio por concluida la jornada. Después de que el jefe los elogiara por su trabajo, Cody y Josh regresaron a casa de Ryan acompañados por su escolta. Hartell también los seguía, aunque mantenía la distancia para no ser detectado. Había comprendido muy tarde que su objetivo eran dos policías y no uno. Gemelos. ¿Lo sabría el Cazador? Sería extraño que algo así se le pasara por alto, pero entonces, ¿por qué no se lo advirtió? Su trabajo hubiera sido más fácil. Tal vez su jefe se volvía viejo. Nos ocurría a todos, ¿no?

Los detectives arribaron a su destino. Tan cansados se sentían que ni siquiera repararon en las paredes ennegrecidas y los muebles chamuscados. Subieron a las habitaciones, donde el fuego no causó mayores daños y se fueron a descansar. Josh se quitó los zapatos y se acostó vestido.

Ya era de día cuando a Cody lo despertó el sonido de su móvil. Se había quedado dormido. Sintió un nudo en el pecho cuando vio la foto de Eleonora en la pantalla. ¿Habría ocurrido algo? Después de los saludos de rigor y de reconocer lo mucho que se echaban de menos, su esposa le informó acerca del motivo de su llamada.

—¿Todo está bien, Cody? Anoche traté de comunicarme contigo, pero no respondías.

—Estoy bien, Ely. Ayer fue un día de locos y tuve que asistir a varias reuniones.

—De acuerdo. Sé que estás ocupado. Te llamo para que le digas a tu compañero que su padre estuvo aquí ayer.

—¿El padre de Josh?

—Se sorprendió mucho al encontrarnos en su piso. Al parecer no sabía que él se había marchado a Nueva York. Mucho menos que hubiera pedido traslado. La noticia lo contrarió bastante.

—¿Habéis tenido algún problema con él?

—No. Es un caballero. Fue muy amable y trató de disimular su disgusto, pero se le notaba. Solo quería avisarle.

—De acuerdo, se lo diré. Gracias, Ely. Ahora tengo que dejarte. Es tarde y me quedé dormido.

Después de colgar, Cody fue a buscar a su hermano. Lo encontró en el comedor. Sacaba unas rosquillas del interior de una caja y las ponía sobre un plato.

—¡Ah, ya te levantaste, dormilón! Buenos días.

—¿Por qué no me despertaste?

—Porque no había razón para hacerlo. La pelota ahora está en la cancha de Keen. No podremos avanzar hasta que criminalística recoja la muestra de la clínica de fertilidad. Me desperté hace un rato con hambre, pero a menos que te guste comer carbón, creo que tendrás que hacer la compra, así que di un paseo hasta la cafetería y traje el desayuno. El café con leche y sin azúcar, ¿no es así?

Ryan asintió y se sentó con su hermano a reponer fuerzas. No lo había notado, pero él también estaba hambriento. Mientras desayunaban, Cody le contó acerca de la llamada de Eleonora.

—¿No le avisaste a tu familia que pediste traslado a Nueva York?

Josh negó con la cabeza.

—Solo habría servido para que tuviéramos una trifulca. Le dije a mi madre que iba a viajar y que permanecería una temporada larga fuera de Florida por trabajo. Mi padre es menos conformista con ese tipo de explicaciones.

—Pues según Eleonora, a tu padre no le gustó la noticia.

Josh se encogió de hombros.

—Mi padre está acostumbrado a controlar su entorno. Supongo que debe molestarle que una de sus ovejas haya abandonado el redil sin consultárselo.

—No parece que te preocupe.

—Las relaciones entre mi padre y yo siempre han sido… difíciles, pero desde que supe que me compró… no lo sé. Ya no veo a los Bradbury como mis padres… Es como si yo hubiera sido una mascota. Un cachorro para exhibir en las reuniones sociales.

—¿No eres muy duro con ellos, Josh?

—Tal vez. No lo sé. Solo tengo claro que prefiero mantener las distancias.

Cody asintió y guardó silencio en respeto a los sentimientos de su hermano. Él no imaginaba cómo se hubiera sentido si los Ryan lo hubieran comprado. Aunque los últimos descubrimientos acerca de las circunstancias de su propia adopción también habían sido un varapalo.

Cuando los detectives cogieron el coche para dirigirse a la Estación, Hartell ya los vigilaba desde su automóvil. El sicario estaba preocupado por un mensaje que recibió la noche anterior. el Cazador abortaba la misión. Norman debía retirarse a su refugio en Island Park y esperar instrucciones. Quizá su apreciación acerca de la senilidad de su jefe no estaba desencaminada; el Cazador nunca cambiaba de opinión sobre un trabajo. Y sería la primera vez que Norman lo desobedecería. No estaba dispuesto a tener a esos dos

polis soplando en su nuca.

El asesino se incorporó a la vía. No necesitaba tener el coche de sus objetivos a la vista, pues ya sabía que se dirigían a la Estación de Policía. En cambio, avanzó despacio para observar el camino con ojo profesional, mientras buscaba el lugar apropiado desde donde pudiera tender una emboscada.

Cody y Josh llegaron a la Estación descansados por primera vez en mucho tiempo. Short y Peck ya estaban allí y a pesar del trasnocho, también tenían mejor aspecto.

—Vaya, aquí están los genios que resolvieron el caso del Demonio de Brooklyn —dijo Short con sarcasmo en cuanto los vio.

—No seas envidioso, Shorty —le recriminó su compañera—. Tienes que reconocer que han hecho un trabajo estupendo.

—Lo reconozco.

—¿Se sabe algo de Keen? —preguntó Cody.

—¿Keen? —repitió Herman, al mismo tiempo que soltaba una carcajada—. Está feliz. Esta mañana se plantó en la puerta de los juzgados para interceptar al juez. Frenó en seco las intenciones del defensor, pues después de leer el informe de Nat, el togado negó la libertad bajo fianza. Eso sí, exigió una prueba fehaciente de que tenemos al tío correcto tras las rejas.

—¿Otorgó la orden para que la clínica entregue las muestras de Slater?

—Las muestras y el expediente —confirmó Jez—. Criminalística ya lo recogió todo. Deben estar por enviarnos los resultados.

En efecto, dos horas después, Ellison le envió a Cody el informe preliminar. Se había realizado una prueba rápida de ADN en la que compararon la muestra entregada por la clínica de fertilidad con el semen encontrado en las víctimas. La concordancia era del 100 %. Por otro lado, el material biológico estaba acompañado por el expediente del donante. Allí constaba el nombre del profesor Burke Slater, su fotografía, firma y huella dactilar, además de todos sus datos personales.

—¡Lo tenemos! ¡Y es gracias a ti, Josh! —exclamó Ryan emocionado y en un gesto insólito en él, abrazó a su hermano.

—Fue un trabajo en equipo, Cody —afirmó Bradbury sintiéndose un poco desconcertado—. Además, no debemos olvidar la colaboración prestada por Arlequín.

—¿Quién es Arlequín? —preguntó Jezebel con curiosidad—. ¿Un informante?

—Algo así —bromeó Josh.

—Me aseguraré de llevarle una ración de sardinas —afirmó Cody con una sonrisa.

Peck y Short se miraron entre sí sin comprender. Evelyn se

acercó a ellos en ese momento y les avisó a los gemelos que el jefe Powers quería verlos en su oficina. Los detectives atendieron la llamada y regresaron al cabo de pocos minutos. Aunque Short y Peck asumieron que la intención del jefe era felicitarlos, tanto Ryan como Bradbury parecían preocupados cuando se sentaron ante sus mesas de trabajo.

Resuelto el caso, ahora había que rellenar el papeleo. Al cabo de veinte minutos, el móvil de Bradbury cobró vida. Cuando el detective vio la pantalla, el corazón le dio un vuelco, miró a su hermano que también había apartado los ojos del ordenador y le dijo una sola palabra.

—Carpenter.

Josh respondió el teléfono.

—Señor Bradbury. Me alegra encontrarlo. ¿Está muy ocupado?

—Nada que no pueda esperar. Supongo que hay novedades sobre «Spardise».

—Hemos identificado el Banco de Esther Bonnet. La caja de seguridad fue contratada por Pearson pocas semanas antes de morir. Tenemos la orden de registro y ya hablamos con el gerente. Nos dirigimos a abrirla. Pensé que usted y su hermano querrían acompañarnos.

—Por supuesto.

—Le envío la dirección del Banco.

Josh colgó, y mientras le repetía a Cody las palabras de la agente del FBI, se escuchó el aviso del mensaje con el nombre y la dirección del Banco.

—Supongo que querrás estar allí —dijo Ryan.

—Por supuesto. ¿Tú no?

Cody asintió antes de responderle a su gemelo:

—Vamos, pero antes debemos avisar a Powers. ¿Estás preparado?

—Supongo que en este caso no soy yo quien debe responder esa pregunta.

Pasaron por la oficina del jefe, quien los envió a la armería. Cuando recibieron la autorización de Powers abandonaron la Estación. Subieron al coche y recorrieron la calle, que era de una sola vía. Al llegar a la esquina se desató el infierno.

Los primeros disparos inutilizaron las llantas y los obligaron a detenerse. Provenían de la azotea de un edificio de cuatro pisos, diagonal al lugar donde se encontraban los detectives. Ryan y Bradbury bajaron a toda prisa para guarecerse detrás del vehículo. Una nueva ráfaga alcanzó a Josh por la espalda y lo tiró al suelo, donde quedó inconsciente. Su hermano lo arrastró para sacarlo de la línea de tiro, mientras él mismo desenfundaba y se mantenía en

cuclillas detrás del automóvil.

Los oficiales que los escoltaban se desplegaron y rodearon al asesino, pero fue un francotirador de la Estación ubicado en un punto estratégico quien efectuó el disparo que segó la vida de Norman Hartell antes de que tuviera tiempo de disparar la tercera ráfaga.

Capítulo 69.

Josh recuperó la conciencia con lentitud. A su alrededor podía escuchar gritos a todo pulmón que le parecieron órdenes. Antes de abrir los ojos percibió el olor de la pólvora mezclada con el miedo y la adrenalina. Le recordó la ocasión en que formó parte de una operación donde la Policía de Florida rodeó a un capo de la droga. El sujeto quiso evitar el arresto disparando a todo lo que se movía. Entonces el presente alcanzó la conciencia de Josh: Powers los llamó a su oficina. Les advirtió que Hartell los seguía desde la mañana. Estarían preparados. Iba en el coche con su hermano y comenzaron los disparos. ¡Cody!

El detective trató de incorporarse, al mismo tiempo que abría los ojos y llamaba a su gemelo. El dolor le traspasó el pecho y lo detuvo en seco, al cortarle la respiración.

—Tómalo con calma, Josh —le aconsejó Ryan—. Recibiste varios impactos en la espalda.

—¡Demonios, cómo duele! ¿Tú estás bien?

—Sí. A mí no me acertó. No te muevas. Ya viene la ambulancia.

—Olvida la ambulancia. Carpenter nos espera —respondió Bradbury, mientras se incorporaba despacio y comenzaba a quitarse el incómodo chaleco de kevlar que le había salvado la vida.

—No seas necio, Josh. Acabas de recibir tres impactos de bala. Pese al chaleco, podrías tener alguna costilla rota. Debemos llevarte al hospital.

—Tal vez después de que nos reunamos con Carpenter. ¿Qué pasó con Hartell? ¿Lo atraparon?

—Está muerto. No había otra forma de detenerlo sin que cometiera una matanza.

Bradbury asintió sin decir nada. Lamentó perder a un testigo que podría haberles revelado quién era el Cazador, aunque sospechaba que Norman no era de los que delataban a sus jefes. El detective se quitó el chaleco con la ayuda de su gemelo. Después de convencer a Cody de que estaba bien y no necesitaba visitar el hospital, les pidieron a dos oficiales que los llevaran al Banco en una patrulla.

Cuando llegaron a su destino encontraron a Carpenter en la oficina del gerente. Caminaba de un extremo al otro con nerviosismo.

—Se han tomado su tiempo —les recriminó—. Estuve a punto de seguir adelante con el procedimiento sin ustedes.

En pocas palabras, Ryan le contó lo que había ocurrido.

—¡Por Dios! ¿Está usted bien, detective Bradbury?

—Un poco maltratado, pero bien.

—Habíamos identificado a Hartell y lo seguíamos de cerca —les comentó Judy—, pero desde ayer le perdimos la pista. Lo lamento.

—Debió ser muy eficiente si fue capaz de despistar al FBI —comentó Cody.

—Norman Hartell ya no es un problema —opinó Josh—. Ahora a quien debemos encontrar es al Cazador.

—Tal vez la caja tenga una respuesta. O al menos, una pista.

Por indicación de Carpenter, el gerente los llevó hasta la bóveda y les condujo a una habitación donde el frío les hizo tiritar, y en la que solo había una mesa pequeña. Desapareció por unos minutos y regresó con una caja metálica reforzada del tamaño de una gaveta larga y estrecha. La dejó sobre la mesa y les señaló un timbre que estaba en la pared.

—Cuando terminen, o si necesitan algo, por favor toquen el timbre y acudiré enseguida.

El gerente inclinó la cabeza en un gesto de cortesía y salió. Cerró la puerta blindada a su espalda y los dejó solos.

—Bien, parece que ha llegado la hora de la verdad —sentenció Carpenter mientras introducía la llave en la cerradura y la giraba.

La tapa superior se deslizó con facilidad y dejó ver el contenido de la caja. Josh no supo si emocionarse o decepcionarse. Solo podía decir que tenía las manos frías y el corazón le golpeaba en el pecho. Dentro de la caja solo había un sobre.

Carpenter se puso un par de guantes, cogió el sobre y lo fotografió con su móvil desde todos los ángulos. Luego extrajo su contenido, que consistía en varias hojas manuscritas. Era una carta.

—¿Una carta? —preguntó Cody, con decepción—. ¿Todo esto por una carta? Será mejor que su contenido valga la pena.

—Es de Charles Pearson —anunció Judy—. La destinataria era Esther.

—¿Dice algo sobre «Spardise»? —preguntó Josh, que no quería perder la esperanza.

Por toda respuesta, Carpenter colocó el documento sobre la mesa para que quedara a la vista de los tres.

«Querida Esther:

Me queda poco tiempo de vida. Ambos lo sabemos. Debo confesarte que la única razón por la que lamento dejar este mundo es porque tú quedarás sola en ese nido de serpientes que nosotros mismos ayudamos a crear.

Ha pasado mucho tiempo desde Francia, así que no creo que aquello tenga consecuencias. Mis temores se centran en «Spardise». Nuestro amigo, el Cazador, se vuelve cada vez más audaz, y eso representa un peligro para ti. Sé que no le tienes miedo a nada. Me lo has demostrado,

pero debes ser cuidadosa. Yo no estaré aquí para protegerte, pero sí puedo darte toda la información de la que dispongo, para que tú misma tomes las precauciones necesarias.

Debes saber que los crímenes de «Spardise» no se limitaban a vender al mejor postor a los niños de embarazos múltiples que no quedaban registrados. La orden del Cazador iba mucho más lejos. Después del parto, Norman tenía la obligación de asesinar a las madres y encargarse de sus cuerpos: casi todas terminaron en el fondo del río. Las que no tenían a nadie las ingresaba ya muertas en cualquier hospital y terminaban en tumbas anónimas. Cuando tú y yo nos retirábamos, él se ocupaba de obedecer las instrucciones del jefe. Lo hacían así porque algunas de las chicas sospechaban que tendrían más de un bebé. Habían sido testigos de otros embarazos múltiples en madres o tías, y reconocían los indicios. Además, así el Cazador evitaba que cualquiera de estas chicas se arrepintiera de haber dado a sus hijos en adopción y preguntara dónde estaba su bebé.

Tal vez llegaste a sospechar lo que ocurría, pero el Cazador lleva ahora sus negocios de otra manera y nosotros ya no le resultamos útiles. Por ese motivo temo que atente contra ti cuando yo desaparezca. También es la razón por la que te dejo un seguro de vida en la forma de un archivo de documentos con pruebas contra el Cazador que reuní durante muchos años. Si te sintieras amenazada, regresa a la clínica. Si es necesario, vuelve a comprar la casa. El archivo lo encontrarás enterrado en el patio trasero.

No desestimes mi advertencia. El Cazador ya era un hombre peligroso cuando comandaba nuestro pelotón en Vietnam, pero los años lo han vuelto más cruel en lugar de atemperarlo, aunque ahora sabe disimular mejor.

Te querré por siempre:

Charles».

—¡Los malditos asesinaron a Haylie! —exclamó Josh con indignación.

—Y a muchas otras chicas —le señaló Judy.

—Lo lamento, es que siempre sospeché algo así. Y ahora que leo esta confesión por escrito…

—Comprendo sus sentimientos, detective, pero debemos conservar la objetividad.

—¿En qué piensas Cody? —le preguntó Bradbury, al ver a su hermano con la mirada perdida.

—En el último párrafo. Pearson afirma que el Cazador los comandaba en Vietnam

—Eso puede ayudarnos a identificar al jefe de «Spardise» —opinó Judy.

—Tal vez no sea necesario esperar tanto tiempo —dijo Cody—.

Ahora comprendo por qué Tofts instruyó a su enfermera para que me llamara si algo le ocurría. Es seguro que compartía los temores de Pearson.

—¿Te llamaron después de que Tofts murió? —Cody asintió—. ¿Para qué?

—Para entregarme esto —respondió Ryan, mientras sacaba una fotografía del bolsillo de la chaqueta—. Es una foto de la escuadra a la que perteneció el abogado en Vietnam. Este era él y este mi padre. Creí que me había dejado la fotografía por esa razón, pero ahora comprendo que no tenía forma de saber que yo era hijo del Frank Ryan que era su amigo. Me la dejó para que identificara a sus cómplices.

—Este de aquí era Charles Pearson —señaló Carpenter.

—Según lo que afirma en la carta, el comandante del pelotón sería el Cazador —señaló Cody—. Eso significa que se trataba de un teniente.

—Hay un teniente en la foto —afirmó la agente del FBI—. De acuerdo a la carta, sería el hombre que buscamos. Ahora solo tenemos que identificarlo.

Josh cogió la fotografía de manos de su hermano y la miró con detenimiento. Estaba pálido y le temblaban las manos.

—No será necesaria una investigación —afirmó en un murmullo—. He visto antes esta fotografía. Yo conozco a este hombre. Su nombre es Russel Bradbury. Lamento informaros de que el Cazador es mi padre.

Capítulo 70.

La agente Carpenter no perdió el tiempo. La carta sería enviada al laboratorio del FBI para verificar su autenticidad, aunque ninguno de los tres tenía la menor duda de que había sido escrita por Charles Pearson. Mientras los detectives regresaban a la Estación con la intención de ocuparse del papeleo del caso Slater, Judy movería los hilos para buscar las pruebas contra Russel Bradbury mencionadas en la misiva. A los Traves no les agradaría, pero no tenían alternativa. Las evidencias reunidas por Pearson eran la única esperanza de acabar con la red de tráfico de niños urdida por el Cazador.

Lo primero que hizo Carpenter fue llamar a sus jefes para que vigilaran al sospechoso. Si intuía que le resoplaban en la nuca, podría huir del país y desaparecer. Para su sorpresa, fue el propio hijo de Bradbury quien se lo sugirió, además de proporcionarle toda la información que tenía sobre su padre, lo que incluía sus hábitos.

Cody y Josh regresaron a la Estación, donde encontraron un hervidero de actividad.

—¿Estáis bien? —les preguntó Jezebel en cuanto los vio—. Evelyn nos contó acerca del tiroteo… dijo que hubo un herido.

—Estamos bien —respondió Bradbury—. Solo fue un susto.

—¿Seguro? —insistió Peck—. Te ves bastante pálido.

—Todo está bien, Jez —le reiteró Cody, quien sabía que la palidez de su hermano se debía a la noticia que acababa de recibir acerca de su padre—. Será mejor que nos concentremos en el caso Slater.

—¿No os habéis enterado?

—¿De qué?

—Burke Slater está muerto.

—¡¿Qué?!

—Ocurrió esta mañana en la cárcel. Hubo un intento de motín. Durante el desayuno, dos reclusos sorprendieron a uno de los guardias y le quitaron el arma. Mientras los demás carceleros acudían en ayuda de su compañero, un tercer prisionero sacó un cuchillo casero que fabricó afilando el mango de un cepillo de dientes y se lo clavó a Slater en el cuello… directo en la carótida. El profesor se desangró en pocos minutos.

Ryan y Bradbury se quedaron pensativos por unos momentos. Luego intercambiaron miradas y asintieron.

—Lo asesinaron por encargo —murmuró Josh.

—Es lo que opina el jefe Powers, pero la investigación corresponde a las autoridades de la prisión.

Ambos asintieron sin decir palabra. Tenían a la misma persona en mente.

—De cualquier manera, el jefe quiere que cerremos el caso —advirtió Short—. Así que nada de escaquearos. Todavía hay mucho trabajo.

Cada uno de los detectives regresó a su mesa para continuar con las tareas burocráticas derivadas de la investigación. Aun cuando se trataba de una actividad tediosa, Josh agradeció mantener la mente ocupada. Cuando llegó la hora del almuerzo, Bradbury le sugirió a Ryan que lo acompañara. Cody adivinó que la intención de Josh no era comer, así que aceptó. Comprobó que su suposición era cierta cuando llegaron al coche y su hermano le señaló la dirección a la que quería ir.

Al cabo de una hora llegaron a un lujoso edificio de oficinas en Manhatan. Subieron hasta el último piso y los recibió una secretaria que los miró con desprecio cuando se identificaron.

—¿Tienen cita?

—Por supuesto —respondió Josh—. Puede comprobarlo.

—Aguarden un momento.

La mujer los hizo esperar en una sala, mientras entraba a la oficina de su jefe. Dos minutos después se acercó a los detectives.

—El señor Lowry los recibirá ahora.

Cody y Josh entraron en el despacho del padre de Amie. Ralph Lowry había perdido mucho peso desde el día en que se presentó en la Estación para poner la denuncia de la desaparición de su hija.

—¿A qué debo el placer de su visita, detectives? —les preguntó con sarcasmo.

—Solo queríamos saber cómo se encuentra —respondió Bradbury en el mismo tono.

—¿Qué puedo decirle? Mi hija está muerta, el malnacido que me la arrebató también. Gracias a ustedes que lo detuvieron y lo encerraron para que recibiera su merecido.

—Burke Slater tenía derecho a ser juzgado —señaló Ryan—. No lo encerramos para que ningún doliente pudiera cobrar venganza.

—Y Amie tenía derecho a vivir. Algo que ese pervertido le impidió. ¿Por qué? Porque quería sentirse poderoso y someter a su voluntad a una chica que lo despreciaba como hombre —Josh enarcó las cejas—. Sí, detective. Estoy al tanto del perfil psicológico de ese asesino. Tengo buenos amigos.

—El nombre del sospechoso todavía no ha trascendido al público —observó Cody—. Será hoy que nuestros superiores lo anunciarán a la prensa. Usted parece muy bien informado.

—Manejo un emporio, detective. Es algo que solo es posible con información y buenos contactos.

—¿Sabe lo que creo, señor Lowry? —intervino Josh—. Creo que usted ha seguido el caso desde el principio con la intención de que se presentara su oportunidad. También pienso que en cuanto conseguimos confirmar sin lugar a dudas que Slater era el Demonio de Brooklyn, usted movió los hilos y pagó para que lo asesinaran en la cárcel.

Ralph extendió ambos brazos hacia arriba antes de responder.

—Creer algo y probarlo son dos cosas muy distintas —afirmó, mientras apoyaba las manos en el escritorio y entrecruzaba los dedos. A Cody le hubiera gustado tener allí a Jez para interpretar todos esos gestos—. Estoy seguro de que si alguien puede conseguir las evidencias que necesita para comprobar una teoría, son ustedes dos. Ahora les pregunto: ¿quieren hacerlo?

—Nadie tiene derecho a tomarse la justicia por su mano —le dijo Ryan.

—Nadie tiene derecho a segar una vida por un impulso malsano —respondió Lowry—. Desde el momento en que Slater asesinó a Amie, además de una hija yo perdí el deseo de vivir. No me importa lo que me pueda pasar. Mi único consuelo es la muerte de ese criminal.

—Lo hizo a través de Pavone, ¿verdad? —afirmó Bradbury de repente.

La forma en que Lowry giró la cabeza y fijó la mirada en él, como si hubiera sido descubierto su secreto, hizo que los detectives comprendieran que Josh había acertado en la diana.

—¿Han venido a arrestarme? Porque les advierto que pondré todo mi empeño y mi fortuna en defenderme.

—Creí que había dicho que ya no le importaba nada.

—No estoy dispuesto a ser castigado por esto. Por esto, no.

—Solo hemos venido a comprobar una teoría —admitió Josh—. No nos corresponde investigar el asesinato de Slater.

Ralph asintió.

—Todavía no les he agradecido que resolvieran el caso y detuvieran al asesino de Amie.

—Es nuestro trabajo —afirmó Josh.

—Tengo dos hijas y puedo comprender muchas cosas —intervino Ryan mientras miraba a Ralph a los ojos—, pero soy policía y nunca aceptaré que alguien se tome la justicia por su mano. Lo mantendremos vigilado, señor Lowry. Será mejor que se mantenga dentro del margen de la Ley.

—Le sugiero que se aleje de las malas compañías —dijo Josh—. Pavone, por ejemplo.

Después de comprobar sus sospechas y abandonar el despacho, los detectives regresaron a la Estación. Antes de bajarse del coche,

Cody llamó a Eleonora. Con Hartell muerto y Russel Bradbury bajo vigilancia, no había razón para que su familia permaneciera en Florida. Ella recibió la noticia con alegría.

—Prepararé las maletas esta misma noche y cogeremos el primer vuelo a casa. Te echamos mucho de menos, Cody.

—Yo también a ustedes. Por cierto…

—Ese tono… ¿Qué ocurre?

—La casa sufrió algunos pequeños desperfectos…

Josh miró de reojo a su hermano. Si a la voladura de media casa lo llamaba «pequeños desperfectos»…

—¿Qué hiciste esta vez, patoso? Seguro que dejaste alguna mancha que no se puede quitar, un grifo abierto, o algo así.

—Algo así.

—No importa. Te echo tanto de menos que te perdonaré cualquier cosa.

—Espero que recuerdes esas palabras cuando regreses.

—Eres un tonto.

—Hay algo más —Eleonora esperó en silencio a que continuara —. Quiero presentarte a alguien.

—¿A quién?

—A mi compañero.

—Estoy ansiosa por conocerlo para agradecerle su amabilidad por prestarnos su casa. Y felicitarlo por su padre.

—Eso último será mejor que no lo hagas.

—Estás muy raro, Cody.

—Cuando regreses te lo explicaré todo.

Al colgar, Ryan vio a su hermano desplegar una sonrisa. Le sorprendió, dadas las circunstancias.

—¿De verdad me vas a presentar a tu familia?

—Son tu cuñada y tus sobrinos, ¿no? Supongo que en algún momento los tendrás que conocer.

Cuando llegaron al departamento de investigaciones, Jez les advirtió que Powers los esperaba. Evelyn los hizo pasar al despacho en cuanto los vio. Allí encontraron a Judy.

—La agente Carpenter me puso al día acerca de la colaboración que le habéis prestado.

—¿Hay alguna noticia?

—Cuando nos separamos esta mañana me concentré en conseguir la orden para cavar en el patio de los Traves. Luego enviamos un equipo con un escáner 3D para el suelo. No fue difícil ubicar las pruebas. Estaban encerradas en una caja metálica hermética, y protegidas con material impermeable. Los documentos están intactos. Pearson cumplió la promesa que hizo en su carta. Hay suficientes evidencias para encerrar a Russel Bradbury por el

resto de su vida. Ya se ha librado la orden de arresto.

Epílogo.

Los días siguientes fueron muy extraños para los detectives gemelos. La opinión pública se sintió aliviada al saber que el violador y asesino en serie conocido como el Demonio de Brooklyn, había sido identificado y arrestado. Aunque nunca se diría en voz alta, la noticia de su muerte en una reyerta en prisión causó tranquilidad, porque eliminó la posibilidad de que lo liberaran por algún tecnicismo jurídico. Ya las autoridades de la prisión tenían identificados a los asesinos de Slater, pero todos cumplían cadena perpetua, así que solo podían enviarlos a las celdas de castigo por una temporada, mientras las cuentas bancarias de sus familias recibían una generosa donación.

Los Ryan regresaron a Nueva York y Eleonora casi sufre un síncope cuando llegó a su casa. Sin embargo, en cuanto comprendió que Cody estuvo allí en el momento de la explosión y que aun así salió indemne, ella aceptó con resignación la pérdida de sus bienes. Como siempre le decía su madre: los objetos siempre se podrían recuperar.

Después de superar el primer momento de desconcierto, la familia de Cody recibió con alegría a su nuevo integrante, en especial cuando supieron que Josh había salvado la vida de su padre y esposo en más de una ocasión desde su llegada a Nueva York. El tiempo se encargaría de forjar los lazos afectivos.

El reconocimiento de los Ryan también resultó un alivio para Bradbury. Después de enterarse de los delitos cometidos por su padre, decidió quedarse en Nueva York, para desesperación de Emilio Fuentes, quien todavía conservaba la esperanza de que su mejor detective regresara a Florida. Josh mantuvo el contacto con su madre, pero cada día que pasaba la percibía más distante. Con el descubrimiento de la trama detrás de su adopción, la confianza entre ellos se había hecho pedazos.

El FBI arrestó a Russel Bradbury. Lo esperaba una prisión de seguridad por el resto de sus días. Se confirmó que él había sido el «amigo» a quien llamó la madre de Cody por seguir las instrucciones de su difunto esposo. De manera que fue el propio Russel Bradbury quien puso precio a la cabeza de Ryan y sin saberlo, también a la de su propio hijo. La caída del Cazador significó el desmantelamiento de la mafia de tráfico de niños. Más de veinticinco personas fueron arrestadas alrededor del mundo, entre ellas, un secuaz en Bulgaria que fue quien le proporcionó el móvil desechable que Russel usaba para sus delitos. El éxito de la operación le valió un reconocimiento a Carpenter.

A Benjamín Hartell lo llevaron a juicio. Se libró de la cadena perpetua gracias a su colaboración para acusar a Russel, pero pasarían muchos años antes de que pudiera optar por la libertad provisional.

Josh alquiló un piso en el mismo barrio donde vivía su hermano, gracias a la ayuda del padre de Eleonora. Para el floridano se trataba de comenzar de nuevo.

La normalidad regresó a la Estación en cuanto se envió al juez el último expediente relacionado con Slater. La presión sobre los detectives se había reducido y Powers volvió a acariciar el sueño de alcanzar la edad de jubilación, para dedicarse a pescar en algún lago tranquilo del Estado.

Habían pasado más de diez días desde que ambas investigaciones llegaron a su fin, cuando Jez llamó la atención de los gemelos, que en ese momento estaban absortos en sus respectivos ordenadores. Ambos alzaron la cabeza y ella señaló hacia la puerta del Departamento de Investigaciones. Judy Carpenter había cruzado el umbral y se dirigía con paso decidido hacia ellos. Llevaba una carpeta en las manos.

—Agente Carpenter, ¿qué la trae por aquí? —preguntó Josh—. Creí que estaría muy ocupada atando los cabos del caso «Spardise».

—Y lo estoy, pero soy una persona de palabra, que cumple sus promesas.

—¿Se refiere a…?

—Cuando aceptaron colaborar conmigo les prometí que les mantendría informados, con respecto a los aspectos que les interesan sobre esta investigación.

Ambos detectives se envararon y concentraron su atención en la agente del FBI.

—¿Qué ha venido a decirnos? —preguntó Cody.

—¿Tiene que ver con Haylie? —quiso saber Josh.

—Nuestros agentes se ocupan de analizar todas las evidencias que Pearson le dejó a Bonnet. Era una historia extraña la de esos dos.

—Eran amantes y cómplices en varios delitos. ¿Qué tiene eso de extraño?

—Eran más que eso. «Charles Pearson» era una identidad falsa. Su verdadero nombre era Josten Tillen. Fue capitán de las SS. Un nombre que figura entre los buscados por crímenes de guerra. Conoció a Esther Bonnet en Francia, en el hospital donde ella trabajaba como enfermera. Pese a que una rama de la familia materna de Esther era de origen judío, ella se salvó porque después de convertirse en amante de Tillen, denunció a su propia familia. Como resultado todos fueron fusilados, excepto ella, que ganó su

salvoconducto como colaboracionista. Desde entonces, Josten la protegió. Cuando terminó el conflicto bélico, como muchos nazis, Tillen consiguió una nueva identidad y huyó a Sudamérica. Diez años después, cuando se sintió más seguro, viajó a Estados Unidos con la identidad que conocemos. Fue entonces cuando trajo a Esther a América. Sospechamos que antes de asociarse con Russel ya tenían una clínica clandestina que hacía abortos ilegales.

—¡Vaya sujetos!

—Sí, la verdad es que el mundo no perdió mucho con la muerte de esos dos.

—Le agradecemos que haya venido hasta aquí para contarnos esto —le dijo Cody—. Es espeluznante pensar que nuestra vida estuvo en algún momento en manos de esos criminales.

Judy se quedó en silencio por un momento, como si no supiera qué decir a continuación. Josh la ayudó.

—No es eso lo que vino a contarnos, ¿verdad? Hay algo más. Algo que sus compañeros han descubierto en esos documentos que trae en la carpeta.

—Esta es la historia clínica de Haylie —les anunció.

—¿Qué puede decirnos acerca de ella? —preguntó Bradbury en un murmullo.

—Hay algunos datos que ya conocíamos y otros que no.

—Díganos todo lo que sepa, por favor —le rogó Josh.

—Haylie tenía diecisiete años cuando falleció. Era oriunda de Catalina, en Arizona, y vino a Nueva York porque quería ser bailarina. Entonces quedó embarazada.

—¿Hay alguna información sobre nuestro padre biológico? —preguntó Bradbury. Ryan permaneció callado. No estaba muy seguro de querer saber lo que la agente del FBI tenía que decir.

—Haylie no le reveló a Pearson el nombre del sujeto que la embarazó. Solo le contó que era un aspirante a actor que conoció en Broadway. Según las notas que aparecen en la historia clínica, el padre no quiso asumir su responsabilidad y la familia de ella se negó a ayudarla. Por eso Haylie decidió dar al niño en adopción, pues quería proporcionarle seguridad.

—Todo eso ya lo sospechábamos, agente —la presionó Josh—. Pudo habérnoslo confirmado por teléfono. ¿Cuál es el verdadero motivo de su visita?

—Hay un dato importante acerca del parto de Haylie. Una circunstancia que les concierne a ustedes dos…

—¿De qué se trata?

—Todos creímos que Haylie tuvo gemelos, pero no fue así.

Josh y Cody se miraron entre sí. Las palabras de Carpenter no tenían sentido. Ambos eran idénticos, además de que el ADN

confirmaba que eran gemelos. Judy tomó aire con lentitud. No sabía cómo expresar lo que tenía que decir sin causar una conmoción. Así que lo soltó sin ambages:

—El día en que ustedes nacieron, Haylie Nichols parió trillizos.

Nota de autor:

El «quimerismo» tal como se describe en este libro existe, y se trata de una alteración genética en la cual una misma persona tiene dos tipos de ADN que se distribuyen en diferentes partes de su cuerpo. Por ejemplo, el código genético de la saliva pudiera ser diferente del de la sangre. El «síndrome quimérico» ocurre cuando hay un embarazo de mellizos (dos embriones con genética diferente) y uno de los óvulos fecundados no se desarrolla por completo. Puede ocurrir que el bebé que sí termina su crecimiento absorba células de su hermano nonato, por lo que algunos de sus órganos serán portadores de ese código genético de su mellizo.

Con respecto al tráfico de menores, tema también tratado durante la trama, se estima que cada año 1,2 millones de niños en el mundo son víctimas de trata con fines laborales o sexuales.

Estimado lector. Espero que hayas disfrutado la lectura de este libro, tanto como yo lo hice escribiéndolo. Tu opinión es importante para mí. Si te ha gustado la novela, te pido el favor de que escribas una breve reseña en los comentarios de Amazon. De este modo contribuirás a que pueda continuar creando nuevas historias y ayudarás a otros posibles lectores a saber qué pueden esperar de ella. ¡Mil gracias!

M. J. Fernández

OTROS TÍTULOS DE ESTE AUTOR:

NO ES LO QUE PARECE: Un caso del inspector Salazar.
http://milibro.link/B078XH916T

Un político muere en forma repentina durante un mitin en Haro, La Rioja. El inspector **Néstor Salazar** y su nueva compañera, la subinspectora **Sofía Garay**, son los llamados a determinar si se trató de un **homicidio**, pero la situación se hace más compleja cuando la investigación comienza a revelar que las apariencias resultan muy alejadas de la realidad. Nuevas *muertes* complican el caso, mientras la subinspectora comprende que **el propio inspector tampoco es lo que parece.**

Un comisario que ha pedido traslado desde Tenerife lleva a cabo una investigación paralela sobre una tragedia ocurrida en su familia veinte años atrás, algo que no dejará indiferente al inspector.

JUEGO MORTAL. (Inspector Salazar 02):
http://milibro.link/B07BFXMWDM

«La sirena de la ambulancia rompió el silencio de la noche de *Haro*, mientras las luces de emergencia destellaban en la oscuridad. Dentro del área de tratamiento, un médico y un enfermero se afanaban en detener la hemorragia del paciente que yacía sobre la camilla. **Sofía** se esforzaba en contener las lágrimas, mientras contemplaba el rostro cada vez más pálido de **Salazar**. El gotero, puesto a chorro, alimentaba las venas del herido, **en un intento de mantenerlo con vida**…»

Durante la celebración de la Semana Santa en Haro, lo que en un principio parecía un hecho puntual, **el suicidio de un adolescente**, se convierte en una pesadilla para el inspector jefe Salazar y sus compañeros, cuando comienza a suceder repetidamente entre jóvenes que no mostraban ningún indicio que hiciera sospechar esa tendencia. Mientras Salazar se concentra en hallar la respuesta para que *no sigan muriendo chicos inocentes*, la subinspectora Garay se embarca en una investigación para detener a *un asesino profesional que ha jurado que Néstor Salazar será su próxima víctima*.

AQUÍ HAY GATO ENCERRADO. (Inspector Salazar 03):
http://milibro.link/B07FLF3H7K

La comisaría de «San Miguel» concentra sus esfuerzos en la investigación del secuestro de un niño en Haro, mientras el inspector Salazar se encuentra en una asignación especial. Cuando el desarrollo de llos acontecimientos culmina en un desenlace y uno de los secuestradores aparece muerto con una nota suicida

atribuyéndose la culpa, el comisario Ortiz comienza a recibir presiones para que cierre el caso. Ante su negativa él mismo resulta extorsionado y se ve obligado a llamar a Néstor para pedirle ayuda.

Salazar abandona la asignación para ayudar a su hermano, pese a las consecuencias que puede acarrearle tal decisión y se avoca a una investigación contra el tiempo que no admite fracaso porque está en juego la vida de alguien muy importante para él…

GATO POR LIEBRE. (Inspector Salazar 04):

http://milibro.link/B07L9JL57C

Mientras *Haro* se prepara para las fiestas navideñas, una llamada rutinaria se convierte en un caso de dimensiones insospechadas que pone a prueba la astucia del inspector jefe y la eficiencia de sus compañeros de la comisaría de "San Miguel". La puesta en escena de un **triple homicidio** para que parezca un **accidente** dispara todas las alarmas, dando inicio a un despliegue de actividad por parte de todo el equipo. Deben resolverlo deprisa, porque *de ello depende la salvación de muchos inocentes*. Al mismo tiempo, la vida personal de Salazar se ve sacudida por un *acontecimiento inesperado* que le imprime un giro desconcertante. Nada volverá a ser lo mismo.

Vuelven el inspector Salazar y sus compañeros en un relato de suspense e intriga que no dejará indiferente a ningún lector, con nuevos personajes, anécdotas y situaciones que ponen en aprietos al *entrañable inspector*. La historia además de *intriga* proporcionará *emociones* a quien acompañe a los personajes a las calles de la ciudad, para compartir esta nueva aventura policíaca.

LO QUE EL GATO SE LLEVÓ. (Inspector Salazar 05):

http://milibro.link/B07RHFN91C

El inexplicable asesinato de una anciana enfrenta a Salazar a una situación difícil cuando su mejor amigo es acusado y detenido. Deberá emplear toda su inteligencia y experiencia para convencer a sus colegas de la inocencia de Gyula. Mientras Néstor se esfuerza en ayudar a su compañero de infancia, su hermano Santiago recibe amenazas a causa de un oscuro secreto de su pasado que también afecta al inspector, y cuya investigación los conducirá a un resultado desconcertante y peligroso.

MUERTE EN EL PARAÍSO:

http://milibro.link/B0763CF7XJ

Una **isla privada paradisíaca** en el medio del Atlántico se convierte en el *coto de caza de un asesino en serie*.

Una desgracia ocurrida a la familia propietaria de la isla parece regresar del pasado para *amenazarlos* a todos.

Argus del Bosque, **comisario** del Cuerpo Nacional de Policía deberá darse prisa en encontrar al asesino, si consigue evitar perder la vida en el intento…

LOS PECADOS DEL PADRE:

http://milibro.link/B079F3S42C

A lo largo de veinticinco años, en cuatro países de *Europa*, **un asesino en serie** acaba con la vida de parejas jóvenes, engañando a la policía para que crean que el muchacho en cada una de ellas es el culpable. Michael Sterling, **comisario de Scotland Yard** que conoce su *modus operandi*, **obsesionado con detenerlo**, emplea todos sus esfuerzos en descubrirlo. La investigación la lleva a cabo un equipo policial **que involucra dos países**, Inglaterra y España, mientras **un pecado familiar surge del pasado para exigir su expiación**…

TRAMPA PARA UN INOCENTE:

http://milibro.link/B07F5Y7SV2

Luis Armengol despierta en una pensión de mala reputación con el *cadáver de una joven desconocida* a su lado. Sus manos ensangrentadas y el cuchillo con el que la chica fue *apuñalada* en el suelo lo señalan como **culpable**, al mismo tiempo que la **Policía** llama a su puerta. En un acto desesperado consigue escapar, pero conservará su *libertad* por poco tiempo a menos que encuentre las pruebas de su inocencia. *¿Quién le ha puesto esa trampa? ¿Por qué?* De hallar las respuestas a estas preguntas depende su futuro. Deberá desentrañar el **misterio** antes de que lo encuentre la **Policía**, *o los hombres que lo buscan para matarlo*…

LA VENGANZA:

http://milibro.link/B076TDTHWQ

Samuel es un joven brillante con un prometedor futuro. Cuando la oportunidad de cumplir su sueño llama a su puerta, todo se derrumba al ser acusado del brutal asesinato de su novia. Su vida es truncada por la confabulación de tres hombres, que por diversos motivos se benefician de su desgracia, pero no es el único. Con la misma perfidia destruyen la vida de otros inocentes sin llegar a sentir el menor remordimiento.

Veinte años después, cuando los tres se sienten más seguros, el pasado resurge y sus víctimas, aún después de la muerte y el olvido, unen sus fuerzas y regresan dispuestas a cobrar venganza. ¿Hasta dónde pueden llegar para castigar a quiénes destrozaron su futuro?

LOS HIJOS DEL TIEMPO:

http://milibro.link/B07587TT3G

Un hombre nacido en la Edad Media se ve obligado a recorrer el mundo. La búsqueda de la respuesta a un misterio del cual depende su supervivencia, lo lleva de las iglesias y castillos de la ***Europa medieval***, hasta los confines de la ruta de la seda en el ***Lejano Oriente***, en una época en la que las supersticiones dictaban el comportamiento de la sociedad. *En el año 2010*, la desaparición

de un empresario y la muerte de un librero son las claves de una lucha entre colosos que se desarrolla a lo largo de los siglos, cuyo origen se encuentra en la respuesta a aquel mismo **misterio**.